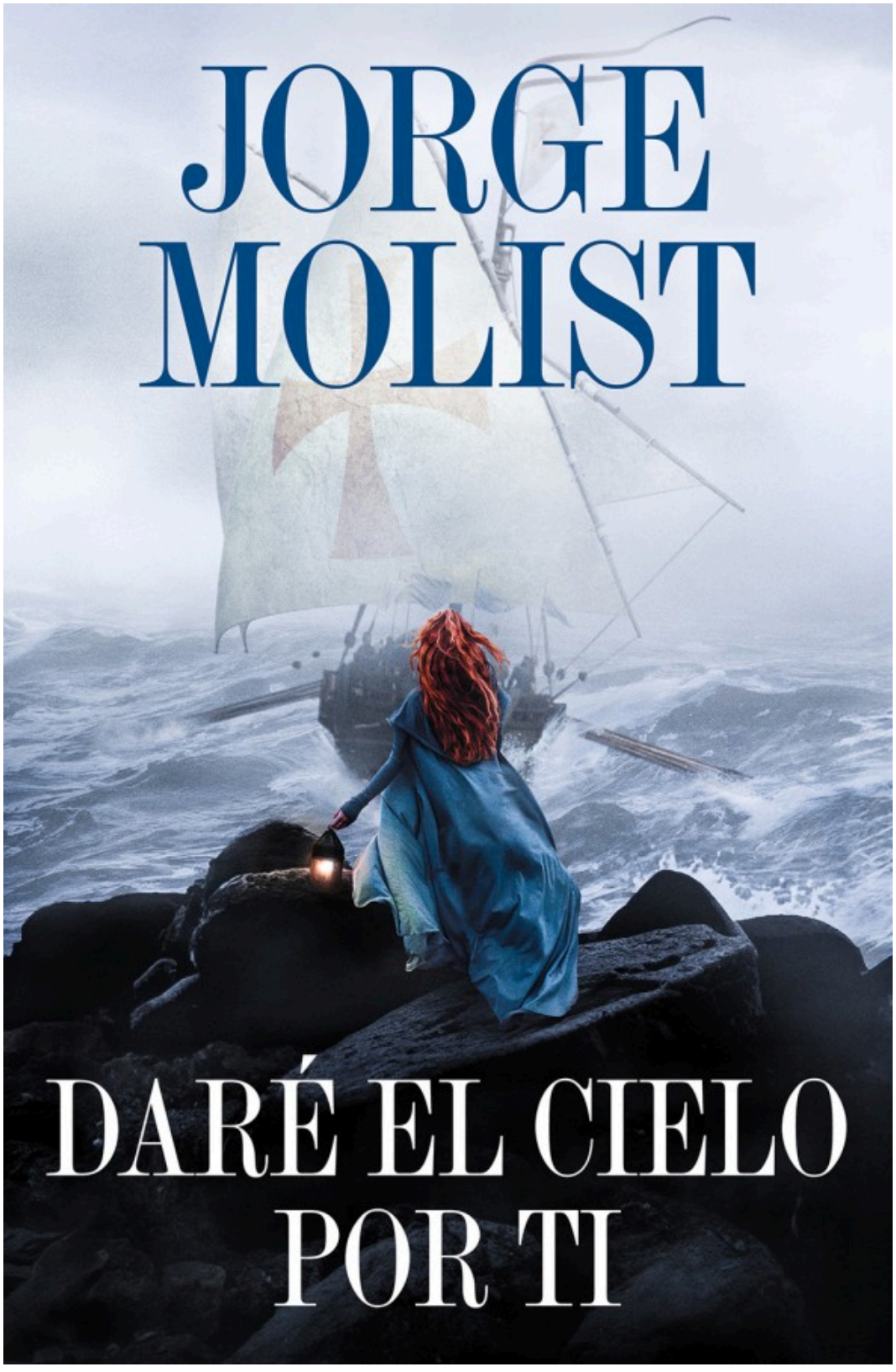

JORGE
MOLIST
DARÉ EL CIELO
POR TI

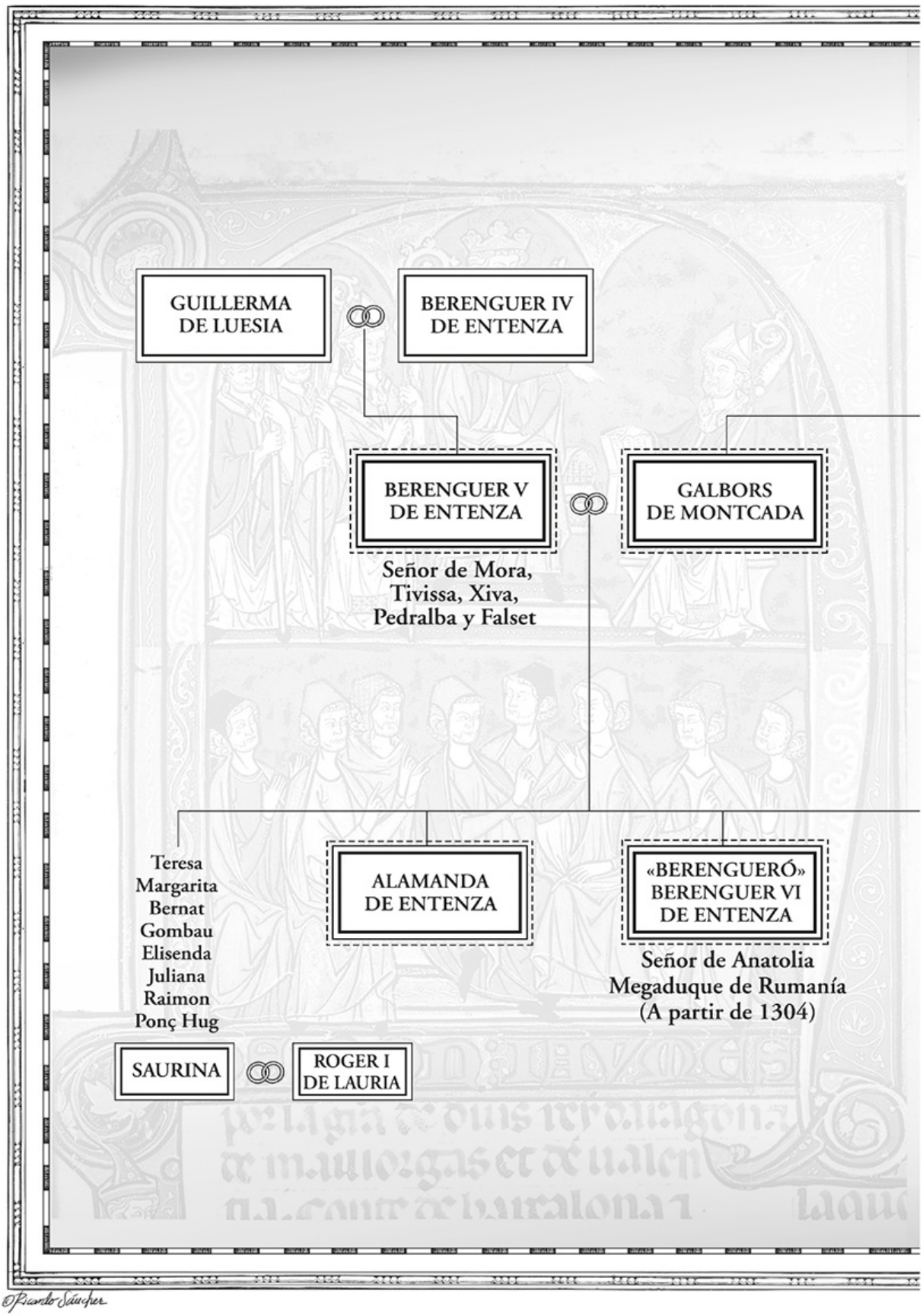

JORGE
MOLIST
DARÉ EL CIELO
POR TI

JORGE MOLIST

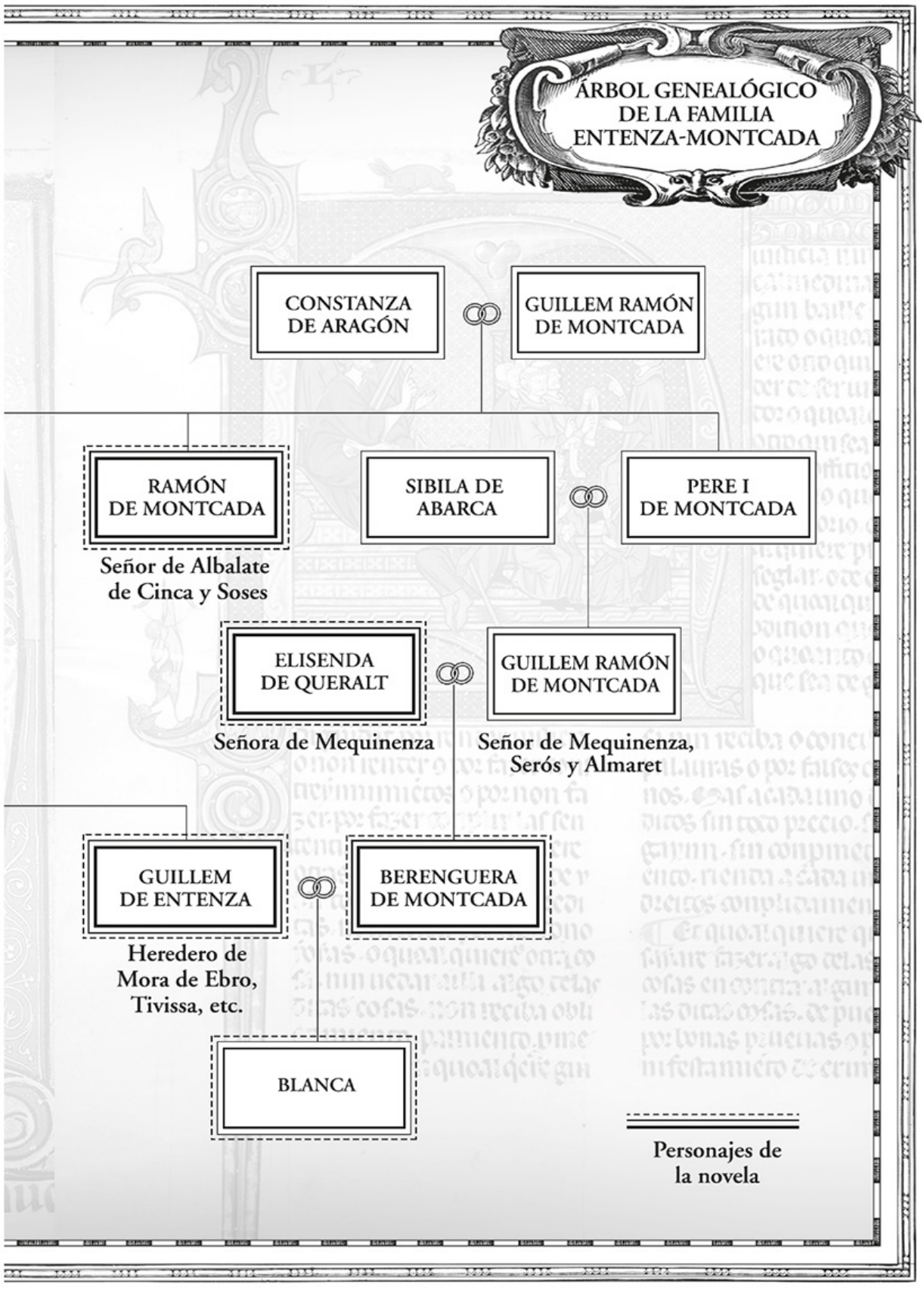
Daré el cielo por ti

Grijalbo

Para Paloma, mi amor.
Gracias por tu cuidado y comprensión



©Ricardo Sánchez


ÁRBOL GENEALÓGICO
DE LA FAMILIA
ENTENZA-MONTCADA
CONSTANZA
DE ARAGÓN
GUILLEM RAMÓN
DE MONTCADA
RAMÓN
DE MONTCADA
Señor de Albalate
de Cinca y Soses
SIBILA DE
ABARCA
PERE I
DE MONTCADA
ELISENDA
DE QUERALT
Señora de Mequinenza
GUILLEM RAMÓN
DE MONTCADA
Señor de Mequinenza,
Serós y Almaret
GUILLEM
DE ENTENZA
Heredero de
Mora de Ebro,
Tivissa, etc.
BERENGUERA
DE MONTCADA
BLANCA
Personajes de
la novela

Las horas en la Edad Media

Variaban según el mes del año puesto que se regían por el alba y la puesta del sol, que marcaban la vida en aquel tiempo. Regulaban también los principales rezos en los conventos:

— Maitines: antes del amanecer.

— Laúdes: al amanecer.

— Prima: primera hora después del amanecer, sobre las 6.00 de la mañana, en el equinoccio.

— Tercia: tercera hora después del amanecer, sobre las 9.00.

— Sexta: mediodía, a las 12.00. De esta palabra proviene «siesta».

— Nona: sobre las 15.00, hora de la Misericordia.

— Vísperas: tras la puesta del sol, sobre las 18.00. También llamada «hora del ladrón» por el inicio de la nocturnidad.

— Completas: antes del descanso nocturno, a las 21.00.

PRIMERA PARTE

1

San Juan de Acre, 18 de mayo de 1291

Artal, a sus dieciséis años, sabía que iba a morir aquella mañana. Estaba decidido a no dar un paso atrás, por amor a Cristo, a la Virgen María y a sus hermanos. Antes de que cayera la tarde, el arcángel san Miguel sujetaría la balanza en la que pesaría su alma. Y por mucho que el diablo tirara del platillo de sus pecados, su martirio por la fe decantaría el fiel y le abriría las puertas del paraíso de los justos, el cielo. Allí, en contraste con su dura existencia terrenal, gozaría de la felicidad eterna de los bienaventurados.

Había imaginado su heroica muerte muchas veces. Se veía como el último cristiano de San Juan de Acre luchando sobre los cadáveres de sus hermanos y sus enemigos, rodeado de musulmanes, vertiendo hasta la última gota de su sangre por Cristo Nuestro Señor.

Se revolvió en el camastro y reanudó sus plegarias. No habían transcurrido ni tres horas desde el rezo de maitines y aún faltaba para el amanecer. Las tenues llamas de los candiles iluminaban los poderosos arcos apuntados del amplio dormitorio. Y aparte de un crucifijo con un Cristo rígido, cubierto por una túnica y los ojos muy abiertos, las paredes se mostraban desnudas. Las ventanas se adivinaban en lo alto. Olía a aceite quemado, a pies y a sudor. Algunos se removían inquietos, otros se lamentaban en sueños, pero él, a pesar del cansancio, se mantenía en duermevela despertándose

una y otra vez. No solo rezaba por su alma, sino también por su madre y sus hermanos, que se encontraban en su caserío en las tierras que bañaba el Ebro, al otro lado del Mediterráneo. Les profesaba un enorme cariño y la añoranza le había estado atormentando los ocho años que llevaba lejos de ellos. Ni siquiera recordaba ya sus rostros, solo su amor. Su mayor angustia durante aquella interminable noche era que nunca más volvería a verlos. Eran lo único que le quedaba en la vida. Y se decía que no dejaba de ser irónico que le hubiesen encomendado a su tío para que, llevándole a Tierra Santa, le librara de unos oscuros peligros que amenazaban su vida en su terruño familiar y que terminara muriendo en aquel lugar extraño, árido y distante.

Su fino oído percibió el retumbar lejano, poderoso, lúgubre y destemplado de un timbal gigante.

—Ya empieza —murmuró.

Y al poco se le unieron cientos de tambores y chirimías en un siniestro concierto, augurio de muerte. El estruendo procedía de más allá de las murallas y era el preludio del asalto final a San Juan de Acre, el último bastión cristiano en Tierra Santa.

De pronto la campana de la fortaleza tocó a rebato y Artal se incorporó de un salto con el atronador tañido. Su corazón latía acelerado. Los murmullos de los hermanos sargentos, escuderos y otros auxiliares que se despertaban sobresaltados no podían ahogar el poderoso batir de los tambores sarracenos.

—Atacarán al alba —afirmó Andrew, su amigo inglés—. ¡Que el Señor nos ampare!

—¡Que sea siempre loado! —repuso Artal, buscando su candil.

Se apresuró a prenderlo en una de las linternas y regresó para

vestirse a toda prisa. Sobre sus calzones cortos se puso unas calzas de lana que le cubrían piernas y pies y se las sujetó a la cintura con una correa de cuero. Y sobre las calzas, unas perneras de cota de malla, que sostuvo atando los cordones de sus extremos a la correa. Después se puso encima de la camisa un jubón acolchado y se cubrió la cabeza con una cofia igualmente acolchada. Aun con esas defensas, el hierro de la armadura rasgaba la piel en ocasiones. Con precisión, fruto de largas horas de práctica, le entregó a Andrew la camisa de malla para que le ayudara a ponérsela. Le cubría de cuello a rodillas y los brazos, era la pieza principal de su armadura y estaba formada por decenas de miles de anillas de hierro entrelazadas en diminutas cadenas. Aunque pesaba, su flexibilidad permitía el movimiento.

—Hoy seguramente caiga la ciudad —murmuró el inglés, como pensando en voz alta—. No habrá rendición ni piedad para nosotros. Moriremos todos.

—¡Estamos en manos del Señor! —dijo Artal, que correspondía a su compañero ayudándole con la parte superior de su armadura—. Que se haga su voluntad.

—Ansiaba morir con la capa blanca de caballero —musitó Andrew a la vez que ataba los cordones traseros que sujetaban la capucha, también de malla, de Artal.

Ambos eran escuderos. Andrew tenía casi cuatro años más que Artal y deseaba tomar los votos para ser nombrado caballero. No le faltaban méritos, sino edad. Los templarios solo admitían a mayores de veinte años como caballeros.

Encima de la armadura se pusieron la sobreveste negra con la cruz patada roja a la altura del corazón. Se calzaron las espuelas y

se ciñeron una segunda correa, que sujetaba la espada y dos dagas enfundadas. Estaban listos.

A pesar de las prisas, se miraron a los ojos unos instantes. Quizá fuese la última vez. Una tras otra, las campanas, primero las de las fortalezas de las órdenes militares —Temple, Hospital, Teutónica y la del rey de Chipre—, y luego las de las iglesias, se fueron uniendo a la llamada. Urgían a los cristianos a tomar las armas.

—Que Dios te proteja —le dijo Artal, mirándole con cariño—. A Él no le importa el color de tu capa ni que aún no seas caballero.

—Que el Señor esté también contigo. —Las lágrimas acudieron a los ojos de Andrew.

Y los amigos se abrazaron con fuerza, emocionados.

Era una despedida.

2

Artal tomó su celada y, con el resto de los escuderos, candil en mano, se apresuró a cruzar el oscuro patio hacia las dependencias de los caballeros. Una vez en el edificio principal, corrió por los tenebrosos pasillos hasta la celda del gran maestre.

—¡Aquí estoy, padre! —exclamó entrando con ímpetu en el habitáculo.

Guillaume de Beaujeu, el gran maestre del Temple, estaba arrodillado a oscuras, en camisa y calzones, frente a la cruz de su espada clavada en un madero. Artal esperó en silencio reverente a que terminara su oración y se preguntó si el viejo habría estado rezando desde los maitines. Fue entonces, en plena noche, cuando Artal, en cumplimiento de sus funciones, había revisado por última vez armas, equipo y caballos. Esperaba que hubiera descansado; precisaría de todas sus fuerzas para el combate.

El gran maestre era el caballero más admirado de la cristiandad y Artal aún no comprendía cómo le había concedido el honor, que no creía merecer, de ser su escudero. Ocurrió un mes antes, tras la muerte de su tío en un combate nocturno de desastrosas consecuencias. Desde entonces, aquel fraile era lo más cercano a un padre para él.

Una vez acabada su oración, el gran maestre elevó su mirada de intensos ojos azules hacia Artal con algo parecido a una tenue sonrisa. Aquella muestra de afecto conmovió al muchacho. La Regla

del Temple prohibía las risas, y las sonrisas no estaban bien vistas.

—Los sarracenos atacan, padre.

El hombre se levantó con gesto sereno, mostrando, a pesar de sus más de sesenta años, un porte poderoso. Tenía pelo y barba casi blancos, y su rostro, tostado por años bajo el sol de Tierra Santa, mantuvo su expresión tranquila.

—Lo sé, hijo.

Artal le ayudó a vestirse; el conjunto de prendas era similar al suyo.

—No quiero que mueras hoy con nosotros, Artal —murmuró el gran maestre cuando el chico le abrochaba por detrás la capucha de cota de malla—. Debes salir vivo de San Juan y regresar a tu tierra.

El muchacho se quedó pensativo.

—Vos sois mi padre y los hermanos, mi familia —dijo emocionado cuando ya le ponía la sobreveste blanca con la cruz roja—. No os abandonaré. El Señor nos acogerá a todos, como mártires, en el cielo.

El gran maestre le sujetó de los hombros con fuerza, mirándole a los ojos.

—Tienes dieciséis años, eres demasiado joven tanto para morir como para jurar los votos del Temple. Aunque estés con nosotros, no eres uno de los nuestros; aunque te llamen «novicio», no lo eres, y aunque te dejemos vestir el hábito, no te pertenece. Tu tío te dejó bajo nuestra tutela, pero tienes toda la vida por delante y debes abandonar este lugar. Déjanos a los viejos morir, por el Señor y por nuestra dignidad, en este nuestro último bastión de Tierra Santa. ¡Mira!

Extendió un documento que guardaba en una alacena junto a

unos libros, único mobiliario en su austera celda, aparte de una silla y un jergón. Artal reconoció el sello de lacre del gran maestre.

—Es un salvoconducto para que viajes a Chipre y de allí a tu hogar. Toma cualquiera de nuestras naves que esperan en el puerto. Hoy perderemos la ciudad, Tierra Santa y la vida. Si estás aquí es porque tu tío te trajo consigo para protegerte. No pude negarme, le apreciaba, le debía un favor, y tu padre era feudatario del Temple. Mi obligación es mantenerte con vida. A pesar de ser solo un escudero, destacas entre los mejores con las armas. Eres capaz de defenderte y debes regresar a tu tierra, aunque cuidándote de aquellos que te quieren mal. Y cuando tengas la edad, si ese es tu deseo, podrás solicitar tu ingreso en la milicia del Temple.

—¿Quién me quiere mal allí?

—No lo sé. Eso solo lo sabía tu tío y se llevó el secreto a la tumba.

—En todo caso, no os abandonaré. No puedo dejar a mis hermanos solos en su último combate. Lo prometí.

—No me vale tu promesa. Y si de algo vale, como gran maestre del Temple, yo te libero de ella. Ve al puerto, toma una nave y preséntate al comendador de Famagusta en Chipre. Dile que yo te envío y que te facilite el viaje. Es una orden.

—No podéis privarme de la muerte en combate, padre —repuso Artal mientras le ponía las espuelas—. Seré un mártir y el Señor me acogerá en su gloria. Me confesé ayer y mi alma está limpia. Si sobreviviera y en unos días, meses o años muriera en pecado, mi condena al Infierno caería sobre vuestra conciencia.

El fraile resopló. Había dejado el documento junto a los libros y se ceñía el cinturón con la espada y las dagas.

—¿Dónde has aprendido a argumentar así? —se lamentó—. Aquí no enseñamos, ni apreciamos, la dialéctica. A veces eres demasiado listo, para tu propio bien, pero estás obcecado.

Se puso la celada que Artal le ofrecía con gesto de disgusto. Al contrario que los yelmos del resto de los hermanos, que cubrían la cara dejando solo dos ranuras para ver a cada lado de la nariguera y unos agujeros para respirar, el suyo era de los antiguos; solo cubría el cráneo, la frente y la nariz. El gran maestre prescindía de la seguridad para poder ser reconocido y que su potente voz se oyera bien en la batalla.

Contempló de nuevo al muchacho con una intensa mirada.

—No le puedo prohibir a un cristiano el martirio por la fe, pero tú estás ofuscado. Mi voluntad es la contraria y juraste obediencia al entrar aquí. Dejaré que luches a mi lado, pero, tan pronto la defensa se complique, saldrás de San Juan de Acre antes de que sea demasiado tarde. ¡Es una orden!

—Obedeceré —murmuró Artal, contrariado.

Aun así, se consoló pensando que participaría en el combate, y que sería Dios quien decidiera sobre su vida o su muerte, no el gran maestre.

Se fue a todo correr, sin recoger el pergamino, a preparar los caballos. La tropa formaba ya en el gran patio de la fortaleza. No había tiempo que perder.

—Listo, pero demasiado joven y exaltado —murmuró Guillaume de Beaujeu mientras abandonaba la celda tras su escudero.

3

«Unos ojos negros, unos grandes y hermosos ojos negros —se repetía Artal mientras ensillaba los caballos—. Ese es mi único pecado. Lo único que me podría condenar».

Era un pecado solo de pensamiento, pero no lograba alejarlo por mucho que rezara.

Todo empezó unas semanas antes. Artal, al igual que la mayoría de los frailes, apenas salía del convento-fortaleza del Temple. Y cuando lo hacía, siempre iba acompañado de otros hermanos para ejercitarse, extramuros, en las cargas y demás movimientos coordinados de caballería. Los caballeros de las órdenes militares, y en especial los templarios, eran conocidos por su estricta disciplina y su valor en el combate. Cuando cargaban contra el enemigo en campo abierto, formaban una masa sólida e imparable. Y cuando las cosas iban mal, se convertían en el sostén de un ejército cruzado anárquico las más de las veces. Un templario no podía retirarse del combate, aun estando gravemente herido, sin permiso del mariscal mientras el estandarte blanco y negro del Temple continuara alzado. Aquella disciplina, tanto en hombres como en caballos, requería de un estricto entrenamiento diario.

Al cruzar la ciudad no se detenían, no hablaban con nadie, ni se les permitía mirar otra cosa que no fuera la espalda del fraile que los antecedía y la grupa de su caballo. Entre las gentes se ocultaba el mundo de lo material, al que los templarios llamaban «el siglo», la

tentación, el pecado y el diablo. Y ellos, caballeros puros, debían protegerse.

Aquella mañana, la tropa avanzaba a paso largo por las calles cuando, al cruzar un mercadillo colorido y ruidoso en una plazoleta, Artal escuchó que una mujer chillaba angustiada: «¡Margarita!». Por fortuna no llevaba el yelmo puesto y pudo ver cómo una niña pequeña, que corría jugando con otra, caía a los pies de Sirio, su caballo. Al instante detuvo su montura, temiendo notar el pisotón fatal, y el animal, alarmado, se encabritó. La gente gritaba. Artal saltó al suelo y allí, entre los cascos, milagrosamente intacta, la chiquilla lloraba. La tomó en sus brazos y ella le miró con aquellos grandes ojos negros llenos de lágrimas. Sostener a aquella criatura, delicada y bella, fue una experiencia desconcertante para él, que apenas guardaba lejanos recuerdos de una hermana menor. Sin saber qué hacer con ella, fue a depositarla entre los curiosos que se agolpaban en la plazoleta mientras le susurraba:

—No fue nada, bonita, ya estás a salvo.

—¡Margarita!

Y entonces reconoció los mismos ojos, pero grandes y hermosos, en una mujer joven. Un mechón de pelo castaño se le escapaba de la toca y su boca entreabierta, con expresión de alivio, mostraba unos dientes blancos y labios generosos. Corría hacia ellos con los brazos extendidos y él se quedó inmóvil. Era mucho más bella que cualquiera de las imágenes de la Virgen a las que había rezado. Sintió un impacto en su pecho, como si le hubiera golpeado una lanza. Su corazón latía más alocado que tras largas carreras cargando su pesada armadura o después de mantener un arduo entrechocar de espada en sus ejercicios. La joven vestía una gonela

que la cubría hasta los pies, pero mostraba los antebrazos desnudos y su escote se abría ligeramente dejando ver un misterioso hueco entre los pechos. Y al correr, estos se movían de una forma que él jamás hubiera imaginado ni en el más pecaminoso de los pensamientos con los que, con demasiada frecuencia, le agredía el diablo.

—¡Gracias, señor! —le dijo la joven sonriéndole—. ¡Que Dios os bendiga!

Artal, con una extraña lentitud, le entregó a la niña. Mientras, las miradas de ambos se enredaban con una fuerza que él no podía vencer.

—¡Que su nombre sea siempre bendito! —repuso sin pensar.

—¡Artal! —le gritó perentorio su tío.

Vio que la tropa le esperaba y montó de inmediato. No debía hacerlo, pero cuando reanudó la marcha la miró de nuevo. Ella le sonreía. Y si le pareció bella con el semblante angustiado, viéndola feliz lo estaba mucho más.

El pensamiento impuro. Aquel era su pecado. Mucho mayor, incluso, que la soberbia y la rebeldía que le recriminaban sus hermanos y de las que él mismo se acusaba. Si antes el diablo le acuciaba constantemente con el deseo del cuerpo y este tenía múltiples formas e imágenes ambiguas, ahora se había concretado, contundente. En unos ojos, en una sonrisa de labios carnosos, en un cuerpo. En una mujer.

Después de aquel encuentro no podía evitar buscarla con la mirada cuando cruzaban la ciudad. Y la veía con frecuencia, a veces con la niña, otras sola. Ella le sonreía. Debía de conocer las horas en que la «milicia de Cristo» salía y se quedaba a esperarlo. Y él, aun

queriendo evitarlo, notaba que correspondía a su sonrisa.

Ese era su mayor pecado. Y cuando se lo confesaba al sacerdote, este le imponía penitencias de ayuno y azotes. Pero los malos pensamientos volvían.

—¡Con tanto azote y tanto ayuno terminarás cayéndote del caballo! —le advertía Ramón de Vilalba, su tío.

—El cura dice que cuando pienso en una mujer, falto a la pureza de la Virgen.

—Por el amor de Dios, ¡tienes dieciséis años!

Ramón de Vilalba pensaba que su sobrino había escuchado demasiados sermones y que tanta doctrina le tenía sorbido el seso.

—Hay una fiera en tu interior, y aunque se apacigüe con la edad, seguirá siempre ahí —prosiguió—. ¿Tú crees que cuando un caballo ansía a una yegua comete pecado?

—Ellos son animales. Y vos sonáis a hereje.

Fray Ramón tuvo que contener una sonrisa.

—Por la obediencia que me debes, no te vas a azotar ni ayunarás más. Yo hablaré con el cura.

La nueva penitencia, además de las oraciones, consistió en llevar puesto el yelmo cuando cruzaban la ciudad. Le cubría toda la cara, salvo las ranuras para los ojos y unos agujeros para respirar y hablar. Él era el único de la tropa que la llevaba y se sentía ridículo. Pero su tío se equivocaba creyendo que ella no iba a reconocerle. Adivinando lo que ocurría, consciente del poder que ejercía sobre él, la joven le miraba ahora con una sonrisa más amplia, divertida e insinuante.

Artal ya tenía listos los caballos para ir al encuentro con la muerte

junto a sus hermanos. Había recibido la absolución la noche anterior y trataba de no pensar en la mujer. Y eso le hacía pensar aún más en ella. Aunque ya no temía por su alma; cuando muriera en defensa de la cristiandad le serían perdonados todos los pecados gracias a su martirio.

Una vez formada la tropa en el patio de la fortaleza, a la luz de las teas, Guillaume de Beaujeu elevó el gonfalón, la enseña blanca y negra con la cruz patada de color rojo en el centro, y clamó el lema del Temple:

—¡No por nosotros, Señor! ¡No por nosotros, sino por la gloria de tu nombre!

Los muros del castillo retumbaron con el mismo grito repetido al unísono por tres mil gargantas.

—¡Dios lo quiere! —clamó de nuevo.

Y otra vez el ejército le hizo eco de forma atronadora.

Después, el gran maestre entregó el estandarte al mariscal y puso su caballo al trote tras un par de sargentos que salían ya por el portón para iluminar con antorchas las oscuras calles. Le seguían Artal, los dos caballeros que siempre secundaban al gran maestre en combate y sus escuderos; uno de ellos era Andrew, el mejor amigo de Artal. Detrás marchaban trescientos caballeros y otros tantos escuderos y sargentos. Luego venía el turcopole, jefe de los mercenarios locales, al frente de los arqueros montados y jinetes de la caballería ligera. Y, por último, dos mil cuatrocientos lanceros, arqueros y ballesteros que iban a paso ligero.

De camino a la muralla norte solo se oían los cascos de los caballos, el batir de los tambores enemigos acercándose y las ventanas abriéndose para observar a la tropa. Hombres, mujeres y

niños los contemplaban desde la falsa seguridad de sus hogares, en silencio, esperanzados.

A pesar de que miles de personas, en su mayoría ricos comerciantes y familias acaudaladas, habían huido por mar rumbo a Chipre, la ciudad continuaba abarrotada de civiles. Campesinos que antes vivían en la comarca y se habían refugiado tras las murallas ante el avance de los mamelucos, pequeños comerciantes y artesanos, familias de los soldados y una variedad de gentes que aún confiaban en que San Juan de Acre resistiera el asedio. O que simplemente no podían pagar el pasaje y estaban atrapados en aquella ratonera.

Artal se dijo que debían resistir en las murallas, que su deber era luchar por aquellas almas cristianas, aunque solo fuera en espera de un milagro.

4

La parte vieja de San Juan de Acre se asentaba sobre una península orientada al sur y en su interior albergaba cuatro fortalezas: la del rey y las de las órdenes militares: Temple, Hospital y Teutónica. La ciudad se había extendido hacia el norte y el este, y los nuevos barrios estaban resguardados por dos líneas de poderosas murallas. La exterior contaba con un profundo foso y otro, aún más profundo, separaba ambas murallas.

La milicia del Temple tenía asignada la defensa de la puerta de Maupas y la muralla norte que protegía el barrio de Montmusard. Su posición terminaba donde empezaba la de los hermanos hospitalarios, justo cuando el muro viraba hacia el sur, antes de la puerta de San Antonio. Como la fortaleza del Temple estaba ubicada en el extremo sur de la península, lindando con el mar, la tropa cruzó toda la ciudad a paso ligero para llegar a los lugares de combate asignados.

Tras confiar su caballo y el del gran maestre a los palafreneros, Artal tomó su escudo y su ballesta y, siguiendo al viejo fraile, traspasó la muralla por un portón para cruzar después el foso interior por un puente levadizo y encaramarse a lo alto del muro exterior, donde se apostaron tras las almenas. A su lado se situó Andrew, que al mirar abajo murmuró:

—¡Que el Señor nos asista! Impresiona, ¿verdad?

Frente a sus ojos se extendía un campamento con más de

ochenta mil mamelucos procedentes de Siria y Egipto. No se veía su fin. Las tropas cristianas que defendían la ciudad no alcanzaban los dieciséis mil y protegían a unos cuarenta mil civiles.

Las luces de los fuegos cubrían la campiña hasta el horizonte, donde una línea rojiza anunciaba el amanecer. Los mamelucos se aprestaban para el combate y hormigueaban alrededor de las tiendas portando antorchas. El batir de los timbales había ganado en intensidad y zumbaba como una amenazante colmena enloquecida. A ese estruendo se unía el de los resortes de las balistas y las catapultas lanzando grandes rocas, y el de su posterior impacto contra muros y techumbres de la ciudad. Los sarracenos poseían decenas de esos artilugios, muchos más que los cristianos. Aquellas máquinas arrojaban también vasijas de barro llenas de fuego griego que se estampaban contra paredes y tejados, quemándolo todo. El agua era incapaz de sofocar aquel fuego. De las murallas y las casas cercanas se alzaban columnas de humo y las llamas iluminaban la noche. Olía a madera quemada y a brea.

Frente al lienzo norte habían situado una máquina de asedio gigante, de tipo mandrón o balista, a la que llamaban «La Furiosa», y lanzaba rocas de hasta trescientos kilos. Su impacto demolía aquello que alcanzaba y hacía temblar la ciudad.

—Impresiona —admitió Artal.

«La Furiosa» le trajo al chico recuerdos terribles. Al inicio del cerco de San Juan de Acre, mientras las tropas enemigas iban llegando de distintos lugares del Imperio mameluco, la ciudad no cerró sus puertas y los choques de caballería de ambos bandos eran frecuentes. Los cristianos trataban de impedir que los musulmanes

asentaran su campamento y construyeran empalizadas y catapultas. Fue en uno de esos choques en los que Artal recibió su bautismo de hierro, como escudero de su tío, Ramón de Vilalba, que lo había acogido bajo su protección al quedar huérfano de padre. Cuando los sarracenos se multiplicaron, se vieron obligados a replegarse y a confiar en las murallas y en el mar, que por fortuna aún controlaban. Pero la construcción de aquellas balistas gigantes —«La Furiosa» frente a los templarios, «La Gloriosa» frente a los hospitalarios y «La Victoriosa» frente a la sección protegida por los pisanos— preocupaba sobremanera a los defensores. El bombardeo, con grandes rocas y fuego griego, empezó el 11 de abril, algo más de un mes antes. Dos días después, los sitiados lanzaron un ataque desde el mar para destruir a «La Furiosa» con catapultas instaladas en buques y desembarcó un destacamento de ballesteros. Los sarracenos no podían reorientar hacia el mar sus pesadas máquinas, pero una fuerte tormenta dispersó las naves.

El 15 de abril, el gran maestre llamó a capítulo al mariscal y a los monjes de mayor estatus. Entre ellos se encontraba Ramón de Vilalba, que tenía el honor de acompañarle siempre en combate.

—No podemos permitir que «La Furiosa» siga causando estragos —dijo—. Aprovechemos que la luna está en cuarto creciente y sorprendámosles esta noche.

El consejo aprobó la propuesta y decidieron mantener la incursión en secreto hasta el momento de partir. Temían que algún espía, camuflado entre sus fuerzas mercenarias, alertara al enemigo lanzando una flecha con un mensaje.

—Prepárate, esta será la primera acción de combate real en la que participes —le advirtió fray Ramón a su sobrino.

—Ya estuve en las escaramuzas contra los mamelucos cuando llegaron —objetó Artal.

—No tiene nada que ver —repuso el fraile—. Aquello fueron simples tanteos. Esta noche morirá mucha gente. Tendremos que sorprender al enemigo, cruzar sus líneas casi a oscuras, llegar hasta «La Furiosa» y quemarla con fuego griego.

Artal le escuchaba atento. Desde que su tío lo tomó a su cargo, cuando tenía ocho años, le había enseñado a luchar con espada, lanza, daga y maza. También lo instruyó en el uso de la ballesta, el manejo del caballo de combate y en estrategia de guerra. La oración y el adiestramiento eran las únicas actividades permitidas por la Regla del Temple. Los juegos, incluido el ajedrez, estaban prohibidos; también la música, y de la litúrgica solo permitían los salmos cantados. Las únicas lecturas aceptadas eran las religiosas. No obstante, en privado, su tío se saltaba muchos de esos preceptos.

Artal llevaba ocho años preparándose para lo que estaba a punto de ocurrir aquella noche. Que su tío le hubiera permitido acompañarle era prueba de que, a pesar de su juventud, le consideraba con la fuerza y la habilidad de un caballero experto. Lleno de orgullo y responsabilidad, Artal preparó con todo cuidado las armas, su caballo y el de su tío.

Después de la cena y del rezo de completas, caballeros y escuderos estaban obligados a revisar las armas y las monturas. Un templario en Tierra Santa debía estar siempre listo para el combate.

Fue entonces cuando el gran maestre anunció la incursión, el mariscal designó a los participantes y explicó la estrategia. Un grupo captaría la atención atacando e incendiando el campamento,

mientras que otro penetraría hasta «La Furiosa» y le prendería fuego. Para prevenir ataques de ese tipo, el campamento, estaba plagado de fosos y empalizadas que por la noche se convertían en trampas mortales. Aunque peor eran las cuerdas que sujetaban las tiendas y que se cruzaban en una peligrosa maraña.

En unos instantes, todos estuvieron armados y montados, cruzaron la ciudad y salieron por la puerta de Maupas. Al trote, bajo la luz de la luna menguante, con las patas de los caballos envueltas en trapos para que sus pisadas fueran silenciosas, se lanzaron en pos del campamento enemigo.

Primero tuvieron que sortear las grandes barricadas y las pantallas de mimbre que los sarracenos movían cada noche para acercarlas más a los muros de la ciudad. El mimbre estaba trenzado de tal forma, y era tan flexible y resistente, que las piedras lanzadas por las balistas cristianas rebotaban en él.

El gran maestre comandaba la carga y lograron sorprender a los mamelucos. Al poco, muchas tiendas ya estaban ardiendo y las cornetas sarracenas daban la alarma. La batalla se generalizó en una orgía de sangre que duró horas y murieron centenares de musulmanes. Y también cristianos. Cabalgar y combatir en aquel laberinto de fosos y empalizadas, rodeados de un hormiguero de enemigos, a la luz de la luna y de incendios que proyectaban destellos y sombras, requería de una habilidad extraordinaria. Y también de suerte. Los caballeros eran abatidos uno tras otro. Uno tuvo la desgracia de caer en un profundo y maloliente foso. Eran las letrinas. Trató sin fortuna de trepar por los bordes. Y allí, en aquel miserable lugar, ahogándose entre excrementos, lo remataron los arqueros musulmanes. El griterío era enorme y Artal olía el humo, la

sangre y el miedo.

El gran maestre, junto a Ramón de Vilalba y sus escuderos, encabezaba el grupo que despejaba el camino a los portadores del fuego griego. Y pronto la dificultad de alcanzar «La Furiosa» resultó evidente. La protegían con fosos y empalizadas tras las que se resguardaban multitud de arqueros y piqueteros.

De repente Artal oyó gritar a su tío:

—¡Cuidado! ¡Las cuerdas de las tiendas!

Al mismo tiempo, hizo chocar su montura contra el caballo de Artal, que salió despedido hacia un lado, librándose del peligro. Pero fueron las patas del suyo las que se enredaron con las cuerdas, cayendo el animal y aplastando al caballero. El muchacho comprendió, angustiado, que su tío acababa de entregar su vida para salvarlo a él.

—¡Tío! —aulló.

El fraile logró liberarse del caballo y se incorporó de inmediato, espada en mano y protegido con su escudo. Los sarracenos le rodearon al instante. Artal fue hacia él, vigilando para no caer también, y arremetió contra los mamelucos. Salían a decenas de todas partes, pero iban a pie. Notó varias flechas clavadas en su escudo. Desde lo alto de Sirio, consiguió tumbar a algunos a fuerza de espadazos, evitando sus lanzas. Otros caballeros acudieron en su ayuda. Artal sintió un gran alivio. ¡Tenía que salvarle!

—¡La balista! —gritó el gran maestre—. ¡Ese es el objetivo! ¡Hay que quemar «La Furiosa»! ¡Seguidme!

Artal vio que la enseña blanca y negra del Temple se alejaba. Había que ir tras ella y los caballeros obedecieron. Fray Ramón, que aún luchaba feroz a pesar del par de flechas que atravesaban su

cota de malla, fue abandonado a su suerte. A sus pies tenía los cuerpos de sus enemigos caídos.

—¡Tío! —clamó Artal—. ¡No te dejaré!

Ignorando las órdenes, continuó golpeando a los que le rodeaban.

Entonces vio a un musulmán enorme que salía de la oscuridad y hería a fray Ramón de un hachazo en la espalda. El fraile cayó de rodillas, tratando de aguantar, pero otro le hundió una lanza en el pecho.

—¡Sígueme! —El gran maestre había vuelto en su busca—. ¡Ya nada puedes hacer por él!

Las lágrimas le nublaban los ojos cuando los sarracenos remataron al caído a lanzazos. Artal sintió una pena y un desamparo terribles. Aquel hombre había sido más que un padre para él. Fue el único que le dio consuelo y cariño en los últimos ocho años en los que, siendo un niño, había sufrido la dura disciplina del Temple.

5

La partida no logró superar las defensas que rodeaban a «La Furiosa». Tuvo que lanzar el fuego griego a distancia con grandes hondas, por lo que muchos de los proyectiles cayeron al suelo, donde se consumían, y cuando alguno alcanzaba la maldita máquina, los sarracenos corrían a apagarlo. Habían perdido lo único que tenían a su favor, el factor sorpresa, y el campamento enemigo se había convertido en una trampa mortal. El gran maestre ordenó la retirada.

Con la caballería sarracena persiguiéndole, Artal espoleó a Sirio hacia la ciudad. Tan pronto cruzó la puerta, desmontó del caballo, se quitó el pesado yelmo y se sentó en el suelo. Con los codos en las rodillas y el rostro oculto entre las manos, estalló en un llanto desconsolado. La muerte de su tío le producía una zozobra indescriptible. Se sentía solo, desamparado, derrotado.

Y en aquel trance lo encontró fray Guillaume cuando hacía recuento de los suyos después del combate. Al no reconocerle en la penumbra, le golpeó ligeramente con la punta del pie y le pidió que se descubriera. Artal lo hizo, le miró un instante y se tapó de nuevo la cara para ahogar, sin éxito, un gran sollozo.

—Ramón de Vilalba —murmuró el fraile.

Artal no podía hablar y negó con la cabeza.

Lo agarró de una mano y tiró de él para obligarle a levantarse. Después lo abrazó con fuerza.

—No sufras por él. Está ya en el cielo, a la derecha de Dios Padre, junto a los benditos mártires de la fe —le dijo.

Sin embargo, un nuevo horror le esperaba a la mañana siguiente. Desde lo alto del muro norte, Artal presenció, junto a su amigo Andrew, el macabro desfile. Los sarracenos, en procesión, al ritmo de chirimías y tambores, mostraban los trofeos de la noche anterior. Los caballos capturados cargaban las armas de los caídos, y los mamelucos paseaban las cabezas de los frailes clavadas en los extremos de unas picas. Artal reconoció de inmediato la de su tío. Tenía los ojos abiertos y parecía mirarle. En un arrebato de rabia, tomó una ballesta y disparó contra el que la alzaba, a sabiendas de que se encontraba fuera de tiro. Se mordió los labios para contener el llanto frente a su amigo, pero no lo consiguió. Ni en la más horrible de sus pesadillas pudo imaginar aquello.

Los templarios mostraron desde las almenas los escudos y las armas que habían requisado a los mamelucos. No era más que un triste consuelo. La procesión continuó paralela a las murallas, pasando frente a los hospitalarios, los teutónicos y las tropas del rey de Chipre, camino de la lujosa tienda del sultán, que se hallaba en una colina. Después recorrieron el resto de las murallas, las defendidas por pisanos, genoveses, venecianos y las milicias de la ciudad, hasta el mar del lado este, desde donde regresaron con la misma parsimonia ceremoniosa.

Las balistas sarracenas no habían cesado de arrojar piedras y fuego, pero cuando el desfile llegó a la zona defendida por los templarios, añadieron otros proyectiles: las cabezas de los frailes que habían paseado en las puntas de las picas. Algunas se perdieron

en los tejados, pero se pudo recuperar la mayoría. La de Ramón de Vilalba, con el cráneo y la faz destrozados por el impacto, mostraba aún sus verdes ojos abiertos.

Uno de los capellanes ofició la misa de difuntos en la iglesia de la fortaleza. Las cabezas habían sido lavadas con agua bendita y tenían los ojos cerrados. Estaban sobre el altar. El cura encomendó sus almas a san Juan Bautista y a san Jorge, patrones de los templarios y de los mártires decapitados por su fe. Porque aquel era el destino de los frailes que caían en manos sarracenas, ya que el Temple nunca pagaba rescate por ellos.

Todos asistieron, de rodillas y serenos, con sus hábitos grises. Los caballeros lucían capa blanca, y los sargentos y escuderos, negra. Artal, para su vergüenza, no podía contener el llanto y a veces rompía con sus sollozos el apagado murmullo de los rezos.

Antes de salir se fue al altar para, entre lágrimas, besar la cabeza de su tío; era su despedida definitiva. Andrew se acercó a él, le sujetó por los hombros, le besó en las mejillas y le abrazó. Los demás le imitaron y Artal sintió consuelo. El último fue el gran maestre.

—No te quedas solo —le dijo—. Le prometí a tu tío que si él faltaba, yo me haría cargo de ti. Mi escudero también ha muerto en la incursión. A partir de ahora ocuparás su lugar. Yo seré tu padre; tú serás mi hijo, y los frailes, como siempre, tus hermanos.

El sonido vibrante del resorte de «La Furiosa» le obligó a regresar al presente. Una roca gigantesca volaba hacia ellos e instintivamente Artal y Andrew agacharon la cabeza. Impactó con gran estruendo varios metros más allá, haciendo volar las almenas de la muralla y a

varios defensores. Gran parte del muro se hundió. Amanecía y la lluvia de fuego y piedras era más intensa que nunca. Los tambores tronaban con rabia.

—El asalto está a punto de comenzar —murmuró Andrew.

6

Al rato, Artal y Andrew advirtieron que los proyectiles de las catapultas ya no iban contra ellos. Volaban por encima de sus cabezas, sorteando la muralla exterior para sobrevolar el foso intermedio e impactar en el muro interior.

—Ahora es cuando empieza todo —dijo Artal.

De pronto, de los parapetos de mimbre surgieron miles de sarracenos que se cubrían con unos escudos gigantes. Los dos escuderos les disparaban con sus ballestas. Lograron avanzar y se detuvieron justo antes del foso, a una distancia a la que una piedra arrojada desde la muralla no podía alcanzarlos. Después, cientos de soldados armados con unas hondas de largos mangos salieron corriendo de las barricadas para situarse detrás de los escudos de sus compañeros. Y empezaron a lanzar recipientes con combustible en llamas que llegaban sin dificultad a las almenas, llenándolo todo de fuego y de una densa humareda. Aun a riesgo de que los abrasaran y sin apenas ver al enemigo, Artal y Andrew siguieron disparando. Entonces miles de arqueros abandonaron los parapetos, lanzando nubes de flechas que caían sobre los defensores. Disparaban varias en menos de un minuto. Artal se cubría con el escudo cuando oyó un golpe, la rotura de una cerámica y un grito. Y al mirar vio horrorizado que el fuego se extendía por todo el cuerpo de Andrew. Le habían dado de lleno. Buscó a su alrededor algo para ayudar a su amigo y no encontró otra cosa que su propio escudo y

su mano derecha. El líquido había penetrado en el yelmo del infeliz y las llamas salían por los orificios de ojos y boca. Su sobreveste también ardía. El muchacho soltó un grito ronco espeluznante. Era una antorcha. Se abrasaba. Nada podía apagar aquel fuego.

Con el corazón encogido, Artal lo contemplaba impotente. Y, a pesar de saber que era inútil, trató de ahogar el fuego, pero solo logró que su escudo también prendiera y que su mano derecha se convirtiera en una tea en llamas. Se quemaba. La envolvió con su sobreveste y como por fortuna no había recibido el impacto directo, al poco pudo apagarla. La malla de hierro y el guante de lana le habían protegido. De repente notó que le empujaban.

—¡Déjalo! —Era el gran maestre—. Ya nada puedes hacer por él. Reza y lucha.

Andrew estaba encogido en el suelo. Ni se quejaba, ni se movía. Sus restos continuaban ardiendo. Artal notó que las lágrimas le empañaban la vista mientras trataba de disparar su ballesta. Rezaba.

Los sarracenos habían matado o alejado a los defensores de las almenas y ahora, como si de una invasión de miles de hormigas se tratara, rellenaban el primer foso con materiales de todo tipo. Después apoyarían las escaleras. En algunas zonas les sería fácil penetrar porque el muro estaba derruido. Los templarios, ahora tras las ruinas, a duras penas podrían contener la primera oleada. Luchaban desesperadamente, espada en mano, pero pronto tendrían que retirarse a la segunda muralla.

Un par de días antes, la torre del Rey, uno de los bastiones clave de la muralla exterior, situada en el extremo este, frente a la torre Maldita, se derrumbó a causa de las minas que los sarracenos cavaron bajo los muros y por los impactos de las rocas que lanzaban

las balistas. Sus ruinas fueron tomadas el día anterior en una lucha feroz, y ahora los mamelucos tenían acceso a la muralla interna de la ciudad con solo cruzar el foso. Se construyeron muros a modo de cortafuegos entre ambas murallas, pero era una solución muy precaria y el lugar estaba muy alejado de donde combatían los templarios.

Aquella era la zona defendida por las tropas del rey de Chipre, que además ostentaba el título de rey de Jerusalén. Su autoridad sobre Acre era reconocida por las órdenes militares. Llegó quince días antes con cien caballeros y dos mil infantes para reforzar la defensa. Artal, en calidad de escudero, había acompañado al gran maestre a los consejos donde se reunían los líderes militares. No tuvo acceso a las deliberaciones, pero logró ver al rey. No le creía el hombre adecuado para aquella empresa.

Artal se preguntaba cuánto podrían aguantar el rey y su gente, mucho menos disciplinada y preparada que los frailes. Pronto comprobó que fray Guillaume compartía su inquietud.

—¡A los caballos! —ordenó a un grupo de frailes escogidos en cuanto un angustiado mensajero le dio la noticia—. ¡Los sarracenos entran por la torre Maldita!

Cruzaron el foso que separaba las murallas por el puente levadizo, y tras la segunda estaban los palafreneros con los caballos. Galoparon por las calles desiertas del barrio de Montmusard, rebasaron la puerta de San Antonio y en unos instantes llegaron a la zona donde ya se luchaba en las calles. Los caballeros hospitalarios se habían anticipado y ya estaban allí, junto a algunos soldados del rey, peleando contra un grupo de mamelucos.

—¡El mayor contingente enemigo se dirige a la zona pisana, van

a abrir la puerta de San Nicolás! —advirtió a gritos el gran maestre hospitalario.

Fray Guillaume no se detuvo y continuó con la tropa del Temple hacia la puerta que defendían los pisanos. Al otro lado se encontraban las fuerzas de élite del visir, si los sarracenos lograban abrirla, la caballería musulmana entraría arrasando.

La lucha se fue extendiendo por las calles, pero los mamelucos iban a pie y solo derribaron a un puñado de caballeros antes de que estos los aniquilaran.

—¡Regresemos a la torre Maldita! —ordenó el gran maestre cuando terminaron.

Cabalgaron en sentido contrario, acabando con los enemigos dispersos que encontraban a su paso. Cuando llegaron, los hospitalarios, junto con algunos teutónicos, habían logrado contener el asalto y combatían a los invasores en las ruinas de la muralla interior. Los templarios descabalgaron y se unieron a sus hermanos de fe.

—¡El rey de Jerusalén ha huido! —oyó Artal que un hospitalario le susurraba a un templario—. ¡Estamos solos!

La rutina del asalto se repetía. Desde los grandes parapetos, una lluvia de fuego seguida de otra de flechas caía sobre ellos. Los defensores trataban de protegerse como mejor podían. Mientras, los sarracenos colocaban las escaleras para trepar a la segunda muralla. Se lanzaban al ataque aullando como posesos, con una determinación suicida. Al igual que los frailes, ellos también morían por su fe y alcanzaban de inmediato el Paraíso. A Artal no le daba tiempo a usar su ballesta entre asalto y asalto. Golpeaba con su espada, tajaba, se cubría con el escudo y volvía a golpear y a tajar.

Las manos le dolían de la fuerza con que sujetaba sus armas y los brazos le pesaban del cansancio. Se resentía de un par de golpes recibidos en el casco y de la herida en el hombro causada por una saeta que había roto su cota de malla. Había sangre por todas partes, y los cuerpos de unos y otros se amontonaban formando un nuevo muro. El humo cegaba, atufaba a madera y a carne quemada, y los gritos y los rezos se escuchaban en múltiples idiomas. Pero los frailes no dieron un solo paso atrás. Artal, al igual que ellos, sabía que era imposible contener al enemigo y se aferraba a que su deber era morir por Cristo, del mismo modo que habían muerto su tío, su amigo Andrew y decenas de hermanos.

Después de otro asalto frustrado, los mamelucos lanzaron una nueva lluvia de flechas. Fue entonces cuando un sonido metálico hizo que Artal girara la cabeza. Una espada acababa de caer y vibraba sobre el empedrado. El joven reconoció de inmediato a Guillaume de Beaujeu. Encorvado, le daba la espalda al enemigo. No se lo podía creer. El gran maestre abandonaba el combate y se dirigía vacilante hacia el interior de la ciudad.

—¿Adónde vais, señor? —inquirió sorprendido uno de los caballeros del Hospital.

Fray Guillaume se giró. Había tratado de pasar desapercibido para no mermar la moral de los suyos, pero su mano, debilitada, le traicionó al soltar la espada.

—No huyo, sino que muero —repuso después de una pausa—. Esta es la flecha.

Levantó el brazo mostrando la vara de una saeta clavada bajo su axila izquierda. La sangre brotaba de la herida, empapaba su cota de malla y goteaba en el suelo. En ese instante, el gran maestre

templario tosió sangre.

Artal sintió el mismo desgarro, el mismo dolor que cuando mataron a su tío. Todos aquellos a quienes él quería, uno tras otro, estaban muriendo. Pronto le llegaría su turno.

7

Los tambores y las chirimías seguían sonando y un griterío anunció el siguiente ataque. Los mamelucos corrían hacia ellos. Pero Artal enfundó la espada, se pasó el brazo izquierdo del gran maestre por encima de su hombro y le protegió la espalda con su escudo de otra lluvia de flechas. Con la ayuda del hospitalario, se internaron en la ciudad por un portón.

En el palacio de la princesa María de Antioquía se había instalado un precario hospital. Los ayes y el olor a sangre los recibieron al entrar. Al médico le bastó una simple mirada para dar su diagnóstico.

—No vamos a extraer la flecha —dijo.

Fray Guillaume asintió con la cabeza y pidió que le tumbaran en un camastro. Todos los jergones estaban ocupados; en uno de ellos vieron un cadáver y lo retiraron para que lo ocupara el gran maestre. Del exterior llegaba el griterío del combate y el hospitalario, después de besarle la mano, salió corriendo para reemprender la lucha.

Los sentimientos de Artal hacia el moribundo eran intensos. Deseaba acompañarle en sus últimos instantes, pero su deber era estar en el muro, luchando junto a sus hermanos. Las lágrimas acudieron a sus ojos cuando le besó la mano, presuroso, para despedirse. Pero fray Guillaume le agarró reteniéndole.

—¡Quédate un momento! —le dijo—. He de hablarte. No quiero comparecer ante el Señor con esta pena.

—¡Os buscaré un confesor!

—No necesito confesarme. Solo tengo un asunto pendiente en esta vida y es contigo.

—¿Conmigo, padre? —inquirió Artal, sorprendido.

—Sí, contigo. —Fray Guillaume le apretó la mano. En su rostro apareció una mueca de dolor y aguardó unos instantes antes de hablar—: Hace un mes que tu tío murió y te tomé como escudero. Fray Ramón era un gran amigo y me pidió que cuidara de ti.

Artal, arrodillado junto al jergón, sostenía la mano del gran maestre entre las suyas.

—Quiero que vayas a la fortaleza, recojas el salvoconducto que te mostré y partas de inmediato a Chipre. —Otro gesto de dolor lo interrumpió, pero añadió un momento después—: Esta vez sin excusas. Me debes obediencia.

—Siento que mi deber es luchar, padre.

—No tengo tiempo para discutir con un insensato. —Tosió escupiendo sangre—. Hay algo más.

—¿Qué es, padre?

—Una carta de tu madre pidiendo ayuda. Dice estar en peligro.

—¿De mi madre? —inquirió sobresaltado—. ¿De ella? No sabe leer ni escribir. Sus noticias nos llegan siempre a través del comendador de Ascó.

Su única familia en los últimos años habían sido su tío y los hermanos del Temple. Así lo quería la Orden. La Regla restringía la comunicación con los parientes, el propósito era aislar a su gente para mantenerla pura. Fuera de los muros del convento se encontraba el pecado, la tentación, la duda. Solo los frailes de confianza, obligados por sus responsabilidades, podían relacionarse con el mundo exterior.

Con frecuencia su tío le informaba de que había recibido noticias de su madre. Decía que en Vilalba estaban bien, que le quería mucho y le suplicaba que se cuidara. Y nada más. Todo era leído y censurado previamente, en especial las palabras de amor, aunque fuera filial. Lo mismo ocurría con lo que él respondía. Las cartas físicas no llegaban, solo el comentario del censor. Su madre también le enviaba ropa de abrigo que ella misma tejía, pero tampoco las recibía. Aquellas prendas que confeccionaba con tanto cariño se consideraban privilegios inaceptables, y se repartían entre los frailes que las necesitaran o se las daban a los pobres. Un templario no tenía pertenencias, y él, que era un acogido, tampoco.

Tenía dulces recuerdos de su madre, pero muy lejanos. En cualquier caso, que enviara una carta pidiendo ayuda le resultó extraño. De correr peligro, la encomienda templaria de Ascó, ubicada en su imponente castillo, debía auxiliarla. La Orden tenía señoría sobre Vilalba, y según la ley feudal, el señor debía amparar al vasallo. Por eso la noticia le causó una especial angustia. ¿Es que el Temple no protegía a su madre?

—La carta está junto al salvoconducto, cógela y regresa a tu tierra —prosiguió el moribundo.

—¿Y por qué no me la dio mi tío, gran maestre? ¿Por qué no se me dijo?

—Debatimos sobre ello. —Se detuvo y volvió a toser sangre—. Fray Ramón encontraba esa carta extraña, dudaba que fuera auténtica y murió antes de tomar una decisión. Temía que fuera un señuelo para que volvieras a tu tierra, donde te esperan para matarte. —Su voz, que acostumbraba a imponerse sobre el fragor de las batallas, ahora era tan débil que Artal tuvo que hacer un esfuerzo

para oírle—. Pero yo no puedo rendir cuentas ante el Señor dejando que esa carta, la angustia de tu madre y tu propia vida pesen sobre mi conciencia. ¡Obedece mis órdenes!

—¿Quién quiere matarme? —inquirió—. ¿Por qué?

—No lo sé, tu tío nunca lo dijo —murmuró—. Pero por eso te trajo aquí, para que vivieras, no para que murieras. ¡Ve con mucho cuidado!

Fray Guillaume cerró los ojos. El dolor de la herida era insoportable y sentía que se le iba la vida con cada respiración.

—Bendecidme, padre —susurró el chico—. Quedad tranquilo, os obedeceré.

Guillaume de Beaujeu abrió los ojos y levantó su mano. Artal empezó a santiguarse, pero antes de que pudiera terminar, la mano del fraile se desplomó. Tenía la mirada perdida. Artal le cerró los ojos y le besó la mano.

Salió del palacio a todo correr en busca de su caballo Sirio. Apenas le quedaban lágrimas, solo una pena y un desamparo profundos. Estaba solo. Completamente solo en aquella ciudad condenada. Pero aún tenía a su madre. Y a sus hermanos. Muy lejos, en el otro extremo del Mediterráneo. Y ella se encontraba en peligro. Suponiendo que aquella extraña carta fuese suya y no una trampa, claro. Las dudas lo abrumaban. Aunque estaba decidido a resolverlas. ¡Regresaría como fuera!

8

—Nos vamos —le dijo entre llantos Aleja, su vecina y mejor amiga, dándole un fuerte abrazo.

—¿Adónde? —inquirió Beatriz, alarmada.

—A Chipre —sollozó.

—Pero ¿y la ciudad?

—La ciudad está perdida. Creíamos que resistiría, pero nos engañaron. El rey está embarcando y nos lleva con él.

—¿Y nosotras? —dijo Beatriz cogiendo en brazos a su hija.

—No lo sé. Me tengo que ir —repuso Aleja, angustiada—. Gilles está recogiendo todo lo que podemos llevarnos y me matará si se entera de que te lo he dicho. Lo siento. Lo siento mucho. ¡Que Dios os ampare!

Aleja salió corriendo y Beatriz la siguió con la niña. En la calle se encontró con el esposo, el que fue amigo de su marido, cargando un par de bultos en su caballo y a sus dos hijos.

—¡No me dejéis, Gilles! —le suplicó.

El hombre, un duro mercenario franco, la miró serio y apretó las mandíbulas.

—¡Vamos! —le dijo a su mujer.

—¡Por favor, Gilles! —insistió Beatriz.

Él la apartó de un empujón.

—No puedes venir con nosotros —le contestó—. El rey necesita a sus soldados para defender Chipre y no hay sitio para todos. Solo

pueden embarcar las familias de los oficiales. Las viudas os quedáis, con vuestros maridos —susurró siniestro.

—¡Por el amor de Dios, Gilles! —suplicó Beatriz.

—¡Aparta! ¡Nos haces perder tiempo y nos dejarán aquí!

El mercenario, que venía de luchar en las murallas, iba armado. Tiró del caballo y empezó a andar presuroso.

—¡Por favor, Gilles, intentémoslo! —le suplicó su esposa sujetándole del brazo para detenerle.

Él le cruzó la cara con una sonora bofetada. Los niños empezaron a llorar.

—¡Son órdenes! —Y tiró del caballo al tiempo que empujaba a Aleja—. ¡Maldita seas, mujer! ¿Es que no entiendes lo que son las órdenes?

—No me puedes dejar aquí. ¡Eras su mejor amigo! —le reprochó Beatriz corriendo a su lado—. ¿Por qué nos abandona el rey? ¡Mi marido murió por él!

—¡Tu marido murió por dinero! ¡Por la soldada que le pagaban! —le espetó el hombre antes de proseguir—. Y no me hagas perder más tiempo. Recoge lo que tengas y corre con tu hija al puerto, quizá puedas pagar un pasaje.

Su mujer le siguió sollozando.

Beatriz, aterrorizada, regresó a su casa. Sabía lo que debía hacer en aquella situación, lo había repasado con su marido cientos de veces. Pero nunca se imaginó sola, que la abandonaran con su hijita. El pánico le dio alas.

Dejó a la niña, que seguía llorando, en la entrada, atrancó la puerta y buscó una cuchara grande en la cocina. El suelo era de tierra, cavó en un rincón y extrajo un bote de cerámica lleno de

monedas, después sacó de un arcón una especie de corsé. Fue llenando de monedas los bolsillos de la prenda, que también tenía una funda donde guardó un cuchillo. A continuación, se subió la gonela y se ciñó la faja con fuerza a la cintura. Su talle era estrecho y su vestido, lo bastante ancho para que no se notara que allí escondía lo que su marido había ganado y robado durante años batallando como mercenario. Sacó del arcón una sábana y puso en ella su gonela de repuesto, un manto, ropa de la niña, dos cucharas y dos escudillas de madera. Cogió también una cruz, un poco mayor que la que colgaba de su cuello, y la guardó en un bolsillo después de besarla.

—¡Dios Nuestro Señor, sálvanos! —suplicó—. ¡Que no me separen de mi hija!

Hizo un hatillo anudando los extremos de la sábana y se sujetó al cuello un gran pañuelo en el que acomodó a la niña para transportarla mejor. Abrió la puerta, cargó con el bulto y, sin cerrarla ni mirar atrás, se lanzó presurosa cuesta abajo hacia el puerto.

Beatriz tenía dieciocho años. La casaron a los catorce, con quince tuvo a su hija y hacía solo un par de días que enviudó. Su marido cayó luchando en la torre del Rey. Cuando lo supo, Beatriz no sintió una gran pena, sino temor por su futuro y el de su hija. Jamás llegó a quererle ni él hizo nada por enamorarla. Ella procedía de un pobre villorrio del centro de Chipre, y un día en que pastoreaba el puñado de cabras de la familia, un tío suyo la violó. Para evitar la vergüenza, su padre la llevó a Famagusta, la capital, y la casó con un rudo mercenario franco a sueldo del rey de Chipre, que compensó a sus padres con un puñado de monedas. Al contrario que a los vecinos de

Beatriz, a aquel hombre le traía sin cuidado que ella hubiera perdido la virginidad. Consideraba que, en la guerra, las posesiones y la esposa del vencido eran derecho del vencedor, y se jactaba de las muchas mujeres, tanto moras como cristianas, que había forzado.

El hombre tenía cuarenta años, llevaba veintitrés de mercenario y decidió casarse para celebrar que el rey de Chipre le acababa de nombrar oficial. Dejaría de usar las mujeres de otros, pagando o a la fuerza, y tendría la suya propia.

Para la joven Beatriz, la noche de bodas no fue muy distinta del horrible encuentro con su tío en el monte. El hombre era violento y no le importaba que ella sufriera. Incluso parecía gozar con sus lamentos, como si le recordaran el botín que se cobraba tras sus victorias.

Al mudarse a San Juan de Acre, Beatriz tuvo al menos casa propia y no le faltaba la comida. Su marido la trataba como a una esclava, pero conforme fue haciéndose mujer, su talante mejoró. La miraba complacido y aseguraba haber hecho un buen negocio, que se estaba poniendo muy guapa y que le había salido barata. Le irritaban los lloros de la niña, pero cuando estaba de buenas la observaba sorprendido. La veía como a un animalillo simpático e incomprensible y jugaba con ella.

A su manera, aquel bestia cuidaba de ellas. Y aunque golpeaba a Beatriz con frecuencia, no escatimaba el dinero y le daba libertad para ir al mercado y charlar con las vecinas. También la preparaba por si el destino se torcía.

—Si los sarracenos toman la ciudad, degollarán a los hombres que quedemos —le decía—. Pero a ti, con esa buena pinta, te mantendrán viva. Sedúcelos cuando te violen. Sé complaciente y a lo

mejor consigues que no te separen de la niña. No será deshonra para ti. Cuando el vencedor vio-la a una mujer, no la humilla a ella, sino al hombre que no ha sabido defenderla, sea marido, hermano o padre. Los cristianos tienen mucha tontería con eso. Cuando los sarracenos tomaron Jerusalén, unas monjas se desfiguraron el rostro con un cuchillo para que no las mancillaran y conservar así su pureza. Y se las cepillaron con más violencia aún, por tontas.

Al imaginar aquello, el muy grosero se reía a grandes carcajadas. Después continuó:

—Os harán esclavas. Pero la esclavitud entre los musulmanes tampoco es deshonrosa como lo es en tierras cristianas. Si le gustas, un mameluco te puede hacer su esposa. Toda la estirpe de los mamelucos procede de esclavos cristianos que los sarracenos adiestraron desde niños para hacerlos soldados. Ganaban su libertad si demostraban su mérito y se convertían. Y algunos llegaron a reyes. Los moros respetan a los esclavos. Sé lista y usa tus encantos para proteger a nuestra hija y progresar.

En todo ello pensaba Beatriz mientras cargaba con la niña y el hatillo camino del puerto. No se quedaría para que la violaran y la esclavizaran. Y nunca correría el riesgo de que la separaran de la pequeña. Su niña era lo único hermoso que le había dado la vida y estaba dispuesta a morir por ella. Solo si caía en manos de los musulmanes, cosa que trataría de evitar por todos los medios, seguiría los consejos de su difunto marido. Tras su muerte, se sentía libre por primera vez en su vida. Y a pesar del pánico que la embargaba en aquellos momentos, no iba a renunciar a su libertad.

Al llegar al puerto, una multitud cargada con sus pertenencias, que gritaba, rezaba, suplicaba y se movía como las olas del mar,

bloqueaba el acceso a las naves. Beatriz forcejeó, pero no hubo manera de abrirse paso.

—¡Piden veinte florines de oro por pasaje! —exclamó un hombre.

—¡Ladrones hijos de puta! —chilló otro.

—¿Quién tiene ese dinero? —se lamentaba una mujer.

—¿Qué será de nosotros? —lloraba otra.

Beatriz tenía el dinero, aunque no lograba avanzar y tampoco se atrevía a hacerlo público. Aquellas gentes desesperadas eran capaces de matarla allí mismo para robárselo. Forcejeó de nuevo, sin éxito. En ese momento, un soldado que acababa de llegar, sin pronunciar palabra, empezó a abrirse paso a empujones y puñetazos. La gente rugía y chillaba, pero él se imponía. Beatriz trató de seguirle, y de pronto sintió que un cuchillo le pinchaba la garganta.

—¿Te quieres colar? —le preguntó la mujer que lo empuñaba.

—No —musitó ella.

El soldado se había perdido ya entre la multitud. Entonces escuchó un gran clamor a su espalda. Vio que varios sarracenos llegaban al puerto y acometían a la gente con lanzas y espadas. La muchedumbre enloqueció de pánico. Beatriz echó a correr entre empujones, y abrazó a su hija cuando vio que otros niños caían y eran pisoteados sin piedad. Ella trataba de proteger a Margarita sacando los codos. Todo eran aplastamientos, golpes y empellones. Y a causa de uno de ellos, la pequeña se le escurrió del pañuelo con el que la sujetaba. Beatriz soltó un grito desgarrador que se perdió entre el clamor de la masa. Quiso llegar a ella mientras chillaba su nombre, pero el gentío la arrastraba al tiempo que veía, impotente, cómo la pisaban. La niña lloraba. La multitud, aterrorizada,

arrastraba a Beatriz como una ola gigante por más que ella se empeñara en resistir con todas sus fuerzas. Daba traspiés, pero no podía caer al suelo porque eso representaría la muerte. Oyó un grito a su espalda y vio cómo uno de los sarracenos descargaba su espada sobre un hombre que se desplomó ensangrentado. Después el moro golpeó a una mujer que trataba inútilmente de huir empujando a la gente. La infeliz soltó un aullido horrible. Era una pesadilla. De repente Beatriz se encontró casi en el extremo del muelle. Hombres, mujeres y niños caían al mar chillando, lo hacían en racimos, en una escena apocalíptica. Pocos sabían nadar y chapoteaban desesperados antes de ahogarse. Por unos instantes se olvidó de su hija y trató de escapar a empellones. Si ella moría, todo habría terminado para las dos.

9

Artal corría hacia la muralla mientras las campanas de la ciudad se unían, una tras otra, en un lamento agónico. Su sonido encogía el alma, erizaba el vello. Las había oído llamando a misa, a llorar la muerte, a celebrar fiestas, bodas y bautizos. Pero ahora su tañido sonaba a catástrofe, a algo terrible, a un final. Los sarracenos estaban entrando en la ciudad. Se dijo que de nada servía que alertaran a los desdichados cristianos de la tragedia que se avecinaba. Los cuarenta mil civiles encerrados en aquella ratonera llamada San Juan de Acre no tenían adónde ir. Y lo sabían.

Cuando Artal llegó a la zona de la torre Maldita vio que los sarracenos habían penetrado ya y que se luchaba en las calles. En unos instantes superarían a los pocos defensores que intentaban frenarlos, correrían hacia las puertas y las abrirían. Entonces su caballería se lanzaría al interior de la ciudad y todo estaría perdido.

Ya no quería ser mártir. Tenía que recuperar aquella misteriosa carta y viajar a su casa para ayudar a su madre. Debía escapar, sobrevivir. Por ella. Y porque era el último deseo del gran maestre.

El combate no había llegado hasta donde se encontraban los caballos y al ver a su fiel Sirio esperándole, recuperó el ánimo. El animal le miró nervioso. Artal, antes de montar, le acarició y le habló con ternura para tranquilizarlo. Después lo puso al galope hacia la fortaleza del Temple.

De las casas emergían columnas de humo, olía a madera

quemada y a la nafta del fuego griego. Pero ya no se escuchaban los impactos de los proyectiles. El bombardeo había cesado. Eso solo podía indicar que los musulmanes estaban accediendo no por uno, sino por varios sitios a la vez. Sus tambores sonaban más cercanos.

Entonces oyó gritos de mujer y vio a un puñado de sarracenos asaltando las casas en busca de botín. A pesar de desearlo, no se detuvo.

Grupos de mujeres, niños y ancianos, que habían conservado la esperanza de que la ciudad resistiera, huían ahora despavoridos cargando con algunas de sus pertenencias. La mayoría iban hacia el puerto con la loca pretensión de subirse a una embarcación.

Artal sintió pena y piedad por aquellos infelices sin futuro. Cuando los cruzados tomaron Jerusalén, pasaron a cuchillo a hombres, mujeres y niños. Y el asedio a San Juan de Acre respondía a la matanza de unos comerciantes musulmanes que tuvo lugar meses antes en la ciudad, tras lo cual las autoridades se negaron a entregar a los culpables a la justicia del califa. Los mamelucos estaban sedientos de sangre.

La puerta de la fortaleza templaria estaba abierta. Allí se refugiaban los combatientes que abandonaban la muralla norte, dispuestos a resistir, y muchos civiles en busca de amparo. A la entrada se encontraba Wolfgang Langer, un viejo caballero ciego que había donado toda su fortuna al Temple a cambio del hábito con la cruz roja patada sobre el corazón y la capa blanca. Quería morir en Tierra Santa como templario y estaba a punto de cumplir su deseo. Era un hombre alto, y sus ojos de mirada perdida, velados por las cataratas, y su abundante barba blanca le conferían un aspecto profético.

—¡Es el fin del mundo! —clamaba mesiánico con los brazos en cruz—. ¡Las torres se derrumban, el fuego lo consume todo y el Anticristo entra en Jerusalén!

Artal tampoco se detuvo. Dejó a Sirio en el patio de la fortaleza, corrió hacia la celda del gran maestre y buscó la carta. Allí estaba. Se la guardó junto con el salvoconducto en el interior de su armadura y salió disparado. No había tiempo que perder.

El caballero ciego seguía en la puerta anunciando a voces la llegada de los jinetes del Apocalipsis, la conquista, la guerra, el hambre y la muerte.

—¡Las hordas del Anticristo arrasarán San Juan de Acre! —aullaba.

Su capa blanca ondeaba al viento. El joven se estremeció. Le aterraba más aquel hombre que los sarracenos.

—Venimos del puerto —le advirtió uno de los que acudía a refugiarse en la fortaleza—. No se puede llegar a las naves. Es el caos.

—¡Asaltan las casas, masacran a la gente! —chilló una mujer aterrada.

Artal comprendió que le sería difícil salir de aquella ciudad condenada.

El barrio pisano era el camino más corto para llegar al puerto, y allí se dirigió. Pero sus callejas eran estrechas y la muchedumbre, presa del pánico, se empujaba gritando. Cargaban con sus enseres e incluso algunos tiraban de cabras y mulas sin apenas poder avanzar. Volvió atrás, no quería quedarse atrapado. Lo mismo ocurría en el barrio veneciano. No había forma de llegar al mar. Entonces fue hacia el interior de la ciudad para intentar llegar a la zona central del

puerto, la más ancha y, por lo general, la más despejada.

Por el camino se topaba con gente que corría sin rumbo, algunos perseguidos ya por los sarracenos; otros, sin saber adónde ir, resistían en sus casas lanzando objetos por las ventanas contra los asaltantes, pero estos, sedientos de rapiña y sangre, destrozaban las puertas. Una a una, las campanas dejaban de sonar conforme el enemigo ocupaba las iglesias.

Al llegar al puerto vio que la multitud se agolpaba tratando de llegar a las embarcaciones. Se irguió todo lo que pudo en su caballo. Las naves de Chipre, con el rey y los suyos, habían partido ya. Quedaban pocas. Los tripulantes contenían a la masa, espada en mano, hiriendo a quien fuera preciso. Solo algunos elegidos embarcaban, los que tenían dinero para pagar el pasaje.

Una nave con las enseñas del patriarca de Jerusalén se hacía a la mar en aquel momento. El prelado había prohibido que se usara a los cautivos sarracenos como escudos humanos en las murallas y dejó que multitud de desesperados abordaran su embarcación. Pero su caridad le iba a costar cara. La nave iba sobrecargada y la primera gran ola, justo al salir del puerto, la hizo zozobrar. Se oían gritos de pánico. La mayoría no sabían nadar y nadie iba a rescatarlos. Era un espectáculo terrible, sobrecogedor.

Entonces vio, a cierta distancia, una galera con los gallardetes del Temple. La reconoció de inmediato: El Halcón. Su única esperanza. Debía llegar hasta ella.

En ese instante, un grupo de cinco mamelucos irrumpió en el puerto, a pie, cargando contra la gente. Los acometían con espadas y lanzas, sin importarles edad ni sexo. Y el pánico trajo el caos. A Artal le recordó una imagen que vio de pequeño: un perro se

lanzaba al centro de un rebaño y las ovejas se apretujaban a los lados tratando de escapar, angustiadas, dejando un gran hueco en el medio. Solo que ahora eran personas las que aullaban de miedo y dolor. Familias enteras eran arrastradas por la avalancha y pisoteadas mientras que otras caían al mar y se ahogaban. Era una crueldad inútil, sin objeto. Un acto de venganza. Aquellos infelices iban a pagar por los pecados de otros.

Artal no pudo soportarlo. Aún iba armado y a caballo. Se olvidó de embarcar y se lanzó contra ellos, sin ni siquiera protegerse con el yelmo. Se cubrió con el escudo y desenvainó la espada por el camino. Los mamelucos, absortos en su orgía de sangre, no se percataron hasta que lo tuvieron encima. No esperaban resistencia de los infelices que masacraban. Eran soldados de infantería, con casco y una cota de malla simple que les cubría el cuerpo hasta las piernas. Artal golpeó al primero en la zona más vulnerable. El tajo, guiado por una rabia furibunda, a punto estuvo de decapitarlo y el cuerpo se desplomó lanzando chorros de sangre por el cuello. Aquello causó sorpresa y estupor en los restantes. Artal giró su montura y volvió a la carga. Esta vez le esperaban, y dos de ellos, que portaban lanzas, las apoyaron en el suelo para ensartar al caballo aprovechando su propia fuerza. Él hizo un quiebro rápido, evitándolas, y atacó por el flanco asestándole un espadazo entre el hombro y el cuello a otro de los sarracenos. De nada le sirvió cubrirse con el escudo. El golpe, de arriba abajo, llevaba tanta fuerza que lo aplastó igualmente. Artal no se detuvo. Notó el impacto de una de las lanzas en el costado de Sirio y lamentó que su fiel amigo no llevara armadura. Otra lanza le alcanzó a él en la cabeza, rasgándole la piel cerca de la sien tras romper la cofia y la

malla de hierro que le protegía. «Tendría que haberme cubierto con el yelmo», pensó. Pero ya era tarde. Golpeó a uno y a otro, pero sintió que Sirio se derrumbaba abatido, doblando las rodillas delanteras.

Su tío le había hecho practicar aquello cien veces. Sacó sus pies de los estribos y, conforme el animal se desplomaba, él se dejó caer en una voltereta hacia delante. La acrobacia funcionó y, aunque el impacto estuvo a punto de aturdirle, pudo darse la vuelta y cargar de nuevo contra los musulmanes. Quedaban dos. El primero, sorprendido por la maniobra, no se cubrió a tiempo y Artal notó la resistencia de su cota de malla conforme su espada la traspasaba. Antes de caerse, intentó sujetarse los intestinos que querían salir por la raja. El otro se alejó corriendo.

Solo entonces el joven volvió a ser consciente de su situación. Las naves estaban a punto de partir y él debía embarcar. Miró a Sirio, su fiel caballo, tumbado en el suelo. Le habían destripado y vio en sus grandes ojos oscuros, acuosos de sufrimiento, la súplica. Sintió un nudo en la garganta. Estaba condenado, sin remedio, a una muerte muy dolorosa. Perdía a su último amigo. Con la visión nublada por las lágrimas, le besó en el hocico y después, agarrándole de la crin, le seccionó la yugular. Tuvo que apartarse de un salto para que la sangre no le alcanzara. Por un momento se quedó inmóvil contemplando, abrumado, el último estertor de su compañero de fatigas. Hubiera permanecido allí, acariciándole, pero su instinto le hizo reaccionar.

Con una tristeza enorme, enfundó su espada, colgó su yelmo de un gancho sujeto a su cinto y, aferrado a su escudo, se dirigió hacia la galera del Temple.

El panorama era espantoso. El suelo estaba cubierto de equipajes y cadáveres ensangrentados. Casi todos eran niños muertos por aplastamiento, pero también había ancianos y algún adulto. Muchos aún tenían los ojos abiertos. Una mujer lloraba arrodillada frente a una niña, y otros buscaban, dando voces desgarradas, a los suyos. Pero la mayoría de los cuerpos yacían abandonados. Artal notaba su corazón empequeñecido, encogido por la pena. Fue entonces cuando, entre unos fardos y el cuerpo inmóvil de una mujer tendido boca abajo, vio a una niñita de grandes ojos negros que le miraba aterrada. Se estremeció.

¡No era posible! ¡La niña del mercado! ¡Y aquel cuerpo sería el de su madre! ¡La hermosa joven cuyo excitante recuerdo le obligó a hacer tanta penitencia! ¡Y ahora yacía muerta! ¡Era horrible! No podía soportar la pena. La niña le reconoció y le tendió los brazos con las manos abiertas, llorosa.

Artal sabía que no debía cogerla, aunque le partiera el corazón. La Regla del Temple lo prohibía. Además, ¿qué iba a hacer con ella? Tenía que subir a la nave…

Se decía que no podía, que no debía… tomarla en brazos. Era una locura…

Pero lo hizo. Sin ni siquiera saber qué haría después.

10

Las gentes se sintieron aliviadas cuando aquel paladín cristiano, surgido de la nada, acabó en un abrir y cerrar de ojos con los sarracenos que los masacraban. Sin embargo, a Beatriz la angustia no la dejaba respirar. ¡Había perdido a su hija! Trató de volver al lugar donde creía que podía estar, pero la muchedumbre, una vez conjurado el peligro inmediato, en su desesperación por llegar a las naves la empujaba en el sentido contrario.

Entonces pudo ver al caballero y se quedó paralizada. ¡Era él! Alto, apuesto y valiente como un san Jorge. La sangre le brotaba de una herida en la cabeza y su sobreveste negra del Temple, hecho girones, dejaba ver la cota de malla desgarrada en algunos lugares. Sostenía aún su escudo. Había envainado la espada y caminaba resuelto hacia la única nave que quedaba en el puerto. La gente le abría paso con una mezcla de respeto y temor.

Cómo no reconocerle. Era el muchacho de ojos verdes que salvó a su pequeña de morir aplastada bajo los cascos de su caballo. El joven que, aunque se esforzara en disimularlo, no podía evitar responder a su sonrisa con otra sonrisa.

Beatriz era consciente del poder que ejercía sobre él. Desde aquel incidente, aguardaba con sus amigas en la plazoleta para ver a los templarios a la hora en que acostumbraban a salir al campo. Eran los guerreros más admirados. Montaban erguidos, elegantes, en perfecta formación, y pasaban sin mirar a la gente. Como si

estuvieran por encima de los demás, como si pertenecieran ya al mundo de Dios. Lucían hábitos austeros, pero hechos a medida e impecables, al contrario que los frailes franciscanos y de otras órdenes pulgosas y mendicantes. El juego de miradas y sonrisas que se intercambiaban, y los esfuerzos de él por evitarlas, le producían un gran placer y hacían las delicias de sus amigas, que después lo comentaban riendo. Y para mayor alborozo, el apuesto joven empezó a desfilar con el yelmo puesto. Se imaginaban lo ocurrido. Beatriz estaba habituada a llamar la atención de los hombres, pero conquistar a un templario, tan estrictos en todo, aun de aquella forma inocente, admiraba a sus amigas y colmaba su vanidad.

El recuerdo pasó fugaz y Beatriz regresó a su dolorosa realidad. Y forcejeó de nuevo con el gentío para ir en busca de su hija. ¡Debía encontrarla y escapar de aquella ciudad condenada! ¡Su niña era lo único que le importaba en la vida! ¡No podría vivir sin ella! ¿Habría muerto aplastada como otros niños que yacían ensangrentados en el suelo? Estaba desesperada.

Entonces observó que el joven se detenía y vacilaba unos instantes. Y oyó el llanto de su hija. Vio que el muchacho la tomaba en brazos y reemprendía la marcha llevándosela consigo.

—¡Margarita! ¡Margarita! —gritó.

Y empleó las fuerzas que le quedaban en apartar a la gente que la separaba de ellos.

Artal, con el cuerpecito de la niña en brazos, sentía el peso de una abrumadora responsabilidad. Ralentizó el paso pensando qué hacer con ella, a quién confiársela. La Orden prohibía el contacto con cualquier mujer, pero, además, él desconocía las necesidades que

pudiera tener aquel extraño y tierno ser. Lo único obvio era que él debía llegar a El Halcón antes de que la nave partiera y que la niña moriría si la dejaba en aquel infierno.

Entonces, en medio del barullo, distinguió aquel grito que ya oyera cuando la niña cayó a los pies de su caballo. Se giró y vio a la mujer que, por más penitencia que hiciera de rezos y azotes, no podía apartar de su mente. Sintió una gran alegría al verla con vida y un alivio infinito por la niña.

—Tomad a vuestra hija —le dijo tendiéndosela.

—Gracias, señor —murmuró ella al tiempo que la estrechaba entre sus brazos y, llorando, la cubría de besos.

Él las contempló enternecido, pero debía irse.

—¡Que Dios os bendiga! —se despidió.

—¡Señor! —le detuvo ella.

Él vio el temor y la ansiedad en su rostro.

—¡Por el amor de Dios, no nos abandonéis! —suplicó—. ¡Sacadnos de aquí!

—No puedo —balbució él—. La Regla prohíbe el trato con mujeres…

—¡¿Y dejaréis que la maten?! —chilló haciendo amago de devolverle a la niña.

El escote de la gonela dejó entrever, con el movimiento, el nacimiento de sus senos y una pequeña cruz entre ellos. Y sin poder evitarlo, Artal lanzó una mirada huidiza. Ella lo percibió y, más confiada, dulcificó su tono:

—¿Cargará vuestra conciencia, el resto de vuestra vida, con su suplicio y su muerte?

Ambos se miraban con intensidad.

—Lo siento…

—Por Jesucristo y la Virgen María, salvadnos y el Señor sabrá compensaros en el cielo. A vos os embarcarán en la galera del Temple, pero nosotras nos quedaremos aquí, desamparadas, para que nos sacrifiquen los sarracenos.

Artal aún vaciló un instante.

—¡Seguidme! —le dijo al fin.

Alrededor de El Halcón, unos fornidos turcopoles, mercenarios al servicio del Temple, mantenían a la turba a raya con escudos, lanzas y espadas. Y desde la galera, una treintena de ballesteros vigilaba que nadie cruzara la línea de protección. En el suelo, frente a la nave, yacían en un charco de sangre los cadáveres de dos hombres y una mujer ensartados por varios virotes de ballesta. La advertencia era efectiva y, pese a su desesperación, la multitud se contenía.

Mientras Artal se abría paso a empellones, oyó gritar:

—¡Quedan dieciocho pasajes! ¡A doce florines de oro cada uno! ¿Quién más se viene a Chipre?

Se aseguró de que Beatriz le seguía. Cargaba con la niña y el hatillo. Pero llegando a la nave, Artal comprobó que ni forcejeando lograrían mover a los últimos. Desenvainó su daga y les gritó:

—¡Abrid paso al Temple si queréis vivir!

—¡Quedan solo catorce! ¡A doce florines!

Todos se apartaron remisos y Artal se encontró frente a un viejo conocido: Fray Roger de Fiore o de Flor, el capitán de El Halcón. Tenía ojos color miel, era alto y, a pesar de su responsabilidad sobre el mayor y más poderoso buque del Temple, no tenía aún los veinticinco años. El chico le recordaba de antaño con su hábito y su bonete impolutos, su bien cortada barba castaña y su capa negra de

sargento. Ese no era su aspecto ahora. Le había visto en las murallas hablando brevemente con el gran maestre y después peleando al frente de sus ballesteros. Su rostro mostraba tiznes, su atuendo tenía desgarros y aún vestía la armadura ensangrentada. Artal se dijo que había participado en la lucha cuerpo a cuerpo. Aparte de la cercana relación que el marino tenía con el gran maestre, había sido amigo de su tío, del que decía le debía la vida.

Él era quien, flanqueado por varios mercenarios, subastaba vida y muerte por dinero. Artal no podía creer que hiciera aquello.

Fray Roger dejó pasar a un hombre y a una mujer, cargados de fardos, que se apresuraron a depositar una bolsa en una mesita. Un fraile sargento, ya mayor, empezó a contar las monedas, y solo cuando este lo autorizó, los turcopoles dejaron que la pareja subiera a la nave.

—¡A la bodega! —ordenó el capitán.

Una mujer y dos niños se arrodillaron frente a él.

—¡Por el amor de Dios! —suplicaba ella—. ¡Solo tenemos ocho florines para los tres! ¡Tomad mi anillo y las ropas, pero dejadnos pasar!

—¿Alguien más quiere salvar la vida por doce florines por cabeza? —gritó el capitán haciéndole caso omiso.

Entonces reparó en Artal.

—¡Artal de Vilalba! —exclamó—. Te tenía luchando en los muros junto al gran maestre.

—Fray Guillaume ha muerto.

—Lo sé, por eso he abandonado las murallas. Que Dios se apiade de su alma. Acaba de salir una galera del Hospital con su gran maestre herido de un lanzazo en la espalda. La ciudad está perdida.

—¿Por qué no embarcáis, sin más, a esa gente? —le recriminó Artal, escandalizado—. ¿Cómo podéis mercadear con sus vidas?

—No tengo tiempo para discutir con un novicio —repuso el capitán, severo.

—No soy un novicio y tengo un salvoconducto del gran maestre. Debéis embarcarme.

El capitán arrugó el cejo como si pensara.

—Te conozco de hace tiempo y te embarcaré, con o sin salvoconducto. Pero mantente callado. Si pretendes argumentar, te dejo en tierra. Tengo trabajo.

—Ellas vienen conmigo —dijo Artal señalando a Beatriz y a Margarita, que aguardaban detrás en silencio.

—¡Vaya con el novicio! —dijo el fraile, que ya no aparentaba tener la prisa que decía tener. Y tampoco parecían afectarle las gentes que suplicaban subir—. ¡Si tiene mujer e hija!

Artal montó en cólera.

—¡Maldito seáis! ¡Bien sabéis que eso es falso, que nunca he salido del convento!

—Pues si no sois nada del chico —fray Roger se dirigía ahora a Beatriz—, el viaje os costará doce florines de oro, señora, como a todo el mundo. La niña viaja gratis.

—¡No tiene dinero! —gritó Artal—. ¡Y si no suben ellas, yo tampoco! ¡Y la última voluntad del gran maestre es que yo vaya a Chipre! Me lo ordenó antes de morir. ¡Aquí tengo el salvoconducto!

—Apuesto a que, de conocerte, los mamelucos pagarían con tal de que embarcaras y librarse de ti —dijo ceñudo el fraile—. Anda, no me hagas perder más tiempo. Pasad, pero que conste que me debes veinticuatro florines. Doce por cada uno. —Se giró y le gritó al

marino que acomodaba el pasaje—: ¡A la bodega con ellos! —Y después advirtió a Artal levantando su dedo índice—: Tú y yo hablaremos largo y tendido durante el viaje.

Beatriz estrechó en sus brazos a su hija mientras seguía a Artal, que ya subía por la pasarela. Sentía un alivio tremendo, una felicidad inmensa, no podía creer su fortuna. Momentos antes buscaba desesperada a su hija, convencida de que ambas iban a morir. O que, con suerte, sufrirían esclavitud. Y ahora un nuevo futuro se abría ante ellas. Observó las anchas espaldas de su salvador con un agradecimiento infinito y se dijo que debía curarle la herida de la cabeza lo antes posible.

—¡Solo quedan diez plazas! —oyó que gritaba el capitán—. ¡Acepto once florines por cada una! ¡Soltad el oro de una vez! ¡Mejor será que se lo quede el Temple antes de que os lo roben los sarracenos!

11

Al contrario que Beatriz, cuyo pecho estallaba de felicidad y agradecimiento, Artal estaba indignado. La subasta orquestada por fray Roger a costa de la desesperación de aquellos infelices era del todo opuesta a la caridad cristiana. Y la moral del Temple demandaba absoluta decencia y honradez a los hermanos. Pero lo que más le había enfurecido era el tono condescendiente con el que le había tratado el capitán. Como si fuera un niño. Y comprendió que más que sus irónicas palabras, lo que le irritaba era que las hubiera pronunciado delante de Beatriz. Notó que su estómago se encogía al pensar que ella iba detrás, siguiéndole por la pasarela. E intuyó que se avecinaban problemas.

Antes de pisar la nave, Beatriz ya notó el tufo infecto. A sudor, orines y heces. Provenía de varios lugares y en especial de los galeotes que esperaban a los remos. Aunque eran hombres libres, durante la navegación no podían abandonar la bancada para no desbaratar el ritmo de remo y a veces se veían obligados a hacerse sus necesidades encima. Se estremeció al ver la forma en que la observaban, parecían lobos hambrientos. Desvió la mirada al frente. Cuando llegó a San Juan de Acre con su marido, lo hizo en una nave ancha de casco alto que se movía a vela, y no olía bien, pero no era comparable a aquel hedor repugnante. La galera, por el contrario, era alargada y tenía la borda baja para que los remos llegaran al agua. La pasarela los condujo a la crujía, el pasillo central que

separaba los bancos de remeros de babor y estribor. Avanzaron por ella siguiendo al marino, en dirección a la popa, la parte noble de la nave. Allí se alzaba un castillete que estaba atestado de gente ataviada con costosos ropajes, tenían aspecto de ricos mercaderes. Al final de la crujía, una escalerilla subía a la carroza, pero a ellos el marino les mostró la que bajaba a la bodega.

Después de la luminosidad del puerto, con el sol reflejándose en sus aguas, les costó adecuar la vista a la penumbra de aquel enorme recinto cerrado. Era largo y estrecho, de techado bajo, con pilares que sostenían la cubierta. Carecía de ventanas y la única luz, aparte de la poca que entraba por la escalerilla, era la de unos candiles que colgaban del techo a intervalos. La fetidez no desmerecía de la de arriba, solo que aquí se añadían olores rancios, a humedad, aceite quemado y vómitos. El suelo seguía la forma redondeada del casco y mostraba las cuadernas, que se asemejaban a las costillas de un gran animal. Los refugiados habían tendido en ellas sus ropas, tratando de hacer algo más confortable aquel maderamen, que rechinaba con el movimiento del mar. Al fondo se apilaba la escasa carga, principalmente barriles de agua, y allí se acomodaban también los galeotes fuera de servicio. Había zonas reservadas para los soldados y marinos que en esos momentos se encontraban en cubierta, y que se turnaban para dormir allí. Quedaba poco espacio y el marino les señaló un sitio estrecho, al lado del hombre y la mujer que acababan de comprar su pasaje, y que delimitó contando tres cuadernas, las costillas de la nave, y los dos huecos intermedios. Estaban hacinados. Artal observó que no se habían tomado la molestia de separar a las mujeres de los hombres, como era preceptivo. Quizá fuera la falta de costumbre en una nave del

Temple, o porque la mayor parte de los refugiados se agrupaban en familias con hijos.

Beatriz le entregó a la niña y tomó posesión del menguado territorio desanudando el hatillo y extendiendo las ropas. Él se estremeció al comprender que tendría que dormir apretujado contra aquella mujer y murmuró una oración. Quiso salir para negociar una solución con fray Roger, pero un fornido marino de gran barba negra, que después supo que se trataba del cómitre, se lo impidió.

—Tendréis vuestro turno para respirar aire fresco cuando dejemos el puerto —le dijo—. Primero debe embarcar todo el pasaje.

Artal aprovechó para quitarse su sobreveste, que estaba hecha jirones, para librarse después de la cota de malla. Le dolía el cuerpo a causa de sus heridas, de los muchos gol-pes recibidos y de las rozaduras del hierro de la armadura. Aunque la bodega era muy calurosa, solo se desprendió de la capucha acolchada. No quería quedarse en calzones y camisa delante de Beatriz. Tan pronto se descubrió la cabeza, ella dejó a la niña sobre las ropas para curarle la herida.

—A ver, acercaos al candil —dijo tomándole del brazo.

Él se estremeció. Desde que su madre le besó por última vez, hacía ya ocho años, ninguna mujer le había tocado. Confundido, y ante una iniciativa que no aceptaba objeciones, la dejó hacer. A falta de agua, ella mojó un paño con saliva y empezó a limpiarle.

—Es solo un rasguño, gracias a Dios.

Pero él apenas la escuchaba. Contemplaba absorto sus labios, sus dientes, su lengua y sus ojos. ¿Existía algo más bello en el mundo? Cuando terminó, quiso limpiarle allí donde el acolchado estaba roto, pero él, pudoroso, se lo impidió.

—Son heridas sin importancia, señora —argumentó—. Os lo agradezco, pero no es necesario.

Beatriz le miró incrédula, pero respetó su recato. Luego le condujo a su estrecha parcela y le hizo sentarse para que descansara. Habían colocado a otra pareja, con un par de adolescentes, a continuación. Ella se acomodó junto a él después de tomar a la niña en brazos. Sus piernas se tocaban.

—Sois un ángel del cielo enviado por el Señor —le dijo sonriendo —. Os debemos la vida y no sé cómo agradecéroslo. Con sumo gusto haré por vos cualquier cosa que preciséis.

Artal se sonrojó; los elogios le eran ajenos. Entonces ella le tomó la mano para besarla y él la apartó, consternado.

—No hagáis eso, señora —balbució—. Era mi deber protegeros.

—Sí, pero el puerto estaba lleno de cristianos y elegisteis salvarnos a nosotras. —Ella volvía a sonreír y le miraba intensamente.

—He visto unos ganchos en esas vigas —dijo él esquivando sus ojos—. Podemos hacer una hamaca con el pañuelo en el que cargabais a la niña para que duerma bien. —Y se puso de pie para rebuscar en el techo.

Ella le contemplaba afirmando con la cabeza, sonriente. La divertía su azoramiento.

Artal se mantenía atento a los pasajeros que iban apilando en el escaso espacio restante. Cuando creía que ya no cabían más, vio que entraba la mujer que suplicaba de rodillas junto a sus hijos en el puerto, ante la indiferencia de fray Roger. Fue hacia ella.

—¿Cuánto os ha cobrado? —le preguntó Artal.

—Solo cuatro florines, menos de lo que yo le ofrecía —dijo ella—.

Bendito sea, nos ha salvado la vida.

—¡No le bendigáis! —exclamó.

—Hubo quien daba mucho más, pero decidió acogernos a nosotros.

—¡Maldito sea! ¡No tendría que aceptar dinero alguno!

Desde arriba, a través de la escotilla abierta, le llegaron gritos, silbidos y el sonido de un cornetín. La nave empezó a moverse y Artal se encaramó por la escalerilla dispuesto a encararse con el capitán.

12

Artal conocía bien a fray Roger. Ambos, huérfanos de padre, fueron acogidos por el Temple siendo muy pequeños. La Orden no aceptaba niños, fuera de casos muy especiales y por caridad. El menor era tutelado por un fraile y, si mostraba un ferviente deseo y cualidades, se le permitía profesar cuando alcanzaba la edad. Antes debía superar un riguroso examen y demostrar que comprendía y acataba la Regla de la Orden. Solo entonces tomaba los votos. Y esa era la historia de fray Roger.

Cuando El Halcón atracaba en San Juan de Acre, fray Roger visitaba a Ramón de Vilalba. Eran muy amigos. La mayoría de los frailes ignoraban a Artal; sin embargo, el marino siempre charlaba con él. Pero tenía un afinado sentido del humor y le hacía reír, pecado del que luego tenía que confesarse y cumplir penitencia. Artal sospechaba que lo hacía adrede. «De eso yo no me confieso», le decía cuando el chico se quejaba.

Artal tenía al fraile por un transgresor indigno del hábito, y estaba convencido de que no confesaba todos sus pecados ni cumplía con la Regla. Pensaba que si no se le expulsaba era por sus reconocidas dotes marineras, porque había prestado ciertos servicios de índole desconocida a la Orden y porque le caía bien al gran maestre. Pero, aun así, aquel día le sorprendió. Nunca le creyó capaz de algo tan repugnante como lo que acababa de presenciar en el puerto. Era abominable. Y subió a cubierta para expresarle su decepción y

condena.

La luz del sol le deslumbró al asomar la cabeza por la escalerilla. Esta vez fue el fraile que contaba las monedas en el puerto quien trató de hacerle regresar a la oscura caverna. Artal le intimidó con su daga y le propinó un empujón que a punto estuvo de tirarlo escaleras abajo, con lo que el hombre desistió. Nadie reparó en él en cubierta. La intensa actividad, que parecía responder a una mecánica precisa, absorbió su atención. Habían soltado amarras, solo remaban los galeotes de uno de los costados, gruñendo con el esfuerzo de cada palada, y la nave viraba para orientarse hacia la salida del puerto. El piloto, un pelirrojo, daba órdenes con un silbato que eran acatadas de inmediato por el timonel y la marinería, que se encargaba de los cabos y las velas. El cómitre, el tipo enorme de barba oscura que le impidió su anterior intento de salir de la bodega, también usaba el silbato para dirigir a sus segundos cómitres, uno de los cuales marcaba con un bombo el ritmo de boga de la chusma que remaba. Fray Roger se encontraba en el castillo de popa, junto al piloto. No pronunciaba palabra, pero daba la impresión de controlarlo y dirigirlo todo.

Las campanas de las iglesias habían enmudecido, de la ciudad se elevaban densas columnas de humo y el olor a devastación y muerte llegaba hasta la galera. El Halcón era la última nave que abandonaba el puerto, donde aún se agolpaban miles de personas. Estaban aturdidas, sin saber qué hacer ni adónde ir. De pronto se elevó un clamor de pánico. Un destacamento de la caballería mameluca acababa de aparecer. Pero cuando comprobaron que no había quien les pudiera presentar batalla, se dirigieron al barrio veneciano. Sin embargo, le seguían varias columnas de infantes que, de forma

ordenada, se dirigieron al gentío. Muchos, en especial las mujeres y sus hijos, se arrodillaron. Unas agachaban la cabeza orando, otras suplicaban clemencia. Los sarracenos, a la orden de sus jefes, empezaron una macabra selección: degollaban a los hombres y a los ancianos allí mismo, pero preservaban a los pocos que quedaban con aspecto pudiente con la esperanza de cobrar un rescate.

—¡Disparadles si se ponen a tiro! —gritó fray Roger a los ballesteros—. ¡Un sueldo por cabeza!

La nave había virado tanto que ya solo se divisaba el muelle desde el castillo de popa. Allí se encaramaron los ballesteros, apartando a los ricos mercaderes y a sus familias, para dirigirse a la zona del timón. Artal se coló entre ellos. No podía desviar la mirada del terrible espectáculo. Se sentía preso de una malsana fascinación. Empezó a rezar por aquellos infelices. Muchos se precipitaron hacia el muelle; unos se lanzaron al mar, y otros cayeron empujados. Los pocos que sabían nadar trataron inútilmente de llegar a la galera. Unos y otros se iban ahogando. Eran tantos los cadáveres flotando que apenas dejaban ver el agua y los remos se enredaban en ellos.

Un grupo de mamelucos obligaba a las mujeres jóvenes y a los niños a despojarse de todas sus pertenencias para conducirlos después, en hileras, hacia el interior de la ciudad. Otro grupo seguía degollando a hombres y ancianos y otro desvalijaba los cadáveres. Los había que morían como corderos, arrodillados orando, y otros como lobos, tratando de herir a sus enemigos, pero causaban poco daño en las ordenadas filas moras. Ningún ballestero disparó. La distancia era ya mucha y temían herir a aquellos infelices.

Cuando pasaban entre las torres Oeste y de las Moscas, que limitaban la bocana del puerto, el bombo cambió a ritmo de boga.

Los ballesteros abandonaron la carroza y entonces fray Roger se percató de la presencia de Artal.

—¿Qué haces aquí, novicio? ¿No ordené que te quedaras en la bodega?

—No soy un novicio y quiero hablar con vos. Además, ya os dije que tengo un salvoconducto del gran maestre. Me debéis respeto.

El capitán le miró extrañado.

—¡Sea! Vamos a proa —le dijo.

No quería que los refugiados más adinerados los escucharan. Y tomándolo del brazo, le hizo bajar la escalerilla y le empujó por el pasillo de crujía. El espacio frente al espolón de proa era el único lugar que permitía alguna intimidad en aquella sobrecargada nave.

—Quiero que sepas una cosa —le dijo fray Roger con el cejo fruncido, sin dejarle hablar, tan pronto llegaron—. Soy un simple sargento que no llegará jamás a caballero en el Temple, como quizá llegues tú. Pero en esta nave, después de Dios, mando yo. Y aunque apreciaba a tu tío, como no me obedezcas te lanzo al mar. Sin importarme salvoconductos. O mejor, haré que te aten al mástil y te arranquen la piel a latigazos, que es más humillante. ¿Entendido?

Artal jamás le había visto de esa guisa. En sus conversaciones siempre estaba relajado y de buen humor. Aun así, el capitán no le intimidaba. Tragó saliva.

—De acuerdo —dijo—. Pero he de deciros que vuestro comportamiento en el muelle ha sido indigno de un templario. ¡Me avergüenzo de vos! ¡Habéis llenado la bolsa a costa del miedo y la miseria de esta gente!

—¿Ah, sí? —Fray Roger sonrió—. ¿Y qué hubierais hecho vos, gran maestre? ¿Habríais embarcado a esas pobres gentes tal como

llegaban?

—Pues sí.

—¿Para que se ahogaran todos, tal como ha hecho nuestro buen patriarca de Jerusalén? ¿No has visto cómo naufragaban por exceso de carga?

—¡Claro que no!

—Entonces habrías dejado a la mayoría en el muelle, tal como hice yo, ¿verdad?

—No lo sé —tuvo que admitir—. Si no quedara más remedio…

—Entonces, ¿a quiénes habrías embarcado? ¿A los ancianos?

Artal se quedó pensativo.

—Quizá a las mujeres para evitar su deshonra —dijo al fin—. Y a los jóvenes porque tienen más vida que vivir.

—A las mujeres y a los jóvenes los esclavizan, pero por lo general los mantienen vivos. ¿Habrías dejado en tierra a los hombres para que los degollaran a todos?

Artal volvió a pensar.

—No sé cómo lo hubiera hecho —repuso irritado—. Quizá por orden de llegada. Pero nunca habría embarcado primero a los más ricos como habéis hecho vos. Jesucristo dijo…

El capitán rio sarcástico, y le hizo callar con un gesto.

—Así que habrías dejado que se mataran frente a la pasarela y que el más fuerte entrara primero, empujando a las mujeres y a los niños al mar…

—No. Eso tampoco.

—He seguido un criterio —explicó el marino—. Y ha sido el de embarcar primero a los que más oro llevaran encima.

—¡Eso no es cristiano!

Fray Roger se quedó pensando unos instantes, como si buscara la mejor forma de ser entendido.

—Ya lo has visto. Les roban todo. Por lo tanto, nos interesaba recoger la mayor cantidad de oro, plata y joyas para no enriquecer al enemigo. Y el modo más rápido era subastar las pocas plazas disponibles. Porque, créeme, la galera está al límite. Así nos aseguramos de que la mayor parte de las riquezas del muelle están en mi nave y no en las arcas del sultán. No podrá usarlas para financiar guerras contra los cristianos. En San Juan de Acre había mucho mercader que amasó grandes fortunas comerciando con los musulmanes.

Artal, sin esperárselo, empezó a encontrar la lógica en lo que decía.

—Además, ¿no acabas de ver que a algunos hombres les perdonaban la vida?

—Sí.

—¿Y sabes por qué?

El muchacho se encogió de hombros.

—Porque tienen aspecto de que alguien pagará por ellos. Los encarcelarán y si en un tiempo no consiguen el oro que piden por cada uno, les rebanarán el cuello como a pollos. La mayoría de los rescatables que quedaban en el puerto navegan ahora en El Halcón. Así que le he hecho perder una fortuna al sultán. Los templarios somos buenos banqueros. Y yo he actuado como un buen banquero de Dios. He evitado que el dinero de los cristianos fuera a manos de los infieles.

Artal pensó de nuevo y después murmuró:

—Bueno, visto así…

—Espero tus disculpas, novicio.

—Quizá juzgué mal. Pero reconoceréis que la subasta era infame.

El capitán se encogió de hombros y ambos quedaron sumidos en un silencio.

—He de pediros un favor —dijo Artal al rato.

—Dime.

—Visteis que embarqué con una mujer.

—¿Cómo no iba a verla? No tienes mal gusto. Está pero que muy bien, perillán.

—¡No bromeéis! —se indignó—. Vuestro marino nos ha puesto juntos en la bodega. Estamos tan apretados que nos tocamos aun sin querer. Os ruego que me pongáis en otro lugar.

El capitán sonrió.

—Mis hombres se matarían por estar en el lugar del que tú quieres huir.

Por toda respuesta, el joven le miró ceñudo.

Fray Roger hizo como que pensaba.

—¿Sabes? —dijo al fin—. Te vas a quedar allí.

—Pero…

—Mira, Artal, ser virtuoso sin sufrir tentaciones no tiene ningún mérito, y tampoco te hará ganar el cielo. Mira si no cómo san Antonio venció las suyas. Por eso es santo. Te daré la oportunidad de demostrar tu rectitud, tú que tan exigente eres con la de los demás. Te vas a quedar allí.

—Pero… yo no soy san Antonio.

—Y así harás penitencia por los malos pensamientos con respecto a mi persona.

Artal se quedó pensativo. No podía escapar de aquello. Hacía solo

unas horas buscaba el martirio. Y un martirio, aunque de otro tipo, era lo que le esperaba esa noche.

—Al menos dadme un hábito. El acolchado de la armadura me mata de calor.

—¿Un hábito? ¿Cómo voy a darte un hábito del Temple? La gente se escandalizaría viéndote dormir con una mujer. —Y apretó los labios para contener una sonrisa.

El chico se indignó de nuevo. Le tomaba el pelo. ¿Cómo podía sonreír aquel fraile descastado después de la tragedia que acababan de presenciar?

13

El capitán dio por terminada la conversación y le envió a la bodega, advirtiéndole con una palmada en el hombro:

—No sufras tanto por tu castidad, te garantizo que esta noche el diablo no vendrá a tentarte.

Artal bajó la escalerilla preguntándose qué habría querido decir fray Roger con aquello, pero pronto lo entendió. Los candiles se columpiaban con el cabeceo de la nave, multiplicado desde que salieron del puerto. Vio que los marinos habían colocado cubos en distintos lugares de la bodega y los refugiados empezaban a vomitar en ellos. Artal se dijo que era afortunado de tener el estómago vacío, pero el balanceo y el tufo acre de los vómitos en aquel espacio cerrado le pudieron. En unos instantes se encontraba disputando con los demás el acceso a un cubo para arrojar el poco líquido que había en su interior.

—¿Cómo está Margarita? —le preguntó a Beatriz después de aliviarse.

La muchacha mostraba unas ojeras inexistentes momentos antes, y se apoyaba en una de las cuadernas que delimitaban su escaso territorio. A pesar de lo mal que parecía encontrarse, le sonrió.

—¡Oh! Ella está muy bien —repuso—. Gracias a lo que vos le preparasteis.

La hamaca se bamboleaba al mismo ritmo que los candiles.

—Algo más que debo agradeceros —añadió sonriendo de nuevo.

—Nada tenéis que agradecerme, señora —dijo azorado.

—Pero yo deseo hacerlo —insistió ella con una mirada intensa.

Un marino los interrumpió.

—El capitán os quiere en cubierta —le dijo a Artal.

Cuando subió, llenó cuanto pudo sus pulmones de aire puro. La nave seguía atufando a pesar de la brisa, pero percibió un nuevo olor. En uno de los costados, ocupando el espacio de dos bancadas, se encontraba el fogón, y en una gran olla se cocían habas, garbanzos y quizá algo más. Le volvieron las náuseas.

—¿Es verdad que tienes un salvoconducto del gran maestre? —inquirió fray Roger al verle.

—¡Claro! —repuso molesto—. ¿Por qué me lo iba a inventar?

—Es extraño e inusual. —El capitán fruncía el cejo—. No lo necesitabas, te hubiera llevado a Chipre igualmente.

—No es solo para Chipre. Me pidió que regresara a mi tierra.

—¿Y eso por qué?

—Porque mi tío guardaba una carta de mi madre en la que solicitaba mi ayuda.

No había tenido tiempo para asimilarlo y todo aquello le angustiaba.

—Si me lo cuentas todo y me muestras esos documentos, te daré una túnica para que puedas quitarte el acolchado.

Artal aceptó el trato. No solo por la túnica, sino por-que deseaba desahogarse. El capitán parecía muy interesado, así que le contó lo ocurrido y fue a buscar los documentos. Una vez los revisó, fray Roger le hizo varias preguntas, pero no le proporcionó consuelo. Después le dio las ropas.

—Cámbiate aquí mismo —le dijo, y se fue sin más.

El chico se sintió aliviado. Bastante tortura suponía el cansancio, el dolor de las múltiples heridas, rasguños y golpes, además del mareo, como para añadirle el agobio del jubón acolchado en la calurosa y asfixiante bodega. Al regresar a ella, se sorprendió del apetito con que comían los marinos, cuando ninguno de los refugiados podía probar bocado.

Enseguida fue a comprobar cómo se encontraba Margarita. Su hamaca se columpiaba y ella estaba sumida en un sueño profundo. Le acarició la manita.

—El movimiento la adormece, gracias a Dios —le dijo Beatriz a su espalda.

—¡Qué bonita es! —repuso él—. Y, a Dios gracias, no parece sufrir el mareo.

En cambio, él se sentía condenadamente mal y notaba que le fallaban las fuerzas.

—Trataré de dormir —añadió.

—Yo también.

—¿Cómo lo hacemos?

—Tenemos solo dos espacios entre cuadernas, uno para vos y otro para mí.

—Acomodaos vos primero, señora.

Ella lo hizo y él se derrumbó a su lado después de colocar el jubón acolchado para hacer algo más confortables los duros maderos. Notó que el sueño le vencía, no sin antes percibir, a pesar del hedor y la atmósfera sofocante, el agradable olor de Beatriz y su calor tibio. El contacto físico era inevitable.

Fray Roger estaba en lo cierto, el diablo no vino a tentarle, pero un diablillo no dejó de rondarle, incluso en su profundo sueño,

recordándole que ella estaba a su lado.

Beatriz también se sentía agotada, y sin embargo tardó más en dormirse. Se había tumbado dándole la espalda al chico, no por ella, sino para que él se sintiera más cómodo. Notaba la admirada turbación que le producía y eso le inspiraba una gran ternura, al tiempo que acrecentaba su confianza en sí misma. A pesar de su corpulencia, intuía, por su casi inexistente barba, que era muy joven. Ella tenía dieciocho años y él tendría dieciséis o diecisiete a lo sumo. Pero mientras que ella había estado expuesta a la vida, y a las confidencias de sus vecinas, él parecía desconocerlo todo. Sabía cuán estricta era la disciplina del Temple. Intuyó que estaba ya dormido y se giró para observarle a la escasa luz de los candiles. Tenía largas pestañas y llevaba el cabello castaño oscuro corto, como imponía la Regla. Poseía unas cejas gruesas pero bien dibujadas y una nariz recta. Sus labios, más bien anchos, eran apetecibles, y sintió el impulso, que reprimió de inmediato, de depositar un beso en ellos. Recordaba muy bien sus intensos ojos verdes, que tanta admiración causaban entre sus amigas. Era un hermoso muchacho. ¡Qué distinto al panzudo de su marido, que siempre olía a sudor y a vino!

Pero más incluso que su físico, le atraía el respeto con que la trataba. Nunca antes la habían llamado «señora». Su marido la tenía como a una esclava. Ir a por agua a la fuente, comprar en el mercado, preparar la comida, zurcir la ropa, cargar con ella, lavarla, limpiar la casa. Tuvo un aborto al que sobrevivió gracias a la ayuda de sus vecinas. También se le murió un niño a los dos meses. Él asistía a todo ello con indiferencia. Solo mostró alguna ternura con la

niña, cuando le sonreía y empezó a llamarle «papá». Pero no solo era el físico y el respeto que le mostraba lo que la impresionaba del chico. Además estaba el cariño con que cuidaba y trataba a Margarita. Y que las protegiera. Y también el valor demostrado cuando arremetió en el puerto contra los sarracenos. Por primera vez en su vida estaba enamorada. Locamente enamorada.

Se decía que siendo tan joven no podía haber tomado los votos del Temple. Sería un novicio y, por lo tanto, aún era libre frente a la Iglesia y el mundo. Como ella. ¿No sería hermoso que él también se enamorara? ¿Que quisiera formar una familia con ella y con Margarita? Quizá soñara, pero ahora que había muerto su marido, también era libre para soñar. Y se quedó dormida rezando por un milagro.

14

Artal se despertó con hambre y ganas de orinar. Y también con una potente erección. Aquellos despertares solía tenerlos en el convento, pero allí estaba rodeado de hombres y no era el único aquejado de ese mal. Un mal relacionado con los pecados del onanismo y la concupiscencia. Por eso los dormitorios del Temple siempre estaban iluminados. Pero en aquella bodega había mujeres y se sentía turbado. Estaba boca arriba y, avergonzado, se puso de lado. Entonces vio a Beatriz amamantando a la niña. Sobresaltado, se giró de inmediato hacia el otro lado. ¡Nunca había visto, que él recordase, un pecho femenino! Pensó que si se ponía la cota de malla, su peso reduciría la elevación, pero era ridículo. No sabía qué hacer para bajar aquello, que funcionaba con criterio propio, pero sin duda inducido por el diablo.

Al final se arrodilló y se sujetó a una cuaderna con las dos manos, inclinado de forma que el bulto quedase disimulado, y estuvo rezando un largo rato, con la cabeza agachada y los maderos clavándosele en las rodillas. Y cuando al fin le bajó, salió corriendo hacia los barreños que hacían las veces de letrinas.

Muchos continuaban con los vómitos y yacían desmadejados en la penumbra, entre las cuadernas que formaban el enorme costillar de la nave. Pero él, una vez aliviado, notó que sus tripas se retorcían de hambre.

Cuando retornó a su lugar, allí seguía Beatriz. Ya había colocado a

la niña en su hamaca y le miraba sonriente.

—Buenos días —le dijo—. ¿Cómo os sentís?

—Bien, gracias, superé el mareo. ¿Y vos? —Abochornado, se preguntó si ella le habría visto antes.

—También bien. A ver vuestra herida. —Y le sujetó la cabeza suavemente con sus cálidas manos.

Aquello le produjo un placer indecible.

—¡Está mucho mejor! —exclamó ella, feliz—. ¿No tenéis hambre?

—¡Mucha!

—Pues tomad vuestra escudilla y subamos a cubierta, que van a repartir cocido.

—No tengo.

—No importa, os presto una. —Y le pasó un cuenco y una cuchara de madera.

Cuando subieron, el sol se encontraba ya en lo alto y el cielo, muy azul, mostraba algunas nubecillas. Artal se dijo que sería la hora tercia. El mar estaba tranquilo, aunque salpicado de pequeñas olas. Soplaba una brisa que hinchaba las dos velas latinas con las que contaba la nave. Los galeotes, a quienes habían concedido descanso, mantenían los remos en horizontal, fuera del agua, sujetos por unos soportes. Algunos los observaban, en especial a Beatriz. Se pusieron en la cola, que llegaba hasta el fogón del que salía el mismo aroma de habas y garbanzos que el día anterior, solo que ahora exacerbaba el apetito de Artal. Mientras esperaban, ella quiso saber de dónde era y cómo había llegado a San Juan de Acre, y él, desprendiéndose poco a poco de su timidez, le fue contando al tiempo que le preguntaba a ella. Beatriz le sonreía y él a ella, olvidándose de si era pecado o no.

Les llenaron la escudilla con un cocido que, además de habas y garbanzos, llevaba arroz. Y les dieron una galleta durísima que ablandaron mojándola en el guiso. Los marinos pasaban un cántaro con vino aguado del que limitaban la cantidad a beber. Se quedaron con sed y cuando lo pasaron de nuevo, Artal quiso ofrecerle su ración, pero ella se negó a aceptarla. Terminaron la comida en la proa, en el pequeño espacio antes del espolón. Hablaron de sus vidas y Artal se sentía feliz. Ella también. Luego Beatriz regresó a la bodega para cuidar de Margarita y él se quedó allí solo.

—Ayer presenciamos el fin del mundo —dijo fray Roger, que le sorprendió allí, en la proa de la nave, apareciendo a su espalda.

—Fue terrible. —Al recordarlo, a Artal se le saltaron las lágrimas —. Murió todo aquel a quien conocía, respetaba y amaba. Mi tío, mi amigo Andrew, el gran maestre y todos los demás. Incluso Sirio, mi buen caballo. Y los que quedan morirán defendiendo la fortaleza del Temple. Estoy seguro. Pero no fue el fin del mundo. No bajó ningún ángel del cielo soplando trompetas. Y nosotros aún estamos aquí. — Y con un gesto señaló el apacible mar de mayo.

—Sí que fue el fin del mundo —aseguró el marino—. Al menos, el fin de nuestro mundo, el que conocíamos hasta ahora. El fin de *Outremer*, la Tierra Santa cristiana. Fue el último acto de las cruzadas. Quedan un par de reductos de difícil defensa que caerán en cuestión de días. Todas las fuerzas cristianas se concentraron en San Juan de Acre. Esto es el fin, se acabó.

—Regresaremos a Tierra Santa y la reconquistaremos, ya lo veréis. El Temple es muy poderoso.

—Más lo es el sultán. No, nunca volveremos.

—La cristiandad se unirá de nuevo cuando sepa de este desastre.

—No lo hará. Desde hace casi doscientos años hemos ido perdiendo territorios. Se sabía que San Juan de Acre estaba en peligro, ¿y qué apoyos nos enviaron? Solo vagos y delincuentes, muchos salidos de las cárceles de Italia y Francia. Vinieron a matar moros. Pero se encontraron con que habíamos pactado una tregua de diez años con el sultán, e igualmente robaron y mataron a los mercaderes musulmanes que comerciaban con nosotros. Cuando el sultán exigió que le entregaran a los culpables, el gobernador no se atrevió y los mamelucos dieron la tregua por finalizada y aplicaron su propia justicia. ¿Cómo se pue-de vencer así? Por mucho que el Temple y las demás órdenes militares nos sacrifiquemos, es imposible con esa anarquía.

—El papa proclamará una nueva cruzada.

—Los papas han sido los mayores culpables de las derrotas en Tierra Santa.

—¿Cómo podéis decir eso?

—El rey Jaime de Sicilia se ofreció a acudir personalmente a Acre con treinta galeras y diez mil soldados. Pero el papa no quiso.

—¡No es posible! ¿Y por qué no quiso?

—Porque el rey pertenece a la casa de Aragón y el papa quiere que Sicilia esté gobernada por la casa de Valois. Así que el rey Jaime, ante su negativa, se quedó en Sicilia con su gente para defenderla de los franceses. El prestigio de las cruzadas se arrastra por los suelos. Y todo porque los papas las han estado proclamando en Europa, contra cristianos, para beneficiar a sus aliados. Y estos han sido siempre franceses. En la cruzada contra los cátaros, Pedro II de Aragón perdió Occitania y la vida defendiendo a sus súbditos,

que ahora lo son del rey de Francia. Hace solo siete años, el papa decretó otra cruzada contra el rey de Aragón, y los franceses invadieron Cataluña para quitársela.

—Pero perdieron —dijo Artal, cabizbajo—. De esa he oído hablar. Mi padre murió en los primeros combates.

—Lo siento, Artal. Solo quería explicarte por qué las cruzadas ya no interesan. Los reyes prefieren mantener sus ejércitos en casa para defenderse de los aliados del papa.

—¿Y quién protegerá ahora a los peregrinos en los Santos Lugares?

—Esa era nuestra misión —repuso el marino—. Y hemos fracasado. ¿A qué crees que se dedicará el Temple?

Artal se quedó en silencio. No tenía una respuesta y se encogió de hombros.

—Mira, la Orden tiene varios problemas —continuó fray Roger—. El principal es que sus maestres son caballeros y frailes. Rezan y luchan. Viven en el convento o batallando. O están aislados en sus granjas de Europa, amasando dinero para financiar la guerra. No conocen lo suficiente del mundo. Yo soy un simple sargento, pero voy de puerto en puerto y hablo con unos y otros. Y veo al Temple como un gigante con pies de barro. Aún te falta para que puedas tomar los votos. Y te aconsejo, novicio, que abras los ojos, mires a tu alrededor y te busques otro futuro. Desengáñate, no habrá más cruzadas en Oriente. Este ha sido el fin del mundo que conocemos.

—Nunca he sido un novicio —gruñó Artal—. Solo un acogido.

El joven regresó a la bodega contrariado. El maldito capitán de nuevo le hacía pecar. Acostumbraba a hacerlo con la risa, pero en esta ocasión se había servido de la duda. Y la duda era contraria a la

fe.

No era capaz de asimilar todo lo ocurrido en las últimas horas. Por una parte, la tragedia de la que había sido testigo con infinidad de muertes, tanto de aquellos a quienes quería como de desconocidos. Y ahora el negro futuro que fray Roger auguraba para el Temple. Pero además estaban la misteriosa carta que supuestamente había enviado su madre, en la que le pedía ayuda, y los peligros que parecían aguardarle cuando regresara a Vilalba. Todo aquello le producía una angustia insoportable.

Aunque esas horas de desdicha también le trajeron a alguien que atrapaba su pensamiento haciéndole olvidar lo demás. Beatriz.

Artal y Beatriz hablaron y hablaron, tenían prisa por conocerse, por gozar de las miradas, de las sonrisas, de la compañía del otro. A pesar de la tragedia que dejaban atrás, con la nave deslizándose sobre un Mediterráneo de un intenso azul de finales de mayo, brillante y tranquilo, aquel fue el día más feliz de sus vidas. Se sentían libres y enamorados. Conocían el valor de cada segundo que permanecían juntos, porque poco después del amanecer llegarían a Famagusta y sus caminos se separarían para siempre.

Aquella noche el diablo vino a tentarle. Sus cuerpos se tocaban. Pero la distancia con el hombre que dormía, o trataba de dormir, a su derecha era mínima. Artal prefería mil veces el contacto de ella y se puso de cara a su vecino dispuesto a defender su territorio si este le invadía. Notaba el cuerpo de Beatriz, ladeado, pegado a su espalda y sus mullidos senos presionándole. La erección era tan fuerte que le dolía. Trataba de rezar, pero era incapaz. El diablo le asaltaba con pensamientos poco concretos, debido a su ignorancia

sobre cualquier cosa relacionada con las mujeres, pero sin duda impuros.

Se preguntaba cómo sería el cuerpo de ella. Esa mañana le había visto un pecho y la imagen aún le mantenía alterado. Y tenía dos, a la vez sorprendentes y deseables. Aquello era obvio. Por lo que conocía del cuerpo humano, el oculto era simétrico al visto. Al menos ya sabía algo. Y por su observación de los caballos y las yeguas, con los que el ser humano guardaba cierta similitud, estaba seguro de que no tenía pene, al menos no como el de un hombre. Finalmente se dijo que todo aquello era absurdo porque los animales no tenían alma y los humanos estaban hechos a imagen y semejanza de Dios. Era pecado buscar comparaciones. Y fueran como fueren las partes desconocidas de Beatriz, las que podía ver le enloquecían. Porque un brazo era un brazo, tanto hombres como mujeres los tenían. Pero los brazos, la nariz, los labios, el pelo cuando se le escapaba de la toca y el resto de los miembros visibles de Beatriz eran maravillosos, incomparables.

Ella tampoco dormía. Y le daba vueltas a un solo pensamiento: al día siguiente se separarían. Nunca había sido tan feliz como en aquellas horas que llevaban juntos. La falta de espacio la obligaba a apretar su cuerpo contra el de él. Y se alegraba de tener la excusa para hacerlo, le proporcionaba un inmenso placer. Al rato se dijo que Artal ya estaría dormido. Y dejó caer su brazo sobre él, como si se moviera en sueños, para que su mano rozara la zona abultada que le vio esa mañana. Estaba igual. ¡Él la deseaba! ¡Estaba segura! ¡Y ella a él también! Las lágrimas acudieron a sus ojos. ¡Mañana, al bajar de la galera, tendrían que separarse!

15

—Fray Roger, ya sé que no sois sacerdote, que no podéis confesar ni dar la absolución, pero estoy muy turbado y necesito vuestro consejo.

Artal jamás hubiera escogido a aquel fraile como consejero espiritual, no le consideraba un modelo a seguir. Pero era su única opción.

Las luces del amanecer asomaban en el horizonte y Artal, después de una noche en la que apenas pudo pegar ojo, fue en su busca. El capitán había dormido, como mucha de su gente, en cubierta. La nave se deslizaba a vela y los galeotes estaban tumbados sobre sus bancos.

—¿Puedo adivinarte el mal? —El marino sonreía.

—Os ruego que no bromeéis. —Artal tenía lágrimas en los ojos—. Esto es muy serio.

Y le confesó su pecaminosa pasión por Beatriz y su desesperanza ante la idea de separarse de ella.

—¿Hace unas horas querías entregar tu vida como mártir de la cristiandad y ahora quieres entregársela a una mujer?

—Mi vida ha cambiado.

—Yo quería que despertaras, que conocieras algo del mundo —murmuró fray Roger, pensativo—. Eso de estar encerrado desde los ocho años en un convento, sometido a reglas tan estrictas y continuos sermones, es insano. Conduce al fanatismo. Aunque creo

que se me fue la mano cuando te hice dormir con esa mujer.

—No hemos hecho nada. Solo he pecado de pensamiento.

—¡Cómo ibas a pecar de otra forma! —rio el marino.

Artal le miró ceñudo.

—Perdona —dijo el fraile. Se puso serio y guardó un silencio meditabundo.

El joven le observó expectante.

—Te hablaré como le hablaría a un hermano pequeño —siguió al rato—. El Temple no te conviene, al menos de momento. Los votos se toman cuando ya se sabe algo de la vida, y tú no sabes nada. Y son para siempre. Es una vida de oración, pobreza, castidad, obediencia, mortificación y lucha. Si incumples la Regla, te despojan del hábito, o sea que te echan y te quedas sin nada. Ni tu espada te pertenece, ni tu hábito, ni siquiera la camisa y los calzones. Y si renuncias por voluntad propia, también te quedas sin nada. No importa si les has entregado tu hacienda, si has trabajado y luchado por el Temple durante treinta años, si les has dado tu vida entera. Te quedas sin nada.

—Eso ya lo sé —gruñó Artal.

—Yo no he estado encerrado como tú —prosiguió el marino—. He navegado, he conocido gente y he visitado todos los puertos del Mediterráneo. Sé lo que es el mundo, las tentaciones y el pecado.

—Pero decidisteis tomar los votos.

—Sí. Llevaba muchos años navegando con la Orden, y tenía motivos para querer ser capitán. No tuve más opción que hacerme fraile. Sargento, claro, porque a pesar de que mi familia es de origen noble, no se me reconoce, y porque los caballeros en ningún caso se rebajan a ser marinos.

—Sois el capitán de El Halcón, nuestra mejor nave. ¿Qué más queréis?

Fray Roger sonrió triste.

—Sí, pero solo soy un sargento.

—Pero mandáis mucho más que cualquier caballero, aparte del mariscal, el jefe de los turcopoles o el gran maestre. Vuestra galera, entre marinos, soldados y galeotes, embarca a más de trescientos hombres.

—¿Sabes de dónde viene la palabra «sargento»?

Artal se encogió de hombros.

—De «sirviente». Tú perteneces a la pequeña nobleza y te harían caballero. Yo nunca podré serlo porque mi padre, que era noble, murió luchando contra los aliados del papa. Los vencedores castigaron con dureza a mi familia. Soy un villano y mis méritos no cuentan. Nunca seré un caballero, sino que serviré a los caballeros.

Se quedaron en silencio.

—Más me habría valido que me hubiesen esclavizado los mamelucos en lugar de embarcar con el Temple —prosiguió—. Como a los niños que dejamos anteayer en el puerto.

—¡Pero ¿qué decís, fray Roger?!

—Los mamelucos entrenan como soldados a los niños cristianos, y si luego se convierten al islam, les conceden la libertad. Después progresan en el ejército hasta donde lleguen sus capacidades. La aristocracia sarracena es por méritos, no solo por nacimiento. Los sultanes mamelucos provienen de esclavos. A veces, tanto sus padres como sus madres lo fueron. Por eso la aristocracia cristiana, cuyos retoños nacen con una flor en el culo por muy estúpidos que salgan, los desprecian. Y es por eso, por su mayor mérito, que los

mamelucos nos echan de Tierra Santa. Y por esa razón jamás regresaremos a ella y nos irán empujando hacia poniente. Son muchos los cristianos que se convierten al islam en busca de mejor vida. Muy pocos siguen el camino contrario. Si fuera musulmán, ahora mismo sería almirante, poseería una fortuna y tendría un harén. En cambio, según la Orden, no soy propietario ni de mi espada ni de mis calzones.

El joven le miraba asustado.

—Pero ¿qué decís? ¡Apostatar! ¡Condenar vuestra alma! No habláis en serio, ¿verdad?

—Sí que hablo en serio. Aunque nunca se me ha pasado por la mente seguir a Mahoma, por mucho que eso me reportara. Sin embargo, estoy en mi derecho de quejarme.

Artal movió la cabeza en un gesto entre aliviado y censor.

—Es más, regresaré con El Halcón para ayudar a los hermanos que aún resisten en la fortaleza de San Juan de Acre —añadió el marino.

—Será muy peligroso.

—Y en cuanto a esa muchacha, he visto cómo te mira —dijo el fraile sin reparar en el comentario—. ¿Qué esperas que te diga? Sigue los dictados de tu corazón. Y haz lo que te pide el cuerpo.

—¿Me estáis aconsejando que cometa pecado?

—¿Pecado? Ella es viuda, no pertenece a nadie. De modo que no deseas a la mujer de otro. Y tampoco has profesado. No estás, pues, obligado al voto de castidad.

Artal sacudió la cabeza negando. Semejante libertad le asustaba, no estaba habituado.

—Tu única obligación real es con tu madre.

El joven se sobresaltó. Su madre, casi la había olvidado.

—A la madre le debemos la vida. Es una deuda eterna. Yo siempre traté de ayudar a la mía y darle lo mejor. Pero por desgracia murió. Ve y haz lo que puedas por ella antes de que sea demasiado tarde. Si la abandonas ahora que te necesita, jamás te lo perdonarás.

Aquellas palabras impactaron al muchacho. Las intensas experiencias vividas en las últimas horas le habían hecho casi olvidar el pergamino y lo que le dijo maestre. ¡Y a su madre! Conservaba dulces recuerdos de ella difuminados por el tiempo. ¡Debía ayudarla! Aunque la carta en la que pedía su regreso a Vilalba fuera una trampa, como su tío sospechaba.

Beatriz y Artal contemplaban Famagusta desde la cubierta. Era una ciudad pequeña en comparación con San Juan de Acre, pero tenía un excelente puerto protegido por unas islillas a poca distancia de la costa. Los muros blancos, los tejados rojizos y los campanarios, iluminados por un sol radiante, sobresalían por encima de la muralla. El puerto estaba abarrotado de naves provenientes de Tierra Santa, y la galera tuvo que maniobrar para poder fondear.

—¿Adónde iréis? —le preguntó Beatriz.

—Debo presentarme ante el comendador del Temple con mi salvoconducto, para que me facilite un pasaje para Sicilia. Y de allí a mi tierra. ¿Y vos?

—Tendré que esperar a que alguna caravana parta para Nicosia. Mi familia vive en el interior, en un pueblo llamado Lythrodontas. —Y añadió pesarosa—: Es muy seco y pobre. Pero antes buscaré posada, la niña tiene que descansar.

—Dicen que la ciudad está abarrotada de refugiados. La gente duerme en las calles y acampa fuera de las murallas.

—¡Dios mío! —suspiró ella—. ¿Qué será de nosotras?

Artal la miró con ternura.

El puerto tenía una actividad frenética y un colorido que asombró a Artal. Olía a fritos de aceite, a pan recién horneado y a cocido de carne y verduras. Multitud de comerciantes pregonaban a gritos sus productos. Había aguadores y vendedores de infusiones, y se ofrecía todo tipo de comida elaborada en los tenderetes o traída de la ciudad. Observó atónito la gran variedad de ropajes y sandalias. Se vendía cualquier cosa que un refugiado con oro y plata pudiera necesitar.

—Esta ciudad está destinada a convertirse en un gran mercado —dijo fray Roger contemplando desde la galera a la multitud en el puerto—. Crecerá mucho en los próximos años.

—¿Por qué? —quiso saber Artal.

—A pesar de las guerras, el comercio no cesa. San Juan de Acre estaba lleno de ricos mercaderes. Y Occidente continuará deseando las especias, la seda, el marfil, las joyas y tantas otras cosas de Oriente. Famagusta es el punto más cercano al continente. Hay solo un día de navegación en galera a Tartús, y tiene un excelente puerto. Los comerciantes se instalarán aquí y el oro fluirá a raudales. Esta ciudad será el nuevo hogar de la mayoría de los que traemos en la nave.

A continuación, el fraile le entregó los dos macutos reglamentarios del Temple, uno para transportar la armadura y el casco y otro con una escudilla, una cuchara de madera, una camisa

y unos calzones.

—Si quieres el hábito, pídeselo al comendador de Famagusta —le dijo—. Yo te regalo esa túnica. Creo que te conviene ver un poco de mundo como seglar. Anda derecho y cíñete la espada y las dagas. Ninguno sabrá usarlas como tú.

También le regaló unas monedas.

—Adminístrate bien. Estaré un par de días en el puerto para reponer provisiones y, tan pronto como pueda, regresaré al continente. Ven a verme con lo que necesites.

Aquella era la última nave procedente de San Juan de Acre y muchos esperaban ansiosos a familiares y amigos. Una multitud se agolpó frente a El Halcón y, cuando los refugiados empezaron a bajar, hubo escenas de alegría y angustia. Todos gritaban. Unos abrazaban a sus seres queridos dando gracias a Dios y otros preguntaban desesperados por aquellos que quedaron atrás. Artal ayudó a Beatriz, que portaba el hatillo con sus pertenencias y sostenía a Margarita en brazos, a descender por la pasarela y a abrirse paso entre la multitud.

Los había que, arrodillados, besaban el suelo y oraban; otros chillaban jubilosos cuando veían a sus familiares, y muchos lloraban por los abandonados en San Juan de Acre. También había bastantes que simplemente curioseaban. Cuando superaron la aglomeración, Beatriz se dio la vuelta y se quedó mirando con sus grandes y brillantes ojos a Artal. Margarita lo observaba con los mismos ojos.

—Artal, por el amor de Dios, os suplico que no nos abandonéis. —Una lágrima se deslizó por su sonrosada mejilla—. Tengo miedo. Protegednos hasta encontrar una caravana segura que nos lleve a Nicosia.

Él comprendió que aquello era lo que había deseado desde que embarcaron en San Juan de Acre.

16

No habían probado bocado desde antes del ocaso del día anterior y Artal tenía un hambre atroz. El aroma de la comida que ofrecían a gritos desde los tenderetes, las rosquillas que unos muchachos llevaban atadas en cordeles, el pan y otros alimentos que, aunque desconocidos para él, tenían un aspecto muy apetitoso le torturaban. Pero el griterío y la confusión entre tanta gente, que le tocaba y le empujaba sin miramientos, lo tenían aturdido. Estaba acostumbrado a comer en silencio en el refectorio del convento, mientras uno de los frailes leía con voz potente y entonada un texto sagrado de la Biblia, del Nuevo Testamento o de las cartas de san Pablo, y aquello le era extraño y agresivo.

Llevaba las monedas que le había dado fray Roger, pero no sabía qué valor tenían ni cuántas debía dar por un trozo de pan. Nunca había comprado nada y era la primera vez que tocaba el dinero. La Orden le había provisto siempre de todo. Ahora tendría que valerse por sí mismo y se sentía tan inseguro que le asaltó la tentación de acudir a la encomienda del Temple para que se ocuparan de él. Pero sabía que nunca aceptarían a Beatriz y a Margarita, y él acababa de prometer que las protegería hasta que encontraran un medio seguro para viajar a Nicosia. Eran su responsabilidad. Pero ¿cómo iba a cuidar de ellas si no sabía desenvolverse en aquel mundo raro y hostil? Alerta y tenso, apretó con su mano derecha la empuñadura de su espada en busca de seguridad, mientras lo observaba todo

angustiado.

Beatriz, que iba detrás, le adelantó y se fue hacia un tenderete. De inmediato entabló una discusión a gritos, en griego, con la mujer que lo regentaba. Artal no entendía nada. Se dijo que si fuera un hombre quien le hablara así a Beatriz, él le obligaría a mostrar el respeto que ella merecía. Por la fuerza, de ser preciso. Pero no sabía cómo actuar con una mujer a la que ni siquiera comprendía. Al poco el tono se suavizó, vio que Beatriz sonreía y le pedía el hatillo con el que él cargaba. Sacó las escudillas y la vendedora las llenó de un suculento cocido de arroz, garbanzos y algo de carne. Después pagó de una pequeña bolsa que llevaba colgada del cinto. Mientras se dirigían a un sitio despejado, cerca del mar, le dijo:

—¡Los vendedores abusan de los refugiados! ¡Hay que regatear hasta el final!

Artal no sabía a qué se refería con «regatear», pero en aquel momento poco le importaba. Su atención estaba puesta en el humeante cocido. Cuando llegaron a un lugar que ella consideró adecuado, se sentaron en el suelo frente a las escudillas.

—¿No tenéis nada con que protegeros del sol? —Ella se cubría con su toca.

Él mostró el macuto en el que cargaba con la malla de hierro y el casco.

—Tengo mi yelmo.

Beatriz se echó a reír.

—¿No pensaréis poneros esa cacerola en la cabeza? ¡No se puede comer a través de los agujeros y os vais a cocer!

Él también rio. Había dicho una tontería, aunque no le importaba. La risa de la muchacha era algo tan delicioso que le hacía olvidar

incluso el hambre. Ella rebuscó en su hatillo, sacó una tela y se la puso a Artal a modo de turbante. Nadie había cuidado de él de aquella forma desde que le separaron de su madre. Y le gustaba.

—Esperad aquí con la niña. —Y se fue hacia el mercadillo.

Al poco regresó con una hogaza de pan y unas manzanas. Artal se dijo que aquello era un festín y, de buen humor, empezaron a dar cuenta de aquellos manjares. Margarita había mamado por la mañana y ahora comía un trozo de pan y algo del cocido que su madre le daba. Estaba risueña y juguetona.

Artal miró al mar azul y se sintió muy feliz.

Beatriz también se sentía feliz. Por primera vez era libre de hacer lo que quisiera. Veía a Margarita jugar y reír con Artal como nunca la vio hacerlo con su marido. La niña le llamaba «papá», pero como lo hacía en griego, él no se enteraba. Cuando momentos antes regateaba con la vendedora, elevó la voz y se mostró más enérgica y segura que nunca. Sentía a su espalda la presencia de Artal, alto y fornido, con su espada y sus dagas al cinto. Imponía respeto y percibió que la mujer miraba, en varias ocasiones, hacia el muchacho. No sabía si sus ojos verdes la tenían encandilada o si ponderaba lo distinguida que era su compradora si la acompañaba semejante escolta. Estaba convencida de haber obtenido un mejor precio gracias a su muda presencia. Un villano no se atrevía a llevar espada, y quien la llevaba acostumbraba a saber usarla. Su marido también ceñía espada, pero era más bajo y rechoncho. No suscitaba respeto, más bien temor. A pesar de su uniforme, su aspecto era el de un forajido, lo que no dejaba de ser.

Contempló aquellos ojos verdes, soñadora, y ansió que el resto

de su vida fuera como aquel momento. Se dijo que bajo ningún concepto iba a regresar a casa de sus padres. Era una tierra de secano, de miseria y de servidumbre. Si volvía al hogar paterno, su condición de viuda quedaría supeditada a la de hija. Su padre se apoderaría de su dinero, perdería su libertad y la casarían de nuevo a cambio de unas cuantas cabras. Su familia era de origen bizantino, griegos ortodoxos libres que fueron reducidos a siervos con la ocupación cruzada. Primero Ricardo Corazón de León conquistó la isla, subió los impuestos y se la vendió a la Orden del Temple. Los chipriotas se rebelaron contra la opresión latina y el Temple, que no quería mancharse con sangre cristiana, aunque fuera ortodoxa, se la devolvió al rey inglés. Este la revendió a la dinastía franca de los Lusignan, que creó el reino de Chipre. Los francos restablecieron el orden e impusieron su dominio a sangre y fuego, sometiendo a los campesinos de origen bizantino a una situación cercana a la esclavitud.

La vida en su aldea era muy dura, sin oportunidades, y la ciudad estaba llena de ellas. Quería soñar, necesitaba soñar. Y sus sueños pasaban por mantener a Artal a su lado, riendo y jugando con Margarita.

Cuando terminaron de almorzar, se adentraron en la ciudad en busca de hospedaje. Pero todas las posadas estaban llenas y la gente acogía a los refugiados en sus casas a precios exorbitantes. Beatriz no quería dilapidar el dinero que guardaba y cruzaron las puertas de la villa. Las escasas edificaciones extramuros también estaban llenas. La temperatura era buena y decidieron instalarse en un pinar donde ya habían acampado varias familias. Beatriz regresó a la ciudad para comprar algunas telas y construyeron un abrigo a

modo de tienda que los protegiera del sol, y también una hamaca para la niña. Además compró una olla, una jarra, legumbres, hortalizas, frutos secos y pan. Con unas piedras, Artal hizo un fogón y ella fue a por agua a la fuente. Tenían, aunque precario, su primer hogar.

Mientras ella cocinaba la cena, a falta de jergón, él se dedicó a ablandar el suelo que haría de cama. Apartó la hojarasca de pino y cavó con su daga para desenterrar las piedras y esponjar la tierra. A continuación, la cubrió con más hojarasca. Después de dos noches sin apenas dormir en la galera, aquel lecho le prometía un plácido sueño. Mientras lo preparaba, Artal no podía dejar de pensar que pasaría la noche con ella. Solos. Y Margarita acostumbraba a dormir profundamente. La anticipación le produjo un extraño cosquilleo en el estómago. Cenaron antes del atardecer, acostaron a la pequeña y se quedaron charlando frente a las brasas mientras oscurecía. Se miraban, sonreían, y Beatriz le tomó las manos para agradecerle su protección. Sin su presencia hubieran tenido que alojarse en cualquier lugar, pagando mucho y a saber en qué condiciones, le dijo. Con él se sentían seguras. A Artal le seguían turbando los elogios.

La luna creciente, casi llena, ya estaba en lo alto cuando se acostaron en la improvisada tienda.

—¿Os puedo tocar? —le dijo ella al poco—. Vuestro contacto me conforta.

Él asintió y ella arrimó su cálido cuerpo. Aquello ya había ocurrido en la galera, pero allí no había más opción y el ambiente era caluroso y agobiante. Aquí, en cambio, el contacto era voluntario,

tierno y reconfortante. Artal se mantenía boca arriba, inmóvil, sin saber qué hacer, mientras ella se acurrucaba contra su costado. Era muy placentero. Ella aguardó un tiempo, como a la espera de que él hiciera algo. Pero como continuaba inmóvil, le besó en la mejilla. Él se estremeció e hizo un pequeño gesto de acercamiento. Ella lo percibió y, satisfecha, le volvió a besar. El habitual temor al pecado le asaltó, pero rebuscó en su memoria las palabras de fray Roger para tranquilizarse. Él no había tomado los votos y ni siquiera era un simple novicio. No estaba obligado a la castidad. Pero aquello le era completamente desconocido y una excitante mezcla de deseo, temor, vergüenza y ansiedad le embargaba. Ella siguió avanzando con sus labios por su mejilla mientras le acariciaba la otra con la mano. Luego se incorporó para ponerse casi encima de él y así llegar cómodamente a su boca. Rozó sus labios con los suyos. Artal esperaba ansioso, nunca nadie le había besado en la boca. La caricia le enloqueció y sobó la espalda de Beatriz con torpeza. Encantada, ella repitió el breve contacto de labios y notó que él trataba de seguirla cuando los separaba. Entonces terminó de colocarse encima y volvió a besarle. Artal se sintió invadido de una sensación jamás experimentada. El mundo desapareció para quedar reducido a Beatriz, a sus labios, a su cuerpo, a una energía imparable e incontrolable que los unía. No solo en lo físico, sino también en el alma. Era un bendito aturdimiento que le causaba un placer infinito.

Beatriz notó en su entrepierna el abultamiento que ya le vio en la galera y se dijo que conocía el remedio para el mal que afectaba al muchacho. Y también a ella. Se desprendió de la gonela y se quedó desnuda sabiendo que él, dentro de la tienda, a pesar de la luna, apenas podría ver contornos y sombras. Después le quitó la camisa

y los calzones. El contacto era ahora piel contra piel. Ella murmuró que le amaba, y los besos y las caricias se volvieron frenéticos. Sus senos se movían rozándole el pecho. Artal no sabía qué le ocurría, aunque era la experiencia más deliciosa y apabullante que había vivido jamás. Aquello fue apenas el inicio porque, después de un tiempo de embeleso, sin saber cómo, se encontró en su interior. Era la locura, el éxtasis. En su arrobo, su mente le dijo que así debían de ser las mujeres en las partes que él desconocía. Pero en la oscuridad no podía hacerse una idea completa de cómo era ella, aunque eso le traía sin cuidado. Percibía lo que su cuerpo le dejaba saber, y era tan abrumador que no precisaba más. Al poco, al derramarse dentro de Beatriz, creyó morir. En nada se parecía aquello a cuando, sin poder contenerse, pecaba de onanismo en las letrinas del convento. Lo que vivía en aquel instante era sublime, incomparable.

Beatriz sintió casi el mismo goce físico que él, pero un pensamiento multiplicaba su placer: Artal tomaba posesión de ella. Ahora él era su hombre y ella, su mujer.

17

Aún no era medianoche y ya habían consumado varias veces su amor. Descansaban abrazados y jadeantes sobre las sábanas que cubrían su lecho de tierra y hojas secas cuando oyeron gritos a lo lejos.

—¿Qué es eso? —inquirió alarmada Beatriz.

—No lo sé, pero no puede ser bueno.

Se sentía algo aturdido y débil, pero sus años de entrenamiento militar le hicieron incorporarse con un brinco. Se puso la camisa y, sin pararse a buscar los calzones, fue al macuto donde guardaba la armadura, vistió el jubón acolchado y encima la cota de malla que le cubría hasta las rodillas y los brazos. No se preocupó de protegerse ni las piernas ni la cabeza; se calzó y se ciñó la correa con la espada y las dagas. Después, con paso decidido, y seguido a distancia por Beatriz, se dirigió al lugar de donde provenían los gritos.

Entre las sombras de los pinos, vieron que otros refugiados, acampados en la proximidad, también trataban de averiguar lo que ocurría.

—¡Bandidos! —gritaba una familia que corría cargando con sus pertenencias—. ¡Los bandidos nos atacan!

Los vecinos se miraban indecisos. Artal reconoció a dos muchachos y a un hombre que viajaron con ellos en la galera y les gritó:

—¡Armaos con cualquier cosa y seguidme!

Desenfundó la espada, que brilló siniestra a la luz de la luna. Aquello impresionó a todos los que le rodeaban y cuando Artal se encaminó, decidido, hacia el lugar de donde llegaban los que huían, los chicos le siguieron.

—¡Uníos a nosotros! —les decían a quienes encontraban por el camino.

Artal oyó gritos de mujer y echó a correr en esa dirección. En un claro iluminado por la luna estaban los restos de una improvisada tienda de campaña y un hombre yacía sobre una tela. Quizá muerto. Varios individuos se alejaban con las pertenencias de la familia. Una mujer intentaba defenderse, desesperada, de un hombre que la estaba estrangulando. Un poco más allá, dos individuos violaban a una muchacha. La tenían tendida boca arriba y mientras uno le sujetaba los brazos contra el suelo, el otro la montaba a horcajadas. La chica se debatía y gritaba. El que estaba encima la abofeteó riéndose.

El hombre estaba incorporado. Era la posición perfecta para el golpe que tan bien se le daba a Artal. Sin detener su carrera, levantó la espada y le cercenó la cabeza de un tajo. Esta rodó por el suelo dejando ver, por un instante, una expresión de desconcierto en el rostro del decapitado. El cuerpo, antes de desplomarse, continuó un momento erguido con las arterias carótidas soltando chorros de sangre sobre el que sujetaba a la chica. Este apenas tuvo tiempo de emitir un grito de horror. No llevaba casco y la espada del joven le partió el cráneo.

Los que seguían a Artal clamaron asombrados. Nunca habían presenciado nada igual. Decapitar a un hombre de un solo tajo no era fácil. Incluso verdugos profesionales precisaban, en ocasiones,

de varios intentos con el hacha. Solo alguien acostumbrado a cortar armaduras de hierro a golpe de espada podía lograrlo.

Artal evaluó la situación, los chicos habían liberado a la otra mujer y estaban moliendo a palos a su agresor. Se dijo que los bandidos eran unos miserables sin formación militar, ninguno llevaba casco ni armadura; sus armas serían garrotes, lanzas y algún machete. Se oían más gritos y, seguido de un buen número de refugiados, corrió hacia allí. Se les interpusieron varios hombres, tres de ellos con lanzas, el arma más peligrosa para Artal, que no tenía escudo. Tampoco esos llevaban casco o armadura. Frenó su deseo de arremeter contra ellos. Se les notaba intimidados, no esperaban que nadie les hiciera frente.

—¿Quiénes sois y qué hacéis aquí? —los interrogó Artal con voz potente en lengua franca.

Le contestaron en griego, idioma que no entendía.

—Marchaos de inmediato y os perdonaremos la vida. De lo contrario, acabaremos aquí mismo con vosotros —les advirtió—. Contaré hasta cinco. ¡Uno!

Los hombres se miraron. Uno de ellos dijo algo, echó a correr y los demás le siguieron.

—¡Haremos una batida por el pinar para ver si alguien más precisa ayuda! —ordenó Artal—. ¡Hay que dividirse en grupos!

Los distribuyó en todas direcciones. Al rato, unos y otros regresaron después de registrar el bosquecillo e informaron de que no quedaban asaltantes.

—¿Por qué has dejado que se fueran esos miserables? —le increpó a Artal un hombre de unos veinte años, a quien al parecer le incomodaba la autoridad de alguien más joven—. Éramos más que

ellos. ¡Los hubiéramos machacado!

—Es de noche. No nos conocemos y hubiéramos terminado matándonos entre nosotros —repuso Artal en tono tranquilo—. No pretendía hacer justicia, sino proteger al grupo y evitar heridos. De haberles atacado, quizá tú mismo ahora estarías muerto.

—¡Tiene razón! —dijo un hombre mayor.

Un murmullo de aprobación se elevó del grupo. Luego se inició una conversación en la que difícilmente se distinguía al interlocutor en la penumbra. Finalmente, se acordó que había que hablar por la mañana y los hombres se fueron dispersando.

Fue entonces cuando, por entre las sombras, apareció Beatriz con la niña en brazos. Con la excitación del combate, Artal se había olvidado de ellas.

—Gracias a Dios que estás bien —le dijo.

Luego le besó, le abrazó y, cogiéndole de la mano, lo condujo de vuelta a su tienda. De inmediato, Artal notó que la tensión del combate se diluía hasta desaparecer por completo. El tacto de una mujer era algo nuevo para él. Ni siquiera lo recordaba cuando iba de la mano de su madre, si alguna vez lo hizo.

Dos días antes, conforme sus amigos morían uno tras otro en San Juan de Acre, Artal se sentía terriblemente solo y abandonado. Ahora, en cambio, tenía una compañera que le ofrecía un cariño y una ternura que ni sabía que existían. No tenía suficientes palabras en sus oraciones para agradecérselo al Señor.

Y lo mismo sentía Beatriz, solo que su agradecimiento era incluso mayor.

18

Artal se despertó confuso, aturdido. Por un momento no supo dónde estaba ni qué hora era, ni siquiera quién era. La luz que entraba en la precaria tienda indicaba que ya era de día. Y él estaba habituado a abandonar el lecho para el rezo de laúdes, justo con la primera claridad del amanecer. Aquello no era el dormitorio del convento ni la panza de una galera. Volvió a cerrar los ojos tratando de ubicarse. Cuando tres días antes se despertó con el batir de los tambores musulmanes, era un templario que iba a morir por la cristiandad. Sería el último de los últimos defensores de Tierra Santa. Un mártir que entregaría su vida para mayor gloria del Señor. Su alma iba a abandonar su cuerpo para ascender a los cielos, donde aguardaría el fin del mundo y el juicio final para gozar después de la eternidad a la diestra de Dios Padre Todopoderoso. Rememoró los hechos. La muerte de los frailes, la agonía de Andrew envuelto en llamas, las últimas palabras del gran maestre. Muerte, muerte, muerte. Sangre, aullidos, gritos agónicos. El chasquido de su espada golpeando hierro y tajando carne y hueso. Sangre, sangre y sangre. El olor a carne quemada, a sudor y a excrementos. Y después la caída de la ciudad, el tañido angustioso de las campanas, las columnas de humo. La multitud corriendo despavorida sin saber adónde ir. Los gritos de los que se ahogaban en el puerto. Los niños en el suelo, ensangrentados, muertos por aplastamiento, mirándole con sus ojos aún abiertos. Las gentes apiñándose tratando de escapar de los

sarracenos, como ovejas de un rebaño atacado por el lobo. Mujeres con sus hijos suplicando de rodillas ser admitidos en la galera…

Cuando el ángel hiciera sonar la trompeta del fin del mundo, cuando los jinetes del Apocalipsis iniciaran su terrible cabalgada, la humanidad no sufriría una angustia mayor que la que él había presenciado. Las escenas se sucedían sin descanso en su mente en una espantosa pesadilla.

Escuchó un ruido suave que no supo identificar, muy cerca. Abrió los ojos y giró la cabeza buscando su procedencia. Y vio a Beatriz, que amamantaba a Margarita. Tenía ambos pechos descubiertos y al verle sonrió, sin hacer amago de taparse. Esta vez Artal no retiró la vista y le devolvió la sonrisa. Ella le miraba serena, feliz, y él se dijo que jamás había visto nada tan bello como aquella hermosa mujer dándole el pecho, amorosa, a su graciosa y delicada hija. La imagen barrió de repente aquellos horribles recuerdos, cual viento arrastrando densos nubarrones.

Contempló con deleite sus senos, y cuando vio que sus grandes e intensos ojos oscuros le observaban llenos de brillos, recordó la noche anterior. La furia de la pasión, las caricias, los besos, el arrebato, la dulzura del amor y aquel sentimiento de irrealidad, como si aquello no le estuviera ocurriendo a él. Recordaba sus palabras. «Soy tuya, soy tuya», le decía ella. ¿Cómo podía ser suya esa espléndida mujer cuando él no había poseído nunca nada, ni siquiera sus calzones? En una noche había vivido más que en toda su vida anterior. Recordaba el cuerpo de ella, que pese a todo continuaba guardando misterios insondables para él. Y las reacciones de su propio cuerpo, de su alma, de sus sentimientos. Fue un derroche de energía, de emociones, de amor. La miraba y

quería volver a experimentar aquello, aunque le costara la vida, aunque fuera pecado. Estaba dispuesto a sufrir ayuno, azotes, rezos interminables y noches de vigilia como penitencia con tal de vivirlo de nuevo. Ella le invitaba con su sonrisa y él se estremecía de placer al pensarlo.

Entonces oyeron voces. Ella, sobresaltada, se cubrió y él buscó la espada con la mirada. Estaba a su lado. Se puso la túnica, se ciñó el arma con la correa y se asomó. Fuera había media docena de hombres y les preguntó qué querían.

—Te andábamos buscando. Supusimos que te encontrabas por aquí —dijo uno.

Artal le reconoció, era el que la noche anterior le dio la razón ante el mozo que le criticó por no haber acabado con los malhechores.

Le preguntaron cómo se llamaba y a continuación se presentaron. Por sus nombres, Artal supo que eran latinos nacidos en Tierra Santa.

—¿Y qué queréis de mí? —inquirió.

—Ayer murieron cuatro de los nuestros y dos más resultaron heridos —explicó otro—. Creemos que los bandidos volverán. Y si no son esos, serán otros mejor preparados. Estamos dispersos y somos una presa fácil.

—Formaremos un poblado —añadió el primero, que se había presentado como Louis Arlés—. Iremos a ver al gobernador. Hay mucho que tratar: un acceso cómodo al agua potable, la obtención de terrenos y el permiso para establecer nuestros negocios y oficios. Y sobre todo la protección. Pero, hoy por hoy, el gobernador ni siquiera es capaz de garantizar el orden dentro de las murallas. Por

lo tanto, tendremos que defendernos por nuestros propios medios.

Arlés hizo una pausa en la que los demás asintieron. Pero Artal no dijo nada, seguía expectante.

—Ayer nos impresionó la forma en que combatiste —continuó Arlés—. En especial, porque pareces muy joven. Nosotros somos artesanos, albañiles, agricultores y comerciantes. Estamos dispuestos a luchar, pero ese no es nuestro oficio. Aunque sí que parece ser el tuyo. Si nos lideras, a tu mujer, a tu hija y a ti no os faltará de nada.

Artal estaba estupefacto, pero no lo dejó entrever ni varió un ápice su posición erguida, con los pies algo separados y la mano derecha en la empuñadura de su espada. Solo que la asió más fuerte, como cuando se sentía inseguro. No pensaba que su actuación frente a aquellos bandidos miserables, quizá infelices movidos por el hambre, hubiera tenido nada de especial. Y aquella petición le parecía insólita. Después de años de seguir una estricta rutina en la que a cada acto conocido le seguía otro, igualmente programado y anunciado a toque de campana, ahora su vida le sorprendía cambiando con velocidad de vértigo.

—Os agradezco el honor, señores —repuso después de pensar un momento—. Pero ahora no estoy en disposición de daros una respuesta. Volved en la tarde.

—Te suplicamos que no lo demores —insistió Arlés—. La noche caerá antes de que podamos organizarnos.

—No os daré respuesta hasta la tarde. Pero si vais a defenderos, necesitaréis hombres y armas. Ved mientras tanto de qué podéis disponer.

Mientras regresaba a la tienda, en su mente se repetía: «tu

mujer» y «tu hija».

—¡Acepta, por el amor de Dios, acepta! —le pidió Beatriz, que lo había oído todo, tan pronto entró.

Él la miró pensativo.

—Si acepto, tendré que comprometerme por un tiempo. Pero tú debes ir a Nicosia con tu familia. Y yo debo partir hacia mi tierra.

—¡No quiero regresar con mi familia! —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. ¡Quiero quedarme contigo!

Le echó los brazos al cuello y le abrazó. Artal se notó desbordado por su ternura.

—¡Quiero quedarme contigo para siempre! ¡Soy tuya!

Se besaron. Artal buscó con la mirada a Margarita; no estaba en la tienda, quizá jugara fuera. Se dejaron caer en el lecho y volvieron a amarse.

El encuentro en esta ocasión fue breve y, después de localizar a Margarita, que se entretenía con un par de chiquillos de su edad, Beatriz le contó los motivos por los que no quería regresar a su aldea. Y él le habló de la carta recibida desde Vilalba y de sus circunstancias.

—Debo acudir en socorro de mi madre —concluyó.

—Esta gente te necesita —repuso ella—. Sin ti, esta noche pueden morir muchos. Ayúdalos, aunque solo sea el tiempo preciso para organizarlo todo. Es tu deber como cristiano. Por otra parte, la carta de tu madre no puede ser tan urgente. Los templarios la protegen. Si no, ¿por qué motivo habría retenido la carta tu tío todo este tiempo? ¿No te parece que hay algo extraño en ello?

Artal ya había pensado en eso, y afirmó con la cabeza.

—Acepta —insistió ella—. Y vivamos nuestro amor con plenitud, aunque solo sea por unos días. Todos creen que soy tu mujer y Margarita, nuestra hija. Que así sea, aunque dure poco. —Y se arrodilló. Las lágrimas regresaron a sus ojos—. Te lo suplico.

Él, conmovido, la hizo levantar y la abrazó. Amaba su calor, su dulzura. La amaba a ella.

Después, cuando Beatriz fue a por agua a la fuente, Artal clavó su espada en el suelo en el interior de la tienda y se arrodilló para orar frente a su cruz. Echaba de menos la rutina de los rezos diarios en la capilla. Incluso la de los maitines, que le obligaba a despertar a medianoche. La oración le hacía encontrarse consigo mismo y con el Señor. Le sosegaba y le ayudaba a pensar.

—Señor, Dios mío —musitó—. Ayúdame… ¿Qué debo hacer?

Cuando aquella tarde regresó el comité, Artal aceptó.

—Pero no puedo garantizar cuánto tiempo vaya a permanecer con vosotros. Otras responsabilidades me requieren lejos de aquí.

Ellos estuvieron conformes y le nombraron capitán. De inmediato, Artal se reunió con los hombres disponibles, hubo inventario de armas y se acordó comprar otras, en especial lanzas y ballestas. Después estableció un turno de guardias e indicó las señales de alerta y de alarma que usarían para comunicarse.

—Estamos dispersos y la zona es indefendible —explicó al comité —. Varias familias deberán reubicarse para reducir el peligro en la noche. La mía se instalará en el centro para que yo pueda acudir con presteza a cualquier emergencia. Y debemos diseñar el trazado del poblado. Es preciso un par de avenidas en cruz, que se unan en una plaza, para agrupar tropas y que se pueda acceder a la periferia

rápidamente en caso de asalto. También hay que construir empalizadas. Quiero que vengan a verme los carpinteros.

—Tendremos que ver cuánto va a costar… —dijo Arlés.

—No sé cuánto va a costar —repuso Artal—. Pero si os ro- ban, saldrá mucho más caro. Y más aún si os matan o hieren.

Hubo un murmullo de aprobación.

—Mandadme también a alguien que sepa de cuentas. —Sonrió al pensar que hasta el día anterior no había tenido en sus manos ni una simple moneda. Aunque no pensaba confesarlo—. A mí se me da mejor la espada.

Esta vez nadie objetó y todos obedecieron sin rechistar. Parecían aliviados. La hazaña de Artal había corrido de boca en boca, exagerada, y mostraba una seguridad que tranquilizaba a los refugiados. Necesitaban precisamente eso, que alguien con autoridad les dijera qué hacer para superar el miedo que los acosaba en la noche. Aunque ese alguien solo tuviera dieciséis años.

Después Artal dirigió una sesión de entrenamiento en el uso de la lanza. Tenían ya una treintena de ellas y los hombres disponibles superaban los doscientos. A todos se les asignó un arma, aunque solo fuera una garrota.

Cuando volvió a su tienda, Artal se sintió como si regresara al hogar, algo que jamás había tenido. Beatriz salió a recibirle con Margarita en brazos y las dos le besaron dando muestras de alegría. Él también se alegraba. Mucho. Pero necesitaba orar. Había pasado de ser responsable de la vida de dos personas a serlo de casi mil. Quería suplicarle al Señor que le ayudara.

Aquella noche no hubo sobresaltos, y Artal y Beatriz volvieron a amarse hasta que la fatiga los sumió en un dulce sopor.

19

Al día siguiente, después de recibir los informes de la guardia nocturna y establecer una guardia diurna, Artal se dirigió al puerto. Habían sucedido demasiadas cosas en poco tiempo; tantas, que le costaba asimilarlas, y precisaba hablar- lo con fray Roger. Quería compartir con él sus sensaciones, sentimientos y emociones vividos con Beatriz. El fraile no era la persona que hubiera escogido para ello, pero no te-nía a nadie más a quien contárselo. Era algo completamente nuevo y maravilloso que le abrumaba y le colmaba de felicidad.

El puerto estaba casi tan ajetreado como cuando desembarcaron y El Halcón seguía en el mismo lugar. A primera vista, nada había cambiado.

—¡Buenos días, novicio! —le saludó fray Roger al verle—. ¡Te echaba de menos! ¿Qué es de tu vida?

—No soy un novicio… —murmuró el joven.

Le propuso dar un paseo para charlar, quería una intimidad que difícilmente hallaría en la galera. El marino aceptó y al poco se encontraban deambulando por un puerto que se había convertido en un inmenso mercado. El martillear de los artesanos, los gritos de los vendedores, los puestos de verduras y frutas multicolores, el penetrante olor a especias, los fritos de aceite; todo se mezclaba retando a los sentidos. Mientras caminaban, Artal trataba de describir, lleno de entusiasmo, lo vivido con Beatriz. El arrobo, el

deleite del amor, sus cuerpos y sus almas en perfecta comunión… Ninguna mujer podía ser como ella.

El marino le escuchaba atento, aunque se detuvo para comprar unas rosquillas a un muchacho y, al poco, unas infusiones de jazmín. Al fin, cuando Artal había agotado todos los adjetivos posibles para definir lo «sublime», el capitán le miró severo con sus ojos color miel y sentenció:

—Ya sé lo que te ocurre: estás encoñado.

—¿Quéééé? —se sorprendió Artal.

—Eso, encoñado.

—¿Y qué quiere decir?

—Tampoco sabrás lo que significa «coño», ¿verdad?

—No.

—Viene del latín *cunnus*.

—Pues no recuerdo haberlo oído en ningún texto sagrado ni oración.

—El coño es la esencia de lo femenino —le explicó el capitán con un gesto ampuloso con las manos—. Hace que dos espíritus, el del hombre y el de la mujer, se atraigan de forma irresistible y los una el dulce lazo del amor. Es inmaterial, etéreo, puro, glorioso. Cuando caes bajo su influjo, te sientes atrapado por un deleite infinito. No puedes escapar, ni quieres, porque estás sometido a un poderosísimo hechizo. Deseas que los segundos se hagan eternos. Solo piensas en la mujer amada, en nada más. Entonces estás encoñado.

—¡Es cierto! —Artal sonrió aliviado porque el fraile le comprendía —. Me siento así. Lo habéis descrito a la perfección. Estoy encoñado.

—Pero no puedes ir por ahí diciendo que estás encoñado.

—¿Y por qué no?

—Porque su significado solo pueden comprenderlo personas que hayan orado tanto como nosotros, que hayan cultivado su alma hasta alcanzar un elevado nivel espiritual. —El capitán gesticulaba ceremonioso—. Si se lo cuentas a la gente vulgar, serás objeto de mofa. Porque el concepto, la noción, la idea están fuera de su alcance intelectual.

Artal le observó ceñudo. Empezaba a sospechar de aquel teatro.

—No se lo puedes decir ni siquiera a Beatriz —continuó fray Roger, pausado—. No digo que vaya a disgustarse, pero seguramente le provocaría un sobresalto. Y no quieres intimidarla, ¿verdad?

—¿¡Me estáis tomando el pelo?! —exclamó Artal, deteniéndose para encararse al capitán.

Este se echó a reír a carcajadas.

—Viene del latín *cunnus* —repitió cuando la risa le permitió hablar —. Y es eso tan maravilloso que acabas de descubrirlo que Beatriz tiene entre las piernas. Y «estar encoñado» es sentir la atracción obsesiva que tú sientes por ella.

—¡Cómo podéis ser tan soez! —le reprochó indignado—. Es cierto que somos distintos en el lugar que vos decís. Y en otros. Pero eso es solo un detalle. Lo nuestro supera lo físico, es espiritual. Lo que ocurre es que vos no podéis entenderlo, ni nunca lo entenderéis. Buscáis la parte pecaminosa y la burla en algo tan bello como es mi amor por ella. El voto de castidad os afecta el cerebro.

—¿Cómo que no lo entiendo? —Fray Roger le miró con ternura—. También he estado enamorado.

—¿Qué?

—Que he estado enamorado y he conocido mujer.

—Pero ¿y vuestro voto?

—Ya te lo conté. Quería capitanear El Halcón y ese fue el precio a pagar. Llevaba muchos años en el Temple y no quería abandonarlo con una mano delante y otra detrás.

—Alguna ocupación os habrían dado. Hay muchos seglares a sueldo de la Orden.

—Sí, pero no la capitanía de El Halcón. Y si ahora soy sargento, o sea, sirviente de caballero, de no haber tomado los votos habría sido sirviente de sirviente.

—¡Dios os ampare! Romper el voto de castidad es muy grave, fray Roger… —susurró el joven—. Pecado mortal. Y además sois desagradecido. ¡A nosotros nos acogieron por caridad!

—Sí, es cierto. A mí me salvaron del hambre y me dieron dos oficios: el de las armas y el de la navegación. Aunque bien que se lo he pagado con mi trabajo. ¿Y tú?

—¿Yo?

—¿De qué te salvaron a ti? ¿Qué caridad fue esa cuando eres de familia noble y no pasabas hambre?

Artal se encogió de hombros.

—¿Es cierto que tu vida peligraba? —quiso saber fray Roger.

—El gran maestre me dijo que mi tío temía por mí si volvía a España.[1] Pero él nunca me contó nada. Por otra parte, esa carta de mi madre es la primera que recibo en ocho años. Y mi tío sospechaba que era una trampa.

—Cierto —murmuró el capitán, pensativo—. Hay algo muy extraño en todo esto. Como tú sabes, conocía bien a fray Ramón, y me consta que temía por tu vida por motivos que nunca reveló. Pero

ya no eres un niño. Y tu madre te pide ayuda. Tu obligación es regresar y auxiliarla.

Esa idea turbaba al joven. No se sentía capaz de dejar a Beatriz. Las últimas horas habían sido lo mejor, con diferencia, de lo vivido en sus dieciséis años.

—Pero la carta puede ser falsa, una trampa —arguyó.

—Pues habrás de averiguarlo —repuso el fraile, cortante—. No se abandona a una madre.

Artal meneó la cabeza, disgustado.

—Y ahora debo dejarte, tengo que zarpar —añadió el marino en tono molesto—. Voy a arriesgar nave y vida para salvar a cuantos pueda de los que resisten en nuestra fortaleza de San Juan de Acre.

20

Artal se encaminó hacia al poblado con gesto preocupado. La conversación con el capitán había reavivado viejos interrogantes sobre su origen. Y también sobre la carta de su madre. Por mucho que lo intentara, era incapaz de recordar su rostro. ¡La había rememorado tantas veces! En especial cuando, de muy niño, se sentía solo y abandonado en aquel dormitorio atestado de hombres. La recordaba tierna y cariñosa. ¡Había echado tanto en falta sus caricias! Pero poco a poco sus facciones se fueron diluyendo y sus esfuerzos por recuperarlas se hicieron vanos. Para no perderla para siempre, asoció su imagen a la de la Virgen María. ¿No era acaso su madre también? Así que cuando oraba frente a una imagen de la Virgen, se decía que sus rasgos eran los de su madre. Y que desde la otra orilla del Mediterráneo le acompañaba con sus rezos.

Aquellos pensamientos tristes se esfumaron tan pronto llegó al poblado y Beatriz y Margarita le recibieron felices y amorosas.

—¡Tengo noticias! —exclamó ella, alegre—. Louis Arlés ha diseñado, junto a otros, el nuevo trazado y espera tu conformidad. ¡Nos ceden un espacio en la plaza central! Ha pedido que, por favor, vayas a verle cuando puedas.

Detrás de la tienda de Arlés, varios hombres estaban sentados en el suelo formando un círculo.

—¡Capitán! —exclamó este al verle—. Siéntate con nosotros, por favor.

Se votaba quién lideraría la representación del poblado frente al gobernador y se acordó que fuera precisamente Louis Arlés. Artal le consideraba un hombre sensato y propuso que, además, fuese nombrado alcalde por un año. Precisaban de alguien con autoridad para los asuntos civiles, tal como él la tenía para los militares. Como había muchos temas que requerían decisiones rápidas, su propuesta fue aprobada y el joven comprendió que el hecho de llevar espada, y de que aquellos soldados aficionados le obedecieran, le daba una sorprendente potestad en aquella incipiente comunidad.

Una vez se hubieron discutido las demandas destinadas al gobernador, Artal presentó su propuesta de compra de armas. Después se habló de cuánto tendría que aportar cada familia. El muchacho recordó que en el poblado había gente sin recursos y que, en lugar de aportar, debían ser auxiliados por la comunidad. El resto estuvieron de acuerdo.

Terminada la reunión, Artal pasó revista a las guardias y nombró a cuatro sargentos para que le ayudaran en su tarea. Luego la tropa disponible volvió a las prácticas con las lanzas.

Aquella noche hubo un conato de asalto, pero los centinelas detectaron a los intrusos, se dio la alarma y fueron rechazados. Artal apareció con su armadura cuando la incursión había sido neutralizada y los protagonistas, con solo un herido leve, le reportaron orgullosos su hazaña.

A la mañana siguiente, Artal y otro representante del poblado acompañaron a Louis Arlés en su visita al gobernador, que se mostró conforme ante la propuesta de fundar un arrabal que acogiera a los refugiados. Se cederían tierras a buen precio y habría exención de tasas hasta que los negocios arrancaran. Aquel hombre comprendió

que los recién llegados, a corto plazo, le proporcionarían sustanciosos impuestos.

Artal veía cómo, con una rapidez asombrosa, se iba consolidando una prometedora comunidad. Muchos eran comerciantes, mantenían vínculos con los musulmanes de Tierra Santa y, tal y como le había anticipado fray Roger, estaban dispuestos a hacer de Chipre el nuevo emporio comercial de Oriente. Buena parte de ellos habían logrado salvar sus pequeñas fortunas de la debacle de San Juan y sabían cómo obtener créditos. Artal empezó a escuchar palabras de la jerga comercial desconocidas para él. Poseía una curiosidad innata que le hacía preguntar, sin timidez, lo que ignoraba, y se familiarizó pronto con ellas.

Los días siguientes los dedicó a sus obligaciones como capitán de la comunidad, a instalar su tienda en la nueva ubicación y a disfrutar de su amor por Beatriz. Su fascinación por ella era incluso más intensa y agradecía las tareas que la apartaban, momentáneamente, de su pensamiento. Porque cuando la recordaba diciéndole que era suya, sentía que el corazón le daba un vuelco y una felicidad indecible le paralizaba.

Beatriz había trabado amistad con Anne, la esposa de Louis Arlés. Y un día, al llegar Artal a su tienda, le esperaba ilusionada.

—Anne y yo pensamos abrir una posada —le anunció feliz.

—¿Una posada? —se extrañó él.

Sabía que eran lugares donde la gente se hospedaba, pero jamás había estado en una.

—¡Sí! Louis Arlés es mercader, como sabes —le explicó—. Piensa retomar su negocio y cree que la ruta de la seda, con especias,

perfumes y muchas otras cosas, pasará a partir de ahora por Famagusta. La ciudad se llenará de ricos comerciantes que permanecerán unos días en ella y pagarán bien por buena comida y alojamiento.

—¿Y de qué forma vas a participar tú?

—¡Soy una excelente cocinera! —le dijo ampliando su sonrisa—. Lo habrás notado a pesar de lo limitado de nuestros recursos, ¿verdad?

—Es cierto, nunca había comido tan bien —repuso convencido.

—Y también aportaré capital. Pude salvar mis ahorros al salir de San Juan de Acre.

—¿Así que eres una mujer rica?

En la intimidad de la tienda, Artal había encontrado el fajín donde ella guardaba el oro. Y adivinó, por su peso, de qué se trataba. Aunque nunca quiso preguntar ni saber más.

—Lo suficiente para comprar la mitad de una buena posada —contestó satisfecha.

21

Los siguientes días Artal supervisó la construcción de empalizadas en los lugares más vulnerables. Sus instrucciones se estaban ejecutando al detalle. Se sentía satisfecho con Louis Arlés como alcalde porque era extremadamente eficiente. Beatriz no andaba desencaminada al hacerlo participar, a través de su mujer, en el asunto de la posada.

Sin embargo, el joven sentía un gran peso en su alma. Fray Roger estaba en lo cierto. No podía abandonar a su madre, por muy extraña que fuese la misiva. Ni tampoco era excusa el peligro que pudiera aguardarle en su tierra, ya no era un niño indefenso. Debía ir, pero se sentía incapaz de decidirse. Y temía lo que fuera a ocurrir cuando se lo dijera a Beatriz. De modo que optó por esperar y vivir plenamente su amor.

Así, a pesar de su inquietud, aquellos días disfrutó del cariño de Beatriz y Margarita, y de su hogar en aquella tienda improvisada. Y también de la compañía de Louis Arlés y de su esposa Anna, amiga inseparable ya de Beatriz. A todo ello se añadía la amistad de varios de los muchachos que formaban su pequeño ejército y de otros muchos refugiados. Todos le trataban con respeto e incluso admiración. Se sentía cómodo y seguro. Ahora comprendía que aquellos ocho años de milicia le habían aportado, sin que él fuera consciente, unas habilidades que la gente reconocía y valoraba. Muchísimo. Sus vidas y sus haciendas dependían de ellas. Era un

personaje importante en su comunidad.

Se produjo otro intento de asalto, pero las alertas funcionaron y los voluntarios pusieron en fuga a los bandidos. Estos dejaron atrás dos muertos y un herido, que Artal entregó al alcaide de Famagusta. El malhechor fue ahorcado a la mañana siguiente en una de las puertas de la ciudad. Su cadáver se dejó pudrir allí mismo, colgado, como advertencia.

Un par de entrevistas más con el gobernador y un saquito de oro resolvieron el asunto de la propiedad de los terrenos para el pueblo y la posada. Esta se ubicaría en un lugar inmejorable, muy cercano al puerto. Artal asistía atónito al chalaneo, que tan bien manejaba Arlés, con el gobernador. Él, que jamás antes había usado el dinero, veía cómo el oro y la plata abrían puertas y compraban tierras y gobernantes.

Hasta solo unos días antes creía que la virtud, la oración, el valor y un brazo fuerte y hábil con la espada eran las fuerzas que movían el mundo. Ahora comprendía que había otras más poderosas.

El Halcón apareció en el puerto el último día de mayo, después de nueve días de ausencia. Y tan pronto Artal supo de su llegada, se apresuró a ir en busca del fraile.

—Nuestros hermanos del Temple resistieron una semana más que el resto de la ciudad —le explicó fray Roger cuando se encontraron—. Pero al fin pactaron la rendición el día 25, justo cuando llegaba El Halcón.

—¡Vaya! Creía que aguantarían hasta el final.

—Se pasaba hambre y sed. Tenían muchos heridos y querían salvar las vidas de los civiles que habían buscado refugio en la

fortaleza.

Artal hizo un gesto de comprensión.

—Una vez cerrado el acuerdo, abrieron las puertas a los sarracenos y estos colgaron su enseña en las torres —continuó el marino—. Pero entonces se produjo el incidente.

—¿De qué incidente habláis?

—Unos dicen que fueron los mamelucos quienes, al sentirse vencedores, se propasaron con unas damas cristianas. Y otros que fueron los niños y las mujeres de la fortaleza quienes empezaron a insultarles y tirarles porquerías. El caso es que estalló el odio acumulado. Los templarios desenvainaron las espadas para separar a los contendientes y, cuando los mamelucos hicieron lo mismo, se cerraron las puertas y los cristianos masacraron a todos los musulmanes que habían entrado para tomar posesión del lugar.

—¡Qué locura! ¡El sultán no tendría piedad!

—En efecto. Como sabes, nuestra fortaleza se encuentra sobre el mar y yo aguardaba en mi galera a distancia para evitar que el fuego griego nos alcanzara. Envié la chalupa varias veces aquella noche. Pero solo se pudo rescatar el tesoro, las reliquias de los santos y a varios caballeros comandados por Thibaud Gaudin. Se dice que será el elegido como nuevo gran maestre.

—¿Y qué hicisteis con ellos?

—Los desembarqué en Sidón, que está a medio día de viaje y sigue en nuestras manos, aunque durará poco. Regresamos a San Juan de Acre. Nos alcanzó el fuego griego y, gracias a Dios, pudimos apagarlo.

—¿Y qué más ocurrió? —quiso saber Artal, ansioso.

—El sultán ofreció otra tregua. Era una trampa. El senescal del

Temple fue a negociar y lo ejecutaron junto a los caballeros que le acompañaban. No hubo más tratos. La muerte se convirtió en la única opción para los defensores. En la madrugada del tercer día, los zapadores sarracenos hicieron saltar los túneles, repletos de pólvora, que habían excavado bajo de fortaleza. Entraron en tropel y se entabló una lucha desesperada. Y en plena batalla se terminó de hundir la mayor parte del castillo. Unos y otros murieron aplastados. A miles. Los que quedaban pelearon hasta la última gota de sangre. Desde El Halcón fuimos testigos impotentes del capítulo final del Temple en Tierra Santa. Con el alma encogida, oímos el batir de los tambores, el sonido de las trompetas, los gritos y el estruendo de los muros al hundirse. Olimos el fuego griego, la sangre y la muerte. Vimos las nubes de polvo y humo elevándose del castillo. Solo pudimos rescatar a los que se lanzaron al mar desde las murallas.

—¿Quiénes?

—No había ningún fraile. Un par de seglares y varios turcopoles.

—¡Qué triste final! —Artal se enjugó las lágrimas con el reverso de la mano para evitar que se deslizaran por sus mejillas.

Aquel convento había sido su casa y los frailes, sus hermanos. ¡Todos muertos!

—No es el final —sentenció el capitán, cariacontecido—. Pero es el principio del fin.

Y dio por terminada la conversación. Estaba muy ocupado.

22

—¿Así que piensas convertirte en posadero? —inquirió con sorna fray Roger.

Durante casi un mes, El Halcón había ido y vuelto de Chipre al continente sin apenas tregua para reponer agua y alimentos para los que se encontraban en Sidón. Pero parecía que las urgencias habían terminado y el capitán podía dedicarle tiempo a Artal. Este le acababa de contar lo ocurrido en el campamento de refugiados.

—¿Y vas a servir jarras de vino y cuencos de cocido por las mesas? —insistió.

Artal resopló.

—No, ya sabéis que no —repuso con fastidio—. Para eso están las criadas. Yo seguiré como jefe militar del burgo. Me han proporcionado un buen caballo y una paga decente que crecerá cuando los negocios empiecen a funcionar y podamos cobrar impuestos.

—Ya. Y ahí será cuando el gobernador ponga a alguien de su confianza en tu lugar. ¿Servirás entonces el vino en la posada de tu mujer?

—¡Qué sé yo lo que va a ocurrir! —exclamó irritado.

—Conviértete en posadero o vuelve al Temple. Haz con tu vida lo que te plazca. Pero antes tienes que regresar a tu tierra y asegurarte de que tu madre esté bien. Es tu obligación como hijo.

—Lo sé —repuso Artal, cabizbajo.

El fraile había sentido devoción por su fallecida madre, consideraba imperativo el deber de un hijo hacia su progenitora y censuraba cualquier demora en el joven.

—Y también debes resolver el misterio que hay detrás de esa extraña carta —prosiguió—. Mira, en unos días partiremos hacia Sicilia y tienes un salvoconducto. El rey Jaime es hermano del rey de Aragón, y el tráfico desde Palermo hasta Valencia o Barcelona es continuo. Te será fácil seguir desde allí hasta España.

—¿En qué os habéis ocupado este tiempo? —inquirió Artal, tanto por curiosidad como para desviar la conversación de aquel asunto. El fraile le obligaba a decidir entre su madre y Beatriz y eso le angustiaba.

—He estado transportando tropas y provisiones a Sidón, donde los frailes supervivientes de San Juan de Acre pretendían resistir. Pero un gran ejército mameluco ha iniciado el sitio y no tienen posibilidades. De hecho, he traído en El Halcón al futuro gran maestre, Thibaud Gaudin, que viene a reclutar nuevas fuerzas. —Hizo una pausa—. O a huir de la quema.

A Artal le sorprendió. Aunque sabía que Gaudin y fray Roger no se llevaban bien, no esperaba el comentario despectivo.

—No parece que os guste fray Thibaud.

—Mira, Guillaume de Beaujeu era un buen soldado. El senescal del Temple, Pierre de Sevry, que lo sustituyó, también lo era y merecía haber sido el siguiente. Pero, como te conté, fue ejecutado por los sarracenos al tratar de llegar a un acuerdo *in extremis* que salvara a los civiles de la masacre…

—¿No lo es fray Thibaud?

—Era el tesorero, sabe más de números que de armas —gruñó

fray Roger—. Y se ocupa más del oro que de defender lo poco que nos queda en el continente. Fíjate que, con todo lo que está ocurriendo, me ha querido pasar cuentas.

—No parece el momento…

—Claro que no —repuso el capitán, ceñudo—. Como aún no es gran maestre, le dije que se olvidara. Algo me dice que nunca me llevaré bien con ese contable.

Lo poco que había aprendido Artal sobre el dinero en el tiempo que llevaba en el burgo con Louis Arlés le hacía pensar que el capitán de El Halcón sí que debía responder por lo recaudado en el puerto de San Juan de Acre. Pero no quiso entrar en eso.

—¿Y qué asunto os hace ir a Sicilia? —inquirió.

—Es secreto. —Y no quiso añadir más.

Durante los días siguientes, fray Roger preparó su galera para un largo viaje, y aunque decía estar sometido a órdenes superiores, Artal sospechaba que solo obedecería las que a él le convenían. Cada vez que visitaba el puerto veía que se embarcaban en El Halcón fardos de seda, sacos de especias y otros artículos. El joven quiso saber el motivo y el capitán le dijo que la tripulación tenía derecho a una carga para venderla, por su cuenta, en los puertos que visitaran. Y que era parte de su salario. El Temple no comerciaba y a Artal le sorprendió que él permitiera que su gente cargara tantos productos. Se suponía que aquella no era una nave mercante.

Por mucho que no encajase con el tipo de templario al que él estaba acostumbrado, su comportamiento le parecía extraño. El capitán mantenía frecuentes contactos con el fraile comendador de

Famagusta, sin que por eso le obedeciera. Thibaud Gaudin se había trasladado a Nicosia, donde se encontraba el maestre de la isla, para tratar con el rey de Chipre la defensa de Sidón, y el comendador de Famagusta carecía de fuerzas para imponer su voluntad a un capitán que, aunque sargento, tenía más de trescientos hombres a su mando que le eran fieles. Además, fray Roger, cuando se lo proponía, intimidaba.

Por su parte, Artal había decidido no presentarse al comendador del Temple. Nadie le echaría en falta. No le conocían y nunca le identificaría como el capitán de las tropas del nuevo burgo, un hombre joven pero supuestamente casado.

Se sentía incapaz de mentir y no podría justificar su relación con Beatriz. Y en el caso de que quisiera ocultarla, si aquel sospechaba, podía obligarle a confesarse con el capellán. Sabía que su alma no estaba limpia como cuando luchaba junto al gran maestre en los muros de San Juan de Acre. Su relación con Beatriz, sin el sagrado vínculo del matrimonio, era pecaminosa. Y pecado era también dilatar su estancia en Chipre si su madre de verdad le necesitaba. Pero no podía abandonar a Beatriz y a Margarita. Si no hacía mucho tenía ganado el cielo luchando por la cristiandad, ahora lo daba por ellas. Perdía el Paraíso del más allá por el paraíso recién descubierto en la tierra.

23

—Debo regresar con mi familia —le dijo al fin a Beatriz, con el corazón encogido.

Llevaban seis semanas y media conviviendo y Artal había demorado la noticia todo lo posible. No encontraba el momento, tampoco el valor. Ella no se cansaba de decirle que era suya y que nunca había sido tan feliz. Y él compartía, intensamente, ese sentimiento de dicha. Temía estropearlo, quebrar aquello tan bello, tan delicado, algo que deseaba que durara toda la eternidad. Él no quería separarse, pero debía cumplir con su deber e intuía que ella no le seguiría en aquel azaroso viaje.

Escogió la caída de la tarde de un brillante día mientras paseaban, cogidos de la mano, por la playa. Las olas llegaban mansas a la orilla, inundando de espumas y transparencias la arena. En el cielo, unas nubecillas cambiaban de blanco a rosa proyectando reflejos sobre el mar y los charcos de la playa.

Artal sabía que Beatriz iba a disgustarse y quería que lo hablaran sin los mil oídos que rodeaban su precario habitáculo del poblado. Ella se detuvo y le miró con unos ojos que la sorpresa agrandaba más aún, y su sonrisa feliz se truncó en un rictus de dolor y miedo. No dijo nada, pero se quedó inmóvil, consternada.

Al joven le partía el corazón verla así.

—Mi madre —balbució—. Tengo que ayudarla… —Y comprendió que estaba repitiendo estúpidamente lo que ella ya sabía.

—¿Cuándo? —preguntó de repente.

—¿Cuándo qué?

—Cuándo piensas abandonarnos a Margarita y a mí. —Los ojos de Beatriz se cuajaron de lágrimas.

—Yo. —Tragó saliva, no le salían las palabras—. Yo no pienso abandonaros. Venid conmigo.

—¡¿Que vayamos contigo?! —exclamó ella.

—Sí —musitó él.

—¿Pero sabes lo que estás diciendo? Me he informado. España se encuentra en el otro extremo del mar, en el fin del mundo. ¡Solo llegar a sus costas requiere unos tres meses de navegación!

—En galera, el viaje es mucho más corto.

—Tres meses en los que puede ocurrir de todo —continuó ella sin atenderle—. Tormentas, piratas, enfermedades, accidentes… Muchos no llegan jamás. Además, allí viven gentes con otras costumbres y hablan lenguas que no entendemos. No voy a exponer a Margarita a semejante peligro. Un niño pequeño no puede soportarlo. ¡Moriría por el camino! ¿Es eso lo que quieres?

—¡Por el amor de Dios, Beatriz! ¡Claro que no!

—Pues me estás diciendo que nos abandonas por una aventura incierta de la que jamás regresarás.

—¡Claro que regresaré!

—No. Si te vas, jamás volveré a verte. —Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

Artal la contemplaba desolado, no sabía qué hacer.

—Beatriz, por favor… —Le tocó suavemente el codo y ella lo apartó con un gesto brusco.

—¡Déjame! ¡Nos vas a abandonar! —Y, sollozando, se cubrió la

cara con las manos.

Beatriz había anticipado esa situación muchas veces. Era tan feliz que se decía que aquello no podía durar. Que quizá ella no se lo mereciera. Que, inevitablemente, algo tan bello tenía que acabar pronto. Era su pesadilla. El sobresalto con el que se despertaba por las noches. Y cuando eso ocurría, buscaba a Artal en el lecho, su calor, su contacto. Se tranquilizaba diciéndose que él estaba allí, que la felicidad se encontraba junto a ella y que la gozaría cuanto pudiera. No concebía la existencia sin él.

Y al oír las palabras que tanto temía, supo que su vida estaba en juego. La suya y la de su hija. Debía disuadirle. Sintió que la angustia la mareaba, que empezaba a morir.

En el mundo no podía existir otro hombre como él. Dios lo hizo para ella. Su vida comenzó en el momento en que la salvó en el puerto. O quizá mucho antes, la primera vez que sus miradas se cruzaron. El amor con él era algo que nunca había experimentado y que jamás se volvería a repetir. No era solo que sintieran que alcanzaban el cielo cuando sus cuerpos se unían. Eran sus almas, sus espíritus, en una armonía que ella ignoraba que existiera. La unión física con Artal no era más que una continuación de la espiritual.

Superaba a su marido en todo. ¡Pero era tan distinto! Nada de lo aprendido antes, por fortuna, le servía ahora. En cierto modo, llegó virgen a aquel muchacho. Él lo ignoraba todo y ella todo se lo enseñó al tiempo que lo aprendía de él. Deseaba su cuerpo esbelto, fuerte y poderoso. Al unirse a él, sentía un placer como jamás imaginó. Algo divino. Amaba su forma de ser, su temperamento amable, inocente e ignorante de tantas cosas que ella le enseñaba

con cariño. Era torpe al principio, en lo nuevo, pero pronto se mostraba firme y seguro. Y sus ojos. No sabía qué le ocurría cuando él la miraba con aquellos ojos verdes. La hacía estremecer, deseaba fundirse, que de los dos se hiciera solo uno. Nada que ver con los viejos y asquerosos modos de su marido, nada de violencia y dolor. Y si aparecían ahora, solo eran fruto de una pasión desmedida en la que ambos creían morir.

No, no dejaría que se fuera sin pelear. Aunque derramara su última gota de sangre. Aquella era, para ella, una lucha a vida o muerte.

—¿Cuándo te vas? —repitió descubriendo su rostro para mirarle a los ojos.

—Mañana.

—¿Y ahora me lo dices? —Le miró severa—. ¿A qué esperabas?

—Quería gozar de nuestra felicidad, unos días más, sin que esta noticia la enturbiara —repuso él, mohíno.

—¿Y por qué nos abandonas?

—Ya te lo dije, volveré. Bien sabes que tengo una obligación con mi madre.

—Esa carta…

—Sí, esa carta.

—¿Una carta de una madre que no te escribió en ocho años?

—No sé si me escribió. La Regla del Temple prohíbe recibir cartas sin el consentimiento de los superiores. Y estos pueden leerlas y evitar que se entreguen si así lo consideran. Cuando de pequeño quise escribirle, me lo prohibieron. Pero recibía noticias suyas.

—Así que tu madre es en realidad una desconocida para ti.

—En cierto sentido, sí.

—Pues no puedes regresar a tu tierra —dijo con determinación—. No te lo dije, pero anteayer se me presentó santa María Magdalena en un sueño. Esa carta es un engaño, tu madre está muerta y a ti te esperan para matarte.

—Pero ¿qué dices? —se asombró él.

—Lo que acabas de oír. —Beatriz saltó como una leona—. Tu madre está en el cielo, la santa me lo dijo. Ya no tienes responsabilidad alguna con ella. —Sus ojos le miraban fieros—. Tu única responsabilidad es con nosotras. Si nos dejas, Margarita morirá de pena. Te quiere más que a un padre. Y yo también moriré. Y, conmigo, el hijo tuyo que llevo en mi seno.

—¿Mi hijo?

—Tu hijo, sí. Has gozado de mi cuerpo. Me hiciste pecar, despertaste en mí tal pasión que ni siquiera fui capaz de guardar luto por mi marido. ¿Crees que el acto carnal no tiene consecuencias? En mi vientre crece tu hijo. Es fruto de la semilla que tantas veces has vertido en mi interior. Si huyes ahora, condenarás tu alma. Debes redimir tu pecado cuidando de mí y del ser que crece en mí.

—¡También me condenaré si abandono a mi madre! —exclamó Artal, angustiado.

—Ya te lo he dicho: tu madre no existe ya. Pero Margarita, el hijo que llevo en mis entrañas y yo, sí. —Le miraba suplicante, con los ojos llenos de lágrimas—. Te lo pido por lo más sagrado de este mundo y del otro, ¡no nos abandones!

Artal, conmovido, la abrazó y ella se acurrucó contra él deshaciéndose en llanto.

24

—Beatriz espera un hijo mío y no puedo abandonarla —se disculpó Artal—. No iré con vos a Sicilia, me quedo con ella.

La noche anterior estuvo llena de llanto, risas, amor y pasión. Y promesas. Los amantes apenas durmieron, pero Artal quiso madrugar para advertirle a su amigo, que partía aquella mañana, de su cambio de planes. Lo encontró en la proa ultimando los preparativos para navegar hacia poniente.

—¿Y a tu madre? —repuso fray Roger—. ¿La abandonarás a ella?

—Esa carta es una trampa —contestó Artal, enfático—. A Beatriz se le ha aparecido en sueños santa María Magdalena y le ha dicho que mi madre está muerta, que se trata de un engaño y que alguien me espera en mi tierra para matarme.

—¡Vaya, qué oportuna la santa! —exclamó Roger con media sonrisa.

—Ya no hay motivo para que yo regrese a mi tierra. —Una sonrisa feliz apareció en la faz del joven—. Mi madre está en el cielo y yo amo a Beatriz. Y lo que más deseo es quedarme toda la vida con ella, con Margarita y con el hijo que esperamos.

—¿Y cómo sabes que ese hijo es tuyo?

Artal le miró sorprendido.

—Pues… —reflexionó—. Las mujeres tienen hijos cuando se entregan con un hombre al acto carnal. —El rubor coloreó sus mejillas—. Cuando él deposita su semilla en el interior de ella. Y yo

he depositado mi semilla en ella muchas, muchas veces.

El capitán rio.

—Y se ha quedado embarazada, ¿verdad?

—Pues claro.

—Vamos a ver, novicio. —Le puso la mano en el hombro y le miró severo—. Que lo hayáis repetido muchas veces ayuda, pero no asegura que esté embarazada. ¡Entérate! A veces ocurre y otras no. Hay parejas que hacen lo mismo que vosotros y tienen que aguardar años antes de que Dios les conceda hijos. Y otras nunca los tienen.

—¿Cómo? —Artal le miró extrañado.

—Lo que te digo. Además, no lleváis ni siete semanas juntos. Si Beatriz tiene la seguridad de estar encinta es que no es hijo tuyo.

—Pero ¡¿qué decís?! —Se sacudió, indignado, la mano que el capitán apoyaba en su hombro—. ¿Insinuáis que Beatriz me ha engañado? —Su mano buscó la empuñadura de la espada.

—Los síntomas tardan en manifestarse más que eso, y la confirmación puede tardar incluso meses. Si está segura, entonces el hijo es de su marido. O de quien sea.

—¡Sujetad vuestra lengua! —exclamó exaltado—. ¡Si la ofendéis a ella, me ofendéis mil veces a mí!

—¡Tranquilízate! No dudo de la buena fe de tu dama. Pero creo que confunde el deseo de tener un hijo tuyo con la realidad.

Artal, algo más calmado, soltó el puño de su espada.

—Y en cuanto a tu madre…

—Está muerta —le cortó Artal—. Y en el cielo.

—Quizá. Aunque pudiera ser que la aparición en sueños de la santa solo fuera eso, un sueño. Y que esté viva.

El muchacho movió la cabeza negando.

—No estás seguro —insistió el capitán—. Ni nunca lo estarás, a no ser que regreses.

—¡No puedo ir! —sollozó Artal—. No puedo abandonar a Beatriz.

—Beatriz es muy capaz de valerse por sí misma en tu ausencia. Incluso en el caso de que estuviera embarazada.

—¡Os digo que no puedo!

Roger de Flor le observó pensativo. El chico estaba crispado y supo que no lograría convencerle.

—Bien, esa es tu decisión. Creo que te equivocas y que te arrepentirás el resto de tu vida, pero la respeto. Aunque antes de despedirnos, quizá para siempre, quiero ver otra vez esos escritos.

—¿Cuáles?

—La carta de tu madre y el salvoconducto del gran maestre. Los vi solo por encima, pero nunca los he examinado a fondo. He leído muchos documentos en mi vida, la mayoría comerciales, y tú ninguno fuera de los textos sagrados. Quizá pueda entresacar de sus palabras algo que ayude a descifrar el misterio. Pudiera ser una trampa, tal como sospechamos, y que tu decisión sea la correcta. Déjame verlos. —Y de nuevo apoyó su mano en el hombro del chico —. He llegado a apreciarte, novicio. Lo último que quiero es que te maten. Déjame verlos y, si encuentro algo sospechoso, te lo diré. Tú te quedarás con tu mujer y con el espíritu sereno, y yo te daré mi bendición.

Artal sintió un gran alivio. Si la carta era falsa, si no fuera de su madre y su amigo lo descubría, le quitaría el inmenso peso que sentía en el alma. No estaría abandonando a su madre y podría vivir feliz junto a su amada. Al examinar aquellos documentos, fray Roger se convertía en el juez que le podía absolver del gran pecado de no

ayudar a la que le dio el ser. Porque era incapaz de dejar a Beatriz. Cuando luchaba con la espada o dirigía su caballo en el combate, tomaba la decisión correcta en un instante, sin ni siquiera pensarlo, por mucho que su vida dependiera de ello. Pero escoger entre una madre ausente durante tantos años y Beatriz, por la que su alma y su cuerpo clamaban desesperados, le destrozaba el corazón. No sabía, no podía. Le paralizaba.

Le dio un abrazo al capitán y montó en su caballo. Luego se dirigió al campamento al trote, esquivando a la muchedumbre que ya se congregaba en el puerto.

25

—¿Ha partido ya ese fraile? —le preguntó Beatriz al verlo entrar en la tienda.

—Aún no, quiero que vea este documento del gran maestre y la carta de mi madre. Él también tiene la impresión de que es falsa, sabe de papeles y me lo va a confirmar. Y, cuando lo haga, sentiré un gran alivio.

—¿Cómo se ha tomado que te quedes conmigo?

—Lo ha aceptado. Quiere ver la carta antes de darme su bendición y despedirse.

—No tardes, te lo suplico. —Y le dio un gran beso y un abrazo.

Fray Roger leyó atentamente el salvoconducto.

—En efecto, son los sellos y la firma de Guillaume de Beaujeu —dijo—. Este documento vale una fortuna. Con él puedes viajar por todo el Mediterráneo y tierra adentro, con el apoyo del Temple en medios y en dinero. Felicidades, el viejo fray Guillaume debía de apreciarte mucho.

—Y yo a él. Pero ya no necesito ese documento. No regresaré, me quedo aquí para siempre.

—¿Me muestras la carta?

El capitán se sentó en una banqueta apoyado en las barandillas del castillo de popa e hizo un gesto a Artal para que le acompañara. Este le obedeció y se puso a su lado. Fray Roger leyó en voz alta:

—«Querido hijo, que el Señor de los cielos quiera que esta carta te encuentre lleno de salud. ¡He rezado tanto por ello! Las cosas han cambiado mucho en nuestro feudo desde la muerte de tu padre. Corro peligro y preciso de tu ayuda. No te demores. Han pasado muchos años y pocos te conocerán, pero sé cauteloso porque hay quien te espera y quiere tu mal. Que Dios Nuestro Señor nos ayude. Tu madre que te ama». —Y se interrumpió tratando de descifrar la firma—. «No sé qué de Vilalba».

—Eleonor de Vilalba —le precisó Artal.

—Tu madre.

—Sí, mi madre. ¿Qué opináis de la carta? —inquirió ansioso.

Roger de Flor le miró a los ojos. Los marinos ya soltaban amarras y se preparaban para izar una de las velas.

—Opino que puede ser falsa.

—¡Lo es!

—Pero que también puede ser verdadera.

—No, ¡no puede serlo!

El capitán se dirigió a unos marinos que recogían unos cabos y, señalando al chico, les dijo:

—¡A la bodega!

Cuatro fornidos individuos se abalanzaron sobre Artal.

—¡¿Qué hacéis?! —gritó mientras intentaba soltarse. Hasta que de pronto lo comprendió—. ¡Maldito seáis, fray Roger! —gruñó forcejeando.

Pero por mucho que pataleó tratando de golpearles, le arrastraron a la bodega sujetándole por las extremidades. Logró hacerles perder el equilibrio y cayeron por las escalerillas que conducían a aquella oscura cueva. Fue a incorporarse, pero no le

dieron tiempo de tirar de espada o de daga. Se lanzaron sobre él y, después de intercambiar varios golpes, le arrastraron a las profundidades de la nave. Allí le pusieron unos grilletes de hierro anclados a los maderos, le quitaron las armas y, sin responder a sus gritos, le dejaron en un cuartucho sin apenas luz.

Tiró de las cadenas que le aprisionaban las muñecas hasta notar que el hierro se le clavaba en la carne. Con el cuerpo rígido, miró los maderos del techo y aulló, desgarrado y rabioso, hasta quedarse sin voz. Como un lobo prisionero al que van a sacrificar.

—¡Maldito seáis de Dios, Roger! ¡Que la ira del Señor caiga mil veces sobre vos! ¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Beatriz!

Aterrado, oyó el cornetín de órdenes y los silbatos del piloto y el cómitre. ¡Iban a zarpar! Al poco notó que la galera empezaba a moverse. ¡Salían del puerto! ¡Abandonaban Famagusta! Más tarde, el cabeceo del barco le indicó que entraban en mar abierto. Estaba desesperado, sus muñecas sangraban. Afónico, lloró, maldijo y suplicó. Y durante unos instantes en que recuperó la respiración le pareció oír, a través de los tablones de la nave, a su amada llamándole. Luchó con mayor desesperación respondiendo con aullidos. Por un momento sintió que el corazón le iba a reventar en el pecho, pero siguió forcejeando con rabia, sin esperanza.

—¿Qué será de ti, Beatriz? —gemía con las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. ¿Qué será de mí sin ti?

Pero nadie le escuchaba.

26

—No tardes, te lo suplico —le había dicho Beatriz al despedirse antes de que él regresara a la galera con el salvoconducto y la carta de su madre.

Artal le sonrió y le lanzó una mirada pícara con sus seductores ojos verdes, promesa de una tarde de amor.

—Pronto estaré de vuelta —le aseguró, y se dieron un gran beso y un abrazo.

Ella empezó a preparar la comida. Confiaba en él. Era noble y cumplía su palabra. Pero no podía evitar el runrún de una preocupación. No estaría del todo tranquila hasta que El Halcón hubiese zarpado. Veía a fray Roger como un enemigo, sabía que sus palabras inquietaban a Artal. No podía esperar a que se largara de una maldita vez a Sicilia. No quería verle más en la vida. Ni a él ni a El Halcón.

Conforme pasaba el tiempo, su inquietud iba en aumento. No porque Artal se retrasara, sino por un terrible presentimiento que cubría el luminoso día de su felicidad con un tenebroso nubarrón. No tendría que haberle dejado ir tan alegremente. Sabía que no podía acompañarle porque no le hubieran permitido subir a El Halcón. Tampoco estaba bien visto que una mujer interviniera en asuntos de hombres tales como cartas o salvoconductos. Pero al menos podría haberle retenido unos momentos para recordarle lo felices que eran y cuánto deseaban tener aquel hijo que crecía en sus entrañas.

Dejó a Margarita jugando con otros niños bajo la supervisión de una vecina, tomó un cántaro y, a paso rápido, fue hacia la fuente del puerto.

Aún no había llegado cuando vio que El Halcón se dirigía, lento y majestuoso, hacia la bocana del puerto. Sus remos se hundían en el azul verdoso del agua levantando espuma. Pudo oír el cornetín de órdenes, los gritos, el ritmo del tambor que acompasaba las paladas y el canto con el que los galeotes acompañaban su esfuerzo. Los gallardetes con las franjas negra y blanca y la cruz roja del Temple en su centro lucían orgullosos en los extremos de los mástiles.

El presentimiento se hizo insoportable y, aterrada, se puso a correr hacia donde los palafreneros del puerto cuidaban de los caballos. Llegó jadeante y reconoció la montura de su amado atada en uno de los postes.

—¿Dónde está Artal de Vilalba? —gritó.

—Le vi subir a El Halcón hace un rato —le respondió el encargado —. Pero no le he visto después.

—¡No ha bajado! —dijo su ayudante—. Me he fijado bien y no ha bajado de la nave. ¡Se ha ido con ellos!

Beatriz oyó que su cántaro se estrellaba a sus pies rompiéndose en mil pedazos y que de su propia garganta se escapaba un grito de angustia. Y echó a correr en dirección a la bocana, que se encontraba a poca distancia. Avanzaba más rápido que la nave y pudo rodear la torre que vigilaba desde tierra la entrada del puerto justo antes de que El Halcón la cruzara.

Mientras, trataba de adivinar lo ocurrido. ¿La abandonaba Artal? No podía creerlo, era imposible. Se acababan de separar, pero dijo que volvería. Aunque quizá el maldito fraile hubiera logrado

convencerle. No, no podía ser. Su amor era algo único, tocado por la mano de Dios. Pero si el templario le había ofuscado, cuando la viera a ella, cuando la oyera llamándole, recuperaría sus sentidos. Lo suyo era maravilloso y Artal no renunciaría a ello.

Se detuvo un instante para recuperar el aliento y continuó por la playa, con las olas mojándole los pies.

—¡Artal! —gritaba hacia la nave—. ¡Artal!

Tenía la esperanza de que él reaccionara cuando la oyera y saltase al agua. Se dijo que, a pesar de que el mar estaba algo picado, él sabía nadar y la galera estaba muy cerca. Podía alcanzar la orilla. Ella no sabía nadar, pero de haberse encontrado a bordo y su amado en la playa, se hubiera lanzado a las aguas para reunirse con él. Aunque se ahogara, aunque le costara la vida.

La galera dejaba atrás el puerto y seguía rumbo norte paralela a la playa. Beatriz vio, con los ojos llenos de lágrimas, cómo izaba las velas y aceleraba el ritmo de las paladas. Sus pies se hundían en la arena húmeda, frenándola.

—¡Artal! —continuó gritando—. ¡Artal!

Mientras corría, agotando las fuerzas que le quedaban, la nave la iba dejando atrás. Veía ahora la parte posterior del castillo de popa y el timón. Y a unos marinos que desde allí la observaban. Le pareció reconocer al maldito fraile, pero no veía a su amado. Estaba exhausta, le flaqueaban las piernas, pero siguió gritando:

—¡Artal! ¡Artal!

Nadie respondió. Pronto le faltó el aire y sintió que su corazón se rompía. Por el esfuerzo y por la pena. La galera se alejaba, irremisiblemente, y ella tropezó y cayó agotada al mar. Una ola la cubrió y tragó agua amarga. Aunque más amargas eran sus

lágrimas. Sintió que moría. Y se alegró. Quería dejar de existir. Y que con ella pereciera aquel hijo que llevaba en sus entrañas. ¡Artal la abandonaba! ¡Sus sueños eran ya un puñado de cenizas! Sabía que solo la muerte podría librarla de un dolor tan terrible, de un sufrimiento tan espantoso.

Roger de Flor, espada al cinto, erguido con su hábito gris y bonete a juego cubriéndole la cabeza, y su capa negra con la cruz roja ondeando a su espalda, contemplaba desde la popa cómo Beatriz les gritaba.

Fray Adriano, el único fraile templario de la nave aparte del capitán, el piloto y el cómitre estaban a su lado observándola en silencio.

—Brava muchacha —murmuró este último.

La joven parecía al límite de sus fuerzas, y el capitán vio que tropezaba y caía de bruces, y cómo las olas y la espuma la cubrían una y otra vez. Poco a poco la resaca fue arrastrando su cuerpo, boca abajo, hacia el interior del mar.

—Le quería, le quería de verdad —dijo apenado.

Y se puso a rezar por ella.

27

Artal se debatió durante horas en la oscura bodega sin que nadie le hiciera el menor caso. El vaivén de la nave le decía que con cada palada de los remos y con cada soplo de viento se alejaba más de su amada. Tenía que tratarse de una pesadilla de la que despertaría de un momento a otro. No podía creer que fray Roger le hubiese secuestrado. Le había arrancado del cielo para hundirle en el peor de los infiernos. Y al fin, después de que la voz y las fuerzas le abandonaran de tanto gritar y tirar de sus cadenas, cayó, desfallecido, en un profundo sopor.

Cuando abrió los ojos vio que se encontraba en la misma lúgubre bodega. Pero los marinos le habían soltado las cadenas de las muñecas para ponérselas en los tobillos. Tenía vendajes en los antebrazos.

—Te hemos curado las heridas —le dijo fray Adriano.

Era el mismo que en el puerto de San Juan de Acre contaba el dinero de los pasajes y con el que Artal se enfrentó en el viaje a Famagusta, cuando no quería que saliera de la bodega.

—Déjate de tonterías y no tires más de los hierros —añadió el fraile—. Te estás destrozando la piel y te vas a gangrenar.

El muchacho quiso mandarlo al diablo, pero no le salió la voz. Estaba sentado sobre los duros tablones y se cubría la cara con las manos. Se negaba a ver la sordidez que le mostraba la tenue luz del candil que se balanceaba sobre su cabeza. No era una pesadilla. Era

la realidad.

Al rato reapareció el fraile con unas galletas, un cuenco de cocido de habas y una jarra de agua que depositó a su lado. Artal, con un rápido movimiento, logró acertarle con el cocido en el cogote cuando ya se iba, pero el viejo supo esquivar la jarra de agua, las galletas y la bacina que le siguieron. Se giró, impávido, y le dijo:

—Te has quedado sin cena, sin desayuno y sin almuerzo.

Aquel infierno se prolongó por un tiempo interminable. Infinito. Los marinos y los galeotes entraban y salían de la bodega según sus turnos y obligaciones. No le hablaban ni él quería que lo hicieran. Solo rezaba a Dios Todopoderoso, por Beatriz, para poder regresar junto a ella. Imaginaba lo que estaría sufriendo con su ausencia. Primero le extrañaría su retraso, después se alarmaría para, al fin, caer en una desesperación como la suya. Maldecía mil veces a fray Roger y a toda su estirpe. ¿Cómo había podido hacer aquello? ¿Qué derecho creía tener para disponer de su vida y torcer su destino?

Calculaba la hora por la luz que penetraba por la escotilla cuando alguien bajaba a aquella cueva maloliente. No fue hasta la mañana siguiente que fray Adriano le dejó otra jarra de agua y esta vez Artal bebió hasta casi ahogarse. No hubo desayuno ni almuerzo. Luego, en la cena, solo bebió agua y tiró el cocido de garbanzos y las galletas, a pesar de que su estómago rugía con un hambre que le torturaba.

Solo pensaba en morir. Sin embargo, su cuerpo quería vivir, y a la mañana siguiente, cuando llegó el desayuno, se abalanzó sobre él con desesperación. Fray Adriano le contemplaba con una sonrisa divertida.

Así transcurrieron varios días, en los que Artal devoraba todo lo

que Adriano le llevaba. Y una mañana, después del almuerzo, el fraile le dijo:

—El capitán quiere verte.

Los marinos le soltaron los herrajes y, entumecido y tambaleante, siguió a Adriano hasta la cubierta y después por la escalerilla que conducía al castillo de popa de la nave. La luz del sol le cegaba. Y cuando sus ojos se acostumbraron, vio a fray Roger que le contemplaba con una media sonrisa. Esta vez se le antojó a Artal sarcástica, y le encolerizó.

—Buenos días, novicio —le dijo.

Sin responder, Artal avanzó decidido y, cuando estuvo a la distancia adecuada, le soltó un puñetazo. El capitán lo esperaba y, después de esquivarlo, se lo devolvió, no muy fuerte, en la nariz. El muchacho se recuperó de inmediato y le lanzó otra puñada, que su adversario también evitó, pero esta vez la respuesta fue un gancho a la mandíbula que tumbó a Artal sobre la cubierta. Desde allí evaluó rápidamente la situación. El capitán era algo más alto que él, más corpulento y sabía usar los puños. Él también, pero el tiempo encadenado en la bodega y la rabia que sentía le habían mermado. Debía usar la cabeza. Se había formado un círculo en el castillo de popa y los hombres de Roger reían. Se dijo que no podía dejar que su rival empleara los puños a media distancia, de lo contrario le machacaría. Así que se incorporó fingiendo aturdimiento y, cuando creyó que el capitán se descuidaba, se lanzó con la testa por delante hacia su estómago. Impactó en él, le tumbó y en el momento en que iba a golpearle sintió un intensísimo dolor. Nunca antes había experimentado semejante sufrimiento. Tenía a su rival debajo, pero le retorcía con una mano de hierro los testículos. Artal soltó un

alarido desgarrador que se prolongó mientras aquella zarpa le estuvo destrozando los genitales. Y por más que lo intentó, no se liberó de ella hasta que el capitán decidió que ya era suficiente. Se quedó desmadejado en el suelo, hecho un ovillo, cubriéndose sus partes con las manos sin encontrar alivio. Los marinos reían a carcajadas.

—Serás un maestro en el noble arte de cercenar cabezas de un solo tajo, novicio —le dijo fray Roger con tono irónico—, pero no tienes ni idea de cómo pelea un marino. Te he visto venir con la cabeza por delante, pero no me he apartado para evitar que te partieras la crisma contra la borda.

Artal seguía inmóvil sobre las tablas.

—Ese comportamiento merece un castigo, ¿no es así? —dijo a sus oficiales.

El muchacho, boca abajo, no se movió.

—Atacar al capitán se castiga con cincuenta latigazos y la horca. —Era la voz de fray Adriano.

—Una nave del Temple no puede permitir la menor indisciplina. —Ese era el cómitre, el oficial a cargo de los galeotes, el tipo robusto y de frondosa barba negra al que llamaban Garfio—. Todo el mundo ha visto que os atacaba y el castigo debe ser ejemplar. Voto por los azotes y la horca.

—Los latigazos y la horca —dijo Pietro, el piloto, un hombre pelirrojo de unos cuarenta años.

—Estoy de acuerdo —concluyó el oficial de tropa—. Hay unanimidad en el mando.

—¿Qué opináis, padre Luis? —inquirió el capitán al cura de la nave.

—Que esa parece ser la voluntad del Señor.

—Lo siento, Artal de Vilalba —le dijo fray Roger—. Pero esta nave tiene sus leyes. ¡Confiésate!

El joven no podía creer que le fueran a ejecutar. Sabía lo estricta que era la disciplina de una galera, pero el capitán le apreciaba. El cura le ayudó a incorporarse y le sentó en la bancada de estribor.

—Que todo el mundo abandone el castillo de popa —ordenó el capitán—. El timonel también. Que se quede con el cura.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —empezó a orar el sacerdote.

Artal se unió al rezo y al poco le abrió su alma al clérigo. Le contó su amor desesperado por Beatriz y cómo habían pecado mil veces con sus cuerpos al no estar casados. También la culpa que sentía por haber aceptado, tan fácilmente, que su madre estuviera muerta. El deseo de permanecer con su mujer le hizo abandonar a la que le dio la vida. Poco a poco, la seguridad de que iba a morir se fue apoderando de él.

—Lo importante es que os arrepintáis de vuestros pecados —le dijo el cura.

A Artal se le saltaron las lágrimas.

—¿Cómo puedo arrepentirme de amar a Beatriz?

—Si no os arrepentís, no puedo daros la absolución. E iréis al Infierno.

—¡No puedo, padre! ¡No puedo! Volvería a entregarme a ella como lo hice la primera vez. ¡Ahora mismo!

—¿Aun condenando vuestra alma para la eternidad?

El muchacho cerró los ojos sin poder contener el llanto. Escondió la cara en sus manos y afirmó con la cabeza.

—No puedo dejar de amarla —farfulló entre sollozos—. Aunque me condene. Aunque mi alma pene en el Infierno toda la eternidad.

28

—Este cabezota no se arrepiente de su pecado —informó fray Roger a sus oficiales, a quienes había reunido de nuevo en el castillo de popa después de hablar con el cura—. Si le ejecutamos, le condenaremos al Infierno para toda la eternidad.

Los hombres soltaron un murmullo de desaprobación.

Artal seguía sentado como le había dejado el capellán, con los codos apoyados en las rodillas y la cara cubierta con sus manos.

—No es un pecado de los peores… —continuó el capitán—. Es un pecado de amor. No puede dejar de querer… a una mujer.

Otro murmullo, esta vez comprensivo.

—He decidido que le juzguemos de nuevo —añadió fray Roger—. No quiero que su condena eterna caiga sobre nuestras conciencias. Su ataque no fue un acto de insubordinación ni tampoco se amotinó, puesto que él no pertenece a la tripulación. Ese muchacho es sobrino de Ramón de Vilalba, a quien la mayoría conocíais y apreciabais. Y está aquí contra su voluntad.

El chico advirtió que el capitán consultaba a sus subordinados, pero que estos respondían lo que él quería.

—Sin embargo, merece un castigo —intervino fray Adriano—. Un castigo severo. Que esté en la nave contra su voluntad no le excusa de haberos atacado.

Un murmullo de aprobación.

—Nada de latigazos —dijo el capitán—. Es un noble. No quiero

dejarle la espalda cruzada de cicatrices.

—¡Pues que vea el ojo al cíclope! —propuso Garfio, el cómitre.

Artal le miró sorprendido. ¿El cíclope? Le sonaba aquel nombre, de una de las historias antiguas que le contaba su tío. Trató de recordarla, pero no pudo. Aunque sabía que era un gigante monstruoso de un solo ojo. Aquello le hizo estremecer.

—El ojo de cíclope es el castigo adecuado —afirmó el piloto—. Vivirá o morirá si Dios lo quiere.

Los demás coincidieron.

—Sea pues —concedió fray Roger—. Que decida el Señor.

Llegada la hora de los castigos, uno de marinos recibió diez azotes, propinados con un látigo corto hecho de verga de toro trenzada. Por pelear y herirse a causa de un juego de da-dos. Después le llegó el turno a Artal. El cómitre ordenó la boga rápida, el tambor que marcaba el ritmo empezó a sonar veloz y los galeotes resoplaron por el esfuerzo. Artal contemplaba los preparativos inquieto. ¿En qué consistiría aquel castigo? No tardó en saberlo. Los marinos le dejaron en calzones, le ataron las muñecas, aún resentidas por su forcejeo con las cadenas, y sujetaron bien las ataduras al extremo de un cabo. Después le subieron a la borda, en la popa de la nave, al lado del timón.

—¡Salta! —oyó que le decían.

El muchacho contempló la inmensidad que tenía ante sí. Era un luminoso día de mediados de julio y no se veía más que agua, un límpido horizonte y unas nubecillas blancas en el cielo. A pesar de que el mar estaba algo picado, la nave dejaba una pequeña estela. Él se había criado en las tierras altas próximas al río Ebro, tierra

adentro. Sabía nadar, pero solo había practicado en las charcas de Vilalba, y de eso hacía ocho años. Nada que ver con el mar. Y tuvo miedo. ¿Qué criaturas le estarían acechando desde las profundidades? Se acordó del Jonás de la Biblia, que fue tragado por una ballena. ¿Sería el cíclope del que hablaban un monstruo marino?

—¡Salta! —repitió la voz.

Comprendió que, si no lo hacía, le iban a empujar, y se dijo que lo digno era saltar. Se tragó el miedo, puso sus manos atadas por delante y se precipitó al océano.

Sintió la impresión del agua fría y abrió los ojos. Todo estaba borroso y de un color azul grisáceo. El cabo tiró de él y de pronto sacó la cabeza fuera del agua. Respiró. Se hundía. Y para volver a tomar aire tuvo que usar sus piernas empujándose hacia arriba. La galera le arrastraba y el oleaje venía de cara ahogándole. Tragó agua, amarga y salada. Volvió a patalear para sacar la cabeza fuera. Era angustioso. Respiró por la boca, la sal le escocía en las fosas nasales, en los ojos y en las heridas que las ataduras de sus muñecas habían reabierto. Otra ola le dio en el rostro. La cuerda tiraba y tiraba, y más olas llegaban sin descanso. Volvió a tragar agua y sintió que se ahogaba. «¡Señor, Dios mío, Santísima Virgen, ayudadme!». Pateó desesperado y se dio cuenta de que le dominaba el pánico. Moría. Tosió y logró respirar otra vez. Debía calmarse e intentar controlar la situación, de lo contrario no tendría que preocuparse por el cíclope. Perecería ahogado.

No podía mantener siempre la cabeza fuera del agua. Pero le bastaba sacarla para respirar. Y con eso en mente, se impulsaba con las piernas hacia arriba solo cuando tenía que tomar aire. Trató de acompasar su respiración con la cadencia del mar y así reservar

fuerzas. Solo Dios sabía cuánto tiempo le tendrían allí. Se dijo que seguramente fray Roger no quería matarlo, solo darle una lección y que, por lo tanto, tenía posibilidades de sobrevivir. Si hallaba la forma de hacerlo, claro. Porque si se dejaba vencer por el temor que le causaba el mar, extraño y agresivo para él, moriría. Y si se agotaba malgastando fuerzas, también moriría. Poco a poco logró controlarse y solo se impulsaba con las piernas en el momento justo. Habían soltado cuerda y ahora se encontraba más alejado de la nave, prácticamente solo en aquella inmensidad. Siguió con la vista la longitud del cabo que unía sus ataduras a la galera y le suplicó al Señor que no se soltara.

Entonces, el oleaje le elevó y vio el ojo del cíclope. Estaba pintado, enorme, en la popa de la nave, ocupando toda la parte exterior.

Recordó haber visto aquella extraña pintura en el puerto antes de embarcar. Cuando le preguntó a fray Roger, este le dijo que representaba el ojo de Dios, que todo lo veía. Y ahora se había convertido en ojo de cíclope. Y de pronto se acordó del astuto personaje de aquella historia que le contó su tío. Se llamaba Ulises y, al igual que ellos, navegaba por el Mediterráneo.

Arriba, desde el castillo de popa, unos rostros que no podía distinguir le contemplaban. El oleaje, cada vez más intenso, producía grandes valles en los que él se hundía y perdía de vista la galera. Estaba solo, lejos, y era diminuto en aquel mar infinito. Cualquier ser de las profundidades se lo podía tragar o, peor aún, desmembrarlo a mordiscos. Aquel pensamiento le hacía estremecer. Pero lo importante era mantener la respiración y conservar las fuerzas. Y la esperanza. Se puso a rezar.

29

Desde el castillo de popa, fray Roger observaba pensativo a Artal, debatiéndose entre las olas, empequeñecido por la distancia y la inmensidad del mar. Incluso los marinos expertos temían aquel castigo. La mayoría no sabían nadar y alguno se había ahogado a causa del pánico que producía el verse abandonado, con las manos atadas, entre las olas, en aquella extensión infinita. Pero él confiaba en el chico. Sobreviviría, estaba seguro.

Cuando contemplaba a Artal, se veía a sí mismo ocho años antes, a los dieciséis. Era igual de decidido, igual de impulsivo, igual de testarudo.

Y también porque ambos fueron acogidos por el Temple, por caridad y bajo la protección de uno de los frailes. Conocía lo que era verse separado con tan pocos años de la familia y sometido a una Regla tan estricta. Nada de juegos, nada de risas, nada de nada. Oración y ejercicio de armas. No era vida para un niño. Roger de Flor sabía lo que era soñar con el cariño de una madre lejana. Rezar por ella y rezarle a ella como si de la Virgen se tratara.

Sin embargo, en muchos aspectos eran distintos. Artal era más inocente, estaba más desamparado que él a su edad. Lo ignoraba todo del mundo. Y aún mostraba rasgos de un fanatismo producto de su estricta educación religiosa. El chico tuvo la fortuna de criarse en una familia noble y ser auspiciado en el Temple por su tío, un caballero. Roger, en cambio, era un golfillo de puerto cuando el buen

fraile Vasall, capitán de galera, pero solo sargento, se apiadó de él.

Contaban que el Temple, en sus inicios, era permeable. Que alguien de origen humilde podía obtener la capa blanca de caballero por méritos. Pero ahora era tan clasista como la nobleza de Francia o Italia. A Roger le indignaba. ¿Acaso no eran todos hijos de Dios? Artal había vivido protegido por sus padres y después encerrado en un convento. El capitán no le envidiaba por eso, al contrario. Lo realmente difícil era sobrevivir en el puerto de Brindisi y luego como grumete en una galera. Tras superar esas pruebas, el Temple ya era fácil.

Él lo logró, y conocía de la vida como nadie. Sabía mentir y engañar al estilo del mejor tahúr de puerto. Pero su madre le enseñó a rezar y el Temple le proveyó de una sólida moral. Así pues, después de lo vivido en Brindisi y en cien puertos más del Mediterráneo, tenía su propia opinión sobre lo que era moral o inmoral. Y con frecuencia difería de la expresada por la Orden.

Más allá de la religión, dos principios le eran sagrados: la madre y los camaradas. Sentía adoración por su propia madre, que lo había dado todo por él. Y no podía permitir que Artal abandonara a la suya seducido por una hermosa chipriota llamada Beatriz. Por eso le había apartado de aquella mujer, de la misma forma que Ulises rescató a sus marinos de las garras de la hechicera Circe.

Caía la tarde y fray Roger podía ver, entre las olas, que Artal continuaba debatiéndose, luchando por su vida. El chico tenía mucho que aprender y un gran reto por delante. Y él estaba dispuesto a ayudarle. No solo porque le cayera bien y por sus inicios comunes en el Temple, sino porque, por encima de todo, tenía una deuda con el fallecido gran maestre del Temple y le había hecho una

promesa a un amigo. Y él siempre pagaba sus deudas y no defraudaba a sus camaradas. Aunque ya estuvieran muertos.

30

El sol se hallaba ya cerca del horizonte, el oleaje era más violento y Artal apenas podía mantener la respiración. A pesar de ser mediados de julio, el frío había penetrado en su cuerpo, que notaba arrugado. Tampoco sentía las manos. Estaba llegando al límite de sus fuerzas y cada vez tragaba más agua. ¡Ya no podía aguantar! ¡Iba a morir!

Aunque la lucha por la supervivencia ocupaba la mayor parte de sus pensamientos, había tenido tiempo para reflexionar, desde una situación muy distinta, sobre el dilema de elegir entre su madre y Beatriz. No había llegado a una conclusión definitiva, pero el Temple le había enseñado a anteponer la obligación al placer y, en el fondo, de eso trataba aquel debate interno que le destrozaba.

Fue entonces cuando notó que la cuerda se tensaba y recuperó la esperanza. ¡Estaban tirando de él! La maniobra se le hizo interminable y al fin, causándole un gran dolor en brazos y muñecas, lo elevaron hasta el castillo de popa. Un par de marinos, dirigidos por Garfio, le esperaban. Le desataron, le frotaron el cuerpo con unas mantas y le pusieron un ungüento en las heridas de las muñecas y otro en la piel para las quemaduras del sol. Tiritaba. Vio a fray Roger, que le contemplaba tan tranquilo sentado en uno de los bancos del castillo de popa.

Cuando le soltaron, se quedó desmadejado sobre la cubierta. Estaba agotado, ni siquiera podía caminar. Fray Adriano le hizo sentar y uno de los marinos le trajo agua. Nunca antes le había

sabido tan dulce. Después, un cuenco de lentejas con arroz. Se lo tuvieron que dar con una cuchara.

—No hace falta que le encadenéis esta noche —dijo el capitán.

Durmió en un jergón que le proporcionó fray Adriano, quien le cubrió con unas mantas.

Cuando se despertó le dolía el cuerpo, la piel por las quemaduras del sol y sobre todo las muñecas, pero, por encima de todo, sentía un hambre atroz. Temió haberse perdido el almuerzo. Aunque al ver la actividad a su alrededor comprendió, aliviado, que aún no se había repartido la comida. Al poco apareció el omnipresente fray Adriano, que le dijo:

—El capitán pregunta que si ya eres capaz de hablar tranquilamente o si he de encadenarte de nuevo.

—Sí que puedo hablar. Pero ¿podría comer algo antes?

El fraile ordenó a un marino que le trajera un cazo de cocido de habas con garbanzos, arroz y cecina, unas galletas y vino rebajado con agua, que le sirvieron en el castillo de popa. Allí, junto al capitán, aguardaban para comer Garfio el cómitre, Pietro el piloto, el padre Luis y el propio Adriano. Artal estaba más interesado en el plato que en la conversación. Pero no pudo empezar hasta que el cura acabó la oración del mediodía. Entonces Artal devoró el cocido y las galletas sin pronunciar palabra.

Fray Roger, que comía despacio, le miraba divertido.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó cuando lo hubo engullido todo.

—Mucho mejor. —Era cierto, la comida le había proporcionado una paz indecible—. ¿Puedo repetir?

El capitán pidió una segunda ración y contempló cómo el muchacho daba buena cuenta de ella. A pesar de lo mucho que le dolía el cuerpo, Artal gozaba de unos instantes de felicidad próxima al éxtasis. Terminada la comida, los demás retomaron sus tareas en la galera y los dejaron solos.

—¿Entiendes lo grave que es atacar al capitán o a cualquier oficial en una nave? —le preguntó fray Roger.

El muchacho se encogió de hombros.

—Lo puedo imaginar —repuso—. Conozco bien la disciplina del Temple.

—En cualquier nave lo es, también en una de la Orden. Pero en otra te hubieran ahorcado.

—Os lo agradezco, pero vos me habéis secuestrado sin derecho alguno. Soltadme para que pueda regresar a Famagusta.

—Te equivocas, novicio. Tengo el derecho.

—Os repito por enésima vez que nunca he sido novicio, y vos no tenéis ningún derecho sobre mí. Soy libre.

—No eres libre. Por el momento eres mi prisionero. —Con un gesto acalló a Artal, que iba a protestar—. Y más que un derecho, lo que tengo es una obligación.

—¿De qué derecho y de que obligación me habláis?

—Por una parte, con el gran maestre. Me dijiste que quería que regresaras a tu tierra. Yo tenía una deuda de gratitud y fidelidad con él, no con el Temple. Le fui leal hasta su muerte y ahora quiero que se cumpla su última voluntad. Y para mí, más importante aún que el gran maestre, lo fue tu tío. Hay mucho que desconoces.

Artal le miró expectante y se acomodó, dispuesto a escuchar una larga historia.

—A tu tío, Ramón de Vilalba, lo conocí de niño. Era un personaje relevante. Gozaba de la confianza del gran maestre, quien le hacía viajar para supervisar los castillos de Tierra Santa. Lideró incluso una embajada para hablar con el sultán de Egipto. Fray Ramón tenía un atractivo especial, un don de gentes que no he visto en nadie más. Muchos frailes caballeros me consideraban un inferior, un villano, y no lo disimulaban. Pero él me prestaba atención. Era muy distinto a la mayoría de los engreídos que lucen la capa blanca de caballero. A menudo era el único caballero a bordo de la nave y entonces se relajaba. Cuando estábamos solos, se olvidaba de las reglas de la Orden y hacía juegos de manos, me contaba historias y tocábamos el laúd a escondidas. Mi madre, que era noble, me enseñó. Fray Ramón era un templario muy singular. Fue trovador en su juventud.

—¿Trovador?

—Sí, y no puedo imaginar nada más opuesto a un templario que un trovador. Aun así, se hizo muy amigo del gran maestre.

—Lo sé, era uno de los caballeros que tenían el honor de escoltarle.

—Y él le permitió que te trajera a Tierra Santa a pesar de tu edad, y que te educara no solo como posible aspirante a ingresar en la Orden, sino también como caballero seglar, por si decidías no profesar.

A Artal se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en su tío.

—También fue mi maestro con el laúd —explicó el joven—. Y me enseñó a leer, a escribir, y canciones que nada tenían que ver con la religión. Siempre me contaba historias.

—Era mucho más culto que la mayoría de los caballeros del Temple. —Fray Roger sonreía al recordarle—. Debió de enseñarte

música muy en secreto.

—Tenía celda propia, las paredes eran muy gruesas y siempre cantábamos en un susurro —admitió—. Y a veces me rebajaba la penitencia que el cura me imponía. En una ocasión fue a hablar con el gran maestre por ese motivo.

—Era muy singular. Y mientras viajó en mi nave, observé algo más en él.

—¿Qué? —inquirió Artal.

—Era un hombre apuesto y cuando bajábamos a tierra, con su hábito gris y su capa blanca, llamaba la atención. En especial, de las mujeres. Él se esforzaba en no devolverles la mirada, pero se notaba que le eran agradables.

—¿Creéis que rompió su voto de castidad? —se preocupó Artal.

—Nunca vi indicios de ello. Aunque no tenía reparo en saltarse otros preceptos de la Regla, pero siempre con prudencia y procurando no escandalizar al resto de los hermanos. Por eso, a pesar de su laxitud, ninguno de los frailes le acusó de faltar a sus obligaciones. Y supo mantener la confianza y la amistad del gran maestre.

Hizo una pausa y Artal afirmó con la cabeza, animándole a continuar.

—En mi nave he transportado a muchos caballeros del Temple y los tengo clasificados —prosiguió fray Roger.

—¿Los clasificáis?

—Sí. Unos llegan a Tierra Santa ya viejos. Van a morir. Deben de creer que se llega antes al cielo desde allí. Han donado sus fortunas a cambio de la capa blanca y por eso la Orden los admite sin reparos. Buscan el martirio. Por su edad, algunos son un estorbo en

la batalla y ni siquiera se les deja pelear.

Artal evocó el aspecto apocalíptico del viejo caballero ciego a las puertas de la fortaleza de San Juan de Acre. Era la imagen de la muerte. Sintió escalofríos.

—Otros vienen siendo jóvenes. Son nobles sin recursos o segundones destinados a hacer la carrera eclesiástica —continuó el capitán—. El Temple es una buena opción si les gustan las armas. Pueden incluso acceder a puestos de poder. De mucho poder.

—Pero la Regla dice que harás precisamente aquello que no quieres —intervino Artal—. Deseas luchar y te mandan a cuidar las cabras. Quieres un puesto cómodo y te envían a primera línea de combate. Y que hay que cumplir las órdenes con presteza y buen ánimo.

Roger afirmó con la cabeza.

—Dicho así, eso queda muy bien, ¿verdad? Pero al final la Orden termina aprovechando lo mejor de cada uno. Y también están los desesperados.

—¿Los desesperados?

—Sí, los que han sufrido una gran desgracia: la mujer y la hija han contraído la lepra, o la peste ha matado a sus seres queridos. Están perdidos en la vida. Huyen de sus fantasmas y entregan su hacienda y su vida al Temple. Es una forma de suicidio. Y otro grupo lo forman los fanáticos, a quienes complace la dureza y la intransigencia de la Regla. Gozan con su sufrimiento y con el de los demás. Creen que el dolor les abre las puertas del cielo.

—¿Y en qué categoría clasificasteis a mi tío? No le veo entre esos últimos.

—Desde luego que no. Ramón de Vilalba era de otra clase.

—¿Cuál?

—Era un criminal.

—¡Un criminal! —se alarmó Artal—. ¿Mi tío? ¡No es cierto!

—Deja que te lo explique. Él no encajaba en los grupos anteriores, así que siempre pensé que era alguien con un crimen a sus espaldas. Son caballeros condenados en su tierra. A un villano le torturarían para después ahorcarlo, o descuartizarlo vivo, por una mínima parte del delito por el que se condena a un aristócrata a ser decapitado. Pero si el noble es un guerrero experimentado y se confía en su palabra, entonces ¿para qué ejecutarlo si puede prestar un buen servicio en Tierra Santa? Juran morir luchando contra el infiel y el Temple los admite. Por ese motivo, también, la disciplina en la Orden es tan estricta. Porque hay criminales entre los suyos.

—¿Y es solo por eso? —inquirió Artal, indignado—. ¿Solo porque no encajaba en una de vuestras clasificaciones tenía que tratarse de un criminal?

Fray Roger, muy serio, se encogió de hombros y guardó silencio.

Para Artal, aquello era una ofensa. ¿Cómo se atrevía a manchar la memoria de quien había sido su única familia en ocho años? La persona que le crio y le protegió de un entorno severo y hostil. Y de quien recibió cariño. Recordaba sus cálidos abrazos, sus dulces palabras. Cómo le acariciaba la mano y la mejilla cuando él lloraba sin consuelo. Los cuentos que le contaba para distraerle. Las historias divertidas con las que lograba que, aun sin terminar de llorar, empezara a reír. Era quien, en el aciago ataque a la catapulta sarracena, le había salvado la vida a costa de la suya. ¿Cómo podía decir que era un criminal? Apretó los dientes con rabia, notaba los ojos húmedos.

—¿Cómo os atrevéis? —insistió.

—Lo era.

—¿Ah, sí? ¿Y qué crimen cometió?

—No lo sé.

Artal, indignado, se levantó de un salto.

—¿Cómo osáis manchar su memoria por una simple suposición?

—No se trata de una suposición —repuso el capitán mirándole con tristeza—. No sé cuál fue su crimen, pero él confirmó mi sospecha. Fue un día que conversábamos con bastante vino encima. Le fui tirando de la lengua y al fin confesó que en su juventud había cometido un gran pecado, un acto miserable. Un crimen que provocó una guerra en la que murió mucha gente. La culpa le corroía y decidió unirse al Temple y morir en Tierra Santa luchando por Cristo con la esperanza de alcanzar el perdón.

Artal se le quedó mirando unos instantes, mudo de sorpresa.

—¿Un acto miserable? —exclamó al fin—. ¿Una guerra? Nunca me habló de ello.

—Pues a mí sí. Pero jamás dijo cuál fue su crimen.

—No puedo creerlo —musitó el joven.

Y perdió la mirada, pensativo, en el horizonte de levante. Se extendía en una línea recta perfecta que separaba un mar intensamente azul de un cielo que mostraba nubecillas blanquísimas. ¿Sería cierto? ¿Qué pecado tan horrible podía provocar una guerra? ¿Habría matado a alguien importante? Estaba confundido. Sentía el dolor en su piel quemada por el sol el día anterior, el de las heridas en las muñecas y el de mil pinchazos de cintura para abajo. Pero había algo que le dolía aún más: el recuerdo mancillado de su tío. No podía creerlo.

31

Al día siguiente, antes del mediodía, sonó el cornetín que anunciaba los castigos. El cómitre ordenó detener el remo y los que estaban en la bodega subieron a cubierta. Se hizo el silencio y todos atendieron a Garfio, que desde el castillo de popa anunció las penas. Diez azotes para un galeote reincidente por mencionar a la Virgen en un juramento.

—Es una lástima que tenga ese vicio —se lamentó fray Roger—. Es un buen marino y sabe bien que a la tercera recibirá veinte latigazos y será abandonado en el próximo puerto. Hay algunos que no lo pueden evitar.

Al poco, en un silencio solo roto por los graznidos de las gaviotas, Artal oyó los chasquidos del látigo y los quejidos del marino. Era un hombre curtido por el sol que superaba los cuarenta años; se desmayó y tuvieron que bajarlo entre varios a la bodega.

Entonces el cura, desde lo alto de la carroza, dio comienzo a las oraciones de la hora sexta, seguidas devotamente por la tripulación, y, una vez concluidas, se sirvió la comida que llevaba tiempo cociéndose y colmando el olfato de un hambriento Artal.

El capitán le invitó a que le acompañara.

—Que creáis tener una obligación con mi tío no os confiere derecho alguno para separarme de la mujer a la que amo —le espetó Artal después de haber saciado parte de su apetito—. Antes al contrario, deberíais proteger mi felicidad. Nos habéis causado,

injustamente, un terrible dolor.

—¡Qué inocente eres, novicio! Me acusas de secuestro cuando es ella quien tiene tu mente, tu raciocinio y tu voluntad secuestrados.

—Pero ¿qué sandez es esa? Estoy enamorado. Es solo eso. La necesito. ¡Quiero estar con ella!

—Estás encoñado, y esa mujer te tiene bajo su influjo de la misma forma que la bella ninfa Calipso tenía a Ulises. O peor, al igual que Circe tenía hechizados a sus hombres.

—¿De qué me habláis?

—De una historia antigua que nos gusta a los marinos de esta parte del Mediterráneo.

—Mi tío me contó ese cuento, pero no me lo creo. Ni tampoco que Beatriz se haya apoderado de mi raciocinio.

—¡Pues claro que sí! ¿Acaso no te has creído que María Magdalena se le apareció para decirle que tu madre ha muerto y que está en el cielo? ¡Qué conveniente para tranquilizar tu conciencia! ¡No es cierto! ¡Nadie se le apareció! Igual que te creíste que estaba embarazada de un hijo tuyo. Si tenía la seguridad de estar encinta, entonces el hijo no es tuyo. ¡Entérate ya! Se aprovechaba de tu inocencia. Te engañaba.

—¡Beatriz no me ha engañado! —Artal se incorporó de un salto —. ¡Me quiere como yo a ella!

—Cálmate y siéntate —le ordenó el capitán—. No quiero hacerte ver de nuevo el ojo del cíclope.

El muchacho obedeció remiso. Se quedó tenso, con la espalda erguida, mirando a Roger con ojos encendidos.

—No digo que ella no te quisiera, todo lo contrario. Beatriz ha hecho lo posible y lo imposible para mantenerte a su lado. Porque te

amaba. Incluso puede que creyera estar embarazada de un hijo tuyo. Y que María Magdalena la visitara para decirle que tenías que permanecer con ella porque tu madre había muerto.

Fray Roger aún guardaba en su retina la dramática escena de la playa con Beatriz corriendo angustiada y llamando a Artal. Y cómo las olas arrastraban su cuerpo agotado e inerte hacia el mar. Su desesperación le conmovió. No deseaba verla morir y rezó por ella. Y cuando ya había perdido la esperanza, vio que la muchacha reaccionaba y luchaba por hacer pie. Peleando contra las olas y tropezando, pudo llegar hasta la orilla, donde de nuevo se derrumbó, esta vez sobre la arena. El capitán sintió un gran alivio.

—No digo que actuara de mala fe —concluyó—. Luchaba por ti, por tu amor, porque te quería. Y yo la respeto por eso.

Artal afirmó con la cabeza, relajándose.

—Demos por sentado que te quiere, aunque no deja de ser una conjetura —continuó el capitán—. Pero vayamos a los hechos. Recibiste una carta de tu madre en la que te pedía ayuda. La tengo guardada. Es real. Jamás llegó otra carta que dijera que está muerta. Así pues, debes pensar que aún vive y que te necesita.

—Ya sabéis que mi tío retuvo esa carta, y también lo hizo el gran maestre. Les parecía extraña y sospechaban de ella, pensaban que era una trampa y que me quieren matar. Además, no creo que mi madre sepa escribir.

—Da igual, pudo haberla escrito otra persona por ella. Seguro que en tu tierra hay escribanos —repuso fray Roger, pensativo—. Y es muy probable que te quieran matar. Cuando le reproché a tu tío que te hiciera vivir tan joven bajo la estricta Regla del Temple, él me confesó que temía por tu vida en vuestra tierra.

—¿Y por qué querrían matarme?

—Eso no me lo dijo.

—¿Veis? La carta puede ser falsa.

—Pero también auténtica. Si no acudes a esa llamada, la duda te perseguirá toda tu vida. No serás el mismo. Te odiarás por tu cobardía. A una madre no se la abandona. ¡Nunca!

Artal se cubrió la cara con las manos, soltó un gran suspiro y movió la cabeza negando. Se resistía a la evidencia, pero iba comprendiendo que el fraile tenía razón.

—Yo le robaba al Temple para ayudar a mi madre, y volvería a hacerlo —añadió fray Roger—. Ella murió, pero la tuya es posible que aún viva. No dejaré que la abandones.

El muchacho seguía con el rostro escondido entre sus manos.

—A veces hay decisiones en las que siempre pierdes —prosiguió el capitán—. Decidas lo que decidas. Tú estabas frente a una de esas. No querías dejar a Beatriz, pero no podías abandonar a tu madre. Te equivocaste y por eso decidí por ti. Si te hubieras quedado en Famagusta, el pensamiento de que tu madre seguía con vida y no acudiste en su ayuda, desoyendo su llamada de socorro, te habría perseguido siempre. Te habrías odiado toda la vida. Ahora me odias a mí, pero eso es mucho más fácil. No puedes abandonar a tu madre. Cruzaré el Mediterráneo para llevarte a tu tierra. Cuando comprobemos que tu madre está bien, podrás regresar a Famagusta con Beatriz. Si aún lo deseas.

Artal le miró estupefacto.

—¿Así, sin más?

—Sí.

—¿Cruzaréis el Mediterráneo con una galera del Temple, con más

de trescientos hombres, solo para ver si mi madre está bien?

—Sí.

—¿Por la promesa que le hicisteis a mi tío?

—Así es.

—Por muy amigo vuestro que fuera, no lo entiendo.

—Si estoy vivo es gracias a él.

Artal se le quedó mirando en silencio. Sabía que a aquellas palabras les seguía una explicación.

—Hacía poco que el gran maestre me había conferido el mando de El Halcón, algo por lo que siempre le estaré agradecido. En un viaje en el que tu tío venía de pasajero, nos vimos atacados por dos galeras sarracenas.

—Creía que dominábamos el mar —murmuró Artal.

—Cierto, y además teníamos tregua con el sultán mameluco. Pero supongo que quería probar sus fuerzas y mandó dos galeras corsarias. Eran más pequeñas y veloces y lograron abordarnos. Pretendían apoderarse de El Halcón. La lucha fue cuerpo a cuerpo y tu tío se distinguió. En uno de los lances yo había perdido la espada y estaba a merced de un mameluco, cuando fray Ramón apareció por su espalda y de un solo mandoble le decapitó. Nunca había visto nada semejante y no me lo podía creer. Su intervención fue decisiva, me salvó la vida y salvó a El Halcón. Ya conoces pues mi deuda.

Artal afirmó con la cabeza, se sentía halagado. Había aprendido aquel golpe de su tío, y sentía que estaba alcanzando la madurez con las armas. Pero no dijo nada.

—Era un gran hombre —prosiguió el fraile—. Su única preocupación eras tú, su sobrino. Y me hizo prometer que cuidaría de ti tras su muerte. Por eso mi nave fue la última en partir de San

Juan de Acre; tenía la esperanza de que hubieras sobrevivido a aquel infierno y te esperaba. Era lo único que podía hacer entonces, pero ahora puedo hacer más. Y te aseguro que cumpliré mi promesa, aunque tenga que llevar esta galera al mismísimo Infierno y cargarte a ti de cadenas. En su honor. Por Ramón de Vilalba. Se lo debo.

32

Artal pasó el resto de aquel día y la mañana siguiente pensativo. Si algo tenía claro es que no había marcha atrás, al menos de momento. Aunque no iba a renunciar a Beatriz. El único camino posible le llevaba a Vilalba, lo que le producía un inmenso alivio. No había nada que decidir, fray Roger lo había hecho por él librándole de la angustia que, con mayor o menor intensidad, no le había abandonado desde que supo de aquella carta. Iría a socorrer a su madre, si es que en verdad estaba aún viva y necesitaba de él. La otra conclusión era que no le quedaba más remedio que llegar a un acuerdo con el capitán de El Halcón. Sin embargo, algo no terminaba de encajarle en lo que le había contado y pensaba averiguarlo.

—Os agradezco mucho vuestro relato de ayer, fray Roger —le dijo observando su reacción—. Y el cuidado que me dispensáis. Pero hay algo que no comprendo.

—¿Qué es?

—No termino de creer que la promesa hecha a mi tío sea vuestro único motivo.

El capitán le miró contrariado, frunció el cejo y cuando iba a hablar, de repente sonrió.

—¿Qué tiene eso de gracioso? —inquirió Artal, molesto.

—Que te estás espabilando. Que empiezas a pensar por ti mismo, a pesar de que aún creas en las oportunas apariciones de María

Magdalena.

—Luego hay algo más… —repuso el muchacho evitando reaccionar a la pulla.

—Si lo hay, no tengo por qué contártelo.

—Entonces no acepto vuestra ayuda. Uno tiene que conocer a sus amigos tan bien como a sus enemigos.

El capitán movió la cabeza en un gesto entre resignado y divertido.

—¡Menuda frase! —exclamó.

Artal no dijo nada y se quedó mirando al capitán muy serio.

—Quiero tu promesa de silencio sobre lo que voy a contarte. Me juego mucho en ello.

—La tenéis.

—Sabes que en San Juan de Acre rescaté de la fortaleza del Temple el tesoro, las reliquias y a un puñado de personas, entre ellas al tesorero, Thibaud Gaudin.

—Sí.

—Los llevé a Sidón, donde querían organizar la resistencia, pero se vieron sin medios y sin hombres.

—Lo recuerdo.

—Pues bien, mientras que con el fallecido fray Guillaume me llevaba bien, con fray Thibaud me ocurre lo contrario. Nunca he congeniado con ese meatinteros, que será elegido nuevo gran maestre. A pesar de lo angustioso del rescate, encontró tiempo para interrogarme sobre lo recaudado durante la evacuación de San Juan.

—Lo sé, también me lo contasteis. ¿Y qué le dijisteis?

—Que se lo entregué al comendador de Famagusta.

—Dejadme adivinar: solamente le disteis una pequeña parte.

—Sea como fuere, he decidido poner mar de por medio.

—¿Y adónde vamos realmente?

—Ya te lo dije: al otro extremo del mar. Mi misión es devolverte a tu tierra.

—¿Y eso por qué?

—También te lo dije: esa era la voluntad del gran maestre y de tu tío.

—Eso es lo que me habéis contado, pero a mí no me consta. ¿Y no creerá fray Thibaud que estáis huyendo? ¿No os hará eso más culpable?

—Aciertas. Se propone detenerme y juzgarme, pero no se lo voy a permitir. Y aquí entras tú.

—¿Yo?

—Exacto, tú. Mientras no se elija al nuevo gran maestre, nadie puede cuestionar las órdenes del anterior.

—Cierto.

—Y él me ordenó llevarte a tu casa. El salvoconducto a tu nombre, y que obra en mi poder, lo prueba.

—Él nunca os dio esa orden.

—Pero nadie puede demostrar lo contrario, y ese documento refuerza mi historia. Además, ningún comendador del Temple de los puertos en los que atraquemos se atrevería a asaltar esta galera. Todos darán por buena mi explicación. Me proporcionas la coartada perfecta para buscarme una nueva vida al otro extremo del Mediterráneo. Transcurrirán meses antes de que se confirme la elección del nuevo gran maestre y la noticia llegue a España. Y muchos más antes de que fray Thibaud se entere de dónde está El Halcón.

—¿Y cuál es el futuro en el que pensáis?

—El Mediterráneo está en guerra. Francia y Aragón se disputarán los servicios de una buena galera con una buena tripulación.

—Empiezo a entenderlo —murmuró Artal—. Mercenario, o peor.

Y se dijo que aquella era una forma espectacular de colgar el hábito. Un fraile que abandonara la Orden o que fuera expulsado se iba sin nada, aunque hubiera aportado una fortuna o grandes posesiones en tierras. Todo se lo quedaba el Temple. Y el que salía lo hacía sin oficio ni beneficio. El capitán se aseguraba de que él y sus hombres tuvieran ambas cosas.

—¿Y os quedaréis también con El Halcón?

—No, eso no. Espero comprar una buena galera en Marsella o Génova. Y al Temple le devolveré lo que es suyo. El Halcón, mi hábito, mi espada y mi puñal, mis calzones y la tripulación que desee seguir a sueldo de la Orden.

—Y el enorme cargamento de mercaderías que transportamos, ¿es solo de vuestros marinos?

Otra sonrisa.

—Lo acabas de entender, ¿verdad? Su venta redondeará lo que precisamos para adquirir la mejor nave.

Artal no daba crédito. Roger de Flor se había convertido en un pirata.

33

Artal vistió de nuevo el hábito oscuro del Temple y fray Roger le autorizó a moverse libremente por la galera y a dormir en el castillo de popa como hacían la mayoría de los oficiales. Al joven le fascinaba el perfecto orden y la disciplina de aquella máquina de guerra naval. No solo funcionaba en el aspecto militar, sino también en el religioso, a pesar de la intención de su capitán de colgar el hábito. Las actividades se regulaban por los ocho toques de campana que anunciaban los rezos, al igual que en un convento. A la hora prima, una hora después del amanecer, el cura oficiaba la misa desde un altar portátil que situaba en lo alto del castillo de popa y leía los textos sagrados. En ese momento se detenía la actividad y todo el mundo atendía en absoluto silencio. Casi todos los galeotes eran cristianos ortodoxos, católicos o de otras confesiones, voluntarios que cobraban por su trabajo. También remaban un puñado de musulmanes libres, que percibían paga, y a ellos se les invitaba a la oración. A los siguientes rezos acudían solo los miembros de la Orden, los dos frailes y Artal. El resto de la tripulación, que incluía marinos y soldados, eran mercenarios. Otra de las costumbres en la nave que sorprendían a Artal era la presencia de música. Con frecuencia los marinos y los soldados, cuando descansaban de sus obligaciones, tocaban instrumentos e incluso bailaban. Y los galeotes, cuando la boga era suave, cantaban a coro.

—Ellos no están sujetos a la Regla de la Orden. Son seglares —le explicó el capitán cuando Artal preguntó—. Quiero a los mejores marinos y a los mejores soldados. Y a esos no les atrae solo la paga, sino también una vida lo más decente posible. ¡Que se diviertan!

Después de la misa de aquella mañana, el capitán cruzó la crujía hasta el espolón de proa y el chico decidió que era un buen momento para retomar la conversación.

—¿Y qué ocurrirá si Jaime de Sicilia os contrata? —le preguntó Artal—. ¿Me vais a dejar allí?

—No creo que eso suceda de inmediato —repuso fray Roger, pensativo—. Parece que su hermano, el rey de Aragón, después de la victoria de su padre en la cruzada, llegó a un acuerdo con el papa y con Francia.

—Peleando contra los cruzados del papa, defendiendo al rey de Aragón, murió mi padre… —murmuró cabizbajo Artal.

—De eso no estoy yo tan seguro.

—¿Qué queréis decir?

—Que hay algo extraño en la historia de tu tío sobre la muerte de tu padre.

—¿Y qué es?

—Te trajo a Tierra Santa en 1283, año en que se supone que tu padre murió. Sin embargo, la cruzada no se inició hasta febrero de 1285, y no traspasó los Pirineos hasta principios de junio.

El muchacho se quedó pensativo.

—¿Qué insinuáis?

—No pongo en duda que tu padre muriera luchando por el rey, pero no fue en la cruzada.

—¿Y por qué dijo eso mi tío?

Roger se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá porque lo de morir en una cruzada suena más heroico.

—No tanto si peleas contra el papa… —murmuró el chico.

—Mi familia sufrió otra cruzada del papa y los franceses contra un rey legítimo —recordó el capitán—. Mi padre también murió luchando contra ellos. Dime, ¿qué recuerdas del tuyo?

—Muy poco. Era alto y fuerte, me sentía bien a su lado, le quería mucho. Me enseñaba a montar a caballo, a luchar con la espada, a tirar con ballesta… Le recuerdo contando historias frente al hogar. Junto a mi madre y mi hermana. —Artal se entristeció—. Éramos felices.

—¿No tienes más hermanos?

—Sí, uno mayor, Galcerán.

—¿Y por qué no le has mencionado?

El joven miró sorprendido al capitán.

—Porque no le veo con la familia junto al fuego —dijo al fin—. Es extraño, ¿verdad? De quien sí me acuerdo es de Ferran, un niño de mi edad con quien jugaba a las espadas. Éramos amigos.

—Sí, es extraño. Pero a veces la memoria nos traiciona. ¿Qué más recuerdas de tu padre?

—Le recuerdo muerto…

Fray Roger aguardó en silencio a que el joven continuara.

—Estaba tendido en el lecho —dijo al rato—. No recuerdo su cara, ni tampoco la de mi madre. Vestía una gonela negra, parecida a nuestro hábito, y sujetaba entre sus manos una espada que le llegaba hasta los pies.

—¿Estaba en tu casa? —inquirió el capitán, sorprendido.

—Sí. Y después también le velaron en la iglesia.

—Entonces no pudo morir en la cruzada.

—¿Por qué decís eso?

—Porque los combates tuvieron lugar en el norte, a varios días de vuestro dominio. Era verano. Y hubo peste entre las tropas. El cadáver no hubiera llegado en condiciones de ser expuesto. Y menos en la casa. Le habrían llevado a la iglesia para ser enterrado de inmediato.

—¿Insinuáis que mi tío me engañó?

—Sí.

Artal se quedó pensativo. Las piezas parecían no encajar. ¿Por qué motivo le mintió su tío? ¿Qué le había ocultado con respecto a su padre?

—En todo caso, te llevaré allí y te ayudaré a desentrañar el misterio —dijo al rato Roger, retomando la conversación—. Se lo debo a fray Ramón. —Hizo una pausa y, después de observarle un tiempo, preguntó—: ¿Has reflexionado ya? ¿Comprendes el favor que te hice al traerte conmigo?

—Sé que el favor os lo hacéis a vos mismo. Con mi salvoconducto, soy la excusa perfecta para alejaros del nuevo gran maestre y usar El Halcón en vuestro beneficio.

—Esto es un negocio —repuso el capitán sonriendo—. Y en los negocios te ha de importar más lo que ganas tú que lo que gana el otro. Te hago un gran favor.

—Siempre lográis convencerme de lo que se os antoja. —Se sentía molesto y no quería reconocer que el capitán estaba en lo cierto—. Cualquier día pretenderéis que crea que la tierra es

redonda.

El capitán rio.

—Pues claro que lo es.

Artal le miró asombrado.

—¡Qué va a serlo!

—Lo es. Como lo son la luna y el sol.

—No es cierto. Solo los majaderos afirman tal cosa.

—La tierra es redonda, como una nuez. Y como gozas de buena vista, lo puedes comprobar por ti mismo.

—¿Cómo?

—Cuando divisemos una nave en el horizonte, fíjate bien: verás las velas y no el casco. —Hizo un círculo uniendo las puntas de los dedos índice y pulgar y se lo mostró—. Y eso solo se puede explicar si la superficie es curva. Es esa curvatura la que no te deja ver la parte de abajo.

El chico lo miró entre pensativo y estupefacto. Aquel hombre conseguía hacerle cambiar de opinión con excesiva facilidad.

—No me lo creo —dijo tozudo, aunque pensaba comprobarlo en cuanto se diera la ocasión—. ¡Y quiero volver con Beatriz!

—Volverás, pero solo cuando hayamos resuelto el misterio de la carta de tu madre, novicio. Y, si está viva, cuando tengamos la certeza de que se encuentra a salvo.

A eso no podía negarse porque estaba de acuerdo. No hubiera podido vivir con el pensamiento de que su madre estuviera viva y en peligro. Y que él la hubiera abandonado a su suerte.

34

La galera navegaba sin prisas, la mayor parte del tiempo a vela para dar descanso a los galeotes. Un día, después del rezo de vísperas, el atardecer mostró sus múltiples reflejos en el mar y algunos galeotes se pusieron a cantar. Entonces Roger, para sorpresa de Artal, sacó un laúd y empezó a tañerlo. El muchacho preguntó si tenían otro, y Pietro, el piloto, le prestó el suyo para que acompañara al capitán. Se acompasaban bien.

—No lo haces nada mal, novicio —dijo fray Roger, complacido—. Tuviste un buen maestro.

—Sois muy atrevido al tocar un instrumento en una nave del Temple.

El capitán rio.

—Yo solo soy un sargento ignorante —repuso—. Tu tío, que era todo un caballero, también lo hacía, e incluso me enseñó alguna canción. Sigo su mal ejemplo.

Doce días después de dejar Famagusta divisaron tierra. Era la isla de Creta y la nave siguió la línea de su costa norte.

—Dentro de poco llegaremos a Candía, la capital —le informó Roger—. Y si aún no te he convencido, tendré que tomar medidas para evitar tu fuga.

—¿Es que pensáis encadenarme otra vez? —inquirió Artal, desafiante.

—Justamente en eso pensaba —respondió el capitán, sonriendo.

—No hace falta —admitió Artal—. Las cadenas no me intimidan, pero antes de volver a Chipre con Beatriz deseo ver a mi madre.

Le disgustaba darle la razón, pero era lo justo. La disciplina del Temple le había enseñado a reconocer en público faltas y pecados y a tragarse el orgullo. Era el momento de hacerlo.

—Reconozco que estaba ofuscado —continuó—. Quiero a mi madre. Mucho. Y necesito comprobar que está bien. Nunca he dejado de rezar por ella. Y no importa si mi vida corre peligro en España. Llevo ocho años lejos de ella y quiero verla. Estoy deseando llegar.

El capitán apretó los labios y afirmó con la cabeza.

—Así me gusta. No sabes cuánto me alegro.

—Pero cuando me asegure de ello, regresaré con Beatriz —añadió Artal con firmeza—. No puedo vivir sin ella.

Fray Roger lo observó en silencio, sin moverse.

—Voy a escribirle una carta y os suplico que se la hagáis llegar —siguió Artal—. Debe conocer la verdad. Que la amo con desesperación, que me arrancasteis de su lado contra mi voluntad y que regresaré.

—¿Sabe leer? —preguntó fray Roger, escéptico.

—Pues claro que no. Pero ya encontrará a alguien de confianza que sepa.

—¿Y le vas a pedir que te espere?

—Sí.

—No creo que eso le convenga.

—¡Prometedme que le haréis llegar mi carta!

El capitán le miró pensativo, veía la angustia reflejada en su

rostro.

—Bien, lo haré —dijo al fin—. Pero, a cambio, espero un comportamiento ejemplar por tu parte.

—Lo tendréis.

—Y has de jurar solemnemente por Dios, la Virgen y todos los santos que mantendrás en secreto que pienso dejar el Temple y cualquier cosa relacionada con ello —añadió con el cejo arrugado—. Solo entonces me fiaré plenamente de ti.

—Lo juro.

Candía gozaba de un excelente puerto, casi cerrado, que protegía a las naves del oleaje. Su bocana se abría al final de dos muelles, con una imponente fortaleza en el extremo del más grande de ellos. Los estandartes con el León de San Marcos ondeaban en ella proclamando su pertenencia a la república de Venecia. Era poco antes del mediodía y el mar se encontraba en calma.

—Fíjate en esos grandes edificios —le señaló el capitán a Artal—. Son los astilleros. Venecia es una gran potencia naval, la isla está a mitad de camino de sus principales bases comerciales y pone cuidado en tener sus barcos en perfecto estado.

Los estandartes del Temple permitían la entrada en cualquier puerto cristiano y desde la fortaleza respondieron amistosamente a los saludos de la nave.

En cuanto atracaron, los oficiales desembarcaron con el fin de proveer de suministros a la galera. Y los soldados y los marinos de permiso lo hicieron para gozar de los placeres de tierra firme. La mayoría bajaban en grupos y cantando.

Artal pisó tierra para dar un breve paseo por la ciudad, pero

regresó pronto a la nave. Fray Adriano le había prometido papel, tinta, pluma y un lugar donde escribir, y estaba impaciente. Le encontró en el castillo de popa, contemplando la bulliciosa actividad del puerto.

—Parece que la tripulación está de buen humor —comentó el joven.

—La vida en una galera es muy dura —repuso el fraile—. Pero no encontrarás en el Mediterráneo otra con marinos y soldados tan satisfechos como en esta. Los galeotes son de buena boya, voluntarios que cobran y que están dispuestos a luchar para defender la nave.

—¿Y cómo es eso?

—El capitán mantiene una disciplina férrea, pero se asegura de que el trato y la comida sean buenos, y que los sueldos sean generosos y se pague puntualmente. La tripulación le respeta y le admira. La mayoría le seguirían hasta el fin del mundo.

—No parece eso algo frecuente.

—No lo es, pero tampoco lo es el capitán. No duda en castigar la más mínima falta, pero jamás vacila a la hora de proteger a los suyos.

—¿Y qué hace que no hacen otros?

—¡Cómo se nota que no acostumbras a navegar por estos mares! —Fray Adriano le miró condescendiente—. De lo contrario, no preguntarías.

—¿Qué es lo que hace? —se impacientó Artal.

—Esta es una nave poderosa y el capitán es temido. En una ocasión, en un puerto bizantino, unos alcahuetes mataron a uno de los nuestros en una pelea de prostíbulo. Fray Roger dispuso que nos

recogiéramos en la galera y, una vez supo los detalles de lo ocurrido, ordenó el asalto del barrio. Hizo ahorcar a diez proxenetas y a continuación le prendió fuego al burdel. Cuando levamos anclas, el incendio se había propagado y el barrio de mala vida ardía por los cuatro costados.

—Eso no es justo. No se escuchó a la otra parte. Y quizá el culpable no estuviera entre los ajusticiados.

—No, no fue justo —reconoció el fraile—. Pero fue efectivo. La historia corrió de puerto en puerto y nadie en este lado del Mediterráneo se atreve a tocar a un marino o a un soldado de El Halcón.

—¡Bizancio! —exclamó de pronto Artal—. Seguro que la Orden tuvo problemas por su culpa.

—Pues sí. Fray Roger fue llamado a presentarse ante el gran maestre, pero le convenció de que era una inversión para el futuro: el Temple debía ser respetado en todos los puertos. Nuestros embajadores, después de largas conversaciones, saldaron los conflictos diplomáticos con unos regalos al emperador bizantino.

Artal silbó admirado.

—Así que un marino de El Halcón puede hacer lo que le plazca cuando baja a tierra —concluyó.

—No. Eso tampoco —le corrigió fray Adriano—. Garfio, nuestro cómitre, y Pietro, el piloto, se presentan ante las autoridades portuarias cada vez que atracamos. Les advierten de nuestra forma de proceder, que ellos ya conocen, y acuerdan que cualquier infracción de uno de los nuestros se juzgará en El Halcón. Fray Roger es duro, pero también justo. Solo se excedió una vez, en opinión de la gente.

—¿Qué ocurrió?

—Un soldado había abusado de una niña. Le hizo azotar hasta la muerte en presencia de todos. Y después le colgó del palo mayor y lo tuvo allí semanas. Al final el cuerpo se desprendió descompuesto y lo lanzamos al mar.

Artal no sabía cómo empezar la carta y se distraía viendo las idas y venidas de los estibadores que cargaban los suministros para la galera, los vendedores ambulantes y los personajes variopintos que pululaban por el puerto.

Le era imposible expresarle a Beatriz lo que sentía. Pero al fin pudo encontrar las palabras: de amor, de nostalgia, de pena y de rabia. Con ellas acudieron las lágrimas. Le decía que la quería más que nunca, que la había abandonado en contra de su voluntad. Que la separación le producía una angustia terrible. Que le habían arrancado el corazón. Y le pedía que le esperara, que, una vez resuelto el asunto de su madre, regresaría con ella, con Margarita y con el hijo de ambos.

Tardó horas en completar la carta, pero cuando lo hizo, se sintió liberado de un gran peso.

El capitán regresó a la galera antes del rezo de vísperas y fue a verle.

—¿Has escrito la carta?

Artal afirmó con la cabeza y Roger tendió la mano para recoger un pliego doblado en cuatro partes.

—Solo falta sellarla con lacre —dijo.

El capitán la desdobló y empezó a leerla.

—¡Esperad! ¡Es privado!

—Bien sabes que el Temple no permite la correspondencia privada. El superior puede, y debe, revisar tus cartas. —Y continuó leyendo hasta terminar—. Muy tierna. Me encargaré de que se envíe.

—Gracias.

Pero no lo hizo. Fray Roger de Flor no cumplía todas sus promesas.

35

—¡Me ha bajado el sangrado del mes! —musitó Beatriz, llorosa.

Su amiga Anne se encontraba preparando la comida en una olla sobre un fogón que habían instalado en el suelo, detrás de la tienda en la que vivía con su marido. Y se sorprendió ante su repentina aparición. Llevaba a Margarita en brazos.

—¡Qué alegría! —dijo Anne—. La conmoción de la huida de San Juan de Acre hizo que se te retrasara. A mí también se me alteró.

—Pero ¡qué dices! —sollozó—. Ese hijo era lo único que me quedaba de él. Lo deseaba con todo mi corazón.

—¡Estás loca, Beatriz! Nunca ha habido un hijo. Y es lo mejor que te puede ocurrir. Artal se ha ido, ¡te ha abandonado! Olvídate de él.

—Quizá no me abandonó. Quizá ese maldito fraile se lo llevó a la fuerza. Y no puedo olvidarle. ¡Fue tan hermoso! ¡Quiero recordarlo siempre! Sin ese hijo no me queda nada suyo.

—Dejó una armadura.

—Pero es del Temple, no me sirve ni de recuerdo.

—Guárdala un tiempo y después véndela. Vigilaremos que no lleve marca alguna. Esas cotas de malla son buenas. Tienen unas doscientas mil anillas de hierro trenzadas y los rotos se pueden reparar. Valen una fortuna.

—¿Cómo puedes pensar en eso?

—Pienso en eso porque tú y yo estamos construyendo una posada y cuanto más dinero tengamos, mejor —repuso Anne,

enérgica—. Y te necesito valiente y decidida como antes. ¡Déjate de lamentaciones y lloros y olvídate de ese chico! Estuvo bien por un tiempo, pero eso no se podía sostener.

—¡Claro que se podía!

—¡No! No te engañes, Beatriz. Te ha dejado, hazte a la idea. Y lo hubiera hecho igualmente antes o después.

—¡No es cierto! ¡Me quería!

—No digo que no, pero al final te habría dejado. Es dos años más joven que tú. Y las mujeres envejecemos antes. Además, es noble. ¿Se hubiera resignado, un hombre de armas de alta cuna, a una vida de plebeyo?

—Pues claro. Te repito que Artal me quería.

—No, no creo que eso hubiera durado. ¿Y qué más da que te dejara de grado o a la fuerza? El caso es que eres una mujer, ya no tan joven, pero hermosa y libre. Rehaz tu vida con un mercader, como mi marido. Los hay en Famagusta a cientos, y muchos están solteros. Debes pensar en tu hija. La vida pasa muy aprisa. Es muy fácil morir. Mírame a mí, tengo treinta y cinco años y ya soy casi una vieja. Mi madre parió a siete y soy la única que queda viva. No tienes vocación de monja y tu hija necesita un padre.

—Le esperaré.

—No, Beatriz, no le esperarás. Se ha ido al otro extremo del mundo. Pocos vuelven. Y no creo que él quiera volver.

Beatriz estalló de nuevo en llanto.

—¡Él volverá!

—¡Qué va a volver, si no tuvo ni el valor de despedirse! Es un niño y caerá en los brazos de la primera damisela que le sonría al llegar a su tierra. ¡Reacciona! ¡Compórtate como una mujer adulta!

—Entonces ¡iré a buscarle!

—¿Adónde, infeliz? ¿Qué ibas a hacer con tu hija? Las damas viajan acompañadas. ¡Te tomarían por una prostituta!

—¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer?

—Decídete, Beatriz. Si sigues así, tendré que buscar a otra persona con quien construir esa posada.

Margarita, que seguía en brazos de su madre, también se puso a llorar.

Anne las abrazó a ambas con cariño.

—Ha sido un hermoso sueño, Beatriz —le murmuró al oído—. ¡Pero despierta ya, querida!

36

Doce días después de zarpar de Candía, El Halcón divisó unos montes y al rato se internaba en el estrecho que separa Calabria de Sicilia. Artal suspiró aliviado. Habían sobrevivido a una tormenta que parecía el fin del mundo. Todos se refugiaron en la bodega menos el capitán, que se mantuvo firme sujetando el timón con la ayuda de Pietro y del timonel, a pesar de las olas que barrían la cubierta y que a punto estuvieron de arrastrarlos. Aquello salvó la nave.

Al poco desembarcaban en Mesina, que contaba con un excepcional puerto natural situado en una pequeña bahía en forma de hoz a la que se accedía por el norte. Los saludos de los guardias de las fortificaciones que defendían la entrada confirmaron que la enseña del Temple era bienvenida en Sicilia.

Al chico le disgustó saber que se demorarían unos días para reparar la nave. Estaba impaciente por llegar a España, asegurarse de que su madre estaba bien, abrazarla a ella y a sus hermanos, y regresar a Chipre.

—Tengo dos noticias —le dijo el capitán a la hora de la cena.

—¿De qué se trata?

—Hace un par de semanas, Jaime de Sicilia partió con cuatro galeras hacia Palermo y después irá a Mallorca, y de allí a Barcelona. Su hermano Alfonso III, rey de Aragón, murió sin descendencia. Viaja para ser proclamado rey por las cortes de Cataluña, Aragón y Valencia. Ha decidido mantener el trono de Sicilia, y el papa, cuando

lo sepa, montará en cólera.

—¿En qué nos afecta eso?

—Habrá guerra y mis servicios se cotizarán aún más.

—Os felicito. —Aquello le traía sin cuidado—. ¿Cuál es la otra noticia?

—Tendremos como pasajero a Pedro de Monzón, caballero de la Orden. Es natural de los dominios del rey de Aragón y embajador del Temple en Sicilia, y debe seguir al nuevo rey a Barcelona.

—Me temo que nuestras sesiones de laúd han terminado —se lamentó Artal.

—De momento, sí. Fray Pedro es de los estrictos y no quiero escandalizarle. Pero hay algo más que te interesará.

—¿Qué?

—Fray Pedro dice que te conoce.

—¿Me conoce? —se extrañó el joven—. Yo a él no.

Fray Pedro de Monzón era un hombre mayor, de barba cana y pelo corto y escaso, de porte majestuoso y voz profunda y potente. Apareció días después, poco antes de que El Halcón zarpara, acompañado por su escudero. El templario lucía, sobre su hábito gris, la capa blanca con la cruz roja. Artal se dijo que su aspecto y sus formas eran las idóneas para representar a la Orden ante un rey.

—Yo te conozco, muchacho —le dijo solemne, poniendo una mano en su hombro y mirándole con sus ojos oscuros—. Has crecido tanto que me es difícil identificarte con el niño con el que coincidí, junto a su tío, viajando camino de Tierra Santa. Tu tío y yo procedemos de tierras vecinas y éramos buenos amigos. Lamento mucho su pérdida. Ahora su alma, al igual que la de tantos

hermanos, se encontrará a la derecha de Dios Padre junto a los mártires de la fe.

Artal puso rodilla en tierra y le besó la mano a modo de saludo, y se dijo que durante la travesía dispondría de tiempo para interrogarle.

Poco después, la galera puso rumbo a Palermo y le pareció que era un buen momento para charlar a solas con el viejo embajador. Tenía muchas preguntas y quizá aquel hombre conociera alguna de las respuestas.

—Tu tío tenía muchos amigos, sabía hacerse apreciar.

—Pero se llevó a la tumba la razón por la que me apartó de mi familia y me trajo a Tierra Santa —dijo Artal—. Poseo tiernos recuerdos de mis padres, pero se diluyen en el tiempo. Apenas sé nada de mi familia, aparte de que poseen Vilalba y de que mi padre murió luchando por el rey Pedro.

—Algo sé. —El fraile le miró pensativo—. Vilalba está a dos jornadas a caballo de Monzón. Aunque, ¿quién soy yo para hablarte de lo que tu tío no quiso contar?

—Tarde o temprano lo sabré, padre. Mi tío sospechaba que la carta por la que viajo a España, supuestamente de mi madre, es una trampa. La ignorancia de lo que me aguarda allí me pone en un gran peligro. ¿Acaso queréis, por vuestra omisión, ser responsable de mi muerte?

El viejo caballero lo miró consternado, santiguándose.

—¡Que el Señor no lo permita! —murmuró, y se quedó en silencio observando la costa.

El joven no dijo nada, a la espera de que hablara.

Al rato, el caballero se giró y, mirándole a los ojos, dijo con su

profunda voz:

—Tu padre no murió en la guerra. —Hizo una pausa solemne—. Le asesinaron.

—¿Qué?

—Así fue. No le conocía personalmente, pero me lo contaron. Era vasallo del Temple y la noticia nos conmocionó.

—¿Y por qué me tuvo engañado mi tío? —Le costaba asimilar aquello—. ¿Por qué mintió?

—Hay mentiras piadosas que no son pecado —le disculpó el fraile —. Quizá esperaba a que crecieras antes de contártelo. Tiene que ser difícil explicarle a un niño que su padre fue apuñalado y que su cuerpo apareció medio devorado por lobos y jabalíes.

Artal se quedó en silencio tratando de encajar el golpe. Era incapaz de recordar el rostro de su padre y lo identificaba con el de su tío. Retenía imágenes montando a caballo con él, de cuando le enseñaba a luchar con su espada y su escudo de madera. También de cuando tocaba el laúd y la familia cantaba frente al hogar. Su tío le repetía con frecuencia: «Tu padre fue el mejor caballero que he conocido. Bueno, generoso, de gran corazón y valiente. Nadie le superaba con la espada, la lanza y el caballo. Te enseñó a montar antes que a andar, por eso se te da tan bien». No podía imaginar su cuerpo destrozado a dentelladas por los lobos y los jabalíes. Sintió una opresión en el pecho y un nudo en la garganta. Pero se esforzó por no llorar frente a fray Pedro.

—¿Y no pudo ser que le mataran los lobos? —inquirió tratando de sobreponerse.

—No, no fue ningún animal. Tenía una puñalada en el corazón. Su caballo regresó ileso al castillo, y a él le encontraron con la

espada y la daga enfundadas. No llevaba armadura ni casco, lo que indica que no anticipaba peligro alguno.

—Eso es muy extraño.

—Tuvo que ser alguien a quien conocía lo suficiente como para dejar que se acercara. Y ese alguien le mató a traición. Era un reputado caballero, pero no luchó.

—¿Quién pudo ser?

—Se cree que un noble.

Artal guardó silencio, con la mirada perdida en las olas que chocaban en los acantilados de la costa.

—¿Qué noble? —inquirió al rato.

—Tu padre se acogió al vasallaje del Temple —explicó el fraile—. Buscaba protección frente al señor más poderoso y con menos escrúpulos de la zona. Alguien que se apodera de las posesiones de sus vecinos más débiles. Su ambición no tiene límites ni tampoco lo rastrero e indigno de sus métodos.

—¿Y quién es? —quiso saber, impaciente, el muchacho.

—Berenguer de Entenza. Dicen que él le mató.

—¿Berenguer de Entenza? —El nombre le sonaba familiar, aunque lejano.

—Sí. Carga de impuestos a sus súbditos y administra justicia a su capricho. Roba, tortura, viola y asesina. Es un señor de horca y cuchillo. No obedece ni al rey ni a Dios.

—¿No obedece al rey?

—Los templarios somos sus rivales, junto a la familia Montcada en cuanto al dominio del valle del Ebro. Y él nos golpea, con toda desvergüenza, con cabalgadas en las que expolia nuestros campos y nuestro ganado.

—¿Cabalgadas?

—Sí. Son incursiones rápidas de gente a caballo, pero apoyadas por infantes de sus mesnadas o por almogávares. Roban todo lo que encuentran. Y asesinan o secuestran a campesinos, mercaderes e incluso nobles. Sus familias deben pagar un rescate; de lo contrario, los venden como esclavos.

—¿Y decís que no obedece al rey?

—Tanto Pedro III como su hijo Alfonso III, recién fallecido, amonestaron a los Entenza por sus ataques a nuestras posesiones y nuestros vasallos. Pero ellos hicieron caso omiso. Y así llevamos más de doce años.

—¿Y por qué el rey no impone su autoridad?

—Los Entenza son poderosos y los reyes de Aragón tienen siempre alguna guerra entre manos, ya sea contra sus parientes franceses, los castellanos o los moros. El rey necesita a los Entenza para reforzar su propio ejército.

—¿Es que nadie les pone límites?

Pedro de Monzón miró la línea de costa sin responder.

—¿Y qué hace el Temple? —clamó el chico—. He visto a nuestros hermanos morir en San Juan de Acre luchando como fieras. Éramos los más valientes, los más respetados de Tierra Santa. Pero ¿qué ocurre en España?

—El Temple lucha por la protección de los peregrinos contra los sarracenos o contra leones si hace falta —repuso el viejo sin reparar en las palabras del muchacho—, pero no guerreamos contra otros cristianos.

—Me consta que en Tierra Santa ha luchado contra príncipes cristianos.

—¡Porque eran un estorbo para nuestra sagrada misión! Pero en tierras cristianas, donde tenemos grandes posesiones como en Cataluña o Aragón, esperamos la justicia del rey.

—¿Y si no la hay?

El viejo caballero le miró y se limitó a torcer los labios sin despegarlos.

—¿No se sometió mi padre al vasallaje del Temple en busca de protección? —insistió Artal. Le costaba controlar su rabia—. ¿Y dejasteis que ese Berenguer de Entenza lo matara, sin más? ¡Y a traición! ¡No me lo puedo creer, padre!

—No tenemos pruebas de que le asesinara. Solo sospechas.

—¡Pero sospechas fundadas! —se exaltó Artal—. Y si hacen falta pruebas para castigarle, yo las he de encontrar.

—Ese hombre es un asesino. Ten mucho cuidado, muchacho.

37

Cada vez que veía a Berenguer de Entenza, Anna temblaba. En su castillo de Mora, el noble vestía una túnica con los colores de su escudo de armas, negra en la parte superior y dorada en la inferior, y cuando se ceñía la espada, le colgaba por debajo de la panza. Su barba mostraba el gris de las canas. Tenía ojos oscuros, unos dientes desiguales y una tonalidad rojiza en las mejillas que aumentaba con la ingesta de vino. Era un individuo sanguíneo, que se encolerizaba, gritaba a la gente y en ocasiones la golpeaba.

La primera vez que le vio vestía armadura, montaba su caballo de combate y descargaba su espada contra un infeliz morisco que, con una horca de madera, trataba de hacerle frente para defender a su familia. El hombre se desplomó y de su herida en el cuello brotó un chorro de sangre que empapó el polvo de la calle.

El ataque fue tan repentino que ni siquiera dio tiempo a que la campana de la iglesia de Vinebre alertara del peligro. Anna oyó los cascos de los caballos en la calle y de inmediato los gritos. Se asomó a la ventana y vio a varios caballeros, capitaneados por Berenguer de Entenza y su hijo Berengueró, matando a los vecinos, tanto cristianos como musulmanes, que oponían resistencia. Horrorizada, lo único que pudo pensar fue que, gracias a Dios, su padre y sus hermanos estaban en el campo. Entonces vio que, a la carrera, venían por la calle numerosos peones que empezaron a derribar las puertas de las casas para entregarse al saqueo. Al poco, dando un

grito, una de sus vecinas caía desde una ventana. No pudo evitar soltar un chillido al ver cómo se estrellaba contra el suelo.

—¡Anna! —la llamaban.

Era su madre, que había subido a por ella al primer piso, la empujó escaleras abajo y después la hizo esconderse en la bodega, junto con su hermanita de siete años. Aporreaban ya la puerta de la casa. La mujer le dio instrucciones a la criada morisca para que cubriera la trampilla con unos cestos y las tres se refugiaron allí. Entonces oyeron el estruendo de la rotura de los maderos que atrancaban la puerta y más gritos. Su madre las abrazó y les dijo en voz queda:

—Rezad, hijas.

Pero, a pesar de las precauciones, los asaltantes descubrieron la entrada. Dos hombres penetraron en la bodega y las hicieron salir a empujones. Se lo llevaban todo: la ropa, la carne salada, los sacos de trigo, las barricas de vino, incluso las ollas y los cubiertos de la cocina. Uno de aquellos individuos empezó a levantarle la gonela y Anna quiso resistirse. No podía recordar su cara, solo que era viejo, reía, daba miedo y era asqueroso.

—¡No la toques! —gritó la criada morisca, apartándole de un empujón—. ¡Solo tiene trece años y es virgen!

El hombre, sin pronunciar palabra, le hundió un cuchillo en el pecho. El grito horrorizado que se escapó de la garganta de Anna se unió con el agónico de la mujer al desplomarse. ¡La conocía de toda la vida! ¡La quería! ¡Era parte de su familia!

Luego el hombre tomó del brazo a la madre y la empujó hacia la cocina.

—Tú no eres virgen, ¿verdad? —le dijo riéndose.

Dos más se le unieron. La madre no dijo nada, pero Anna nunca olvidaría la expresión de su rostro y la intensidad de su última mirada. Nadie tenía que contarle lo que iba a ocurrir. Hacía tiempo que la advertían de que debía vigilar y guardarse de aquello. Su hermana pequeña lloraba y ella la abrazó en un intento de protegerla, llorando también. De inmediato, un par de hombres tiraron de ella hacia la calle, separándolas. Anna se estremeció de terror al encontrarse de frente con Berenguer de Entenza sobre su caballo.

—¡Solo una mujer por casa! —gritaba—. ¡Esta gente no tiene para pagar más de un rescate! ¡Coged a las jóvenes!

Una caravana de ovejas, vacas, caballos, asnos, cuarenta cautivos y carros transportando todo tipo de objetos abandonó al rato el pueblo. La custodiaba una tropa de varios caballeros y soldados a pie, que cargaban con todo lo que podían. Anna iba entre ellos llorando, como la mayoría. Guardaba una última imagen de su casa. Las llamas salían por sus ventanas. No era la única, Vinebre ardía por los cuatro costados. Tuvo un presentimiento: no regresaría jamás.

SEGUNDA PARTE

38

El Halcón hizo escala en Palermo para, a continuación, poner rumbo a Barcelona. El relato del caballero del Temple había despertado los recuerdos y excitado la imaginación de Artal. El ansia por llegar le consumía. Ojalá la galera fuera un pájaro, se decía, y le llevara volando a su casa. Intentaba, una y otra vez, recordar las facciones de su madre, sin conseguirlo. Ardía en deseos de verla y rezaba por encontrarla bien a ella y a sus hermanos. Aunque sus pensamientos viajaban también al otro extremo del mar. ¿Qué sería de Beatriz y de Margarita? Esperaba que recibieran pronto su carta. Deseaba resolver sus asuntos en España cuanto antes para poder regresar junto a ellas.

Quince días después de zarpar de Palermo divisaron tierra. El Halcón siguió la línea de la costa catalana hacia el norte y al poco divisaron la desembocadura del río Llobregat y después un monte.

La galera intercambió saludos con una torre de vigilancia situada en lo alto de la montaña y, al sobrepasarla, Artal vio una larga playa y una ciudad tras ella.

—El Halcón ha estado antes en Barcelona, aunque en escasas ocasiones —le explicó el capitán—. Transportábamos a peregrinos, además de a miembros de la Orden. Uno de los riesgos de la peregrinación son los marinos sin escrúpulos. Muchos, viajando en naves cristianas, creían desembarcar en Jerusalén cuando en realidad se encontraban en el norte de África. Esos piratas los

despojaban de todas sus pertenencias y los vendían como esclavos. Una nave del Temple es garantía de viaje seguro.

—Pero ¿dónde está el puerto? —quiso saber Artal.

Las naves mayores se encontraban a lo largo de una playa en forma de medialuna, ancladas a poca distancia de la orilla. Las pequeñas estaban varadas en la arena, o tenían sus quillas hundidas en ella.

—Lo que ves es el puerto —respondió fray Roger.

—¿Y esta es una ciudad importante? —dijo desconcertado al ver que carecía de puerto.

Recordaba San Juan de Acre y Famagusta, cuyos puertos no solo protegían a los barcos de vientos, corrientes y otras inclemencias, sino también de navíos enemigos. Candía, Mesina y Palermo se beneficiaban, en cambio, de unos excelentes puertos naturales.

—Así es. —El capitán se encogió de hombros—. Un vendaval te puede lanzar mar adentro o hacerte zozobrar. Si quieres atracar en Barcelona, debes correr ese riesgo. No hay opción.

Aquella fue la primera impresión que Artal tuvo de la ciudad. Y se dijo que daría todo por bien empleado si allí hallaba las respuestas que buscaba.

El Halcón fondeó cerca de la orilla y descolgó la chalupa. Cuando esta alcanzó la playa, dos sargentos del Temple, inconfundibles por su hábito, con bonete oscuro y capa negra, los esperaban donde terminaba la arena. Artal se dijo que habían alertado de su llegada desde la torre situada en la montaña que llamaban de Montjuic. Los acompañaban unos soldados y esclavos para transportar la carga. Después de los saludos, fray Adriano se quedó en la playa para

encargarse de los trámites y la descarga. Y el embajador, el capitán y Artal, con uno de los sargentos del Temple, se dirigieron a la encomienda de la Orden.

Bordearon unas atarazanas al aire libre, de donde procedía el martilleo de los operarios y el olor a brea y fuego de leña de pino. Cruzaron un bullicioso mercado con los vendedores pregonando sus mercancías y se internaron por unas callejas en las que los artesanos trabajaban a la entrada de sus casas. Al poco vieron las torres de la muralla romana. El sargento señaló una puerta con un arco mayor y dos menores laterales y les indicó que era la puerta de Regomir, pero en lugar de entrar en la ciudad vieja, giró a la izquierda y tomó una calle contigua. Por el camino, fray Roger hablaba con el sargento y confirmó que el nuevo rey llevaba ya un par de semanas en Barcelona. De algunas ventanas aún colgaban coloridos mantos y pañuelos que celebraban su llegada.

La encomienda de Barcelona era un castillo adosado a la parte exterior de la antigua muralla romana, de la cual se había apropiado de varias torres de defensa. Hacía también las funciones de convento y de un importante centro de negocios. El tráfico en sus puertas era intenso y las cruzaban desde oficiales del rey, mercaderes y comerciantes de distinta condición, hasta artesanos y esclavos cargando mercancías. Los soldados de guardia saludaron a la comitiva y les abrieron paso. El sargento que los guiaba les hizo entrar en un amplio patio rodeado de varios edificios y los condujo a la sala capitular, donde les ofreció agua.

Al poco apareció un caballero de mediana estatura, de unos cuarenta años, con barba corta, ya canosa, cubierto con el bonete reglamentario. Pedro de Monzón le abrazó y después lo presentó

como fray Berenguer de Cardona, el maestre provincial de la Corona de Aragón y Navarra. Fray Roger y Artal le besaron la mano. Fray Berenguer saludó efusivamente al capitán, al que conocía de anteriores viajes, y les pidió que se acomodaran en los bancos de piedra de la estancia. Tras una breve oración, el embajador inició la conversación informando al maestre de la tragedia de San Juan de Acre. La noticia aún no había llegado hasta allí. Fray Berenguer se mostró consternado y Artal vio lágrimas en sus ojos cuando le relató la muerte del gran maestre de la Orden y de su tío. El fraile conocía a ambos e hizo muchas preguntas, que Roger y Artal, como testigos directos, respondieron al detalle.

Después el capitán informó de la misión que el fallecido fray Guillaume de Beaujeu le había encomendado y mostró el salvoconducto con su sello y la carta de la madre de Artal.

—He regresado para proteger a mi madre —manifestó el joven con decisión—. Guillaume de Beaujeu, que en gloria esté, me lo requirió. Sin embargo, tanto él como mi tío desconfiaban de la autenticidad de esa carta.

—Podría tratarse de una trampa —añadió fray Roger—. Y que la madre hubiera muerto.

Fray Berenguer arrugó el cejo, pensativo, y dijo:

—Conozco a doña Eleonor de Vilalba, tu madre. —Había ternura en su voz al dirigirse al chico—. Antes fui comendador de Ascó y ella es feudataria nuestra. No he tenido noticias suyas desde que dejé la encomienda al ser elegido maestre provincial. Pero es la propietaria del feudo y, de haber muerto, lo sabríamos.

—¿Y eso es todo? —inquirió Artal, disgustado—. ¿No sabéis más?

—No. Pero en Ascó lo sabrán.

—¿Por qué no heredó el feudo el hermano mayor de Artal a la muerte del padre? —quiso saber el capitán.

—Porque la dueña del feudo y del castillo es ella. Los recibió de su familia.

—¿Y mi padre?

—Tu padre, Bertrán de Bergadá, era un afamado caballero del norte que se distinguió combatiendo en la revuelta morisca de Murcia junto al infante Pedro de Aragón, del que pasó a ser camarada y amigo de confianza —explicó fray Berenguer—. Al parecer, poseía poco más que sus caballos y sus armas. Pero el infante, futuro rey, hizo que casara con doña Eleonor. Entonces pasó a ser don Bertrán de Vilalba.

—¿Y quién le mató? —inquirió Artal, yendo directo a lo que le preocupaba.

—Damos por seguro que fue Berenguer de Entenza o uno de sus sicarios.

—Pero no tenéis pruebas.

—No hay testigos. Aunque todas las evidencias lo confirman —aseguró el maestre.

—¿Y qué hicisteis?

—¿Qué podíamos hacer? ¡Nada! No había pruebas para inculparle.

—Así que el asesinato de mi padre ha quedado impune —insistió Artal.

—En efecto —admitió—. Desgraciadamente.

En la sala se hizo un silencio apesadumbrado que rompió el capitán:

—¿Sabéis de alguien con motivos para tender una trampa al

chico y acabar con su vida?

Fray Berenguer de Cardona movió la cabeza, apenado.

—Los de siempre. Los Entenza quieren apoderarse del feudo —dijo al fin—. Y se han mostrado tan agresivos que han conseguido derechos sobre él y mantienen a Galcerán, el hermano mayor de Artal, como rehén en Mora, donde Berenguer tiene su castillo principal.

—¿Cómo? —inquirió Artal, disgustado—. ¿No era mi padre vasallo del Temple? ¿No obligaba eso a la Orden a protegerle frente a sus enemigos?

—Sí. —El maestre tragó saliva, se le notaba incómodo—. Pero hubo una confrontación entre los Entenza y tu tío Ramón…

En aquel momento sonaron tres toques de campana.

—Vísperas —dijo fray Berenguer. Parecía aliviado.

Se levantaron para acudir a los rezos. Artal estaba molesto, sabía que aquello ponía fin a la conversación y él necesitaba saber más. Conocía bien la rutina. Después de rezar en la iglesia cenarían en el refectorio, donde no se hablaba, solo se escuchaba la lectura de los textos sagrados.

—Continuaremos mañana —les dijo el maestre—. Artal puede alojarse aquí, estará seguro.

—El gran maestre y su tío me lo confiaron —repuso fray Roger—. Os ruego que permitáis que siga en la galera bajo mi tutela. Estaré con él hasta que aclaremos este asunto. Temo por su vida, y es mi responsabilidad.

—Así que vos tampoco le dais crédito a esa carta —le dijo Artal al maestre.

—Si esa carta fuera de tu madre, habría pasado primero por Ascó

y después por este convento —admitió—. Y no me consta. Los Entenza cuentan con espías en Barcelona. Los tienen en la corte del rey y me temo que también aquí. Pronto sabrán que has regresado. Y si quieren matarte, a poco que te descuides, lo harán.

—¿Y por qué querrían matarle a él si mantienen con vida al heredero? —inquirió el capitán.

—No lo sé. Pero me han llegado rumores de que Galcerán tiene una salud frágil.

—Bien, algo más que averiguar —dijo fray Roger—. En todo caso, en la galera dispongo de más tropas que el Temple en toda la ciudad. Y me son absolutamente fieles. Entre mi gente no hay espías de los Entenza. Confiadme a Artal. Estará más seguro que en el convento.

—Sea —aprobó el maestre.

Artal y el capitán se despidieron y, a paso rápido, se encaminaron hacia la nave a través de oscuras callejas.

—Gracias por hacerme quedar en la galera —dijo el muchacho—. No me apetecían ni el convento ni la compañía del embajador y el maestre.

—Si este asunto se desarrolla como me temo, necesitaremos libertad de movimientos —afirmó el capitán—. Y en la galera la tendremos.

39

Al día siguiente, Artal y fray Roger volvieron a reunirse con fray Berenguer de Cardona y el embajador Pedro de Monzón en la sala capitular del convento de la encomienda del Temple.

—He enviado un mensajero a Ascó —les informó el maestre—. En cuatro o cinco días tendremos noticias de tu madre.

—Muchas gracias —dijo Artal, aliviado—. También os agradecería que me explicarais algo que no entiendo.

Fray Berenguer asintió con la cabeza, autorizándole a preguntar.

—Ayer dijisteis que los Entenza mantienen a mi hermano como rehén, que quieren apoderarse de nuestro feudo y que ya tienen derechos sobre él.

—Cierto —confirmó el maestre—. Y no solo eso. Ellos decidirán la boda de Galcerán, y también la de tu hermana.

Artal hizo un gesto de disgusto e incredulidad.

—Así que en realidad tienen el destino de Vilalba en sus manos —concluyó.

—A no ser que tu hermano muera antes de casarse y tener descendencia —dijo Roger—. En cuyo caso, tú pasarías a ser el heredero.

—Y si él muere y yo también, heredaría mi hermana. Por eso deciden su boda.

El maestre volvió a asentir con la cabeza.

—Pero el Temple es señor del feudo de Vilalba, ¿cómo ha

permitido eso? ¿Por qué no protegió a mi familia frente a los Entenza?

Fray Berenguer se removió incómodo en su asiento de piedra frunciendo el cejo.

—No me gusta tu tono, muchacho —saltó el embajador con su voz profunda—. ¡Modérate y muestra más respeto al maestre!

—Artal respeta al maestre, fray Pedro —intervino Roger—. Solo que está preocupado por su familia y sus palabras reflejan su angustia.

—Lo entiendo —dijo fray Berenguer con un gesto condescendiente—. Creo que será mejor que cuente la historia desde el principio.

—Os lo agradeceremos, maestre —convino el capitán, respetuoso.

—Tu tío Ramón chocó con Berenguer de Entenza y la disputa llegó a tal punto que fueron a Vilalba a matar-le. —Fray Berenguer se dirigía a Artal, parecía buscar su comprensión—. Tu padre salió en su defensa y hubo un combate con muertos en ambos bandos. Nosotros intervinimos y logramos detener la lucha. Pero los Entenza son gente arrogante, iracunda y cruel; estaban dispuestos a arrasar Vilalba. Nosotros mediamos y pareció que los Entenza se apaciguaban y entraban en razón, pero de repente cambiaron de actitud. Aún no entiendo por qué. No quisieron saber nada más del Temple y retomaron sus planes de destruir Vilalba. Tu padre terminó pactando, para evitar el desastre y salvar la vida de su hermano. Se hizo vasallo de ellos, manteniendo su compromiso con nosotros, y pasó a pagarle tributo al Entenza. Y aun así le exigieron que dejara a tu hermano, el heredero, como rehén. Vilalba no posee muralla

antigua musulmana como otros pueblos de las Tierras del Ebro. Tiene un castillo, pero es poco más que un núcleo compuesto por una iglesia y varias casas fortificadas sobre una pequeña elevación en un extremo del pueblo. La muralla está en construcción y ofrece una protección escasa. Hubiera sido muy fácil para los Entenza cumplir su amenaza porque no podíamos mantener un ejército acantonado allí de forma permanente. Habrían aguardado el tiempo necesario, meses o años, para atacar por sorpresa. Tu padre hizo bien pactando con ellos.

—¿Y tuvo que dejar a mi hermano de rehén? —inquirió Artal—. Ahora comprendo por qué no le recuerdo. El pobre estaba prisionero. Es abusivo.

—También nos parece excesivo —repuso el maestre—. Pero repito que se nos excluyó de la negociación.

—¿Cómo está mi hermano? ¿Qué opina de todo esto?

—Lo tienen oculto, apenas sale del castillo de Mora. Nuestros espías nos dicen que aún vive, lo que sorprende porque Galcerán siempre fue débil, tanto en lo físico como de carácter.

—Por eso tu tío te llevó consigo a Tierra Santa —concluyó fray Roger—. Para alejarte del poder de los Entenza. Seguramente dudase de la supervivencia de Galcerán.

—Así es —admitió el maestre—. Y por eso permitimos que alguien tan joven fuese tutelado por el Temple, para proteger tu vida y la descendencia de nuestros feudatarios.

—Y por esa razón fray Ramón temía que la carta fuera una trampa —dedujo el capitán—. Si Galcerán muere y también tú, tu hermana heredará Vilalba. Y la pueden casar con quien quieran. Con un Entenza, por ejemplo.

—Y matarla después también a ella —añadió Artal—. Y Vilalba entonces será suyo.

Hubo un profundo silencio y todos se sumieron en sus pensamientos.

—¿Qué crimen cometió mi tío? —inquirió de repente Artal, mirando fijamente a fray Berenguer—. Eso inició la disputa con los Entenza, ¿verdad?

Él le miró sobresaltado. La pregunta parecía incomodarle.

—¿Crimen?

—Sí. Le acogisteis en el Temple porque prometió morir en Tierra Santa. ¿No es así?

Fray Berenguer meditó antes de contestar.

—Preguntas demasiado, muchacho —intervino fray Pedro—. No tiene por qué responderte.

—Sí, es cierto. Prometió morir luchando por Nuestro Señor en Tierra Santa —repuso el maestre, haciendo caso omiso al embajador —. Pero desconozco su crimen. Estos hechos ocurrieron hace muchos años, yo era un caballero joven y no intervine. Y cuando quise saber, se me dijo que los pecados de fray Ramón de Vilalba estaban bajo secreto de confesión. Y que los redimiría con su muerte, luchan-do contra el infiel.

—Y así lo hizo —dijo fray Roger santiguándose.

Los demás le imitaron.

—Dio su vida por Dios y por el Temple —murmuró Artal, emocionado—. Que descanse en paz. El Señor le habrá perdonado todos sus pecados.

Se estremeció al recordar el rostro desfigurado de su tío y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Fue tu padre quien cerró ese trato abusivo con el Entenza —prosiguió el maestre sin reparar en el agobio del muchacho—. Pero salvó a tu tío, evitó la destrucción de Vilalba y la pérdida de muchas vidas.

De nuevo se hizo el silencio.

—Pero si tuvo que ceder tanto fue porque su señor feudal no le protegió lo suficiente. —En ese momento había rabia en la voz de Artal—. ¡Este no es el Temple que yo conozco! —Y se levantó de un salto, abrió los brazos indignado y se encaró al maestre—. Los he visto morir uno tras otro. A mi tío, a Andrew, mi mejor amigo, al gran maestre y a cientos más. Lo hicieron con un extraordinario valor, nunca se dejaron avasallar, nunca dieron un paso atrás. ¿Y qué es lo que veo aquí? Un Temple temeroso, intimidado por un noble que, por muy poderoso que sea, lo es menos que la Orden. Un Temple que no defiende a sus vasallos, que deja que sus tierras sean saqueadas. Y que permitió que mi padre fuera asesinado impunemente. ¡Siento vergüenza! Por nuestros hermanos aquí en España y por vos, maestre.

El capitán observó cómo fray Berenguer palidecía al tiempo que se quedaba mirando a Artal sin responder de inmediato. El rostro del viejo embajador no movió un solo músculo. Parecía esculpido en piedra.

—Yo fui quien lideró el castigo a los Entenza hace dos años —dijo al rato el maestre, lentamente y en voz baja—. Cabalgué al frente de ochenta caballeros, quince de ellos hermanos del Temple, y de cuatro mil peones. Nos llevamos todo lo que había de valor, arrasamos sus campos y talamos sus árboles.

—¿Los castigasteis? —inquirió Artal, sorprendido.

—Los castigamos —afirmó contundente el fraile—. Y no fue una cabalgada como las suyas, sino una invasión con todas las de la ley.

—¿Una invasión?

—Sí. Hartos tras diez años de robos y violencias, decidimos darles una lección. Berenguer de Entenza y sus hijos se habían comprometido a acudir con sus tropas a una operación de castigo contra Jaime I de Mallorca en sus tierras del norte de Cataluña. Y ahí fue cuando caímos sobre ellos, cuando no podían defender sus posesiones. Sus espías los avisaron y el Entenza quiso abandonar al rey, pero este se lo impidió. Entonces el soberano nos hizo llegar órdenes escritas prohibiéndonos atacarlos mientras estuvieran luchando junto a él en el norte.

—¿Y qué hicisteis?

—A las cartas del rey les hicimos el mismo honor que los Entenza hicieron antes a los requerimientos reales ordenándoles que cesaran en sus ataques. Caso omiso.

—¿De dónde sacasteis tanta gente? Se supone que casi todos los caballeros jóvenes se encontraban en Tierra Santa.

—Vinieron caballeros de todas las encomiendas del Temple, de Zaragoza, Valencia y Navarra, incluso de Masdéu. Y en cuanto a los peones, unos eran vasallos nuestros y el resto, almogávares, los mismos que a veces reclutaban los Entenza para robarnos. También participaron tres de los Montcada con sus tropas. Las cabalgadas de los Entenza se habían prolongado solo por dos o tres días, incursiones para rapiñar. Lo nuestro fue a gran escala. Empezamos el 11 de agosto, después de la siega del cereal, y no terminamos hasta mediados de septiembre, cuando licenciamos a la mayoría de nuestra gente para que pudiera acudir a la vendimia. Aun así, un

grupo de doce caballeros, con sus escuderos y peones, se quedó rematando la faena hasta finales de noviembre, sin hallar oposición. Lo arrasamos todo; nos llevamos el trigo, el ganado y talamos gran cantidad de árboles. Solo las ciudades de Mora, donde se refugió Galbors de Montcada, la mujer de Berenguer, y Tivissa, que se habían reforzado temiendo nuestro ataque, resistieron. Cercamos esas poblaciones aun sin querer apoderarnos de ellas. Hubiera costado demasiadas vidas. Nuestro objetivo era escarmentar a los Entenza y al rey, que no hizo nada ante nuestras quejas.

—¡Vaya! —exclamó fray Roger, admirado—. Eso sí que parece una guerra.

—Lo es —dijo el maestre—. Y no ha terminado. Los Entenza, rabiosos, siguen con sus cabalgadas.

—Entonces de nada sirvió —concluyó Artal—. Continúan humillándonos.

—Por desgracia, el rey Pedro murió y también su hijo Alfonso. Habrá que retomar el asunto con el nuevo monarca.

—¡Y mientras tanto continuarán robando y sometiendo a mi familia!

—Mira, Artal, los enemigos del Temple no son los cristianos, sino los musulmanes —razonó el maestre—. Queremos resolver esto con el rey y no tomando venganza por cada ataque de los Entenza. Hay que evitar que su violencia vaya a más. Los reyes de Aragón respetan mucho a los Entenza. Debemos ser pacientes y hacer las cosas bien.

—Pero mi familia está sometida y en peligro de muerte —arguyó Artal—. ¿Eso es todo lo que sabéis hacer? ¿Suplicar al rey?

—¿Cómo te atreves a hablarle así al maestre? —La voz de Pedro

de Monzón tronó con fuerza en la sala capitular—. ¡No entiendes nada, muchacho! ¡No sabes nada! —Le apuntaba con un dedo huesudo—. ¡Y siéntate de una vez!

Artal obedeció.

—La misión del Temple es proteger a los peregrinos, recuperar tierras para los cristianos y luchar contra el infiel —continuó el embajador—. No guerreamos contra cristianos. No sabes la gran excepción que supuso lo que el maestre hizo con los Entenza. Y lo hizo solo como advertencia. El papa, la máxima autoridad del Temple, decretó una cruzada contra el rey Pedro, tras lo cual el rey francés invadió el norte de Cataluña. Pero nuestros hermanos templarios franceses, a pesar de las presiones papales, no movieron un solo dedo para apoyar esa cruzada contra cristianos. Ni tampoco nosotros aquí. Es más, ayudamos a nuestro rey bajo mano.

»Nuestra misión es proveer de lo necesario a nuestros hermanos que luchan contra los musulmanes. Y para obtener ese oro, esos víveres, armas, caballos y combatientes, precisamos estar en muy buenos términos con los reyes. Ellos nos conceden privilegios, como cobro de impuestos, exención de tasas de aduanas, acuñación de moneda y otros que generan grandes sumas. Pero aquí, en España, las cosas han cambiado. Cuando los sarracenos representaban una amenaza, los reyes nos colmaban de prebendas y donaciones porque éramos la élite de sus tropas, la fuerza de choque, la punta de lanza contra el infiel. Pero ahora los musulmanes que quedan, en general, están sometidos. Y los enemigos de los reyes cristianos son otros reyes cristianos. Y como nosotros no luchamos contra cristianos, ya no le servimos al rey, que cada vez es más reticente a mantener nuestros derechos y privilegios. En cambio, los grandes

nobles como los Entenza forman a su lado, con sus tropas, cuando se trata de pelear contra el rey de Francia, el de Mallorca o el de Castilla. El rey no quiere desairar a los Entenza y nosotros necesitamos del favor real para cumplir la sublime misión de la Orden. ¿Lo entiendes de una vez?

—Entiendo lo poco que importa mi familia en todo esto —repuso Artal, firme—. Viajaré a Vilalba y haré lo que haya que hacer para ayudarlos.

—Tendrás todo nuestro apoyo —dijo fray Berenguer—. Cumpliremos lo mejor que podamos nuestro deber como señores del feudo.

—Gracias, maestre —respondió Artal tratando de contener su tono—. Pero hay algo más. Vos habéis dicho que no queréis venganza, pero yo sí. —Sus ojos se humedecieron de emoción—. He de encontrar a quien mató a mi padre.

—No te ayudaremos en venganza alguna —declaró enérgico el maestre—. Pero si encuentras las pruebas, exigiremos justicia al rey.

—Las encontraré —afirmó el joven—. Y la justicia será vengar a mi familia. Mi justicia. Con pruebas o sin pruebas, con rey o sin rey.

40

—Has puesto en un brete a fray Berenguer, novicio.

Caminaban de regreso a la galera y Artal no supo identificar si en las palabras del capitán había un tono divertido, de censura o de burla.

En realidad, el fraile estaba orgulloso de su pupilo y contenía una sonrisa de satisfacción. Ni el maestre provincial con su poder, ni el embajador con su imponente presencia y su potente voz le habían intimidado. El chico se mostraba dispuesto a pasar por encima de ambos con tal de proteger a su familia. Y de vengarla. Artal mencionó incluso al rey, que con su inacción protegía a los Entenza. Fray Roger lo aplaudía. La madre, la familia y los camaradas eran lo primero para un hombre cabal, en su opinión.

Si en Famagusta Artal se había mostrado vacilante, eludiendo afrontar sus obligaciones, en Barcelona su determinación y su valor le llenaban de satisfacción. Pero también tenía que aprender a ser prudente. Su atolondramiento juvenil le hacía sobrevalorar sus fuerzas.

—Has cuestionado su actuación sin mostrarle el debido respeto —continuó el capitán ante el silencio de Artal—. Has soltado fanfarronadas sin ninguna base ni conocimiento y te has arriesgado a ofenderle y a tener de enemigo a quien más necesitas en este momento.

—Le he dicho lo que sentía. He hablado con el corazón en la

mano.

El capitán rio.

—Eso, por lo general, sale mal —dijo—. Acostúmbrate, cuando hables con los poderosos, a guardar el corazón en el bolsillo. Aunque hoy te ha funcionado, parece que el maestre está dispuesto a ayudarte. Se siente responsable y tiene mala conciencia.

—Tendría que haber usado todo su poder para proteger a mi familia. Ya visteis que ni siquiera sabe, a ciencia cierta, si mi madre vive.

—Tu familia no es su única responsabilidad, hay mucha gente que depende de él. Además, está obligado a seguir las directrices de la Orden, y ya has oído que evitan a toda costa guerras con cristianos. Al menos en Europa.

—Aun así, debería saber dónde están los míos y cómo se encuentran.

—Mira, Artal, el Temple tiene cientos de feudatarios en Cataluña y Aragón. El maestre no puede saberlo todo. Yo no lo sé todo en El Halcón. Pero hay gente bajo mi mando que lo sabe. Vilalba es feudataria de Ascó. Debemos ir allí y preguntarle al comendador.

—Ardo en deseos de ver a mi madre y a mis hermanos. Siento que están en peligro y me muero de impaciencia.

En aquel instante cruzaban frente a una taberna del puerto de la que surgían los cánticos destemplados de los marinos. Roger se detuvo junto a la entrada.

—Si no vistiéramos el hábito, te invitaría a un vaso de vino.

—¿Insinuáis que os quitáis el hábito para ir de tabernas? —Artal le miró escandalizado—. Eso va contra todas las reglas de la Orden.

Fray Roger cloqueó en una risita apagada.

—¿Y qué crees que vas a hacer tú? —inquirió ceñudo—. ¿Te presentarás con tu elegante hábito ante Berenguer de Entenza para preguntarle si mató a tu padre? ¿Vistiendo el uniforme de sus más odiados enemigos?

—No, eso no.

—Las respuestas se hallan en territorio enemigo —continuó el capitán—. Para averiguar lo que ocurre debemos tomar otra identidad. No podemos ir de templarios.

—El maestre no lo va a permitir.

—No solo lo permitirá, sino que nos dará su bendición.

Artal le miró incrédulo.

—Mira, novicio, durante el viaje he tenido tiempo de preparar un plan —continuó el capitán—. Y de momento hemos avanzado mucho. Tenemos resuelto el primer misterio: ya sabemos por qué tu tío te llevó con él a Tierra Santa y por qué el gran maestre consintió en tenerte en la fortaleza de San Juan de Acre a pesar de que solo eras un niño. Pero han surgido nuevas preguntas. ¿Qué ocurrió para que tu padre se sometiera de tal forma a los Entenza? Ya sé que el Temple no le ayudó lo suficiente, pero no parece que fuera el tipo de hombre que se deja arredrar por un matón. Aquí hay gato encerrado. También queda por saber quién escribió esa carta y qué tipo de peligro corre tu madre. Y tampoco entiendo por qué Berenguer de Entenza hizo matar a tu padre si este ya se había sometido a su vasallaje.

—A mí me quedan incluso más preguntas —dijo Artal—. Pero lo que ahora quiero saber es cómo vais a convencer al maestre para que nos permita prescindir del hábito.

41

Una semana después de su llegada a Mora, Anna, desgarrada por los recuerdos, esperaba de pie en una hilera. Las imágenes de los muertos, de su casa ardiendo y de su madre arrastrada hasta la cocina para ser violada la habían torturado todo ese tiempo. Trataba de esconderse detrás de la mujer que tenía delante, una vecina morisca de Vinebre. La curiosidad vencía su timidez y se asomaba a ratos. Desde donde se encontraba, veía cómo doña Galbors de Montcada, la esposa de Berenguer de Entenza, contaba el dinero sentada frente a una mesa. Tenía mayordomo y criados que sabían de cuentas, pero ella gozaba tocando el oro. Colocaba las monedas de metales baratos en un montón, hacía pilas con los dineros de plata a un lado y con las monedas de oro al otro. Amontonaba sueldos de Jaca, sueldos de Barcelona e incluso florines.

Estaba cercana a la cincuentena y su gonela roja, con un pequeño escote triangular bordado en blanco, le presionaba la cintura y los pechos. Debía de comer bien. Se cubría el cabello con una toca blanca, liada de forma que más parecía un turbante y que dejaba escapar un mechón pelirrojo con canas. Sus ojillos azules no perdían detalle de lo que ocurría en la estancia. Había bajado, junto al alcaide, su mayordomo y varios soldados, a las caballerizas, situadas en el nivel inferior del castillo. Este se elevaba, imponente, sobre una colina que dominaba el río Ebro y, al sur, la población amurallada de Mora.

Otra hilera formaba en la estancia, la de los familiares que acudían con el dinero del rescate. El corazón de Anna dio un vuelco cuando vio al hombre que esperaba detrás de uno de sus vecinos moriscos. Era alto, delgado y tenía unas profundas ojeras. ¡Era su padre y venía a salvarla! Se puso a llorar de emoción.

El morisco sacó de su bolsa los doscientos cincuenta sueldos jaqueses que le pedían por su esposa. El mayordomo anotó la cifra en su libro, contó las monedas y se las pasó a doña Galbors para que las recontara. Ella soltó un gruñido de aprobación, miró al alcaide, que aguardaba su seña, y afirmó con la cabeza. Este, a su vez, hizo un gesto con la mano al soldado, que empujó a la morisca que estaba delante de Anna. Ella corrió hacia su esposo y, dejando caer el velo con el que se cubría la boca, buscó las manos de él para besarlas. Lloraba feliz. El hombre le besó la frente y la dirigió hacia la salida. Los sarracenos eran celosos de su intimidad y no solían mostrarla en público.

Ahora Anna estaba frente a su padre y le sonrió. Él la miró, apretó los labios, le guiñó un ojo y de inmediato puso su atención en el mayordomo. Descolgó la bolsa de su cinto y la vació en la mesa.

—La chica vale trescientos cincuenta sueldos jaqueses y aquí solo hay trescientos diez —dijo el mayordomo, mirándole severo una vez hubo recontado las monedas—. ¿No te dio el mensajero su precio?

—¡No he podido encontrar más! —exclamó el padre mirando a doña Galbors—. ¡Os suplico piedad! ¡He vendido todo lo que me quedaba! ¡He pedido prestado a mi familia, a los amigos y al Temple! ¡Pero no he podido sacar más! —Y se arrodilló frente a la mesa de la señora de Mora—. ¡Por el amor de Dios, doña Galbors, devolvedme a mi hija! ¡Juro por la Virgen y por todos los santos que

no tengo más!

El temor le encogió el corazón a Anna. ¡Su padre no tenía suficiente dinero!

—Entonces, ¿a qué has venido? ¡No me hagas perder el tiempo!

—¡A suplicaros piedad! ¡No puedo volver sin ella! ¡A la sarracena la habéis redimido por doscientos cincuenta! ¡Yo traigo trescientos diez!

—Tu hija vale más que la mora —dijo la mujer.

—¡Tomadme, pues, a mí!

—Tu hija vale más que tú. Eres viejo. Y te estoy haciendo una rebaja. En el mercado de esclavos puedo sacar de una niña como esa, guapa y virgen, de cuatrocientos a quinientos. Y aún más en el reino de Granada.

—¡Os lo suplico! —El hombre se puso a llorar—. ¡Por caridad! ¡No tengo nada más! ¡He de trabajar una semana entera para ganar un solo sueldo!

La niña nunca había visto llorar a su padre y notó que sus ojos también se llenaban de lágrimas. La pena le oprimía el corazón, temía que se le rompiera.

—Pues toma tu dinero y regresa a Vinebre.

—¡Ya no hay Vinebre! —chilló el hombre—. ¡Todo son ruinas, cenizas y brasas!

—Pues ve donde mejor te convenga.

—¿Es que no tenéis corazón? ¡Por el amor de Dios! ¡Es una niña!

Doña Galbors hizo un gesto de fastidio y movió las manos para que se marchara. Dos soldados se acercaron al hombre. Este se levantó de un salto.

—¡No podéis hacer eso! —gritó—. Esclavizar a cristianos va

contra las leyes del rey y de la Iglesia.

—Estás pagando una deuda —dijo ella sin alterarse—. Y ese dinero ayuda a cubrirla. —Hizo una pausa—. Ve con Dios. Y si abusas de mi paciencia, te haré azotar.

—¡No tenemos deuda alguna con los Entenza! ¡Esa cabalgada ha sido un acto de bandidaje!

—Todos vosotros sois vasallos de esos frailes avarientos, y nos deben dinero. ¡Es nuestro derecho de guerra!

—Ellos dicen que nada deben.

—¡Lleváoslo!

—¡Tened piedad! —Cayó otra vez de rodillas juntando las manos en súplica. La rabia dejó paso, de nuevo, al desconsuelo y las lágrimas regresaron—. ¡Dejadme al menos despedirme de ella con un abrazo!

—No quiero escenas. Nada de abrazos. Y basta de sollozos. ¡Compórtate como un hombre! —dijo irritada—. ¡He dicho que lo saquéis de aquí!

Los soldados le sujetaron de los brazos y empezaron a arrastrarle hacia la puerta.

—¡Malditos! —gritó él, resistiéndose como podía. Y miró a su hija —. ¡Anna! ¡Te queremos! ¡Muchísimo!

Ella miraba a su padre horrorizada.

—Atadle al rollo y dadle diez azotes —ordenó doña Galbors.

—Los Entenza sois gente sin Dios. ¡Malditos seáis!

—Y devolvedle a ese avaro sus sueldos una vez reciba su merecido.

Anna se desplomó en el suelo, llorando desconsolada. Ya nunca más vería a los suyos.

42

Berenguer de Entenza paseaba por el patio inferior del castillo viendo las idas y venidas. Contempló cómo dos soldados arrastraban a un hombre, le quitaban la camisa y lo ataban al rollo de piedra. Era una columna coronada con una cruz, donde se ejecutaban los castigos del vulgo. Estaba esquelético, se le podían contar las costillas y las vértebras del espinazo. Se hizo el silencio y todos en el concurrido patio se aprestaron a contemplar el espectáculo.

Los latigazos empezaron a sonar sobre su espalda y el hombre gritó:

—¡Desalmados! ¡Gente sin Dios! ¡Que el Señor maldiga a los Entenza!

Los siguientes azotes le arrancaron gemidos. Y los últimos, silencio. El hombre había perdido el conocimiento. Los soldados le desataron y cayó al suelo. Entonces apareció el mayordomo.

—¡Aquí tienes tu dinero! —Y lanzó la bolsa sobre el hombre inerte.

De inmediato acudieron sus vecinos, la mayoría moriscos, que, al igual que él, habían ido a rescatar a sus seres queridos. Trataron de reanimarle con agua.

Poco después, una triste comitiva salía de Mora para dirigirse a las ruinas de lo que una vez fueron sus hogares. Sobre un borrico iba el hombre, que apenas podía sostenerse, llorando.

Berenguer de Entenza se dirigió al cobertizo de las caballerías donde se había efectuado la redención de los cautivos. Allí encontró a su mujer revisando las cuentas con el mayordomo.

—¿Habéis terminado? —inquirió.

Doña Galbors le sonrió. No le importaba mostrar los huecos de sus dientes porque a él también le faltaban. Nadie conservaba la dentadura entera a su edad. Le había dado doce hijos a aquel hombre y con gusto le hubiera dado más si aún pudiera y durmieran juntos.

—Sí —dijo satisfecha—. Venderemos a media docena en el mercado de esclavos. Son los que no han podido pagar el rescate. El resto han cumplido.

El hombre gruñó.

—Calculo que de esta cabalgada sacaremos, entre rebaños, esclavos y demás, al menos veinte mil sueldos de Jaca —le informó ella—. Y ya he descontado lo que se llevan los almogávares, nuestro hijo Berengueró, los señores de Carbons, de Verguentis y demás caballeros.

—¿Quién era ese villano al que habéis hecho azotar?

—Uno de Vinebre que no trajo lo suficiente para rescatar a su hija y que se ha insolentado.

Berenguer de Entenza volvió a gruñir.

—Estaba escuálido —dijo—. Diez latigazos fue demasiado. Queremos que los campesinos, aunque sean vasallos del Temple, trabajen. No que se mueran o tarden mucho en recuperarse. Cuanto más produzcan para el Temple, más tendrán los frailes para que se lo quitemos.

Ella rio.

—¿Y lo decís vos, que habéis arrasado Vinebre dejando un montón de muertos? ¿Hacía falta incendiar las casas? Mientras las reconstruyan, no trabajarán el campo ni criarán animales.

Él se encogió de hombros.

—Vos no sabéis lo que es una cabalgada. Los jóvenes lo pasan en grande. Se emocionan y se dejan llevar por el entusiasmo.

Ella le miró con una sonrisa pícara.

—Los jóvenes, decís… —murmuró.

Berenguer volvió a encogerse de hombros. Estaba satisfecho con el resultado de la razia.

—He calculado que una cabalgada en Vilalba puede darnos más —dijo ella—. De treinta mil a cuarenta mil sueldos.

—¿Vilalba? —inquirió él, extrañado.

—Nunca hemos cabalgado Vilalba. El pueblo estará gordo como un cerdo listo para su san Martín.

—Pero ¿qué decís? ¡Si Vilalba es vasallo nuestro!

—También lo es del Temple.

—Pero somos nosotros quienes nos llevamos la parte de león. ¡Les sacamos quinientos sueldos al mes! ¡Seis mil al año! Y cuando voy, o van nuestros hijos y sus amigos, aparte de comernos lo mejor, siempre nos traemos unas ovejas o una vaca.

—Os lo pasáis bien en Vilalba, ¿verdad?

—¡Menuda tontería, mujer! —renegó Berenguer sin responder a la pregunta—. ¡Nadie de bien cabalga a sus propios vasallos! ¿Cómo vamos a matar la gallina de los huevos de oro? —Hizo una pausa, empezaba a enfurecerse—. Además, Vilalba está bajo vuestro control. Tenéis allí a cuatro criados, tres mujeres y un hombre, que os informan de todo.

—De eso podéis estar seguro.

—Ya es la tercera vez que habláis de cabalgar Vilalba. —Su tono mostraba irritación—. Y por tercera vez os digo que no. ¿Qué no entendéis? ¿O acaso tenéis algo con Vilalba?

—¿Lo tenéis vos?

Berenguer de Entenza gruñó disgustado y guardó silencio.

—¿Sabéis? —dijo ella al rato—. Nuestros espías dicen que Artal de Vilalba ha regresado de Tierra Santa. Está en Barcelona.

—Era de esperar —dijo él, pensativo—. Con toda seguridad irá a Vilalba. Alertad al alcaide de Tivissa, por si viene por tierra. Y a los informadores de Miravet, por si llega por el río.

—Y a nuestra gente en Vilalba, por si se presenta por sorpresa —añadió ella—. No dejaremos que entorpezca nuestros planes.

—Eso espero —dijo Berenguer de Entenza dando por terminada la conversación.

43

La galera seguía su rutina anclada en el puerto. El piloto y el cómitre supervisaban las reparaciones de mantenimiento y fray Adriano se ocupaba de aprovisionarla. Salvo a un retén de soldados de guardia, fray Roger había dado licencia a sus hombres de armas, marinos y galeotes para que recorrieran la ciudad. Tanto los oficiales como la tripulación, al igual que hicieron en Sicilia, se encargaban de vender las mercancías que transportaba la nave y adquirir otras locales. Artal intuía que la mayor parte de los beneficios irían a la bolsa destinada a comprar una nueva nave.

—Vamos a dar un paseo, te enseñaré la ciudad —le dijo el capitán.

Roger y el joven caminaron en paralelo a la playa hasta la plaza del Vino, cruzaron la iglesia de San Sebastián, el edificio de tasas e impuestos del puerto y un animado mercado. Artal observó que el capitán volteaba la cabeza un par de veces. Le imitó y vio que, a distancia, los seguía un hombre al que reconoció como uno de los ballesteros de la galera. El capitán se apercibió de ello y le informó:

—Se asegura de que nadie nos siga.

Al llegar a la calle de la Fustería se detuvo frente a un taller. Era una carpintería que mostraba, colgadas en las paredes que rodeaban la puerta, empuñaduras de ballestas de distintos tipos y varas para manufacturar virotes.

—¿El maestro Vidal? —preguntó fray Roger al hombre que

parecía ser el jefe del taller.

—Así me llaman, padre —dijo con una inclinación de cabeza.

El maestro artesano los hizo pasar al interior de la casa y después a una estancia de la primera planta. Allí, sobre una cama, se encontraban doblados unos ropajes. Roger se quitó el hábito y vistió la camisa, los calzones y la túnica al tiempo que invitaba a Artal, que le contemplaba con asombro, a hacer lo mismo.

—El maestro Vidal es pariente de nuestro capitán de ballesteros —le explicó—. Los ballesteros de esta zona son de los mejores.

El carpintero, que los aguardaba en la planta baja, los condujo hasta una puerta trasera. Fray Roger se caló la capucha de su túnica, le pidió al chico que lo imitara y salieron a la calle del Bonaire.

—A partir de este momento eres un aprendiz de juglar —advirtió al muchacho.

—¿Qué es un juglar?

—Pronto lo sabrás.

A la derecha se abrían multitud de callejas que conducían a la playa; tomaron una hasta llegar a una oscura tasca, iluminada por un simple candil. No había nadie, el capitán dio un grito y al poco apareció un hombre de pelo cano que andaba encorvado.

—Busco a Pere Salvatge —le dijo el capitán.

—Aquí le tenéis.

Fray Roger miró al hombre con aprensión.

—¿Sois vos el famoso trovador? —Su voz denotaba desconfianza.

—Aunque me veáis viejo, mucho sé de trovar. Y si a reyes di consejo, a un fraile puedo enseñar —repuso con voz engolada y sin inmutarse.

El capitán rio.

—Así que os han contado quién soy y por qué estamos aquí.

—Sois quien a verme viene, para como trovero viajar. Y vuestro dinero me conviene, para pagar mi yantar.

—¡Es Pere Salvatge! —informó Roger al chico, con admiración—. El trovador favorito de los fallecidos reyes Pedro y Alfonso.

—Pedro el Trovador y Alfonso el Generoso. A ambos serví con sumo agrado. Mas, ¡oh, desdicha!, yacen en el foso, y por ello ando necesitado.

—Pero ¿es que no podéis hablar normal? —le interrogó Artal, boquiabierto.

—Sí —dijo el hombre arrugando el cejo.

—Habéis demostrado ser quien buscamos —continuó el capitán —. Necesitamos que nos enseñéis los rudimentos del oficio y nos ayudéis a componer unas canciones. Unas rimas que describan la guerra en Tierra Santa y la pérdida de San Juan de Acre, y que la muerte de los héroes emocione a los caballeros hasta las lágrimas. También unos cuantos serventesios amorosos que adulen a las damas, enternezcan sus corazones y las hagan suspirar. Y unas coplas sencillas que hagan reír y otras que la gente pueda corear.

—Para reír y bromear, mejor buscáis un juglar —dijo Salvatge arrugando de nuevo el cejo.

Artal se dijo que no solo en el Temple había clases, también en el oficio de componer y cantar.

—Queremos aprender las maneras de trovadores y juglares — aclaró Roger.

—Hace mucho que no corro los caminos —dijo Salvatge con su voz natural.

Había dejado de rimar para bajar al mundo de los mortales. Tomó una bota de vino que colgaba de un gancho y prendió otro candil para iluminar mejor la tasca.

—En mi época, toda dama era meritoria —continuó—. Solo por el hecho de su *partage*, su alta categoría social. El trovador, aun cuando la superara en nobleza, siempre se ponía a sus pies. Ella era la señora y él, su vasallo. Y desde ese nivel inferior, con paciencia, debía superar las pruebas de amor a las que la dama le sometía, quien a su vez le compensaba con pequeños favores.

Dio un trago de la bota de vino y se la pasó a Roger, que también bebió.

—Era el tiempo de las grandes reinas del amor cortés que dignificaban al trovador que las cortejaba —añadió Salvatge—. Y dispensaban el «joy», el sublime gozo espiritual del amor. La dama estaba riente y él, sonriente, excepto en los momentos en que mostraba un rictus trágico para que ella comprendiera el sufrimiento que experimentaba por su amor.

El capitán miró a Artal para pasarle la bota, pero decidió no hacerlo. Le vio observando al viejo con los ojos como platos, como si fuera un bicho raro. Roger no sabía si el chico no terminaba de comprender lo que Salvatge contaba o simplemente no daba crédito a lo que oía.

—La dama era un compendio de virtudes que ensalzaba el trovador. Los únicos reproches por parte del galán provenían de su dolido corazón cuando ella se mostraba ingrata.

—¿Y ahora? —quiso saber Artal.

Salvatge soltó un bufido.

—No quedan damas como las de antaño —dijo resentido—. Y

cuanto más os alejéis de la corte, más zafias las encontraréis. No entienden de amor cortés. ¡Pueden gritaros, arrojaros su zapato o lo primero que tengan a mano si vuestro canto les disgusta! Nada de alabar las virtudes de una dama delante de otra, y cuidado, pocas bromas, porque a más de un trovador le hizo azotar una señora contrariada. Aunque un marido molesto es mucho peor… ¡Ignorantes!

—Gracias por la advertencia —dijo Roger con una sonrisa—. Lo del amor cortés lo dejaremos para otros… ¿Tenéis pluma, papel y tinta? Quisiera empezar ya con las canciones, pues no nos quedaremos más de quince días en Barcelona.

44

—El maestre nunca permitirá que finjamos ser trovadores —le advirtió Artal al capitán cuando, ya vistiendo sus hábitos, regresaban a la galera.

—Yo iré de trovador —aclaró Roger—. Tú solo serás un juglar y mi escudero.

—¡Pero estaríamos infringiendo la Regla en casi todo! —protestó el joven.

—El maestre no tiene por qué saberlo.

—¡Aunque no lo sepa! ¡No pienso presentarme en mi casa como un bufón! ¡Escondiéndome! Quiero regresar con dignidad.

—¡Lo estaba esperando! —estalló el fraile.

Se detuvo, le puso la mano en el hombro y le miró con unos ojos color miel que parecían dagas.

—¡Ya ha aparecido el pequeño noble! ¡Dignidad! ¡Pose! ¡No puede rebajarse! ¡El caballero no quiere aparentar ser un bufón! El capitán Roger de Flor irá de trovador y el mentecato del novicio no puede ir de juglar.

Artal le mantuvo la mirada. Fray Roger recurría siempre al humor, no era frecuente que se enfadara. Decidió que era mejor escuchar y permaneció en silencio.

—¡No sabes nada del mundo! Normal, has vivido encerrado en un convento. ¡Pues entérate, y hazlo rápido! Si quieres ayudar a tu familia y conservar la vida, harás lo que yo te diga. De lo contrario,

te dejo aquí y me largo con mi galera.

Artal tragó saliva y afirmó con la cabeza. Tenía razón, acababa de salir del convento, pero no era tan tonto como para creer que podría cumplir su misión él solo. Le necesitaba. Iba a enfrentarse a alguien muy poderoso y se sentía afortunado de tener a Roger como amigo.

—Os obedeceré. Solo pensaba que disfrazarse…

—Disfrazarse no resta dignidad cuando se trata de lograr un alto fin —repuso el capitán relajando el tono—. Hará apenas ocho años que Pedro, el rey al que sirvió tu padre, se disfrazó nada menos que de criado de un tratante de ganado. ¡Mucho peor que trovador o juglar!

—¿Es eso cierto? —se asombró Artal.

—Tenía que presentarse en Burdeos, donde Carlos, hermano del rey de Francia, le había retado a un duelo. Por arrebatarle Sicilia. Cada uno debía aparecer con cien caballeros y dirimir sus diferencias en un combate multitudinario. Pero su rival le esperaba con un ejército de miles de hombres para apresarle. Una trampa que contaba con la bendición del papa. Así que el rey apareció en el campo designado para el combate el día requerido, cuando los franceses ya no le esperaban. Como iba disfrazado, se dio a conocer, hizo levantar acta notarial y se esfumó con rapidez, burlando al enemigo. Y de ese modo conservó Sicilia y su honor. —Se detuvo y miró severo al chico—. Eres un listillo cargado de moralina de convento, y te conviene aprender rápido si no quieres que tu pellejo termine flotando como una bota de vino en las aguas del Ebro.

A Artal le impresionó la historia del rey, amigo de su padre, y calló el resto del camino mientras le daba vueltas a aquella nueva pirueta del destino.

45

—¡No! —suplicaba la mujer—. ¡Por el amor de Dios! ¡Dejadle, solo tiene cuatro años!

El niño lloraba aterrorizado. Un hombre siniestro le sujetaba la mano contra la tabla de una mesa. Su hermana, de seis años, sollozaba abrazada a la madre, a la que sujetaban un par de individuos.

—Abre bien los dedos, hijo —dijo el que mandaba.

Pinchó la mesa con la punta de su daga y, apoyando la otra mano y haciendo palanca contra la madera, le cercenó al chiquillo el dedo meñique. El pequeño soltó un grito desgarrador, al que siguió el de su madre.

—¡Canalla! —chilló la mujer entre sollozos—. ¡Asesino!

A aquel hombre le llamaban el Lobo, tenía barba negra y un parche en un ojo. Sin ni siquiera mirar a la mujer, terminó de cortar la piel que aún sujetaba el dedo cercenado a la mano. Después contuvo la hemorragia con un paño. El niño se había desvanecido.

—Cúrale —le ordenó a uno de sus secuaces—. Que aún le quedan nueve dedos en las manos y diez en los pies. —Miró con su único y oscuro ojo a la mujer—. Y tiene que durar hasta el final.

Sonrió mostrando una boca con unos pocos dientes negruzcos.

—¡Dejadnos ir! —suplicó ella estallando de nuevo en lágrimas—. ¿Qué queréis de nosotros? ¿Por qué nos hacéis esto? ¡Soy una pobre viuda! ¡No tenemos dinero! ¿Por qué nos habéis secuestrado?

—Ahora le toca a la niña —dijo el Lobo.

—¡No! ¡Por el amor de Dios! ¡Dejadnos!

Los hombres quisieron arrancarle a la niña de los brazos. La pequeña chillaba horrorizada. Solo después de asestarle un puñetazo a la madre, esta la soltó.

—¡Se han meado las dos! —rio uno de los hombres.

—Eso me excita —dijo otro.

—Nada de eso ahora —les advirtió el Lobo—. A la niña le cortaré, para empezar, la oreja.

—¡Por el amor de Dios! ¡Pedidme lo que queráis, pero no hagáis eso! ¡Os lo suplico!

Pero el Lobo lo hizo.

Después depositó el dedo y la oreja en la mesa y los hombres acercaron a la mujer para que los viera. Se desmayó. La reanimaron a cachetes y, cuando la hicieron mirar de nuevo, vio que en la mesa, entre la oreja y el dedo, había una botellita con un líquido en su interior. La mujer miró al Lobo, sin comprender.

—Ramón de Montcada —dijo él.

Ella abrió los ojos aterrada. Lo había entendido.

—¡No, por favor! Mi familia sirve a los Montcada desde hace tres generaciones. ¡No puedo hacerlo!

—Escúchame, estúpida. —El Lobo la miró amenazante—. Estamos en un lugar que desconoces porque te hemos traído con los ojos vendados. Tenemos a tus hijos. A ti te devolveremos a la ciudad, y por cada día que pase les iremos cortando algo a cada uno. Y cuando hayan perdido dedos, orejas y nariz, empezaré a sacarles filetes. Aunque nos denuncies, los Montcada no nos encontrarán y tus hijos tendrán la peor de las muertes. No tienes

más remedio. Así que hazlo cuanto antes. Menos que sufrirán.

La madre ocultó su rostro entre las manos y volvió a sollozar. Quería a los Montcada como si fueran de su familia, pero no tanto como a sus hijos.

Don Ramón de Montcada, barón de Albalate de Cinca y Soses, tuvo que apoyarse en la mesa nada más comer porque notó que se mareaba. Estaba en el palacio que la familia tenía en Barcelona, y su esposa, doña Sibila de Cervera, dio la vuelta a la mesa para acudir a su lado.

—¿Qué os ocurre?

—De repente me duele la cabeza y me siento mal —musitó llevándose la mano al vientre.

La mujer miró a la doncella, que los observaba con cara de espanto.

—¡María! ¿Llevaba algo especial la comida?

—No, señora. Todo era normal.

—¿La habéis hecho probar?

—Sí, señora.

No estaba en la comida. Lo tenía el vino. Solo en la copa de él. Por eso doña Sibila no se sentía afectada.

—¡Un bacín! —pidió don Ramón—. ¡Traedme un bacín!

—¡Un bacín! —gritó María hacia fuera del comedor.

El hombre empezó a vomitar antes de que se lo trajeran.

—Me siento muy débil —se quejó.

—¡Un médico! —solicitó la dama.

María salió corriendo pidiendo a gritos un médico. No podía aguantar más en la sala. Llegó hasta las cuadras y ordenó a un

palafrenero que fuera a buscarlo. Y allí se derrumbó en la paja y se puso a llorar.

Cuando llegó la bacina, don Ramón, ayudado por un criado, defecó. Diarrea. Notaba convulsiones y cómo poco a poco iba perdiendo las fuerzas. Cayó al suelo.

—A la cama —ordenó doña Sibila—. Llevémoslo a la cama.

—Galbors —musitó el hombre—. Ha sido mi hermana Galbors.

Tumbado en el lecho, ya casi no podía respirar. La parálisis le subía por las piernas. En aquel momento llegó Benjamín Ben Omen, el mejor médico judío de Barcelona, y le tomó el pulso.

—Muy débil —dijo—. Apenas se nota. ¡Rápido, un vaso de agua!

Disolvió unos polvos de un frasquito que llevaba en su bolsa.

—Tomad, os hará vomitar.

Incorporaron al noble y entreabrió los labios. Olía a excrementos y tenía las pupilas dilatadas. Solo pudo dar un pequeño sorbo. La debilidad que le consumía hizo que sus pulmones se detuvieran. Entre convulsiones, se asfixió sin remedio. Se quedó con los ojos abiertos.

—Lo lamento mucho, señora —dijo el médico quitándose el gorro.

La dama se puso a gritar.

—¡¿Qué le ha pasado a mi marido?! ¡Estaba pleno de salud!

—Cicuta, señora —musitó Benjamín Ben Omen—. Ha sido cicuta.

46

—Tenemos noticias —les comunicó fray Berenguer—. Y son malas.

—¿Qué le ocurre a mi madre? —inquirió Artal, alarmado.

—Ya llegaremos a eso —repuso el maestre—. Las cosas no pueden ir peor en la encomienda de Ascó, a la que Vilalba pertenece. Los Entenza han hecho una cabalgada en Vinebre. Han asesinado a dos cristianos, a diez moriscos y a cinco sarracenas que defendían a sus familias. Y han secuestrado a cuarenta mujeres.

—Además, han arrasado el pueblo —añadió fray Pedro, el embajador—. La destrucción ha sido tal que habrá que abandonar el pueblo.

—Reconstruiremos Vinebre en un lugar más defendible —dijo el maestre.

—¿Y mi madre? —insistió, ansioso, Artal.

Fray Berenguer de Cardona hizo una pausa. Su expresión denotaba disgusto y aquello impacientó más al chico.

—Tu madre no está en Vilalba.

—¿Dónde, pues?

—Nadie lo sabe. Ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

Artal no salía de su asombro. Y de pronto sintió una terrible angustia.

—¿Cómo ha podido desaparecer? —preguntó inútilmente.

—Parece que, antes que eso, intentaron matarla —explicó el maestre—. Al menos es lo que tu hermana denuncia. No sabemos si ha huido o la secuestraron.

—Quizá la carta sea falsa, pero el peligro es real —dijo Roger.

—He confirmado con Ascó que la carta no se envió a través de ellos —puntualizó fray Berenguer—. Por lo que se refiere al Temple, ese documento no existe.

—¿Que no existe? —inquirió Artal—. Podéis verla con vuestros propios ojos. ¡Me la dio el gran maestre!

—Todas las noticias entre Vilalba y San Juan de Acre pasaban por el comendador de Ascó, y después por aquí. Esa carta tuvo que llegar a Tierra Santa de otra forma.

El joven sacudió la cabeza, desconcertado.

—¿Cuál?

—No lo sabemos —dijo el maestre—. Pero tengo más noticias, y lo lamento.

—¿Mis hermanos?

—No, no se trata de tus hermanos. Nuestro aliado, don Ramón de Montcada, quien, junto a dos de sus sobrinos, participó en el castigo a los Entenza, ha sido envenenado por ellos. Con cicuta.

—¿Y cómo sabéis que han sido ellos?

—Porque don Ramón estaba en Barcelona para proponernos otra acción de castigo contra su cuñado Berenguer y su hermana Galbors. Esa mujer es una experta envenenadora. Y hay otra novedad que te afecta directamente.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Nuestros espías nos han confirmado que los Entenza saben que estás aquí. Te quieren matar. Han puesto precio a tu

cabeza.

En la sala se hizo un silencio.

—No me importa si mi cabeza tiene precio o no —dijo Artal al rato—. He de ir a Vilalba, buscar a mi madre y ayudar a mis hermanos. Debo encontrar las pruebas de que el Entenza mató a mi padre. Y vengarle.

—¿No crees que eso es mucho para ti solo? —inquirió el maestre —. Te están esperando. Y cuando te encuentren, te matarán.

—Yo acompañaré a Artal —intervino Roger de Flor.

—¿Qué va a cambiar eso, fray Roger? —preguntó el embajador—. No tenéis poder para enfrentaros a los Entenza. En lugar de un muerto, tendremos dos.

—Averiguaremos qué le ha ocurrido a doña Eleonor —continuó el capitán—. E indagaremos las circunstancias de la muerte del padre de Artal. Seguramente las respuestas se hallan en Mora o en cualquier otra de las posesiones de los Entenza. Fray Pedro tiene razón, dejarnos ver por allí vistiendo nuestro hábito sería un suicidio. Por lo tanto, os pedimos que nos eximáis de llevarlo en ese viaje.

El maestre intercambió una mirada con el embajador y se quedó pensativo unos instantes.

—¿Vestir de seglar?, ¿fingir que sois otros? —inquirió fray Pedro —. ¡Es indigno de un templario!

—Artal puede hacerlo, pero vos habéis tomado los votos y eso os obliga —dijo el maestre.

—Tengo una solución para ello —repuso Roger.

—¿Cuál?

—Vestiremos hábitos franciscanos. Recorren los caminos en parejas pidiendo limosna. Los fieles los acogen en sus casas y

comparten rezos. Sus oraciones y las nuestras son las mismas, no nos distinguirán. Así podremos entrar en Mora y quién sabe si también en el mismísimo castillo de los Entenza.

Fray Berenguer volvió a mirar a fray Pedro y este afirmó con la cabeza.

—Sea —dijo después de un momento de reflexión—. No pecaréis por vestir el hábito franciscano, y protegerá la vida de nuestro joven vasallo.

—Estaremos en territorio enemigo. También os solicito permiso para vestir de seglar, solo como excepción, si nos vemos obligados.

Fray Pedro arrugó el cejo, pero no dijo nada. El maestre meditó en silencio.

—Sea —dijo al fin—. Pero solo como excepción.

Roger se inclinó acatando las palabras del maestre y a Artal le pareció que disimulaba una sonrisa.

—Convendría alertar a los comendadores de Tortosa, Miravet, Ascó y…

—Nada por escrito —dijo el maestre—. Transmitiré las órdenes por medio de un mensajero que las comunicará personal y confidencialmente a cada comendador.

—Sabia medida, maestre —le reconoció el capitán.

—Corréis otro peligro —añadió fray Berenguer.

—¿Cuál? —inquirió Artal.

—Tus ojos. Tienes los mismos ojos verdes que tu tío. Son comunes en los hombres de tu familia, pero no en el valle del Ebro. Y te están esperando.

—Tomaremos precauciones —afirmó fray Roger.

—Muchas deberéis tomar —insistió el maestre—. Rezaremos por

vosotros.

Tan pronto se alejaron lo suficiente del convento, Artal ya no pudo contenerse más.

—¿Así que nos disfrazaremos de franciscanos?

—No, ya te he dicho que yo seré trovador y tú, mi escudero y juglar.

—Pero el maestre…

—El maestre no lo va a saber, y nos ha autorizado a vestir de seglar.

—Solo en casos excepcionales —le recordó.

—Vivimos momentos excepcionales, novicio.

—Si se entera de que nos disfrazamos de juglares, montará en cólera. Es indigno del Temple.

—Ya discutimos eso antes. —El tono de fray Roger denotaba irritación—. ¿Para qué crees que te he llevado donde el trovador Salvatge? Ni el embajador ni el maestre saben lo que es el mundo. Ese es el problema del Temple. ¡Franciscanos! ¿Te crees que nos van a invitar al castillo de los Entenza si vamos de franciscanos? Quizá las damas recen con nosotros, nos den de cenar y nos permitan dormir en la cocina o en el establo. Eso será todo. Porque no creo que Berenguer de Entenza sea de los que rezan mucho. Sin embargo, todos dan la bienvenida a la música y las canciones. Además, ¡nos están esperando! Y como no podemos quitarte esos ojos verdes, será cuestión de ir de lo opuesto al Temple. ¡Suerte tendremos de salir vivos!

Artal agachó la cabeza afirmando. El capitán, de nuevo, tenía razón.

47

Doña Galbors poseía un gran palomar en la parte superior del castillo de Mora. Le proporcionaba huevos y pichones, aunque eso le era secundario. Tenía jaulas con palomas cautivas de otras localidades y compartimentos para las locales, que contenían los nidos. Esos estaban abiertos para que los pájaros entraran y salieran a su antojo. Un guardia armado, que conocía bien todas las aves, vigilaba el palomar día y noche.

—Señora, acaba de llegar una paloma de Barcelona —le anunció su doncella.

Doña Galbors se precipitó escaleras arriba hasta el palomar. Sabía exactamente en qué nido se encontraba y la cogió con sus propias manos. El guardia la liberó del anillo que llevaba en una de sus patas y desenrolló la nota. La dama soltó a la paloma. No temía perderla. Siempre volvería a su nido de Mora. Tomó el papel y leyó:

—«Ramón de Montcada muerto. ¿Su criada y sus hijos?».

Sonrió satisfecha y guardó la nota en un bolsillo de su gonela para quemarla más tarde en el hogar. Su doncella puso papel, pluma y tinta en una pequeña mesita y la dama se acomodó para escribir.

—«Mátalos. Y termina con el que viene de Acre».

Buscó una de las jaulas de Barcelona y señaló un palomo. El guardia lo cogió y se lo dio a la doncella para que lo sostuviera mientras él sujetaba bien el trozo de papel con las anillas al pájaro. Y se lo entregó a la dama, que lo cogió, cariñosa, con ambas manos.

Observó la pata donde iba el mensaje, afirmó con la cabeza, le dio un beso al plumaje y lanzó el palomo al aire. El animal aleteó, se elevó por encima del castillo y empezó a volar en círculos. Estaba orientándose. Al rato, sin la menor vacilación, se dirigió en línea recta hacia el este.

Doña Galbors amaba a las palomas. Antes de dos horas, sus órdenes se habrían recibido en Barcelona. Un mensajero a caballo precisaba de dos días. Y que lo asaltaran en el camino era mucho más probable que un palomo fuese atacado por aves rapaces.

Satisfecha, fue en busca de su marido. Le encontró en las caballerizas, acababa de llegar. Últimamente se demoraba demasiado en sus paseos a caballo. Sospechaba que iba a un lugar concreto, pero ni ella ni sus doncellas podían averiguar dónde. Berenguer de Entenza se rodeaba de hombres fieles que no sucumbían ni al dinero ni a la seducción de las mujeres.

—¡Claro! —murmuró disgustada al pensarlo—. ¡Esos cerdos van desahogados! ¡Se tiran a todo lo que encuentran en el campo! ¡Incluso a las cabras!

Pero compuso una sonrisa cariñosa para su esposo.

—¡Berenguer, tengo buenas noticias para vos!

El noble desmontó y se acercó a ella. Ni una sonrisa, ni una muestra de afecto.

—¿De qué se trata?

—Vayamos a un sitio tranquilo.

Le tomó de la mano y él se dejó llevar. Lo condujo a un lugar en las almenas donde los guardias estaban lo bastante distantes para no oírlos. El Ebro discurría a los pies de los muros.

—Ya no debemos preocuparnos —le soltó—. Mi hermano Ramón

no volverá a juntarse con los templarios para invadirnos como hizo hace dos años.

—¿No?

Esta vez su marido sonrió. Se le notaba expectante y complacido. Ella se entretuvo antes de continuar, gozaba de la intriga. Le gustaba tenerle así.

—¿Qué ha pasado? —inquirió él, impaciente.

—Me he enterado de que mi hermano Ramón ha muerto.

La observó a medida que su sonrisa se iba diluyendo.

—¿Veneno?

Ella afirmó con la cabeza.

—Y él, ¿se ha enterado?

—Creo que sí. Ha sido penoso, pero corto.

—Ya —murmuró pensativo—. ¿Y vuestros sobrinos, los otros Montcada?

—Los hijos de mi otro hermano no harán nada ahora que Ramón ha muerto.

—¿Y si persisten en aliarse con el Temple?

Doña Galbors frunció el cejo.

—Tendré que buscar solución —concluyó.

—Os quedaréis sin familia.

Volvía a sonreír. Ella encajó la pulla. Su marido podía ser, a veces, muy desagradable.

—No os preocupéis, hay muchos Montcada —dijo elevando la barbilla—. Nuestras hembras son buenas pariendo. Además, mi familia está aquí, con mis hijos. Y son Entenza.

Berenguer afirmó con la cabeza. Ambas cosas eran ciertas. Su esposa había cumplido de sobra en lo primero que se le exigía a una

dama casada. Parir hijos varones de su marido. Y no se detenía ante nada con tal de que saliera beneficiado su patrimonio. El que heredarían sus hijos. Y aunque le desagradaban algunas de las iniciativas que tomaba por su cuenta, siempre beneficiaban a la casa Entenza.

—Eso es innegable —admitió él, sonriéndole.

No quería irritarla. Aunque le costara aceptarlo, temía a su mujer. Cada vez que bebía o comía en el castillo, lo hacía con reparo. Y noticias como la que le acababa de dar no le tranquilizaban.

Ella le devolvió la sonrisa. Por enésima vez, él contó los dientes que le faltaban a ella. Galbors afirmaba que los había perdido de tanto parir hijos para él.

48

Los siguientes días, a excepción del domingo, Artal y el capitán acudieron puntualmente a la casa del carpintero, donde cambiaban sus hábitos por otras ropas y salían por la puerta trasera para reunirse en la tasca con el trovador. A la vuelta, repetían la operación a la inversa.

Sufrían al revivir la tragedia de San Juan de Acre y la muerte de sus hermanos. El chico no podía apartar de su mente el combate en que vio caer a su tío, ni su cabeza decapitada que catapultaron al interior de la ciudad. Aquellas imágenes le golpeaban de continuo, desenterrando recuerdos terribles. Pero cantando los hechos honraban a los fallecidos, y ese pensamiento les proporcionaba un extraño solaz. Las gentes sabrían de aquellos que al otro extremo del Mediterráneo murieron defendiendo su fe. Aquellas trovas eran como oraciones y se convertirían en las merecidas honras fúnebres de las que carecieron los muertos en Tierra Santa.

Con la ayuda del trovador, se esforzaban en componer tonadas pegadizas con la esperanza de hacerlas populares y que otros las cantaran, para que se perpetuara el recuerdo de los héroes. A veces Artal no podía contener un sollozo y se detenía en una nota. Procuraba que no se le notaran las lágrimas, aunque en ocasiones descubría los ojos del capitán también húmedos.

Salvatge comprendió pronto que sus aprendices eran protagonistas de los sucesos que cantaban. Respetaba su pena, se

unía a sus rezos y puso lo mejor de su saber en el logro de la tarea.

Después llegó el turno de las trovas amorosas. Aquí Artal no se libró de su tristeza, pues se imaginaba cantándoselas a Beatriz. El recuerdo de su mirada, sus sonrisas y sus caricias le asaltaba sin cesar. ¿Qué sería de ella y de Margarita? Soñaba con regresar a Famagusta y reconquistar su amor. La composición no fue difícil, puesto que adaptaron tonadas y textos ya existentes, aprendidos en Oriente.

Salvatge les había advertido que él no participaría en las tonadillas jocosas, pues eran propias de juglares. Y les presentó a un tal Hugget. El juglar tendría unos veinticuatro años, como fray Roger, y una sonrisa fácil que a Artal se le antojó descarada e irónica. Cuando le saludó, le preguntó qué tenía en la oreja, el chico contestó que nada y Hugget tiró de ella para sacar una moneda y mostrársela. Repitió la operación con la otra oreja y le dijo:

—No te las laves, que ahí tienes un tesoro.

El capitán estalló en risas mientras Artal, con una moneda en cada mano, trataba de buscarle una explicación. Hugget los citó en una casa de la calle del Vidre. Era una casucha que tenía un campo detrás que limitaba con la muralla, que la separaba de las Ramblas.

La melancolía desapareció porque el juglar bromeaba continuamente. Les enseñó las canciones más populares, cómo ganarse a la audiencia, juegos malabares y algún truco como el de las monedas. Artal mostró una extraordinaria facilidad para ellos. Practicaban en el campo trasero, donde apenas los veía nadie. En un par de días, el chico era capaz de mantener hasta siete bolas en el aire. Fray Roger apenas podía con cinco. Después Hugget pasó a mostrarles un juego semejante con antorchas encendidas.

—Esto impresiona al público —dijo.

Artal consiguió rotar hasta cinco por encima de su cabeza.

—¡Felicidades! —le dijo el juglar, admirado—. Esa es mi mejor marca. A ver si te atreves con las dagas.

Y sacó un juego de puñales, con filo solo en la punta, que se podían manejar al igual que las antorchas.

—No trabajes con más de cuatro —le advirtió—. Sé de un juglar que se mató con esto.

También le enseñó a lanzar los puñales sobre un blanco. Artal había practicado muchas veces con su propia daga y le bastó con encontrar el punto de equilibrio de los cuchillos malabares para acertar con precisión.

En una ocasión, cuando regresaban a la galera, se encontraron con tres hombres que les cortaban el paso. El que los capitaneaba tenía un parche en un ojo. Desenfundaron sus espadas y fueron hacia ellos. Artal se giró en busca de escapatoria, pero a sus espaldas, de una casa, salieron otros armados con lanzas.

—¡Hay cuatro detrás! —advirtió al capitán.

—¡De espaldas a la pared! —le ordenó fray Roger.

Se precipitaron contra un muro, al tiempo que desenfundaban espadas y dagas, y se situaron el uno al lado del otro.

Los atacantes empezaron a golpearles, pero se entorpecían entre ellos. Fray Roger y Artal se cubrían como podían, con la espada en la derecha y la daga en la izquierda.

—¡Las lanzas! —gritó el tuerto—. ¡Usad las lanzas!

Artal quiso rezar, pero la tensión se lo impedía. Poco podrían hacer contra las lanzas. ¡Iban a morir!

—¡A mí El Halcón! —gritó el capitán.

Sonó el resorte de una ballesta y uno de los asaltantes cayó con la garganta traspasada por una saeta. Un dardo hirió a otro en el brazo y profirió un alarido.

—¡Aquí El Halcón!

De pronto aparecieron cinco hombres que corrían hacia ellos. Artal pudo ver el desconcierto del tuerto.

—¡Vámonos! —dijo a la vez que salía huyendo.

Los demás le siguieron dejando un cadáver tendido en el suelo. Artal, espada y daga en mano, fue tras ellos. Alcanzó a uno que estaba herido y le golpeó con la espada en la espalda. El hombre cayó chillando. Se disponía a continuar la persecución, pero el capitán se lo impidió.

—¡Déjalos! —le ordenó.

El chico le miró interrogante.

—Sabemos dónde tienen su guarida. Hace días que nos siguen y mi gente los vigila. Esperaba esto de un momento a otro.

Artal se sorprendió, él no había notado nada. Le quedaba mucho por aprender.

—¿Y por qué no habéis actuado antes?

—Quería ver si se atrevían a atacarnos. Ahora tendrán su merecido.

Era una casa de campo situada a poco más de una legua de las murallas. Caía la tarde y treinta ballesteros la rodeaban.

—¡Salid si no queréis morir abrasados! —gritó Garfio.

Nadie respondió. El capitán hizo una seña y un par de soldados se adelantaron con unas grandes hondas. Sus compañeros los

cubrían con las ballestas. Y lanzaron fuego griego contra la casa. Al poco, las llamas se elevaban por las paredes y el techo. Y, uno tras otro, salieron cuatro hombres a los que maniataron. Luego confesaron que el tuerto había huido, y que bajo una tierra removida al lado de la casa yacían los cuerpos de una mujer y sus hijos. Un niño y una niña. Pero no sabían nada más. Las órdenes les llegaban del tuerto, al que llamaban el Lobo. La tortura no sirvió para obtener más información.

—Me temo que no podemos incriminar a los Entenza —se lamentó fray Roger.

—¿Y qué vais a hacer?

—Sin el cabecilla, no es posible identificar a quienes en el Temple informan a los Entenza. Les hemos propinado un golpe, pero se recuperarán.

—¿Qué le diréis al maestre?

—Nada. Mejor que no se entere. Regresemos a la galera.

La casa ardía como una tea. Fray Roger miró a los prisioneros, después a Garfio, y se pasó el pulgar por la garganta. Era una orden.

Se demoraron un par de días más para practicar su espectáculo. El trovador Salvatge acudió a la última sesión.

—Poned atención en el atuendo —les aconsejó—. Vos, fray Roger, debéis vestir como un caballero, sin lujos, pero digno. Un trovador exige respeto. El chico será vuestro escudero y puede ir de juglar. La apariencia es muy importante para la gente simple. Y la mayoría de los nobles y las damas rurales lo son. No saben apreciar la verdadera poesía, pero admiran y respetan a un hombre con buena planta.

Durante su estancia en la ciudad, fray Roger no había descuidado ni la supervisión de sus subordinados ni las visitas al maestre provincial, que les mostró un mapa.

—Si vais por tierra hay que cruzar Tivissa, que es posesión de los Entenza —les dijo—. Estarán esperándoos. Sus espías vigilarán Miravet, que es nuestro, y quizá también Tortosa, donde tenemos una encomienda. Si lo hacéis por mar y remontáis el río, ambas son parada obligada. En Vilalba, los Entenza tienen a cuatro personas que viven en el castillo, se supone que como criados, pero los impuso doña Galbors. Le hacen saber todo lo que allí sucede. Esa mujer es aún peor que su marido. Dirigió con éxito la defensa de Mora cuando los invadimos y sobrevivió a doce partos. Es terrible.

—Pero es el comendador de Ascó quien debe ponernos al corriente de lo que ocurre —dijo Artal.

—Cierto —asintió el maestre—. Se llega remontando el río, pero hay que pasar antes por Mora, donde los Entenza detendrán la barca. No os lo recomiendo.

—He hablado con varios capitanes en el puerto —dijo fray Roger, que había estado estudiando el mapa en silencio—. El Halcón nos llevará hasta el delta del Ebro. Nos dejará en Port Fangós y seguiremos río arriba. Lo suyo sería que hiciéramos parada en Miravet, para continuar por tierra y así llegar a Vilalba evitando Mora.

—Eso es lo que supondrán los Entenza —dijo el maestre—. Y también tienen espías en Miravet.

—Pues abandonaremos el río antes, donde no lo esperen. Desde allí seguiremos como franciscanos mendicantes la ruta a Vilalba y después a Ascó.

Artal observó al capitán. Mentía con toda naturalidad. A él se le notaría, le descubrirían. Y se dijo que era una habilidad que, aunque le repugnara, le convenía aprender. Solo así podría ayudar a su familia.

—Veré a Berenguer de Entenza en Zaragoza —dijo el maestre—. Como señores con dominios tanto en Cataluña como en Aragón, debemos jurarle fidelidad al nuevo rey en ambas cortes. Pero no llegaremos a ningún acuerdo. Se niega a hablarme.

Zarparon el 16 de septiembre. El rey ya había partido camino de Zaragoza para ser coronado como Jaime II de Aragón. La estricta rutina de navegación de la galera, que vivía al son de la campana, se restableció.

Artal vio desaparecer la ciudad tras Montjuic, y después los cañaverales del delta del Llobregat y una larguísima playa bordeada de frondosos bosques de pinos. Estaba ansioso por descubrir qué le había ocurrido a su madre. Rezaba por que continuara viva. Deseaba abrazarla, sentir aquel cariño añorado durante tantos años. Y también ansiaba ver a sus hermanos. No los recordaba. ¿Cómo serían?

Regresaba al hogar, pero uno extraño y peligroso. ¿Qué le esperaba en las Tierras del Ebro?

49

Al amanecer del tercer día divisaron largas playas con lagunas interiores, carrizos y la desembocadura de un gran río.

—No es más que uno de los tres brazos por los que el Ebro desagua en el mar. —le explicó el capitán a Artal—. Las naves pequeñas remontan el río por aquí hasta Tortosa.

—¿Y nosotros?

—El río baja mermado, pero la corriente es fuerte y sería muy peligroso para El Halcón, aun con un piloto local. Atracaremos al sur, en Port Fangós. Está en una bahía bien resguardada que conecta con el río por el tercero de sus brazos.

Artal se entristeció al despedirse de El Halcón. La galera le salvó de una muerte segura en San Juan de Acre y había convivido con su gente los casi dos meses transcurridos desde que salieron de Famagusta. ¡Parecían años!

Un grupo de galeotes, a las órdenes de Garfio, cargaron el reducido equipaje de Artal y del capitán y las mercancías que bajo la supervisión de fray Adriano transportarían hasta la encomienda de Tortosa en dos barcas. Al joven le sorprendió que aquellas pequeñas embarcaciones con vela latina tuvieran el mismo nombre que el instrumento de cuerda que él tocaba: laúd. Una escolta de una docena de ballesteros los acompañaba.

Remontaban la corriente del río, que en aquel lugar parecía un canal, gracias a la vela, cuando soplaba un viento de mar llamado

«garbí», y a unas largas pértigas que los barqueros apoyaban en el lecho del río. El terreno era llano, y en los largos tramos en los que un camino bordeaba el canal desembarcaban la mula que viajaba a bordo para que, atada a una soga y ayudada por varios barqueros, tirase de la nave. Al cabo de unas horas de discurrir lentamente entre marismas llenas de aves, campos, juncales, carrizos y cañaverales, llegaron al cauce principal del Ebro, que era anchísimo y que remontaron por los mismos medios. No fue hasta el atardecer, quince horas después de abandonar Port Fangós, que llegaron a Tortosa. Era una ciudad amurallada situada en la orilla izquierda, en cuyo interior se levantaba una fortaleza sobre una colina.

—Tortosa es una ciudad importante —dijo Roger—. Los templarios poseen una buena parte de ella, pero tienen rivales. El obispo, algunos nobles y los oficiales del rey están enfrentados a ellos. Da por seguro que el poder de los Entenza llega hasta aquí, y también sus espías. Vigilan todo lo concerniente a su mayor enemigo: el Temple.

Artal, ya vestido con el hábito franciscano, se despidió de fray Adriano con un fuerte abrazo. Seguramente no le vería más. Aquella relación que había empezado mal cuando huyó de San Juan de Acre terminaba con afecto allí, en el río. Y desembarcó, junto con Roger, antes de alcanzar la ciudad para evitar que los identificaran con el Temple. Cuando la nave llegó a su destino, ancló en el puerto situado bajo los muros de Tortosa. Los ballesteros se quedaron custodiando las mercancías y fray Adriano se dirigió al castillo del Temple. Este se alzaba en la parte sur de las antiguas murallas árabes. El fraile informó de su presencia al comendador, que estaba ya alertado, y pasó la noche en el convento-castillo. Al amanecer

regresó al puerto para realizar los trámites relativos a las mercancías. Durante la ausencia del capitán de El Halcón, él asumiría las funciones administrativas; Pietro las de mantenimiento y conservación de la nave, y Garfio comandaría la tropa.

Aquella noche, Roger y Artal durmieron entre las barcas y a la mañana siguiente, ya como franciscanos, buscaron otro laúd que los llevara río arriba, hacia el norte. El capitán, imbuido en su papel de fraile mendicante, pidió a los patrones que los transportaran por el amor a Dios, a la Virgen María y a la religión, pero tuvo escaso éxito. Al fin, tras soltar algunas monedas, logró pasaje en uno de los laúdes. Estaba tripulado por un patrón con cuatro barqueros y transportaba una mula y mercancías.

Navegaron lentamente, remontando un Ebro que discurría sin turbulencias, ancho y tranquilo. Atravesaba tierras llanas de cuidados campos de regadío y se curvaba en amplios meandros. Los álamos blancos y los cañaverales crecían en sus orillas, y en las islas que se formaban en el centro del río, así como en sus márgenes, se veían algarrobos, plantaciones de árboles frutales y más allá, en las colinas, olivos, almendros, encinas y pinos. El sol de mediados de septiembre aún era fuerte y el patrón y los pasajeros se protegían bajo un toldo. Artal observó que las campesinas se cubrían con pañuelos que les caían hasta la mitad de la espalda y los hombres hacían lo propio con otros más pequeños que se anudaban en la cabeza.

—Me recuerdan a Tierra Santa —le comentó al patrón.

Este cloqueó en algo parecido a una risa.

—¡Como que son musulmanes!

—¿Musulmanes? No se parecen mucho a los que yo conocí.

—Están aquí desde antes de que Ramón Berenguer IV conquistara estas tierras —le explicó—. Son buenos agricultores y artesanos. Hay muchos en las orillas del río.

—¿Alguno de vuestros marinos es sarraceno? —quiso saber el joven.

—No nos mezclamos con los moriscos —respondió cortante—. Tampoco nos casamos con ellos.

Aquel fluido discurrir, con el calor y la humedad, invitaba a la modorra. Artal se sumió en su añoranza de Beatriz y, a media mañana, se quedó dormido.

—¡Despierta! —le dijo Roger dándole con la punta del pie—. ¡Los rezos de la hora sexta!

Al caer la tarde, el laúd atracó en una de las islas del río y lo ataron con sogas a unos árboles. A pesar de la relativa seguridad del lugar, el patrón estableció guardias entre sus hombres durante la noche.

Cuando al amanecer reanudaron el viaje, el paisaje cambió. Vieron menos campos y más montes, entre los que el río se encajonaba a veces.

—Hemos llegado a Benifallet, vuestro destino —les anunció el barquero señalando una población que se alzaba a su derecha.

—Dejadnos en la orilla opuesta —le pidió Roger.

—¿En la otra orilla? —preguntó el barquero, extrañado—. ¿Vais quizá a Gandesa?

—Vamos adonde Dios, con su misericordia, nos quiera llevar —repuso el capitán—. A rezar con las gentes para auxiliar su alma y a suplicar su caridad. ¿Nos podríais dar un poco de pan y queso para

el camino?

El barquero gruñó y los dejó en una pequeña playa en cuyo borde crecían unos chopos. No había nadie allí.

—Lleváis mucho equipaje para ser franciscanos —se lamentó uno de los peones que les ayudó a descargar y se enfangó los pies en la orilla.

—Cierto —convino el barquero—. Nunca he visto a unos franciscanos cargando con tanto.

—No es nuestro —les aseguró Roger, hundiendo sus sandalias en el barro—. Si Dios quiere, pronto se lo entregaremos a sus propietarios. Entonces iremos ligeros como las golondrinas.

Mientras el laúd cruzaba al otro lado del río, se quedaron en la orilla despidiendo a los tripulantes con la mano.

—¿Se lo habrá creído? —inquirió Artal.

—No parecía muy convencido —respondió Roger—. Espero que no hable demasiado de los dos extraños franciscanos que transportó. Y que se nos dé mejor como trovadores.

—Como que nos va la vida en ello —murmuró el chico.

50

Una vez la barca alcanzó la orilla opuesta, se ocultaron en un cañaveral. Allí desataron los fardos, cambiaron sus ropas y escondieron los hábitos. Nada en ellos ni en sus pertenencias, si alguien las revolvía o robaba, los relacionaría con el Temple. Se habían convertido en el caballero Roger de Brindisi, trovador italiano, que vestía un jubón verde, y en Ramón de Montpellier, su escudero y juglar, que lucía otro rojo. El capitán no necesitaba fingir acento alguno, pero Artal debía imitar el deje occitano. Le sería fácil, era frecuente en San Juan de Acre.

Roger dio un silbido y, después de repetirlo, oyeron otro en respuesta. Al poco se encontraron a un hombre que aguardaba con un caballo y un mulo, del señor de Benifallet, la población de la otra orilla, que también era vasallo del Temple. Las monturas cargaban un escudo y unas alforjas con odres de agua, comida, una cota de malla, un yelmo y un par de espadas y dos dagas. El hombre les indicó la ruta a seguir.

—Démonos prisa —dijo Roger—. Quiero llegar a Corbera antes del mediodía.

Cruzaron sin detenerse El Pinell, donde un pequeño castillo, vasallo del Temple, rodeado de algunas casas, se alzaba sobre una colina. Y se internaron en los montes para evitar Gandesa, una población que también pertenecía a la Orden.

Al rato divisaron otro castillo en una loma, en cuya ladera se

extendía una población.

—Tiene que ser Corbera —informó el capitán—. Otros vasallos del Temple.

—Está a apenas dos horas de mi casa —dijo Artal—. Por fuerza sabrán lo que ocurre en ella.

—Comienza la actuación —anunció Roger—. A ver cómo se nos da.

Tiró del laúd que llevaba colgado junto a su equipaje y, sin frenar el paso de su caballo, entonó una cancioncilla. Artal le imitó, uniéndose a ella.

Los campesinos que trabajaban las tierras, sorprendidos, se acercaron para verlos mejor. Sin dejar de cantar, Roger los invitó con una sonrisa y un gesto a que los siguieran. Cruzaron el cauce de un río seco y, después de remontar la cuesta, entraron en las primeras casas escoltados por un alegre grupo. A él se unieron de inmediato los chiquillos, un buen número de curiosos y varios perros ladrando.

—La música y la promesa de diversión abren muchas puertas —dijo el capitán, y levantó el laúd por encima de su cabeza para que todos lo vieran—. ¡Han llegado los juglares!

La gente correspondió con un aplauso y gritos de bienvenida.

—Deben de estar muy aburridos —comentó Artal, sonriente.

—¿Y lo dices tú, que te has pasado la vida en un convento?

El joven no respondió y, sin bajar del mulo, sacó las bolas de la alforja y las lanzó al aire. Más aplausos y aclamaciones. Todo el pueblo los rodeaba.

—Llevadnos ante el señor de Corbera —dijo Roger a un par soldados que vio entre la multitud.

Les rogaron que esperaran y subieron corriendo al castillo. Al

poco retornaron para pedirles que los siguieran. Cruzaron el foso, que separaba la fortificación de las casas, por un puente levadizo, los criados se hicieron cargo de sus monturas y tuvieron que dejar sus armas en el patio. A continuación, los acompañaron a la sala noble, situada en el primer piso, donde estaban los señores.

El capitán de El Halcón se presentó diciendo ser caballero y trovador y que Artal era su juglar y escudero.

—¿A qué debemos vuestra visita? —inquirió Hug de Corbera cuando terminaron—. Esta no es una ruta frecuentada por trovadores.

—Venimos de Tierra Santa —explicó Roger—. Y traemos malas noticias. San Juan de Acre cayó en manos sarracenas. La matanza fue terrible.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el señor de Corbera.

—Fray Ramón de Vilalba, caballero del Temple, murió defendiendo la ciudad.

La señora y dos damas que estaban a su lado soltaron un lamento.

—Dios le tendrá en su gloria, como mártir —dijo el hombre—. Con él estaba su sobrino Artal. ¿Sabéis algo de él?

—No, lo siento, señor. Pero casi toda la gente del Temple murió allí.

—¡Qué pena de chiquillo! —murmuró la señora de la casa.

—Ramón era mi amigo e hice el voto de componer unos cantos en su honor y cruzar el Mediterráneo para que sus vecinos supierais de su valor —afirmó Roger.

—La noticia nos conmueve —repuso el señor de Corbera—. El chico era pequeño cuando se fue. Pero Ramón era un amigo bien

querido. Nos visitaba con frecuencia. Era trovador, como vos. Le acompañaba su fiel juglar Ecart. Traían el canto, el humor y la alegría a esta casa —añadió mirando severo a su esposa—. Y hacían suspirar a las damas.

—Honraremos su memoria con nuestro canto —insistió Roger.

—Cuidado con los Entenza si actuáis en Mora o en alguno de sus feudos.

—¿Por qué?

—Es una vieja historia. Ramón se hizo fraile a raíz de un conflicto con Berenguer de Entenza. Hubo muertos. Y para no comprometer a su familia, solicitó la protección del Temple según las leyes de paz y tregua de Dios.

Artal rabiaba por preguntar, pero su condición de escudero no se lo permitía y se mordió la lengua a la espera de que lo hiciera Roger.

—¿Cuál fue el motivo de esa disputa?

—Nunca lo supimos. Pero sospecho que tuvo que ver con alguna dama.

—¿Se puede decir que ese incidente inició una guerra?

El señor de Corbera se quedó pensativo mientras Artal contenía el aliento.

—El Entenza es un matón de la peor especie —afirmó al rato—. Le guardaba rencor al Temple por su intervención en esa disputa. Y en venganza, con la excusa de un desacuerdo sobre impuestos relacionados con el tráfico fluvial y el transbordo entre las orillas del Ebro, atacó las posesiones de la Orden y de sus vasallos. Llevamos demasiados años sufriendo las incursiones de los suyos, que roban, asesinan, violan y secuestran. Y no solo eso, también queman campos y talan árboles frutales. Sí. Se puede decir que Ramón de

Vilalba, que el Señor lo tenga en su gloria, inició una guerra que ha dejado muchos muertos y mucha ruina. Y lo peor es que no sabemos cuándo acabará.

51

Después de su tajante afirmación, Hug de Corbera invitó a Roger a su mesa junto a su esposa y las damas que la acompañaban. Eran la tía viuda de la señora y la esposa del hijo de los Corbera, que se encontraba de cacería.

—Me preocupa la familia de mi amigo —dijo Roger al final de la comida—. Sé que su hermano, el señor de Vilalba, murió.

—¿No os dijo Ramón que a su hermano le asesinó el Entenza? —saltó la esposa.

—Sé que su cuerpo apareció apuñalado, pero ¿cómo podéis saber que fue él?

—Tenía motivos para matarle —dijo el señor de Corbera.

—¿Cuáles?

—Tras permanecer casi diez años en Tierra Santa, Ramón de Vilalba regresó con la misión de obtener donaciones para el Temple. Quizá creyera que el pasado estaba olvidado, aunque, precavido, fue a visitar a su familia con toda discreción. Pero Berenguer de Entenza se enteró. Y salió en su busca, para matarle, junto a sus caballeros. Entonces el hermano mayor se enfrentó al Entenza para proteger al menor. Estaba harto de sus abusos. Discutieron, se insultaron y Bertrán retó al Entenza a un duelo a muerte. Se trataba de un juicio de Dios.

—¿Y qué pasó?

—Bertrán era un caballero que había mostrado valor y pericia en

la guerra de Murcia. Si el Entenza se atrevía con él era gracias a la superioridad de sus tropas. Estoy seguro de que temía al Vilalba, pero tuvo que aceptar el desafío para salvar su honor. Sin embargo, ese juicio de Dios nunca tuvo lugar. El cuerpo de Bertrán de Vilalba apareció antes, asesinado y destrozado por las alimañas.

Cuando terminaron de comer, el noble anunció que era la hora de la siesta y que continuarían la charla después.

En la cocina, lugar que le correspondía a Artal como escudero, los jóvenes estaban demasiado interesados en los relatos del falso juglar como para sestear. Ramón de Montpellier, forzando el acento occitano, les relató varias acciones bélicas; entre ellas, la trágica muerte de su amigo Andrew. Describió con todo detalle el impacto del fuego griego, cómo las llamas surgían de los orificios del yelmo y la terrible agonía. Aquello causó una profunda impresión, incluso lágrimas. Varios preguntaron por el sobrino de Ramón, pues decían que lo conocieron de niño. Artal respondió tal como antes hiciera Roger, que era casi seguro que estuviera también muerto.

—Yo diría que tenéis un parecido —comentó suspicaz uno de los escuderos.

—Sí que lo teníamos —repuso Artal, tranquilo—. Por eso nos hicimos tan amigos. Nos preguntaban si éramos hermanos. Pero después de que los sarracenos penetraran en la ciudad no supe más de él.

Para su alivio, dieron por buena la explicación y nadie insistió en ello. Los muchachos le escuchaban fascinados. Toda la guerra que ellos conocían eran las incursiones de los Entenza, en las que procuraban defenderse y salvar lo posible de su rapiña. Cuando Artal

consideró a su audiencia lo bastante admirada, quiso saber sobre Vilalba.

—He oído que en la casa de mi amigo suceden cosas extrañas —dijo—. ¿Qué ocurre en ese lugar?

Vio que sus interlocutores se miraban entre ellos sin decidirse a hablar. Al fin lo hizo uno de los escuderos.

—Nada bueno ocurre —dijo—. Los Entenza no los atacan como hacen con otros lugares del Temple porque el padre de Artal, de forma incomprensible, se hizo también feudatario de los Entenza. Pero entran y se llevan lo que quieren. Incluso han impuesto a criados de su confianza en el castillo de Vilalba.

—Se dice que abusan de las señoras y las criadas de la casa —dijo otro bajando la voz.

—¿Quéééé? —Artal tuvo que hacer un esfuerzo para no incorporarse de un salto.

—Lo que oyes —afirmó—. Desde la muerte de don Bertrán de Vilalba, hacen lo que quieren con bienes y personas del lugar.

—¿Cómo podéis saber eso?

—La gente habla, y somos vecinos —respondió otro.

—¿Y doña Eleonor? —preguntó con el corazón en un puño.

—Estuvo muy enferma hace un tiempo —dijo otro—. Pero no se ha sabido más de ella.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no se la ha vuelto a ver —respondió el primer escudero—. Creemos que ha muerto, pero que Esclaramonda, la hija, lo oculta para que no se enteren de que está sola. Tiene solo catorce años y Vilalba es una propiedad importante.

—Pero alguien tendrá que la ayude —objetó Artal.

—Creo que confía en el mayordomo. Era un hombre fiel a su padre.

—¿Y el hermano mayor?

—Nadie sabe nada de él. Es un rehén de los Entenza, lo tienen en Mora.

—No parece que la familia de mi amigo esté en una buena situación —se lamentó Artal.

—Con certeza, la única que está viva es su hermana, Esclaramonda —concluyó el escudero—. Aunque nadie puede asegurar por cuánto tiempo.

Hug de Corbera le pidió a Roger que se quedaran a pasar la noche. Aprovechando que hacía buen tiempo y que el día aún era largo, quería invitar al castillo a sus siervos para que gozaran de la actuación del trovador y su juglar. Roger aceptó y la representación fue un éxito. Los cantares sobre la caída de San Juan de Acre, y en particular los versos dedicados a la muerte de Ramón, conmovieron a aquellas gentes hasta el llanto.

Después vinieron los cantos amorosos para seguir con los juegos malabares de bolas, antorchas y dagas, que levantaron exclamaciones admiradas. Terminaron con cancioncillas populares, jocosas, y algunas pícaras, que el público acompañó con palmas y cantando.

—Nos haréis un gran honor si nos visitáis de nuevo —le dijo a Roger el señor de Corbera cuando se despidieron al día siguiente, al tiempo que le entregaba una bolsa con unos dineros jaqueses de plata.

52

El capitán y Artal contrastaron la información que habían obtenido en el castillo mientras iban por un camino bordeado de jóvenes almendros, árboles talados, viñas, encinas y pinos.

—¡Voy a matar a ese hijo de perra! —exclamó Artal cuando llegó a los abusos que sufrían su madre y su hermana.

La rabia apenas le permitió conciliar el sueño durante la noche.

—¿A eso hemos venido desde Tierra Santa? —inquirió Roger—. ¿A matar a un noble miserable que, como tantos otros, abusa de sus vasallos?

—¡Sí!

—¡No!

—¡Pues le voy a matar! Le abriré la panza y le sacaré las tripas. Le daré la muerte más dolorosa posible.

—No hemos venido a eso, sino a poner a salvo a tu hermana. Y a tu madre y a tu hermano, si aún viven —repuso el capitán, tranquilo —. Y no queremos perecer en el intento. Lo de matar ya se verá.

—Salvarlos pasa por matar primero a ese bastardo.

—Eso ya lo veremos.

—¡Le mataré!

—Tú harás lo que yo te diga, novicio.

—¿Y si no qué?

—Regresaré a mi galera y te dejaré aquí para que te suicides y condenes a tu familia. ¡Estúpido!

Artal le miró ceñudo y después se concentró en el camino, sin decir nada.

—¡Me obedecerás! —insistió Roger.

El joven no respondió, pero al rato murmuró entre dientes:

—Sí, capitán.

—Cuando nos pregunten sobre ti en Vilalba, diremos que no sabemos nada, pero que a tu tío le mataron los sarracenos. Observaremos lo que ocurre allí. Y tú te contendrás y actuarás como un sonriente juglar que busca unas monedas de premio.

—Sí, capitán.

—Esta situación me recuerda a cuando Ulises regresa a su hogar disfrazado de mendigo —dijo al rato Roger, que parecía gozar de la aventura.

—¡Otra vez con eso! —repuso, malhumorado, Artal—. No estoy para cuentos griegos, capitán.

Al poco, desde lo alto de un monte, divisaron Vilalba. El corazón de Artal batía acelerado. ¡Aquel era su hogar! Si es que tenía alguno. Las casas se agrupaban contra una elevación en la que destacaban tres torres de defensa, una iglesia, un caserón y unos edificios fortificados que rodeaban un patio. Era generoso referirse a aquello como un castillo. Los ojos de Artal se llenaron de lágrimas, lo que veía le era familiar.

Roger azuzó su montura y se puso en camino, seguido del joven. El pueblecito estaba rodeado de dorados campos de cereal ya segado, verdes viñedos, olivos y almendros.

—Aquí los frutales son viejos —observó Artal—. No hay árboles talados.

Se cruzaron con un rebaño de ovejas y, poco antes de llegar a las

primeras casas, descolgaron sus laúdes y empezaron a cantar.

Se toparon con una empalizada de madera y vieron una torre de piedra, de lo que sería la futura muralla, a medio construir. Los niños salieron corriendo a verlos y las mujeres asomaron por las ventanas, pero no se formó el alegre cortejo de Corbera.

—Están recelosos —murmuró Roger—. Vayamos al castillo.

El edificio no tenía foso defensivo, el portón estaba cerrado y un par de hombres armados con ballestas aparecieron en las torres. Los habían visto llegar y los esperaban.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó con suspicacia el que parecía mandar, un joven apenas mayor que Artal.

—Somos trovadores y cantamos las gestas de nuestros héroes en Tierra Santa. Queremos presentar nuestros respetos al señor del castillo.

La expresión del muchacho cambió a sorpresa.

—Esperad ahí —dijo.

Al poco se abrió el portón y el mismo joven, que vestía cota de malla y casco, los hizo pasar. Un criado se encargó de las monturas y esperaron de pie. De repente a Artal le asaltaron los recuerdos. Reconoció el portón de la entrada, con sus refuerzos de hierro, y también el patio, el pozo y el abrevadero para las bestias. Solo que ahora todo era más pequeño y mísero. El chico les pidió que dejaran las armas junto al equipaje y que subieran al primer piso solo con sus laúdes. Él también le resultaba familiar.

Emocionado, Artal identificó la sala con tres arcos semicirculares de piedra, largas vigas y techo de madera. Allí hacía vida la familia. Las imágenes de un paraíso perdido, de padre, madre y hermanos, le golpearon. Dos ventanales se abrían al patio. Y entre ellos, en una

silla elevada, se sentaba muy erguida una muchacha. El corazón de Artal dio un vuelco al verla. ¡Tenía que ser su hermana!

—Estos son los juglares, señora —dijo el chico con una inclinación.

—Gracias —respondió ella con voz firme.

Su gonela dorada, ajustada en la cintura, resaltaba su pecho y dejaba ver sus zapatos. El vestido tenía medias mangas de tela negra que le llegaban hasta la muñeca y un escote triangular, ribeteado del mismo color, que apenas dejaba ver su garganta. Un hermoso cabello castaño claro caía sobre su espalda indicando su condición de doncella. Artal observó sus ojos. ¡Eran de color miel! ¡Como los de su madre! ¡Había tratado de recordarlos tantos años sin conseguirlo! Su corazón volvió a acelerarse. ¡Era su hermana! La familia la llamaba Clara. Sintió un nudo en la garganta de emoción. No reconocía en ella a la niña de seis años de la que se despidió hacía ocho. Pero lo era, estaba seguro.

—Doña Esclaramonda, señora de Vilalba.

El hombre que la anunció superaba los cuarenta. Debía de ser Romeu, el fiel mayordomo de su padre. Su mano derecha en la administración y el orden del señorío.

—¡Presentaos! —les requirió.

—Mi nombre es Roger de Brindisi, caballero y trovador. —El capitán hizo una reverencia—. Me acompaña Ramón de Montpellier, escudero y juglar. Y cantamos sobre la cruzada.

Artal hizo otra reverencia y vio que su hermana fruncía ligeramente el cejo mientras los observaba, y cómo su mirada se detenía en él unos instantes.

—¿Cantáis sobre la cruzada? —dijo dirigiéndose a Roger.

—Así es, señora.

—¿Venís de Tierra Santa?

—De allí venimos.

—Mi tío, Ramón de Vilalba, y mi hermano Artal se encuentran allí con el Temple. —Se inclinó hacia delante, su voz denotaba ansiedad y esperanza—. ¿Sabéis algo de ellos?

Roger frunció los labios y se quedó cabizbajo mirando al suelo, sin responder.

—¡Por el amor de Dios, hablad! —exclamó ella, ante el silencio del capitán.

Él compuso un gesto de dolor, pero mantuvo la mirada perdida en las baldosas.

—Traéis malas noticias, ¿verdad? —Estaba a punto de llorar.

Se lo confirmó asintiendo con la cabeza.

—Decidme, os lo suplico, ¿es mi hermano? Estaba en San Juan de Acre. ¿Ha muerto?

—San Juan de Acre cayó en poder de los sarracenos el 19 de mayo. Vuestro tío murió defendiendo la ciudad. Nada he oído sobre vuestro hermano.

—¡Era el escudero de mi tío! —chilló ella.

—Quizá pudo salvarse. Muchos lograron embarcarse hacia Chipre.

Clara se cubrió el rostro con las manos y sollozó. Artal tenía el corazón en un puño. Le provocaba una gran ternura. Deseaba identificarse, ardía en deseos de abrazarla y decirle que estaba allí para protegerla. Pero una mirada de advertencia de Roger le hizo contenerse. Ella tardó en recuperarse y poder hablar. Cuando se descubrió, sus ojos estaban enrojecidos.

—¿Hay algo más que podáis añadir sobre el paradero de mi hermano? —dijo al fin.

—No, y lo lamento, señora.

—Pues id con la paz de Dios. Esta casa está de luto y no es tiempo de trovadores y juglares. —Y dirigiéndose al mayordomo, añadió—: Colgad paños negros en las ventanas.

—Traemos unos poemas escritos en honor de Ramón de Vilalba y de los demás héroes de San Juan de Acre —dijo Roger—. Aun estando de luto, debéis escucharlos. Es el mejor tributo que le podéis rendir a vuestro tío.

Clara miró indecisa al mayordomo y este afirmó con la cabeza.

—Bien, los escucharemos —dijo con voz desfallecida—. Aunque ahora no me siento con fuerzas.

Un soldado entró en la estancia y le susurró algo al joven de la armadura.

—¿Y vuestra madre? —inquirió Roger—. Doña Eleonor es la señora de Vilalba, ¿no es cierto? ¿Podemos verla?

—¡No! No podéis verla.

Fue entonces cuando el joven armado se le acercó y le dijo algo al oído.

—¡Los Entenza! —exclamó ella sin importarle que la oyeran—. ¿Cuántos vienen?

—Seis, y Berengueró es uno de ellos.

Clara palideció. Tenía miedo. Artal miró alarmado a Roger. El capitán pensaba lo mismo. Berengueró era el segundo de los hijos varones, más violento aún que su hermano mayor, incluso que su padre. Su nombre era también Berenguer, pero le llamaban Berengueró para distinguirlos.

Fuera ya se oían los cascos de los caballos al trote y voces. Clara se irguió todo lo que pudo en su asiento tratando de mostrarse lo más digna posible.

—¡He cambiado de opinión! —dijo enérgica—. ¡Deseo escuchar vuestros poemas en honor a mi tío! ¡Ahora!

En aquel momento sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Abrid a Berengueró de Entenza!

53

Berengueró y sus secuaces irrumpieron en la sala cuando Roger y Artal ya habían empezado a cantar la gesta de San Juan de Acre.

—¿He oído algo sobre Ramón de Vilalba? —los interrumpió, sin saludar siquiera.

Era un hombre corpulento, unos años mayor que Roger, de cejas gruesas y pelo y barba castaños. Cinco hombres se situaron a su espalda. Dos caballeros y tres escuderos. Parecían acostumbrados a presentarse con las espadas y las dagas al cinto, sin los más mínimos modales. Artal observó que no vestían cota de malla ni portaban casco. No esperaban encontrar resistencia. Roger dejó de cantar y se quedó en silencio mirando al recién llegado. Artal hizo lo mismo.

—¡Responded! —dijo Berengueró, y apoyó la mano en el puño de su espada a modo de amenaza.

—La señora de la casa me ha invitado a cantar —dijo el capitán en tono pausado—. Ella es mi anfitriona y a ella debo responder, no a vos.

La actitud digna de Roger complació a Artal, que lamentaba estar desarmado.

El Entenza se le quedó mirando como si no diera crédito a lo que acababa de oír.

—¿De dónde has salido tú, con tu ridículo acento de mierda?

Roger le mantuvo la mirada desafiante, sin responder.

—La señora de la casa es mi vasalla —prosiguió, irritado, Berengueró—. Me debe obediencia. Por lo tanto, el señor aquí soy yo.

—Eso lo tiene que decir ella.

—Podéis responder a don Berengueró, caballero —intervino Esclaramunda, con ánimo pacificador.

—¿Caballero? —cuestionó el Entenza.

—Caballero Roger de Brindisi —especificó el capitán.

—Eso está lejos. ¿Cómo sé que sois caballero y que no lo fingís?

Roger sonrió mostrando los dientes.

—Mi espada está con mi equipaje. Con ella os demostraré lo que os plazca.

Berengueró le miró asombrado. Artal vio que entreabría la boca. No estaba habituado a que le replicaran. Clara observaba la escena con los ojos muy abiertos y un asomo de sonrisa apareció en sus labios.

—¡Arrogante bastardo! —masculló entre dientes Berengueró.

Los hombres, a su espalda, buscaron casi al unísono la empuñadura de sus espadas. Artal vio que el chico vestido con cota de malla y casco los imitaba y se situaba junto a Clara para protegerla. De repente un nombre cruzó su mente y su corazón dio un brinco. ¡Ferran! Con él jugaba con su espada de madera. ¡Era su amigo de la infancia! Pero su atención regresó de inmediato a lo que estaba ocurriendo. Roger miraba impávido al bravucón y, como respuesta, hizo sonar una nota aguda en su laúd. Berengueró le observó unos instantes, ceñudo, como decidiendo qué hacer, y a continuación se puso a reír a carcajadas. Sus hombres se relajaron y alguno esbozó una sonrisa.

—¡Sois un maldito arrogante, pero me gustáis! —dijo acercándose a Roger y tendiéndole la mano—. Admito vuestra caballería.

Roger la estrechó y repuso:

—Y yo la vuestra.

Berengueró volvió a reír como si aquello fuera un chiste de lo más gracioso. Acto seguido, presentó a los caballeros que le acompañaban como Bernat de Carbons, un tipo rubicundo, pecoso y larguirucho, y Guillem de Verguentis, muy moreno y macizo.

—Y ahora decidme, caballero, con la venia de la señora de la casa —dijo en tono burlón—, ¿he oído bien al entrar? ¿Cantabais a Ramón de Vilalba? ¡Oigámoslo!

Roger interrogó a Clara con la mirada y ella afirmó con la cabeza y una sonrisa.

Empezaron a recitar de nuevo el poema y, cuando terminaron, Berengueró exclamó:

—¡Ramón de Vilalba, muerto y decapitado!

—Así es —dijo Roger—. El poema relata hechos verídicos.

—¡Pues hay que celebrarlo! —Y dirigiéndose al mayordomo, exclamó—: ¡Asad un cordero, traed el mejor vino!

—No necesitáis la muerte de mi tío como excusa —dijo Clara—. Hubierais saqueado mi casa igualmente, como cada vez que venís.

—Siempre os quejáis. Es mi derecho como señor. Y dad gracias de que aún conservéis una casa para que yo venga a expoliarla.

—Estamos de luto. Os suplico que vos y vuestros acompañantes regreséis a Mora. Ahora mismo.

Berengueró dio dos pasos hacia ella, amenazante. Artal vio que Ferran se situaba entre ambos buscando la empuñadura de su

espada. El Entenza dio una zancada y le empujó. Su espalda fue a chocar contra el muro.

—¿Queréis que este estúpido muera por vuestra culpa? —tronó Berengueró—. ¡No aprende, siempre se interpone!

Clara, temerosa, se apresuró a negar con la cabeza.

—Decidle a vuestro mayordomo que obedezca y que las criadas pongan la mesa.

Ella cruzó una mirada con Romeu, asintió y este salió de la estancia.

—Concedednos la merced de cantarnos algo, caballero trovador —pidió el Entenza en tono burlón.

Roger buscó de nuevo la aprobación de la muchacha y entonó una canción popular a la que se unió Artal.

Los sirvientes montaron dos mesas, una para su señora y los caballeros y otra para los escuderos, con manteles, platos y copas. Después trajeron jarras de vino y panes. Berengueró se sirvió vino, para escupirlo de inmediato.

—¡Decidle al estúpido de vuestro mayordomo que traiga el vino bueno o le corto una mano! —gritó.

—Apenas queda —le disculpó Clara.

—Pues nos beberemos el que hay. Y el resto nos lo llevaremos mañana a Mora.

Ella hizo un gesto de disgusto y resignación. Trajeron otro vino y al rato aparecieron unas humeantes fuentes de cordero asado.

—Uníos a nosotros, señor de Brindisi —le dijo el Entenza a Roger.

Luego le indicó a Clara con un gesto que se sentara a la mesa. Cuando iba a hacerlo, el de Carbons, sonriente, le sobó la nalga con sus largos dedos. Berengueró estalló en carcajadas. Ella trató de

abofetear al agresor, pero este, que la esperaba, le sujetó las manos y se acercó riendo hasta tocar con sus genitales el cuerpo de ella.

—¡Miserable! —exclamó tratando de soltarse.

Artal ya iba hacia ellos cuando una severa mirada y un gesto enérgico de Roger le hicieron detenerse. Fue Ferran quien se lanzó contra Bernat de Carbons y de un porrazo logró que la soltara. De inmediato, los tres escuderos cayeron sobre él y empezaron a golpearle con puños y pies.

—¡Dejadle, por el amor de Dios! —suplicaba ella.

El Entenza consintió que le propinaran varios golpes más antes de ordenarles que pararan. El joven quedó inerte en el suelo, cubierto de sangre. Clara trató de auxiliarle, pero el de Carbons se lo impidió. Fue Romeu, el mayordomo, quien acudió a atenderle con un par de criadas y lo sacaron del salón.

—¡Que limpien la sangre! —dijo el Entenza—. Vamos a alegrar la comida. Señor de Brindisi —dijo con la misma guasa de antes—, ¿nos concederíais la merced de pedirle a vuestro juglar que nos cante mientras comemos? ¿Hace también malabares?

Roger consintió, no sin antes solicitar con otra mirada la venia de Esclaramonda.

—Si el señor de Carbons continúa sirviéndome bien —le explicó Berengueró a Roger mientras cortaba un pedazo de cordero con su daga y después se lo comía con las manos—, le casaré con esta muchacha y quizá, algún día, él sea el señor de Vilalba.

Mientras tanto, Artal, que había recogido sus utensilios de juglaría del equipaje, hacía malabares con las antorchas, no perdía detalle de la conversación.

—Por lo que me han contado de camino —dijo Roger a la vez que

mojaba un pedazo de pan en la salsa—, el heredero es el hermano mayor y a este le sigue otro hermano. Doña Esclaramunda sería la tercera en heredar. —Y se llevó el pan a la boca.

Artal cambió las antorchas por las dagas y empezó a voltearlas por encima de su cabeza.

—Bueno, Esclaramonda será la señora cuando los demás mueran —explicó Berengueró mirando distraído los malabares de Artal—. Lo que puede ocurrir pronto. Pero mientras esperamos a que los otros estiren la pata, mi amigo disfrutará de la dote de la hermana.

—Y gozaré de esta cervatilla —añadió el de Carbons.

Se sentaba a la izquierda de Clara y le acercó su hocico lleno de grasa para besuquearle la mejilla. Ella se apartó disgustada hacia la derecha, pero allí se encontraba Berengueró, que juntó divertido los labios como si la esperara para darle un beso. El rubicundo, que seguía inclinado sobre ella, de pronto soltó un chillido al tiempo que se oía un golpetazo. Todos le miraron y él se giró para ver el respaldo de su silla. El pedazo de cordero que sostenía segundos antes en su mano izquierda estaba clavado justo allí, atravesado por una de las dagas de Artal.

Se hizo un absoluto silencio en el salón. El de Carbons se miró la mano. Tenía un pequeño rasguño sangrante en la parte exterior del pulgar.

—i¿Qué has hecho, desgraciado?! —inquirió con voz trémula, alzándose.

Hubo ruido de sillas. Los escuderos se levantaron empuñando sus espadas.

—Era parte del número, señor —dijo Artal haciendo una reverencia.

Luego dio varios pasos atrás para mostrar, tanto a caballeros como a escuderos, las dagas que sostenía por sus puntas. Tres en la mano izquierda y una en la derecha, lista para ser lanzada. Todos se quedaron inmóviles. Habían sido testigos de la potencia y la precisión del juglar.

—Aún me quedan cuatro —advirtió con una mueca que parecía una sonrisa.

El ruido de otra silla rompió el silencio. Berengueró se levantó. Las miradas fueron a él. De repente soltó una de sus ruidosas carcajadas.

—Tendrías que ver la jeta que se te ha puesto, pecoso —dijo señalando con el dedo al de Carbons.

Rebuscó en su bolsa y le lanzó a Artal unas monedas de plata que cayeron al suelo. Él no se movió. Se mantuvo en la misma posición, sujetando, amenazante, las dagas.

—¡Muy bueno, juglar! Pero deja los puñales y cántanos algo que le devuelva el apetito al señor de Carbons. ¡Que lo ha perdido! —Y rio de nuevo.

Artal dejó las dagas en un banco, al alcance de la mano, recuperó su laúd y entonó un aire griego popular en Chipre. Su mirada se cruzó con la de Roger y el capitán apretó los labios, ceñudo. No estaba contento. Sin embargo, una sonrisa flotaba en el rostro de su hermana, y él, feliz, elevó el volumen de su canto.

54

—¡Artal, hijo mío! ¡Artal!

No era más que un leve susurro, pero su corazón estuvo a punto de detenerse. ¡Su madre! ¿Se ocultaba allí? Contuvo la respiración.

Había oscurecido y el joven se dirigía al establo, alumbrándose con la tenue llama de un candil; había decidido pasar la noche allí. Poco a poco Artal iba recordando cada estancia, cada rincón de la casa, identificando hasta el menor cambio. Y todos esos recuerdos le causaban un torrente de emociones que le dejaban agotado. Mucho más que cualquier esfuerzo físico.

Aquella tarde estuvo cantando junto a Roger y, tan pronto pudieron hablar a solas, este le advirtió que se mantuviera alerta. El capitán iba a dormir en una estancia habilitada para los caballeros y se suponía que Artal debía hacerlo con los escuderos.

—Aunque Berengueró lo ha encontrado gracioso, lanzar la daga al de Carbons ha sido una estupidez —le dijo—. Le has humillado.

—No podía dejar que ese cerdo siguiera propasándose con mi hermana.

—Ha sido una estupidez —repitió el fraile—. Los Entenza saben de tu llegada a Barcelona y seguro que te esperan. Si te identifican, te matarán. Además, estamos aquí para ayudar a tu madre y debemos conocer qué terreno pisamos antes de actuar. Hay mucho que ignoramos y no podemos dejar que nos descubran. Además, te

has ganado enemigos. Es muy probable que estos tres escuderos busquen una excusa para propinarte una paliza esta noche. Tal como hicieron con ese chico que quiso defender a tu hermana. Son unos matones, y eso es lo que hacen cuando son varios contra uno.

Al poco de advertirle Roger, Artal se encontró con ellos y le cortaron el paso.

—Te crees muy listo, ¿verdad? —le dijo Ponç, el escudero del rubicundo.

Los otros dos le flanqueaban. Eran tipos altos y robustos. Roger y Artal habían recuperado sus armas del equipaje y el joven puso la mano en la empuñadura de su daga, levantó la barbilla y repuso:

—Listo no, pero se me dan bien los cuchillos.

—Cuando te dé una paliza se te bajarán los humos, extranjero —insistió el escudero.

Artal sonrió.

—¿Podrás tú solo o tendrán que ayudarte tus amigos?

—Te la has ganado —dijo Ponç dando un paso hacia él.

—¡Un momento! —Artal retrocedió mostrando las palmas de sus manos en señal de paz—. ¡Os voy a hacer un juego!

Se quedaron sorprendidos y se detuvieron. Artal se acercó con cuidado al escudero y lentamente, para que no se sintiera agredido, aproximó la mano derecha a su oreja. Le dio un tironcito y en sus dedos apareció un pequeño canto rodado blanco.

—¿Veis? —Y se lo mostró a cada uno.

Le miraban boquiabiertos. Repitió el truco en la otra oreja y obtuvo otra piedrecita parecida. Los otros dos superaron el pasmo y se echaron a reír.

—Ahora que te he quitado las piedras de los oídos, te repito la

pregunta: ¿les vas a pedir ayuda a tus amigos para pegarme? ¿O eres un hombre y lo vas a intentar tú solo?

Los escuderos se miraron entre sí y el de Berengueró dijo:

—A mi amo le cae bien ese tonto, y a mí también. No cuentes conmigo.

—Conmigo tampoco —dijo el otro.

Ponç estaba desconcertado, y cuando logró reaccionar hizo un gesto de desistimiento.

Durante la cena Artal volvió a actuar, pero esta vez solo, mientras Roger comía con los caballeros, y repitió los malabares con las antorchas y las dagas. Se fijó en los escuderos. Estos le observaban admirados y se dijo que se había ganado su respeto. A pesar de ello, Artal ya había decidido buscarse un rincón limpio entre las pajas de las caballerizas para pasar la noche lejos de los matones.

—¡Artal, hijo mío! ¡Artal! —La voz femenina volvió a llamarle.

El chico estaba a punto de llorar de emoción. ¡Era su madre! La buscó, con el corazón desbocado, pero, a pesar del candil, no la veía. ¡Quería abrazarla! ¿Dónde se ocultaba?

Un repentino destello de lucidez le hizo contenerse. ¿Qué hacía su madre escondida en los establos? ¿No sería un engaño de los Entenza para desenmascararle? Sabía que le esperaban allí, en su hogar, y Berengueró había expresado en público su intención de matarle.

—Os equivocáis, señora —dijo forzando su acento occitano—. Soy Ramón de Montpellier, el juglar. ¿Dónde estáis?

De la oscuridad surgió una mujer. Acercó el candil a su rostro y comprendió que no podía ser su madre. De ninguna manera. Tenía

los ojos claros y rondaba los veinticinco años. Le habían tendido una trampa y su ansia por abrazarla casi le había hecho caer en ella. Debía fingir para que no sospecharan. Como parte de sus enseñanzas, Hugget le había aleccionado en el modo en que se comportaba un juglar con las criadas. A veces funcionaba. Fue hacia la mujer, le puso la mano libre en la nalga y tiró de ella apretándola contra su cuerpo. Ella no se resistió.

—No soy ese que buscáis —le susurró al oído—. Pero os lo puedo hacer mejor que él.

La llevó a un rincón, dejó el candil en el suelo y la empujó contra una pared. Bajó las manos hasta sus tobillos y empezó a subirle la gonela. Ella le dejaba hacer. La estancia olía a estiércol de caballo. No pudo evitar, a la vacilante luz del candil, comparar sus piernas y luego sus caderas y su pubis con los de Beatriz, y deseó que la mujer le detuviera. Aunque la pasión le acuciaba de improviso, no quería traicionar a su enamorada chipriota. Que, además, era mucho más bella. Tenía ya la mano en su sexo, que se le abría húmedo y cálido. Ella palpó el suyo para comprobar su deseo y después le empujó con ambas manos riéndose.

—Ahora no, bribón —le dijo bajándose la gonela—. Ya encontraremos el momento.

Él respiró aliviado, a pesar de su fuerte erección.

—¿Cuándo? —inquirió fingiendo ansia.

—Ya os lo diré. Ahora dejad que me vaya, que no nos vean juntos. —Y se perdió en la oscuridad camino de la puerta.

Él recordaba bien los establos y encontró el rincón en el que se escondía de niño en sus juegos. La paja estaba limpia, se tumbó y apagó el candil. Pese a las emociones del día, pronto le venció el

sueño; estaba agotado. Su último pensamiento fue que había superado la primera prueba. No le habían reconocido.

55

—¡Artal! —Una voz femenina le susurraba de nuevo—. ¡Artal!

Notó que una mano le sacudía el hombro y oyó cantar un gallo a lo lejos. Aturdido por el sueño, se dijo que ya estaría clareando. Sin ni siquiera abrir los ojos, trató de pensar. Se había refugiado para dormir en su rincón secreto del establo. En el que se escondía de niño. ¡Y la mujer había regresado! ¡Repetía su nombre! No la había convencido. ¡Quizá tuviera intención de matarle! Se levantó de un salto, buscando la empuñadura de su daga.

—¡Artal! —repitió la mujer en voz baja—. ¡Hijo mío, Artal!

Se iluminaba con un candil y no era la misma de la noche anterior. Tendría más de cuarenta años, se cubría con una toca y sus facciones le resultaban familiares. ¿Sería su madre? Dudó unos instantes tratando de recordar. Aunque le llamara «hijo», no la creyó.

—Os confundís, señora —dijo usando su acento occitano.

No podía permitirse que nadie le reconociera.

—¡¿Cómo me voy a confundir, niño, si tú creciste con la leche de mis pechos?! —exclamó ella—. ¿Cómo me puedo equivocar por mucho que hayas crecido?

De pronto la reconoció. ¡Era Tina, su nodriza, la mujer del mayordomo, la madre de Ferran, su hermano de leche! Estaba casi seguro.

—No os conozco. Mi nombre es Ramón de Montpellier…

Ella le abrazó llorando.

—¡Gracias a Dios que estás vivo!

—Señora…

—A mí no me puedes engañar, niño —dijo estrechándole más fuerte.

Comprendió que le era imposible fingir con ella.

—¡No me descubráis, Tina! —suplicó. Y le besó las manos como lo haría con su propia madre.

Tina le dejó hacer. A continuación, miró a su alrededor para comprobar que estaban solos. Se sentó en el suelo y colocó el candil de forma que la luz quedara oculta en el escondite e hizo sentar a Artal a su lado.

—¿Cómo te iba a descubrir, si te quieren matar? —le susurró llorosa—. Clara no te ha reconocido porque era muy pequeña cuando te fuiste y no puede recordar tus ojos. En cambio, para mí, son inconfundibles. Como los de tu padre, como los de tu tío y tu hermano.

—¿Cómo se encuentra Ferran? —inquirió él.

—Mejor. El casco y la cota de malla suavizaron los golpes. No es la primera vez que le pegan por defender a tu hermana o a tu madre. Y lo hacen en grupo. ¡Miserables! Un día le matarán.

—No le digáis que estoy aquí, ni tampoco a vuestro marido. Un gesto inadvertido podría descubrirme.

—¡Pero tu hermana vive con la esperanza de que regreses!

—Regresaré como Artal, pero no es el momento. Decidme, Tina, ¿qué le ha ocurrido a mi madre?

La mujer guardó silencio mientras recapitulaba.

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste, y casi todas

malas —dijo al fin—. Berenguer de Entenza y sus hijos se presentan aquí de continuo, abusando de nosotros, devorando la heredad.

—¿Es verdad que ese individuo violó a mi madre?

Artal leyó una expresión dolorosa en la faz de la mujer, que tardó en responder.

—Ese hombre estaba encaprichado de tu madre mucho antes de que asesinara a tu padre —dijo al fin—. Se notaba en cómo la miraba. Tu padre siempre le mantuvo a raya. El Entenza le respetaba. Pero quiso matar a tu tío cuando regresó de Tierra Santa. Y tu padre, harto de su tiranía, le desafió a un juicio de Dios. Un duelo a muerte.

—Sí, lo sé. El combate nunca tuvo lugar porque mi padre fue asesinado a traición.

—En efecto. Pero ni siquiera su muerte le contentó.

—¿Y por qué le tenía tanto odio a mi tío?

—Nunca lo llegué a saber.

—¿Y qué pasó con mi madre?

—Sin tu padre, la presencia del Entenza se hizo constante, agobiante. Pretendía a tu madre con todo descaro. Y se propasaba. Aunque no creo que la violara.

Artal guardó silencio, para murmurar después:

—Le he de matar. Le abriré la panza, le sacaré las tripas…

—Pero para tu madre había algo más importante que la justicia o la venganza: la vida de sus hijos.

—¿Y dónde está ella?

—Me temo que también la han asesinado.

—¿Qué os hace pensar eso?

—Si Berenguer de Entenza es malvado, su esposa, Galbors, es

aún peor —dijo en un susurro, como si con solo mencionar aquel nombre fuera a ocurrir una desgracia.

—¿Galbors?

—Sí, Galbors de Montcada. Los males que sufrimos provienen en su mayor parte de ella. Fustiga a su marido y él descarga su rabia sobre los demás. El control sobre Vilalba es asfixiante. Nos impusieron un ama de llaves fiel a Galbors, que se trajo a dos criadas y a un criado. Siempre trataban de alejarme de tu madre. Hace unos meses interrumpí su comida y me apresuré a hacerle tomar vomitivos. Yo le daba antes algo al gato y vi que el animalillo estaba vomitando y defecando. ¡Veneno! Con la ayuda de la gente que aún nos son leales, mantuve a esas mujeres lejos de ella. Pasó el día sin que supiéramos si iba a sobrevivir. Estaba muy débil y tenía descomposición. Pero, gracias a Dios, empezó a mejorar. Aunque el gato murió. Después de eso, yo probaba siempre su comida antes y la velaba la primera parte de la noche. De madrugada me sustituía una criada. Pero una mañana me encontré con que tu madre había desaparecido junto con la criada.

—¿Qué creéis que ocurrió?

—Supongo que al fracasar con el veneno recurrieron a la violencia.

—¿Y qué hicieron con los cuerpos?

—La ventana de tu madre se abre sobre el alto muro trasero que cae en vertical sobre una laguna superficial, se hace pie en ella. La escasa guardia que nos podemos permitir no vigila ese lado, ya que está protegido por la altura y el agua. Creo que tiraron o descolgaron sus cuerpos por la ventana para hacerlos desaparecer. —Se retorcía las manos—. ¿Dónde estarán? Seguro que las han

enterrado en cualquier lugar, lejos de la iglesia.

—Entonces no se ha encontrado su cuerpo. No estamos seguros de que esté muerta. Aún hay esperanza.

—¡Dios lo quiera!

—¿Y mi hermano?

—No sabemos nada, lo tienen los Entenza. Y ni a tu madre le dejaban verlo.

—¿Y qué ocurrirá si sigue desaparecida?

—La declararán muerta y tu hermano heredará Vilalba. Si aún vive. Siempre fue enfermizo. Tú y Ferran le ganabais en las peleas de niños, a pesar de ser menores.

—Iré a Mora para saber qué ha sido de él. Y de mi madre.

—¡Ten mucho cuidado, hijo mío! Te vas a meter en la boca del lobo. Si él ha muerto, te querrán muerto a ti también.

56

—Venid a Mora —le dijo Berengueró a Roger con una sonrisa y un palmetazo amistoso en la espalda cuando se despidió al día siguiente—. Allí se precisa un poco de alegría.

Roger le devolvió la sonrisa con una leve inclinación de cabeza.

—Aceptamos vuestra invitación, señor de Entenza. Será un placer.

El capitán se felicitó por aquel golpe de fortuna. Berengueró les acababa de dar la excusa perfecta para investigar en la casa de su enemigo. Los seis partieron, con los escuderos cargando varios odres de vino, un cordero y un par de ocas.

—Son peor que una plaga —dijo Clara. Y después le pidió a Roger—: Quedaos hasta mañana. Aquí estamos más necesitados de alegría. La pena nos abruma.

—Así lo haremos, señora —dijo Roger.

Artal le contó al capitán el encuentro con Tina. Y la trampa que le tendió la mujer de ojos claros haciéndose pasar por su madre, y que era una de las criadas de los Entenza, según le aseguró su antigua nodriza.

—Te felicito, novicio —le dijo—. Lo has hecho bien. Pero se confirman nuestros temores. Te esperaban y nos vigilan. Tu hermana no debe saber que estás aquí, podría delatarte con solo parecer alegre, pero el mayordomo y su hijo sí. Hay que hablar con ellos.

Igual la criada que te abordó no se quedó convencida del todo y quiera avisar a su patrona de Mora.

Tina distrajo a los criados fieles a los Entenza mientras los hombres se entrevistaban en secreto. Ferran miró sorprendido a Artal unos instantes a la vez que una sonrisa se iba formando en su rostro. Los amigos de la infancia se unieron en un fuerte abrazo.

—¡Gracias a Dios que has vuelto! —le dijo feliz—. ¡Te necesitamos!

El mayordomo también se emocionó, pero Roger cortó las efusiones.

—La gente de los Entenza tendrá alguna forma de comunicarse con doña Galbors, ¿verdad? A la menor sospecha, querrán avisarla.

—El criado tiene un pastor amigo que transmite los mensajes —explicó Ferran—. Le vigilamos. Y ahora está en el campo con el rebaño. No han podido hablar.

—¿Tienen palomas mensajeras?

—Me he encargado de que no las haya —afirmó Ferran—. Son fáciles de eliminar.

—¿Y es posible que la alerte Berengueró? —inquirió Roger—. ¿No será su invitación una trampa?

—Ni Berengueró ni los escuderos hablan con los criados —explicó Ferran—. Para ellos sería rebajarse. Creo que la invitación es sincera.

—¡Hemos tenido suerte! —dijo Artal.

—Si nadie avisa a doña Galbors, quizá no sospeche cuando nos vea en Mora —razonó Roger.

A la mañana siguiente, Ferran los llevó en secreto a ver la alcoba de la madre de Artal. La estancia, aparte del lecho, tenía varios arcones

alargados en forma de bancos con mecanismo de llave y un escabel. La ventana estaba protegida por una reja que giraba sobre unos goznes y se atrancaba desde el interior con una barra de hierro. Roger se asomó y vio que había una altura considerable.

—¿Encontrasteis en las rocas o en el agua sangre, restos de ropa, cabellos…, algo que indicara que alguien se estrelló contra ellas? —inquirió.

—Ni sangre ni ropas. Solo hierbas pisoteadas y huellas de caballo.

—¿Eran herraduras de aquí, de Vilalba? —quiso saber Roger.

—No. Eran Entenza, con seguridad.

—¿Y por qué no dejaron los cuerpos donde cayeron? —preguntó Artal—. Se supone que ya estaban muertas.

—Quizá sobrevivieran —dijo Ferran—. O quizá hubiera algo en los cuerpos que delatara a los asesinos.

—O quizá las secuestraron —razonó Artal.

—Si tu madre estuviera muerta, tu hermano sería proclamado señor de Vilalba —dijo Roger.

—¿Y qué interés podrían tener los Entenza en retrasar la proclamación? —inquirió Ferran.

—No lo sé —admitió Roger.

—Ni yo tampoco —intervino el mayordomo—. Lo de tu hermano es un misterio. La bruja de Galbors lo tiene sometido. Pero lo normal sería que un joven de dieciocho años se escapara, cogiera un caballo y viniera a ver a su familia.

—No parece un joven normal —concluyó Roger—. Mañana iremos a Mora y ese será uno de los misterios a resolver.

El capitán era consciente del peligro al que se exponían. Quizá

Galbors tuviera otra forma, aparte del pastor, de comunicarse con su gente en Vilalba. Cualquier equivocación los condenaría. Aunque lo más preocupante eran los ojos verdes de Artal, idénticos a los de su tío y su padre. En Mora, su vida pendería de un hilo. Pero penetrar en la madriguera de los Entenza era la única forma de desentrañar todos aquellos misterios. Y así ayudar al chico. Había que arriesgarse. Iba a cumplir la promesa hecha a su amigo fray Ramón de Vilalba. A cualquier precio.

57

Al cruzar la puerta del recinto amurallado de la ciudad de Mora, los guardias los recibieron con una inesperada amabilidad. Tanta que Roger y Artal intercambiaron una mirada inquieta. ¿Sospechaban quiénes eran e iban a apresarlos? Era tarde para retroceder. Tenían que afrontar el peligro. Pronto supieron que Berengueró había ordenado que a su llegada fueran conducidos de inmediato al castillo. Los recibió él mismo, mandó que se hicieran cargo de sus monturas y les indicó dónde se alojarían.

—Se ha mostrado amable —susurró Artal, aliviado—. Parece que no sospecha.

Después de la siesta, y como el día no era muy caluroso, Berengueró les pidió que actuaran en el patio del castillo, frente a un público por él congregado. No presentó a los asistentes, pero Artal se vio cautivado al instante por los ojos azules y la sonrisa tímida de una damisela que jugaba a rehuirle la mirada para volver a mirarle. Era un poco mayor que su hermana Clara y vestía una gonela azul oscuro, con bordados blancos en las mangas y alrededor de un pequeño escote triangular. La gonela se ajustaba a sus pechos y su cintura y resaltaba la delicada feminidad de su silueta. Su largo cabello color paja dorada, sujeto por un lazo en forma de diadema y del mismo tono que el vestido, caía sobre su espalda. Artal se quedó impresionado. Desde su forzada separación de Beatriz no había experimentado nada parecido. Y se sintió culpable por ello. Hasta

aquel momento su pensamiento le había sido siempre fiel.

Mientras cantaba, Artal acostumbraba a deslizar la mirada por los rostros de la audiencia y, dependiendo de la naturaleza de los versos, sonreía. Pero ahora sus ojos se detenían solo en ella y no podía evitar sonreírle sin importar la canción. La chica bajaba la vista complacida y él se esforzaba en continuar. Y en ello estaba cuando algo rompió el encanto.

—¡Qué hacen esos bergantes en mi casa! —Un chillido retumbó en el patio de armas del castillo de Mora—. ¡Ladrones, sinvergüenzas, pordioseros, chusma!

Roger y Artal detuvieron su canto, sorprendidos.

La mujer se aproximaba con paso decidido y a Artal se le asemejó a un jabalí herido cargando contra ellos. Tendría unos cincuenta años y su gonela verde se ensanchaba en la cintura. Era baja y regordeta. Se cubría la cabeza con una toca blanca a modo de turbante que dejaba escapar algún mechón rojizo pero canoso y poseía unos ojillos azules que al chico le recordaron a los de un cerdo.

—¡Juglares! —gruñó apartando a Artal de un empujón y encarándose con Roger—. ¡Maldita sea vuestra raza! —Y apuntó con su índice a la puerta—. ¡Fuera de aquí, bribón!

El capitán estaba desconcertado y, después de observar a la mujer que le contemplaba desde abajo, brazos en jarras, miró a Berengueró. El Entenza no parecía tener intención de intervenir.

—¡Fíjate! —continuó ella al tiempo que lo rodeaba—. Pero si este seductor ni siquiera muestra las rodillas. Y no marca culo.

Roger notó que la mujer le palpaba las nalgas.

—Para ser juglar, vistes una túnica demasiado larga, provocas

poco. Razón de más para que te largues de inmediato.

—Señora —dijo al fin el capitán—. Soy Roger de Brindisi, caballero y trovador. He sido invitado por don Berengueró de Entenza, señor de Mora, y os exijo respeto.

—¿Caballero? —inquirió la mujer, observándole de nuevo—. ¿Respeto? No sé dónde está Brindisi, ni siquiera si existe.

—Está en la Apulia, Italia, señora.

—Doy fe de que Roger de Brindisi es caballero, madre —intervino Berengueró—. Y que no vino aquí por iniciativa propia, sino por invitación mía. Por lo tanto, se le debe hospitalidad. E incluso vos debéis respetarle.

—Bien sabes que no quiero aquí a trovadores y juglares cantando tonterías de amor. Llenan de bobadas las cabezas huecas de las jovencitas. —Y lanzó una mirada a la doncella de azul, que bajó los ojos de inmediato—. Diles que se vayan.

—Roger de Brindisi y su escudero Ramón de Montpellier vienen directos de Tierra Santa y traen las últimas noticias —repuso el hijo —. Cantan el valor de los caballeros cristianos y la lucha contra el moro. Y si escucháis sus versos con atención, os enteraréis de algo que ha de complaceros.

Sorprendida, la mujer se quedó mirando a su hijo. Después observó de nuevo al trovador y al juglar. Artal se dijo que Berengueró había despertado su curiosidad.

—Decidme, señor de Brindisi —dijo encarándose a Roger—. ¿Cuál es esa noticia que tanto placer ha de darme?

—Lo ignoro, señora.

—Así es —intervino el hijo con una sonrisa—. Y vos tendréis que escuchar su canto para enteraros. Roger de Brindisi, ¿nos haríais el

honor de actuar esta noche después de la cena?

—Será un placer —repuso Roger con una reverencia.

—¡Pero nada de cancioncitas pánfilas de amor! —chilló doña Galbors.

Al oír la palabra «amor», las miradas de Artal y la doncella se encontraron de nuevo y ella bajó la vista. Pero sus labios dibujaron el inicio de una sonrisa.

El trovador y su escudero se retiraron a descansar antes de la cena, al cuarto que les había ofrecido Berengueró.

—¿No le has visto? —inquirió Roger.

—¿A quién?

—¡A tu hermano! Estaba en el corro de los que nos escuchaban.

—¿Mi hermano? —Artal se sintió culpable por haberse encandilado con la damisela, olvidándose de lo demás—. ¿Cómo sabéis que mi hermano estaba allí?

—¡Por los ojos! Tiene tus mismos ojos verdes. ¡Válgame Dios! ¡Salta a la vista!

58

El castillo de Mora se elevaba sobre un peñón que dominaba el río Ebro, que discurría ancho y majestuoso. La población se extendía a sus pies, al sur, y estaba rodeada por la antigua muralla árabe. El amplio salón del piso superior de la fortaleza de los Entenza tenía cuatro ventanales que miraban al río y dos más pequeños que daban a la zona inferior del recinto, donde se encontraba el patio de armas y la entrada. Había dos mesas montadas con platos, panes y jarras de vino. Una para la familia y otra para el mayordomo, los escuderos y las gentes del castillo de alguna importancia.

Artal entonó un par de canciones populares mientras los comensales iban entrando en el salón, luego siguió con juegos malabares que arrancaron exclamaciones y aplausos. Estaba atento, pese a la presencia de la damita de ojos azules, por si identificaba a su hermano Galcerán. Pronto le vio. Era un joven de complexión delicada y andares encorvados. A Artal le costaba imaginarlo montado a caballo, vestido con armadura y cargando con una lanza. Tenía los ojos verdes, pero no podía estar seguro de si se parecían a los suyos porque ni en el Temple ni en la galera había espejos, y solo se había contemplado en una ocasión en uno pequeño de Beatriz.

Doña Galbors entró en el salón y apartó a Galcerán de su camino, tal como hizo con Artal esa mañana en el patio.

—¡Sal de aquí, bastardo! —le increpó con un gruñido.

Él obedeció echándose a un lado. Parecía acostumbrado al maltrato y Artal lo lamentó. Apenas guardaba recuerdos de él, pero era su hermano, y además, el heredero de Vilalba. Era indigno que le humillaran de aquella forma. Después se dijo que cualquiera mostraría el mismo aspecto de perro apaleado después de los años de ofensas que seguramente sufrió el infeliz. Los Entenza habrían descargado en su pobre hermano, día a día, la rabia del agravio, cualquiera que este fuera, que su tío les infligió. Sintió ternura y pena por él.

Doña Galbors se acomodó en el centro de la mesa principal y dio unas palmadas; era ella quien mandaba y Artal se percató de la ausencia de don Berenguer. Todo el mundo buscó asiento. Él se acomodó junto a su hermano, que se situó en un extremo de la mesa de los subordinados. Roger lo hizo varios asientos más allá.

Todos miraban a la señora de Mora, que llamó a alguien con gestos enérgicos. Un capellán con una gran tonsura y hábito gris se apresuró a acercarse a la mesa principal. Miró a doña Galbors, que afirmó impaciente con la cabeza; el cura dirigió unas oraciones y bendijo la mesa. Después llegaron las criadas y sirvieron en los cuencos abundante cocido de col, nabo y otras verduras, que empezaron a comer ayudándose de una cuchara y pan. Roger y Artal atraían la curiosidad de los comensales, que buscaban su conversación.

Artal les respondía paciente a la espera de poder hablar con su hermano, que no había abierto la boca más que para comer. Después del cocido, las criadas repartieron unos menguados pedazos de pollo y conejo aderezados con salsa. El joven observó que si en la mesa de los segundones la carne se limitaba, no ocurría

lo mismo en la principal. También el vino estaba muy aguado.

—Soy Ramón de Montpellier —le dijo a su hermano cuando tuvo oportunidad, forzando su acento occitano.

Él respondió con una sonrisa tímida y una inclinación de cabeza.

—Eso he oído —dijo en voz baja.

—¿Y vos? —inquirió Artal.

—Galcerán de Vilalba —murmuró después de vacilar.

Parecía que le costara hablar, y Artal se mostró lo más amable posible. Quería que se sintiera cómodo y confiara en él.

—Decidme, ¿quiénes se sientan en la mesa principal? Conozco a doña Galbors y a don Berengueró, que está a su derecha, pero no al resto.

—A la izquierda de doña Galbors está su sobrina nieta, doña Berenguera de Montcada, que además es esposa de su hijo Guillem, el heredero. Él se encuentra ahora en Zaragoza con su padre, asistiendo a la coronación del rey Jaime.

—¿Y quiénes son los jóvenes?

—El chico es Gombau de Entenza, hijo de Guillem y Berenguera, heredero de Mora una vez fallezca su padre. Y la chica es su hermana Blanca.

«¡Blanca de Entenza!», se dijo Artal al tiempo que notaba una sacudida en la boca del estómago. No pudo evitar mirarla y se encontró con sus ojos azules. Ella fingió concentrarse en su plato, pero dejó que una leve sonrisa flotara en sus labios.

—Cuentan que doña Galbors parió doce hijos —dijo Artal; para ocultar su interés—. ¿Es cierto eso?

—Sí, pero varios murieron jóvenes. Y las hijas no están aquí; unas se casaron y otras viven con parientes.

—Venimos de Vilalba. —Artal decidió que ya había suficiente confianza para abordar un asunto más sensible—. Conocimos a doña Esclaramonda, y deduzco que es hermana vuestra.

—Sí, lo es.

—Me extraña que estéis aquí y no en Vilalba. Vos sois el heredero, ¿verdad?

Galcerán se removió en su asiento y tomó un trago de vino antes de contestar.

—Sí, lo soy —dijo ceñudo.

—¿Y por qué no coméis en la mesa de los señores?

—Porque Vilalba es feudataria de los Entenza.

Artal movió la cabeza, disgustado por lo que consideraba otra humillación, pero trató de disimularlo mostrando interés.

—¿Y por qué no estáis en Vilalba?

—Es una vieja historia de odios y muertes —murmuró—. Me he criado aquí, en Mora. Y no deseo instalarme en Vilalba. Quiero apartarme del siglo, entrar en un convento y vivir una vida de oración. No conozco a nadie en Vilalba. Doña Galbors dice que allí no me serán fieles y que tendré que llevarme administradores y criados de aquí, de su confianza, los cuales tampoco me son fieles. Ni quiero ir allí, ni quiero quedarme en Mora.

Artal miró sorprendido a su hermano, parecía que iba a llorar.

—Pues decid que vais a entrar en religión. Imponed vuestros deseos.

—No me lo permite. Quiere que vaya a Vilalba.

—¿Quién?

—La abuela.

—¿La abuela? —inquirió Artal, muy extrañado—. ¿Qué abuela?

—Bueno —Galcerán vaciló—, quiero decir doña Galbors.

—¿Llamáis «abuela» a la Entenza?

—Es que todos la llaman abuela. Pero me he equivocado —se disculpó—. Que no se entere, que se enfada si la llamo abuela.

—Me dijeron que os tenían prisionero como rehén de un antiguo trato. Pero decís que quieren enviaros a Vilalba. Lo uno contradice lo otro. No lo entiendo, ¿por qué estáis aún aquí? No tiene sentido.

—Porque doña Eleonor, la señora de Vilalba, ha desaparecido. Doña Galbors quiere darla por muerta, pero el obispo de Tortosa dice que hay que esperar unos meses por si aparece. Y cuando él decida que está muerta, me proclamará señor de Vilalba. Entonces me harán ir.

A Artal todo aquello le parecía muy raro, no le terminaba de encajar, y ansiaba poder hablarlo con el capitán, convertido ahora en su mentor.

Roger se había sentado entre el escudero de Berengueró y una dama de unos cuarenta años, que recordaba haber visto entre el público de la mañana. Cuando se percató de que Artal y Galcerán entablaban una animada charla, les dio conversación alzando la voz, con la intención de que no escucharan lo que el chico hablaba con su hermano.

Al terminar la cena, Galbors empezó a golpear la mesa con la copa y clamó:

—¡Que actúen los juglares! —Varios comensales la imitaron siguiendo la cadencia del golpeteo—. Quiero oír eso que dice mi hijo que me va a gustar. ¡Y será mejor para vos que así sea, señor de Brindisi!

Roger y Artal abandonaron la mesa, tomaron sus laúdes y

empezaron a cantar sobre la caída de San Juan de Acre. El valor, la muerte, la destrucción… El joven podía ver su impacto en los rostros de la audiencia y en las esquivas miradas de Blanca, que, impresionada por el terrible relato, había perdido la sonrisa. Había lágrimas en los ojos de la damita, y no era la única que lloraba.

—¿He oído bien? —interrumpió con un chillido la señora de Mora cuando recitaban la muerte de Ramón de Vilalba—. ¡Repetidlo!

Obedecieron.

—¡Ha muerto el hijoputa ese! —bramó en cuanto lo oyó—. ¡Le cortaron la cabeza al cabrón! ¡Vino! ¡Hay que celebrarlo!

Las criadas sirvieron más vino y todos brindaron a requerimiento de la señora.

—¡Señor de Brindisi! Nunca un trovador me produjo más placer. Os iréis de Mora con una buena bolsa. ¡Cantad de nuevo! ¡Quiero oírlo otra vez!

59

—Mi señora quiere veros a solas —oyó Artal.

Era la dama que se sentaba al lado de Roger en la comida. Al terminar la actuación y los aplausos, le esperaba en la semioscuridad de un pasillo y lo empujó hacia un rincón.

—¿Quién es vuestra señora?

—Doña Blanca de Entenza.

El corazón le dio un vuelco.

—Quiere que le cantéis algunas de las canciones que no le permite escuchar su abuela —añadió la mujer—. Han caído en sus manos algunos de esos libros de amor galante, prohibidos en esta casa, y tiene pájaros en la cabeza.

—Será un placer cantárselas.

—¡Cuidado, zagal! —le cortó la mujer—. Os hablo muy a mi pesar. Obedezco órdenes de doña Blanca, a quien debo fidelidad. Me lo hizo jurar por la salvación de mi alma, pero es una locura. Ya veis lo que doña Galbors opina de juglares y trovadores. Si se entera de que os habéis reunido con su querida nieta para cantarle cancioncillas, aun en mi presencia y bajo mi vigilancia, os hará ahorcar después de cortaros los huevos. Y no quiero ni pensar lo que me ocurrirá a mí.

—Dónde y cuándo.

La doncella guardó silencio y observó la expresión del chico, a pesar de la oscuridad.

—¿No me habéis oído? ¿Entendéis bien nuestra lengua? Os aconsejo que os neguéis.

—Decidme dónde y cuándo puedo verla.

—En la torre norte, a la hora cuarta.

—Allí estaré.

—Espero que no. No acudáis, si es que tenéis algún seso.

—¿Viste el odio feroz que la Galbors le tenía a tu tío? —inquirió Roger cuando pudieron hablar a solas—. Tenemos que averiguar por qué.

—Sí, hay que averiguarlo —repuso Artal, distraído.

—¿Qué te pasa? —inquirió el capitán al percibir su ausencia.

El chico le contó su encuentro con la doncella.

—No vayas. No hemos venido aquí para cortejar a damitas aburridas.

—Tengo que ir.

—¿Crees que la doncella te dijo lo que te dijo solo para asustarte? ¡Está muerta de miedo! ¿No has visto la rabia que tiene la vieja? Aquí son señores de horca y cuchillo, ellos dictan la ley. ¡Te matarán sin tener que dar explicaciones a nadie!

—No voy por lo que creéis. Mi corazón sigue fiel a Beatriz. Acudiré porque esa joven es de la familia. Tiene que saber cosas que la gente con la que tratamos ignora. Quizá pueda sonsacarle algo. ¡Tenemos que encontrar a mi madre!

El capitán se quedó pensativo.

—No es mala idea —dijo al rato—. Pero hay dos asuntos que me preocupan.

—¿Cuáles?

—No creo que la nieta conozca los secretos de la familia. Dudo que te compense el riesgo.

—¿Y el otro asunto?

—Que hace casi tres meses que zarpamos de Famagusta y aún piensas en Beatriz. ¡Olvídala! No te esperará.

—No dejo de pensar en ella. Le dije que volvería y lo haré.

—Ve con cuidado —le dijo Roger con una sonrisa—. No sea que ahora te enamores de la niña Entenza.

Artal respondió con un bufido.

—Lo único que me interesa ahora es encontrar a mi madre —repuso cortante—. ¡Solo deseo que aún siga viva!

60

—¡Una carta de Sicilia! —gritó Anne—. ¡Es para ti, Beatriz!

Entró corriendo bajo el encañizado que protegía del sol la gran cocina. En cinco marmitas se cocían distintos guisos. En varias mesas, las criadas limpiaban verduras y legumbres o troceaban conejos, pollos y corderos. Otras mujeres acarreaban cántaros de agua desde la fuente. Más allá, bajo otro encañizado, había largas mesas llenas de comensales hambrientos. A cierta distancia se construía un edificio de piedra: la futura posada de Anne y Beatriz. Louis Arlés, el marido de Anne, estaba en lo cierto cuando predijo una gran afluencia de comerciantes a Famagusta. Acudían a traficar con los musulmanes del continente. Las rutas de la seda, de las especias, de marfil y de tantos otros artículos hacia occidente se estaban recomponiendo con rapidez. Sin ni siquiera tener el edificio terminado, la posada era un gran negocio. Los mercaderes se conformaban, a falta de otra cosa, con dormir en unas tiendas montadas más allá de los encañizados. La alcaldía del burgo que ostentaba el propio Louis y sus buenas relaciones con el gobernador lo habían facilitado todo.

—¿Una carta? —se extrañó Beatriz.

Se limpió las manos en el delantal para cogerla. La sostuvo vacilante y observó el lacre y aquellos signos incomprensibles para ella.

—¿Seguro que es para mí? Nunca he recibido una carta.

Anne afirmó con la cabeza.

—¡Seguro! —dijo.

—¡Artal! —exclamó Beatriz palideciendo—. ¡Es de Artal! ¡Ay, Dios mío!

Se sintió desfallecer y su amiga la sostuvo.

—En mala hora llega esta carta —se lamentó Anne—. ¡Cuando empezabas a ser tú de nuevo! ¡Tendría que haberla quemado!

—¡Tu marido sabe leer! ¡Vamos a buscarle!

Encontraron a Louis Arlés sentado en unos almohadones en una tienda mucho más amplia y confortable que cuando se instaló al principio. Los negocios iban bien y los Arlés, aparte de la posada, construían también su propia casa de piedra. Las mujeres se sentaron a su lado y le entregaron la carta. Este la observó.

—Llega de Sicilia —dijo—. De Mesina.

Y rompió el lacre, desdobló el papel y se puso a leerlo.

—¿Qué dice Artal? —inquirió Beatriz, ansiosa.

—No es de Artal.

—¡¿Quéé́é?! —exclamaron ambas al unísono.

—No es de Artal —se reafirmó el hombre—. Es de un tal fray Roger de Flor.

—¡Ese maldito templario! —exclamó Beatriz.

—¿Y qué dice? —quiso saber Anne.

—Dice que secuestró a Artal.

—¡Lo sabía! —Beatriz estaba a punto de llorar.

—Que Artal te quería y deseaba quedarse contigo. Pero que su obligación se encuentra en España, con su madre. Que Artal estaba ofuscado. Y que él, Roger, unido al tío de Artal por una promesa, tuvo que despertarlo de su sueño.

Beatriz rompió a llorar.

—Dice que el viaje es largo y muy peligroso. Que Artal no volverá. Que es posible que muera y que, en caso de que sobreviva, otras obligaciones le retendrán en su tierra.

—¡Maldito sea! —exclamó Beatriz—. ¡Volverá! ¡Tiene que volver!

—Te pide que no le esperes, que recompongas tu vida. Que eres joven y tienes una hija. Que no reces por un imposible.

—Ese fraile es un buen hombre —afirmó Anne—. Y te hace un gran favor diciéndote lo que nosotros te hemos repetido tantas veces. Han pasado casi tres meses desde que se fue y tú empiezas a recuperarte. Ya sonríes. Y cuando lo haces, los hombres acuden a ti como moscas a la miel.

—A la *miel-da* —murmuró Beatriz.

—Déjate de tonterías —continuó Anne, sonriendo—. Me he fijado que hay al menos tres jóvenes, muy guapos, que están locos por ti. Y que tú también los miras.

—Recompón tu vida de una vez —intervino Louis—. Por ti y por tu hija. Hemos hecho correr que Artal era tu primo, que te salvó en Acre, y que se fue en la galera del Temple porque iba a unirse a la Orden. Eres una viuda con dinero con la reputación intacta. ¡Déjate querer y escoge un buen pretendiente! ¡Tendrás al que quieras!

—Y guarda con cariño el recuerdo de Artal —añadió Anne—. Os salvó la vida a ti y a tu hija. ¡Y te amó! Pero eso ya es pasado. Empieza a vivir de nuevo, querida.

61

Un poco antes de la hora cuarta, Artal buscó el acceso a la torre después de preguntarle a su hermano, al que halló rezando con fervor en la capilla durante el oficio de la hora tercia. Tal como anticipó la doncella, la torre no estaba vigilada y al llegar a su cima pudo contemplar una vista espectacular del Ebro, que se deslizaba desde el norte, manso, muy ancho, cruzando una extensa zona de campos rodeados de suaves colinas. El sol se elevaba, en un cielo azul cuajado de nubecillas blancas, hacia su cénit, que alcanzaría al cabo de dos horas. Enseguida apareció la doncella, que le hizo señas para que bajara al piso inferior de la torre. Allí, acomodada en una silla, le esperaba Blanca, que le sonrió sin rehuir la mirada. Artal se sintió impresionado de nuevo por aquellos ojos azules. Se quitó el gorro e hizo una reverencia que la joven correspondió con una inclinación de cabeza.

—Os agradezco, caballero, que hayáis acudido a mi requerimiento —dijo con voz melodiosa.

—Estáis locos —gruñó la doncella.

—Vuestros deseos son órdenes, señora —repuso él, ignorando a la mujer.

—Deseo escuchar vuestro canto. Os lo ruego, haced que calme el latir desaforado de mi corazón.

Artal sonrió, hizo sonar un par de notas en su laúd y la miró con ternura.

—Por mucho que corra vuestro corazón, señora, jamás podrá alcanzar el mío —dijo, recordando las fórmulas de amor cortés que le enseñó el trovador Salvatge.

La doncella, que se había ocupado de cerrar bien los ventanucos por los que podían ser vistos u oídos desde el castillo, soltó un sonido a medio camino entre el graznido de un cuervo y un vómito.

—¡Callad! —le ordenó Blanca. Y después dulcificó la voz para dirigirse a Artal—: Sois muy gentil, caballero. Concededme el placer de escucharos.

El joven cantó sus trovas de mayor sentimiento, las que enternecían los corazones. Y sintió que el suyo empezaba a prender con el fuego de la mirada de la muchacha y la dulzura de su sonrisa. Se dijo que debía frenar aquello.

—¡Oh, cuán ingrato sois! —dijo Blanca suspirando tras un par de canciones—. Habéis alterado aún más mi pobre corazón. Cantadme algo más dulce, os lo ruego.

—No podemos quedarnos —susurró la mujer—. ¡Nos descubrirán!

Blanca la hizo callar con un gesto enérgico y Artal interpretó otra canción.

—¡Ya basta! —gruñó la doncella—. Basta por hoy. Solo rezo por llegar sana y salva a la noche.

Blanca se levantó e inclinó la cabeza a modo de despedida.

—Dejad que os bese la mano —le pidió Artal.

Ella sonrió y se la tendió, lánguida. Artal hincó una rodilla al suelo, la tomó entre sus manos, acariciándola, y depositó sus labios en ella.

—¡Ya basta! —La doncella consideró que se regodeaba y le apartó de un empujón. Después agarró a Blanca de la mano para

tirar de ella escaleras abajo.

—¡Tomad! —dijo Blanca dándole un pañuelo—. ¡Mañana a la misma hora!

—¡No y no! —repetía la mujer mientras bajaban las escaleras.

El pañuelo olía a rosas, a romero y a amor. Artal se lo guardó en el interior de su gonela.

—¿Eso has sacado del encuentro? ¿Un pañuelo? —exclamó Roger cuando el chico se lo contó—. ¡Insensato! ¡Corres demasiados riesgos! Puede ser tu condena a muerte. ¡Líbrate de él! Estoy aquí porque le prometí a tu tío cuidar de ti y para saber qué ha ocurrido con tu madre. Y también las circunstancias de la muerte de tu padre para demostrar que lo asesinaron los Entenza y así movilizar al Temple para que nos ayude a librar a tu familia del yugo de estos tiranos. ¿Y qué haces tú? ¡Cantarle cancioncillas a una damisela jugándote tu pellejo y el mío!

—¡Yo quiero lo mismo! Pero tenemos que aprovechar cualquier oportunidad que se nos ofrezca. A pesar del peligro.

—Cortejar a esa chica solo servirá para que, con suerte, te corten las orejas y te muelan a latigazos.

—Ya sabíamos del peligro cuando nos metimos en esta madriguera.

El capitán hizo una pausa mientras pensaba.

—Repasemos todo lo que te dijo tu hermano ayer. —Cambió de asunto—. Creo que de ahí podemos sacar mucho más. Hay cosas extrañas.

Y Artal repitió la conversación que mantuvo con Galcerán.

—Sigue ganándote su confianza. No parece que le tengan mucho

cariño en esta casa y agradece que le muestres simpatía, que le escuches y le des algo de afecto —le dijo Roger cuando finalizó.

—¡Cómo no se lo voy a dar, si es mi hermano! ¡Le veo tan infeliz e indefenso! Me apena.

—Mejor. Escúchame bien: espera a que esté relajado, y entonces dile, como si le hicieras una confidencia, que añoras mucho a tu madre y pregúntale, así por sorpresa, que dónde está la suya. Quizá sepa algo y te lo cuente.

Volvieron a actuar antes de la siguiente comida. Cuando terminaron, Artal se sentó a la mesa junto a Galcerán para charlar con él y, después de la siesta, fue a buscarle. Estaba en la capilla acompañando al cura y a un par de mujeres en los rezos de la hora nona. Artal se unió a ellos y a la salida conversaron mientras paseaban.

—¿Sabéis? —le dijo Artal, melancólico, y se detuvo para contemplar la ciudad desde lo alto de la muralla—. A veces echo mucho en falta a mi madre.

—Yo también a la mía.

—La mía está muy lejos, allá en Montpellier. ¿Dónde tenéis a la vuestra?

—En el castillo de Mequinenza.

Artal se sobresaltó. ¡Estaba viva! ¡Mequinenza! ¿Había dicho Mequinenza?

—¿Y también se encuentra muy lejos? —dijo tratando de disimular su emoción.

—No, a poco más de una jornada a caballo de aquí, río arriba.

—¡Sois afortunado! Hay que cabalgar semanas para llegar a Montpellier.

Artal procuraba contener su alegría concentrándose en el paisaje. ¡Mequinenza! ¡Estaba viva! Pero ¿qué hacía su madre allí? ¿Había ido por voluntad propia o la habían secuestrado? Tenía que estar prisionera, de lo contrario hubiera enviado un mensaje a Clara.

—Que no se enteren ni don Berenguer ni doña Galbors de que te lo he contado.

—¿Por qué habrían de molestarse? —inquirió Artal fingiendo inocencia.

—Es una historia larga y triste. Y te ruego que mantengas nuestra conversación en secreto.

—No os preocupéis, Galcerán. Nunca lo sabrán. —Y le dio un abrazo.

El joven se sorprendió ante aquella muestra de afecto. Al principio quiso rechazar el estrujón, pero Artal lo mantuvo y al final terminó cediendo con un suspiro parecido a un sollozo.

—Contadme esa historia… —Se contuvo para no añadir «hermano»—. Aunque sea larga y triste.

—No puedo, Ramón —murmuró llorando—. Te juro por Dios que no puedo.

62

—Todo esto es muy extraño —dijo Roger cuando Artal terminó su relato—. Me cuesta creer que secuestraran a tu madre para llevarla tan lejos.

—Galcerán no ha dicho que la secuestraran.

—No tiene lógica. —El capitán hablaba lento, pensativo—. Tu hermano no es un chico normal. Quizá esté alterado por todo lo que ha tenido que sufrir aquí. ¿No hablará de una madre imaginaria?

—¡Qué decís! —exclamó Artal—. ¡Tiene que ser ella!

—Sea como fuere, debemos partir de inmediato para Mequinenza.

—¿No podríamos salir mañana por la tarde? Prometí verme con Blanca, quizá esta vez pueda sonsacarle alguna información.

—¡Estás loco! —gruñó Roger—. Olvídate, no vas a correr ese riesgo. Ya tendrás tiempo para jugarte el pellejo rondando damitas, si es lo que quieres. Pero cumplamos antes con nuestra misión.

Artal afirmó con la cabeza.

—Blanca forma parte de nuestra misión —objetó en un murmullo.

—En la cena averigüé algo más sobre los Entenza —continuó Roger—. Me dijeron que en Mequinenza vive Alamanda, una de las hijas de Galbors y Berenguer.

—¿Y qué hace allí?

—La versión oficial es que acompaña a su prima, Elisenda de Queralt, que ha enviudado. Elisenda es la abuela materna de Blanca,

tu damisela y sobrina política de Galbors, que es también abuela (en este caso, por parte de padre) de tu enamorada.

—¡Qué lío! ¡Me pierdo!

—Yo también. Las grandes familias conciertan matrimonios entre ellas para establecer alianzas y paces, lo que no impide que continúen matándose. Pero quienes en realidad pagan el pato, perdiendo la vida, pasando hambre, sufriendo prisión y esclavitud, son sus pobres vasallos.

—¿Creéis que esas mujeres son las carceleras de mi madre?

—No lo sé, no termino de entender lo que ocurre. Tenemos que ir allí.

Aquella noche, después de la cena y finalizada su actuación, Roger y Artal se acercaron a la mesa de los señores y, tras una profunda reverencia, el trovador comunicó a doña Galbors y a su hijo Berengueró que, con su permiso, partirían al día siguiente.

—Id en buena hora —dijo la señora de Mora—. Habéis estado lo suficiente para alegrarme la vida, pero no tanto como para amargármela.

Lanzó una mirada a Artal y rápidamente la desvió hacia a su nieta Blanca. Algo debió de percibir, porque frunció el cejo y añadió:

—Hacedlo al amanecer; cuanto antes, mejor. Mi mayordomo os dará provisiones y algunas monedas.

Artal notó el cambio en la voz de la mujer y se dijo que no debía mirar a Blanca, que le observaba con lánguida tristeza. La vieja sospechaba. Pero le era difícil dejar de admirar aquellos ojos azules.

—Gracias, señora —dijo Roger—. Conservaremos el grato recuerdo de vuestra hospitalidad y vuestra generosidad. Y la de

vuestro hijo Berengueró.

—¡Id con Dios! —concluyó la mujer.

¡Los estaba echando! Alarmado, Artal se dijo que con semejante despedida sería difícil regresar.

—Pero volved en diez días —intervino Berengueró.

Doña Galbors le lanzó una mirada iracunda, aunque eso no pareció importarle a su hijo.

—Mi padre y mi hermano estarán de regreso para entonces, después de jurar fidelidad a Jaime de Sicilia, y ahora también de Aragón, en Zaragoza —añadió—. Querrán oír de viva voz sobre la caída de San Juan de Acre y lo del de Vilalba.

—Gracias, señor —repuso Roger haciendo otra reverencia.

Artal le imitó al tiempo que notaba, incómodo, cómo los ojillos de doña Galbors se clavaban en él.

Cuando se separaron para irse a dormir, Roger advirtió al chico:

—Será mejor que doña Galbors no nos vea por aquí cuando se levante. Podemos considerarnos muy afortunados de que Berengueró nos haya invitado a volver.

—No puedo estar más de acuerdo. No quiero que la vieja se enfade.

Al día siguiente estaban tocando laúdes cuando el mayordomo les entregó unas provisiones y una bolsa con seis sueldos y seis dineros jaqueses. Después, Artal y Roger partieron a toda prisa.

Cruzaron dorados campos de rastrojos de cereal, y también otros donde solo quedaban troncos de almendros y olivos talados, viñas arrancadas y las ruinas de unas casas con las vigas carbonizadas. Eran testimonios de las razias, de uno y otro bando. Luego el camino

seguía a través de un pinar quemado.

—¡Cuánta miseria trae la guerra! —murmuró Roger.

—Es desolador —dijo Artal—. ¿Qué pudo hacer mi tío para desatar tanto odio?

—Espero saberlo algún día —murmuró el capitán.

Y el joven rezó, entristecido, por las víctimas inocentes del conflicto.

63

El mayordomo del castillo de Mequinenza los condujo al primer piso y les pidió que esperasen en una sala desde cuya ventana, a gran altura, se contemplaba la confluencia del río Segre con el Ebro. También el pueblo y una amplia extensión de campos y montes arbolados. Artal estaba nervioso y medía la estancia de uno a otro extremo a largos pasos. Se detenía en la ventana, miraba y reemprendía el recorrido.

—¡Tranquilízate! —le aconsejó Roger—. No sabemos si tu madre estará con la señora del castillo. Pero si lo está y la reconoces, disimula.

—¡Es que apenas la recuerdo! —repuso angustiado—. ¡No la recuerdo! Solo sé que tiene los ojos color miel, parecidos a los de mi hermana.

—Debes fingir aunque la reconozcas. Nadie puede saber que eres su hijo. Si se supiera, la noticia correría y pronto lo sabrían los Entenza.

La espera se le hacía angustiosa y continuó caminando como un león enjaulado. Tenía el corazón en un puño. De repente, un suave golpeteo en la puerta le sobresaltó.

—Doña Elisenda os recibirá ahora —dijo el mayordomo.

Le siguieron por unas escaleras de lo que parecía una torre y después por un corredor. Artal iba con el alma en vilo. El hombre llamó a una puerta y, al recibir permiso, la abrió. Hizo una reverencia

y anunció:

—¡Roger de Brindisi, caballero y trovador, y su juglar Ramón de Montpellier!

La luz entraba a raudales por un ventanal doble que había en la pared frontal. Allí se encontraban cuatro mujeres, tres bordaban y la cuarta sostenía un libro del que leía a las otras. Una de ellas apartó su labor, se levantó y avanzó un paso.

—¡Doña Elisenda de Queralt, señora del castillo! —anunció el mayordomo.

La dama superaba los cuarenta y cinco años. Vestía una gonela negra de cuello cerrado y la ceñía con un pañuelo blanco, cuyo extremo llegaba al borde inferior de la falda; se cubría con un tocado del mismo color, que le ocultaba el cabello. Artal se dijo que tenía los mismos ojos azules que su nieta Blanca.

Roger avanzó unos pasos, se quitó el gorro en señal de respeto e hizo una genuflexión. La mujer le tendió la mano, que él besó. El chico hizo lo mismo.

—Mi mayordomo dice que venís de Tierra Santa y que cantáis a nuestros héroes —dijo doña Elisenda sonriendo.

Artal apenas atendía. Observaba a las otras damas. ¡Una de ellas tenía que ser su madre! La emoción le oprimía la garganta. Descartó a la del libro, mayor que la señora del castillo, y se concentró en las otras dos. Le costaba calcular las edades, pero ambas superaban los treinta años sin llegar a los cuarenta. Como su madre.

—Así es, señora —contestó Roger.

La mirada del chico iba de una a otra. ¿Cuál sería? Las dos tenían los ojos del color entre castaño y miel, y vestían de forma parecida a la anfitriona. Estaba muy nervioso, Roger se dio cuenta y le lanzó

una mirada de advertencia.

—Nos complacerá escuchar vuestras trovas después de cenar —añadió la dama.

Artal veía rasgos familiares en ambas y no distinguía qué ojos se asemejaban más a los de su hermana.

—Será un placer, señora.

De pronto, una de ellas clavó su mirada en Artal, fija, sin pestañear, y él sintió que se le salía el corazón. «¡Es ella! ¡Me ha reconocido!». La dama soltó un grito agudo, apartó sus labores de un manotazo y se levantó sin dejar de mirarle. Artal desfallecía. ¡Era su madre! ¡Pero tenía que disimular! «¡Dios mío, ayúdame!». Ella dio dos pasos indecisa y después se precipitó hacia él. Clavó las rodillas en el suelo y exclamó:

—¡Bendito sea el Señor, que te ha hecho regresar sano y salvo!

Le tomó las manos y empezó a besárselas. Artal permaneció inmóvil, pero notó que sus ojos se humedecían y tuvo que esforzarse para evitar que las lágrimas comenzaran a deslizarse por sus mejillas. ¡Era su madre! Pero debía fingir que no la conocía. Ella lloraba mojándole las manos.

—¡Por el amor de Dios, comportaos! —chilló, escandalizada, doña Elisenda, alzando la barbilla.

—¡He rezado tanto para que no te mataran los sarracenos! —clamó la mujer sin atender a la señora del castillo.

Le contemplaba desde abajo con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa en los labios. Él deseaba abrazar-la, pero algo en todo aquello le resultaba extraño y no se movió.

—¡Levantadla! —ordenó doña Elisenda—. ¡Y llevaos a estos hombres!

Las damas acudieron raudas y la tomaron por los brazos.

—¡Dejadme! —suplicaba ella—. ¡Dejadme con él!

El mayordomo se interpuso entre ellos y las mujeres, empujándolos hacia atrás. Artal en un principio se resistió, no quería separarse, pero Roger tiró de él con fuerza.

—¡Vámonos!

El mayordomo los instaló en una estancia cercana a las caballerizas del patio y luego los dejó a solas.

—¡Tienen prisionera a mi madre! —clamó Artal.

—Bueno, al menos sabemos que está viva —dijo Roger—. Y que su cautiverio no es, de ningún modo, severo. No está en un calabozo, ni encadenada, ni la rodean fieros carceleros. Sin embargo, me ha sorprendido la reacción de la señora de Mequinenza. Hay algo raro. ¿Por qué querrían esas mujeres separarla de su hijo?

—¡Ellas! ¡Esas mujeres son sus carceleras!

—Pero la tratan como a una dama de alcurnia. Hace lo que las demás y parece gozar de una relativa libertad.

—¡Tengo que hablarle!

—Hay que ir con cuidado. Te ha reconocido en público. ¡Estamos en peligro! Aunque no parecía que le diesen mucha credibilidad a tu madre. Eso nos puede salvar. Ahora tendremos que negar de forma convincente que tú seas su hijo y lograr que doña Elisenda se lo crea. Después averiguaremos dónde la tienen y cómo puedes acceder a ella para hablar a solas. Y que nos cuente lo que ocurre. Solo después de eso y de estudiar muy bien la distribución del castillo, sus costumbres y las posibles vías de escape, nos

plantearemos rescatarla.

—Necesito besarla, abrazarla, decirle que la quiero, que la he echado mucho de menos, charlar con ella…

—Sé paciente, tranquilízate. Al fin la hemos encontrado. Y está bien. Cualquier precipitación puede resultar fatal.

—Tenéis razón. Haré lo posible, aunque el corazón me puede.

—Pues imponte a él, al menos de momento. De ello depende nuestra vida. Hemos de convencer a doña Elisenda de que tu madre se equivocó al creer reconocerte. ¡Tenías ocho años la última vez que te vio!

—¡Ruego a Dios que no insista en sus súplicas y sus llantos! —exclamó Artal—. ¡No podría soportarlo!

—La vida en un castillo, alejada de la corte, es monótona —explicaba doña Elisenda—. Y más para una viuda. No acostumbran a venir por aquí trovadores que podamos sentar a nuestra mesa. Todo lo más, juglares y comediantes de baja ralea que en ocasiones resultan soeces. Más de uno se ha llevado de aquí unos vergajos por grosero. Se creen que me reiré con las mismas procacidades con las que se ríe el vulgo. Y se equivocan.

Roger se encontraba cenando en la mesa de doña Elisenda, a la que acompañaban dos de sus damas. Pero no la madre de Artal. El chico lo hacía en la mesa del mayordomo, con el jefe de armas, varios capitanes, la gobernanta y otras doncellas. La ausencia de su madre le inquietaba. ¿La habrían encerrado en una mazmorra?

—Espero que la dama que…

—Está bien —interrumpió la señora a Roger—. La presencia de extraños acostumbra a alterarla. Por eso he creído conveniente que

se le sirva la cena en su estancia.

—Me alegro de que se encuentre bien —dijo Roger. Cumplida la cortesía, decidió no insistir y se dijo que esa presunta alteración jugaba a su favor—. Me pregunto, señora, qué tipo de canciones apreciáis más. Tenemos una amplia variedad.

—Seguro que las escogeréis bien. Pero antes deseo gozar de la charla. Vos sois extranjero y habréis recorrido muchos países. Habladnos de Tierra Santa, de Chipre y de Italia.

Las otras damas asintieron en señal de aprobación.

—Lo haré encantado, señora.

—No nos han descubierto —dijo Roger cuando, terminadas la cena y su actuación, se retiraron para acostarse—. Doña Elisenda considera lo ocurrido una chaladura de tu madre. Dice que está alterada.

—¿Tan poco creíble es mi madre? —preguntó Artal, descorazonado.

—Eso parece. Y es bueno que así sea. Nos va la vida.

—Las habitaciones de las damas se encuentran en el segundo piso, dan a levante y se accede a ellas por el pasillo del comedor —le susurró Artal a Roger después de la comida del mediodía del siguiente día.

—Tu madre tampoco se ha presentado hoy.

—Ya —repuso Artal, preocupado—. También me he enterado de que tienen unos calabozos excavados en la roca a los que se llega por las escaleras del aljibe. Se entra por una puerta que hay al lado de las caballerizas.

—No creo que la tengan allí. Estará en una habitación atendida por su doncella. Recuerda que la señora del castillo la trataba como a una de sus damas.

—¡Más le vale!

—Haremos lo siguiente: si no se presenta a la cena, alega que tienes una necesidad perentoria. Sal del comedor por el pasillo de levante y golpea las puertas de las habitaciones. Mientras, entretendré al resto de las damas con mi charla. Si obtienes respuesta, seguro que es tu madre.

—De acuerdo. Por lo que tengo visto, la guardia del castillo es abundante en puertas exteriores y almenas, aunque no en el interior. Pero puedo toparme con su doncella.

—Ya la he identificado. Este mediodía salió de la cocina con una bandeja y cruzó el comedor. Seguro que se dirigía a las habitaciones de levante con la comida de tu madre. Ayer noche la vi hacer lo mismo. Espera a que regrese y entonces ve tú. ¡Solo encuéntrala! No hables con ella ni entres en la estancia, aunque se te presente la oportunidad. ¡No tendrás tiempo! Esperaremos a la noche, cuando las damas duerman.

La madre tampoco apareció en la cena y Artal estuvo vigilando a la doncella. Esperó a que regresara y se disculpó con los comensales alegando dolor de vientre. El jefe de la guardia se burló del poco aguante de las tripas occitanas a la comida aragonesa. Hubo risas en la mesa. El juglar apreció la gracia con una sonrisa apurada, se puso una mano en la barriga y salió apresurado. Pero en lugar de tomar las escaleras hacia el patio y los establos, se dirigió al corredor de la derecha. La única luz era la del atardecer que entraba por un ventanuco al fondo. Artal fue palpando las puertas y las golpeaba.

Llegó a una distinta. Una barra de madera la atrancaba por fuera. Quien la ocupase estaba encerrado. ¡Tenía que ser su madre! Sintió que su corazón se encogía cuando la golpeó suavemente con los nudillos.

—¿Quién es?

Reconoció su voz, pero se quedó inmóvil, acariciando la puerta sin responder. Tragó saliva, emocionado. No podía contestar, ahora no.

—¿Eres tú? —susurró ella, pegada a la puerta.

Tampoco respondió.

—¡¿Eres tú?! —Era un grito desgarrador.

Artal, sobresaltado, echó a correr palpando las paredes para no tropezar.

64

—Prepárate para lo peor —le dijo Roger cuando Artal terminó su relato—. Quizá tu madre haya perdido la razón.

—¡Al igual que mi hermano! ¡Malditos sean los Entenza! ¡Juro que les haré pagar por ello!

—¿Cómo, infeliz? —El capitán sonrió con tristeza—. ¿Aún no comprendes lo poderosos que son?

Su mirada hizo que Artal bajara la suya. Tenía razón. Ellos eran muchos y poderosos, y él, un joven de dieciséis años disfrazado de juglar.

—A lo más que puedes aspirar es a rescatar a los tuyos. Y, con suerte, al apoyo del Temple para obtener algo de justicia. Pero antes te exigirán pruebas.

Artal, que seguía cabizbajo, asintió. El capitán siempre le convencía.

—Y la justicia mundana protege al poderoso —concluyó Roger.

Aguardaron a que los asistentes al rezo de completas regresaran de la capilla del castillo y se recogieran en sus estancias para acostarse. Al rato salieron al patio y, a la luz de las estrellas, localizaron las escaleras que conducían al primer piso. Artal llevaba un candil oculto y descubrió su tenue llama. Ambos subieron hasta la puerta del comedor. Roger se quedó de guardia en la oscuridad mientras Artal se internaba en el pasillo. Su corazón latía emocionado. ¡Iba a encontrarse con su madre!

Avanzó cauteloso. Cruzó frente a una estancia en cuyo interior se oía a una mujer orando y, dos puertas más allá, dio con la que estaba atrancada por fuera. Golpeó suavemente, rezando para que su madre no chillara.

—Soy yo —susurró pegado a la puerta—. ¡Soy yo!

Escuchó un ruido y después pasos que se acercaban.

—¿Eres tú? —interrogó ella en un cuchicheo.

—Sí —contestó aliviado—. ¿Puedo entrar?

—Sí, entra.

Artal dejó el candil en el suelo, retiró la barra, empujó la puerta y esta se entreabrió con un leve chirrido. Tomó de nuevo el candil y entró con él por delante. La habitación estaba a oscuras y percibió un tufillo. Su madre le miraba con los ojos muy abiertos y una sonrisa. Él cerró la puerta a su espalda.

—¡Gracias a Dios! —musitó ella—. ¡Te he esperado tanto tiempo!

—¡Os he echado mucho de menos! —dijo Artal.

Ella lo abrazó con fuerza y él apartó el candil para no quemarla. ¡Cuánta dicha! Al sentir su cuerpo, tierno, acariciador, empezó a relajarse con su calor. Recuperó un recuerdo olvidado de caricias y ternuras en su infancia. Reparó en que por debajo de la falda había algo duro, pero no le dio importancia. ¡Al fin estaba con su madre! Recuperaría el tiempo, el amor perdido.

Ella se separó un poco y le besó en la boca. Artal se sorprendió, y más cuando su lengua trató de penetrar en su interior.

—¡Madre! —exclamó distanciándose.

Aquel no era el beso que esperaba. Estaba sobrecogido, no podía creerlo.

—¡He rezado tanto por ti! —dijo ella—. Para que no te mataran

los sarracenos. ¡Te he esperado tantos años! Y ahora regresas. Me sacarás de aquí, ¿verdad? ¿Me llevarás contigo?

—Sí, claro. Pero antes…

—Te amo igual que el día que te fuiste. ¡Mi querido Ramón! —Y trató de besarle de nuevo en la boca.

Artal sintió un escalofrío y se apartó.

—¿Ramón?

—Sí, Ramón.

—Yo no soy Ramón.

—¡Pues claro que sí!

Él iluminó aquel rostro que le miraba con los ojos desorbitados.

—Yo no soy Ramón.

—¡Lo eres! —Ella sonreía feliz—. Reconocería tus ojos verdes entre mil. Tu sonrisa, tu pelo, tu cuerpo. ¡Eres tú! Lo supe en cuanto te vi. Has regresado como prometiste. ¡Oh, mi trovador!

—¿De qué Ramón habláis?

Ella le contempló sorprendida unos instantes.

—De ti. De Ramón de Vilalba, el trovador que me robó el corazón. —Y sonrió.

Él empezó a comprender.

— No, os equivocáis. Ese no soy yo. Ramón de Vilalba era mi tío.

—¿Tu tío? —Ella volvió a repasar con la mirada sus facciones—. ¡No! ¡Eres tú!

—¿Quién sois vos, señora?

—¡¿Quién voy a ser?! ¡Alamanda de Entenza! ¡Tu dama!

Artal la observó horrorizado. Sus sueños se desmoronaban al tiempo que le asaltaban mil dudas. Y el desaliento. Se sentía abrumado, incapaz de reaccionar.

—Pero… —balbució.

—No bromees con eso. —Volvió a sonreír y le tendió los brazos—. ¡Abrázame!

Él dio un salto hacia atrás y se iluminó el rostro con el candil.

—¡Por el amor de Dios, señora! ¡Miradme bien! ¡Tengo dieciséis años! Todos dicen que me parezco a mi tío, pero él estaría hoy por cumplir los cuarenta. ¡No puedo ser él!

Ella lo observó frunciendo el ceño.

—¿Qué bebedizo te dieron los sarracenos para que tengas ese aspecto?

—No soy él, señora. No soy él. Le vi morir. ¡Vi cómo los mamelucos le mataban!

Alamanda abrió aún más los ojos y soltó un aullido estremecedor. Artal se precipitó sobre ella para taparle la boca.

—¡Me dio un mensaje de amor para vos antes de morir! —le mintió al oído. Fue lo primero que se le ocurrió—. Si chilláis, tendré que irme sin entregarlo.

Era preciso que se calmara.

—Os lo suplico, señora, no gritéis. Si me descubrís, soy hombre muerto.

Alamanda empezó a llorar en silencio y él la soltó.

—He venido de Tierra Santa para daros ese mensaje. Era su última voluntad. ¿Lo queréis escuchar?

Ella afirmó con la cabeza, pero luego le arrebató el candil para revisar de nuevo sus facciones.

—Sois joven, muy joven.

—Él era mi tío, doña Alamanda, y debo deciros que os amó hasta el final.

—¡Íbamos a casarnos!

—¡Y los malvados lo impidieron! —Artal se arriesgó a adivinar.

—Sí. ¡Malditos sean!

—¡Vuestros padres!

—Sí. ¡Maldito sea el orgullo de los Entenza! Él era un caballero pobre, demasiado poco para ellos.

—Y lo alejaron.

—¡Querían matarlo! ¡Tuvo que huir!

—¡Porque os amaba!

—Y a mí me condenaron a los mayores sufrimientos. ¡Me encerraron en un convento peor que la cárcel! Y a ser viuda sin haberme casado.

—¡Qué injusto!

—¡Mira!

Llevó el candil a la altura de sus rodillas y se levantó la falda de la gonela. El hedor que Artal notó al entrar se intensificó.

—¡Mira! —insistió subiendo la voz.

Artal, muy a su pesar, miró ante el temor de que gritara. Vio una estructura de hierro oxidado, con un enrejado en la entrepierna, sujeto a su cintura y sus pantorrillas. Era lo que había notado al abrazarla.

—¡Mira bien!

Y pudo ver carne enrojecida y llagas.

—¿Qué es? —exclamó horrorizado.

—Un cinturón de castidad. Lo llevo desde que parí a mi hijo a los dieciséis años.

—¿Un hijo de mi tío? —Artal no salía de su asombro.

—¡Naturalmente! ¡Solo podía ser de él! No he conocido a otro

hombre.

Se quedó mudo de asombro.

—¡Y a mi pobre hijo le condenaron a ser un huérfano! ¡Peor que eso! ¡A ser un bastardo!

—¿Vive?

—Sí, gracias a Dios. Tiene ahora dieciocho años.

—¿Cómo es que no le he visto nunca?

—Vive en Mora.

—¿En Mora?

—Sí.

—Venimos de allí. Y tampoco le he visto.

—Lo reconocerás en cuanto lo veas. Tiene tus mismos ojos, como los de tu tío.

La evidencia enmudeció a Artal y se quedó mirándola atónito.

—Tengo que irme ahora, doña Alamanda —dijo cuando pudo reaccionar—. Os ruego que no le habléis a nadie de nuestro encuentro. ¡Me costaría la vida!

—No lo haré, pierde cuidado.

—¿Puedo visitaros de nuevo?

—Sí, pero antes de irte dime qué mensaje te dio Ramón para mí.

—Que siempre os quiso, que jamás os olvidó, y que se llevaría vuestro recuerdo y el de vuestro amor a la tumba.

Alamanda se cubrió el rostro con las manos y estalló en sollozos.

Cuando salió de aquella estancia, Artal estaba completamente abatido. Tuvo que apoyarse en la pared, sentía que le fallaban las piernas. Temía no poder librarse del hedor que desprendía la falda de Alamanda y recordaba con repulsión su intento de besarle como si de su amante se tratara. Hizo por olvidarlo, no quería vomitar.

Pero eso era solo una pequeña parte de lo que sentía. Aquella mujer deliraba. Había perdido la razón esperando eternamente a su amado, y él se había visto obligado a mentir inventando algo que aliviara su desconsuelo. Era trágico. Además, tenía momentos de lucidez, lo que sin duda acrecentaba su sufrimiento al ser consciente de su propia locura y miseria.

Por otra parte, pensaba que su querido tío se aprovechó de una niña, causándole un dolor indescriptible. Había sido un modelo para él y saber aquello le provocó un desgarro, le decepcionó por completo. Y había que añadir lo de su hermano… Por suerte, le esperaba Roger. Necesitaba contárselo, aliviar su alma compartiendo aquella terrible historia.

65

—De modo que quien creíamos tu madre no lo es —dijo Roger, pensativo—. Y al que teníamos por tu hermano resulta que es tu primo, el hijo de tu tío.

—Eso parece.

Artal estaba devastado. Todo había sido una vana ilusión. Y un terrible desencanto.

—¡Menuda sorpresa!

—¡Horrible! —murmuró el chico—. Ahora empiezo a entender cosas que no lograba explicarme. Por ejemplo, cuando esa bruja de Galbors apartó de malos modos al que creía mi hermano llamándole «bastardo». ¡A su propio nieto! Le hace comer en la mesa de los segundones, separado de la familia, porque es un nieto ilegítimo.

—No comprendo por qué los Entenza, en lugar de aceptar el matrimonio con tu tío, condenaron a su hija a ese infierno y a su nieto a la bastardía.

—Tienen un orgullo desmesurado. Mi tío era un caballero, pero pobre y de rango inferior.

—Aun así, sigo sin entender una actitud tan cruel, tan extrema, tan vengativa. Y eso nos abre nuevos interrogantes. ¿Qué le ocurrió a tu verdadero hermano?

—¿Y dónde está mi madre, si es que sigue viva? —susurró, pensativo, Artal—. Debemos agotar las posibilidades. Puede que la tengan aquí, en un calabozo.

—Lo investigaremos. Pero dudo que esté aquí. Y en cuanto a tu hermano, está muerto.

—¿Qué os hace pensar eso?

—Le llevaron a Mora con cinco años. No era un chico fuerte y no creo que lo trataran muy bien. Murió o le mataron. Y la vieja decidió vengarse de tu familia haciendo pasar a tu primo bastardo, con la misma edad y los mismos ojos, por tu hermano. Y así se apoderaba de Vilalba. Una jugada redonda.

—Pero mi madre sí diferenciaría a mi hermano de mi primo. Por eso no dejaban que lo viera. Y si ella moría sin saber del engaño y sin denunciarlos…

—Tu primo heredaba Vilalba.

—Pero mi madre ha desaparecido. Quizá no esté muerta. Tal vez huyera.

—Da lo mismo. Porque en ausencia del cuerpo, el obispo de Tortosa proclamará a tu primo señor de Vilalba transcurrido un tiempo. Por eso quieren matarte. Su plan no es del todo sólido y, una vez muerto tu hermano, tú pasas a ser el heredero.

—Si mi madre estuviera viva, todo sería más fácil.

—¡Busquémosla!

Roger vio aliviado que Alamanda se sentaba a la derecha de la señora del castillo durante la comida del mediodía. Parecía haber recuperado las formas.

—No tuve ocasión de presentaros a mi querida prima, Alamanda de Entenza —dijo doña Elisenda.

—Encantado, señora —dijo Roger—. ¿Lleváis mucho tiempo en Mequinenza?

—Desde que salí del convento hace un par de años —respondió ella tras un instante de vacilación—. Quiero a mi prima mucho más que a mis padres.

—¿Qué cantaréis hoy en la sobremesa? —intervino doña Elisenda.

Roger comprendió que quería desviar la conversación.

—Las trovas sobre la caída de San Juan de Acre, si gustáis. Y alguna canción amorosa…

—Está bien lo primero —dijo la señora con una sonrisa cortés—. Aunque las damas apreciaremos más lo segundo.

Artal no perdía de vista a Alamanda. Le sorprendía la calma y la cordura que mostraba, por mucho que tuviera a su doncella siempre cerca y vigilante. Sin embargo, cuando en la sobremesa cantaron la muerte de Ramón de Vilalba, la mujer profirió un grito espantoso.

—Dios mío, ¡qué desgracia! —Y se puso a sollozar en alto—. ¡Qué tragedia!

Doña Elisenda trató de apaciguarla y su doncella acudió de inmediato.

—¡El infortunio me persigue! —clamó—. ¿Por qué siempre a mí?

La ayudaron a levantarse y la doncella la acompañó a su habitación sin que ella se resistiera.

—Podéis continuar, Roger —dijo la señora cuando Alamanda hubo salido del comedor—. Disculpad a mi prima, está delicada y se ha enterado de la muerte de una persona muy querida.

—Soy yo. ¿Puedo entrar? —susurró Artal una vez terminó el rezo de completas y el castillo quedó en silencio.

Alamanda también había asistido a la cena y mantuvo la

compostura. Aunque no participó en el diálogo que doña Elisenda y Roger propiciaban.

—Entra, Artal.

Oír su nombre tranquilizó al joven. Temía que le confundiera de nuevo con su tío. Ella se aseguró de que la puerta quedara cerrada, se sentó en la cama y le ofreció un escabel para que hiciera lo mismo. Artal observó que el único ventanuco de la estancia estaba enrejado. Alamanda no podía saltar.

—Háblame de él —le pidió con una sonrisa nostálgica.

El chico se puso a contar anécdotas de su tío, ensalzando su valor, su ingenio y su gracia, intercalando comentarios sobre lo mucho que él la añoraba. Añadió que Alamanda era su gran y único amor, y que se lamentaba de la fatalidad que los separaba.

—¡Sí! Es cierto, la fatalidad —repitió ella, y lloró con una sonrisa en los labios.

Artal se dijo que no podía ser pecado contar unas mentirijillas que hicieran feliz a aquella desdichada.

—Contadme ahora vos —le pidió al rato—. ¿Cómo conocisteis a mi tío?

—Nunca me llevé bien con mi madre —explicó—. Y logré que me dejara vivir aquí con mi prima, que aún no había enviudado. Un día apareció Ramón con su escudero Ecart, tal como vosotros hicisteis. Era hermoso como un arcángel y cantaba al amor. Yo tenía quince años y me enamoré con locura. Cuando me miraba, me sentía morir. A los pocos días empezamos a vernos a escondidas. ¡Qué tiempo tan hermoso! ¡De primavera, de flores, vino y amor!

—¿Y no os denunció vuestra doncella?

—Me era fiel. Y se enamoró de Ecart. Ellos se iban con sus

poemas a otros lugares, pero regresaban con sus canciones llenándolo todo de amor y alegría. Y entre esas idas y venidas me quedé encinta.

—¿Y qué hicisteis?

—Se lo conté a mi prima. Puso el grito en el cielo, pero yo sabía que me ayudaría. Habló con Ramón. Él dijo que me amaba y que se casaría conmigo. ¡Cuando lo supe, casi muero de felicidad!

—¿Y qué ocurrió cuando vuestros padres lo supieron? —inquirió Artal temiendo la respuesta.

—Estallaron en cólera y culparon a Elisenda. Mi padre salió con sus caballeros para matar a Ramón, que se refugió en Ascó. Finalmente, el comendador y mi prima convencieron a mi padre, que no disponía de fuerzas para asaltar el castillo del Temple, para que aceptara, como mal menor, nuestra boda.

—¿Y os casasteis?

—¡No! Estábamos a punto de hacerlo cuando intervino la fatalidad.

—¿Qué pasó?

—¡El diablo, que siempre desbarata lo hermoso!

—¿Y qué ocurrió?

—Mis padres se enteraron de que mi doncella, a la que culpaban porque su obligación era guardarme, también estaba embarazada. De Ecart, el escudero de tu tío. Y su cólera fue aún más furibunda. Tanta que dijeron que aquello era un insulto y que no habría boda. Mi padre se fue con sus caballeros a Vilalba, donde sabía que se encontraba Ramón. Quería matarle. Tu padre le defendió y en la batalla murieron varios, entre ellos Ecart. Pero mi prima había avisado al comendador del Temple de Ascó, que se presentó en

plena batalla con un buen número de caballeros y separó a los contendientes. Y mis padres tuvieron que negociar con los templarios. Estaban furiosos. Al final se llegó a otro acuerdo: tu tío se uniría al Temple para ir a Tierra Santa y, a cambio de su vida, tus padres se harían vasallos de los míos.

—¿Y qué os ocurrió a vos?

—La cólera de mis padres apenas había disminuido. Y nos encerraron a mí y a mi doncella en una torre. El primer día acudieron con un verdugo y a ella la reprendieron severamente, para después desnudarla y propinarle veinte latigazos. —Se puso a llorar —. La culpaban de mi embarazo. A mí me obligaron a presenciar su suplicio. Era mi mejor amiga y la quería. ¡Y estuvo a punto de morir! Nos tuvieron una semana a pan y agua. Yo trataba de curarla, pero poco podía hacer.

—¡Y estabais las dos embarazadas!

—Sí. Al cabo de una semana regresaron, volvieron a desnudarla y el verdugo le propinó otros veinte azotes. ¡Sobre las heridas aún abiertas! ¡Salpicaba sangre! ¡Era horrible! Tenía la espalda en carne viva. Con cada uno de sus lamentos se me iba la vida. ¡No sabía qué hacer para curarla, para aliviar su terrible dolor! ¡Pobrecilla! Y después otra semana a pan y agua, y luego más latigazos. Ya no podía andar, estaba tumbada boca abajo, medio muerta. Así hasta la quinta semana, en la que tras los azotes, desnuda como estaba, la ahorcaron en el patio. Y me obligaron a verlo. Luego colgaron su cuerpo frente a la única ventana de la estancia donde me tenían encerrada. Cada vez que miraba fuera veía su cadáver pudriéndose. Y así hasta que parí.

—¡Espantoso! —Artal tenía un nudo en la garganta.

—Recién parida, me pusieron el cinturón de castidad y me encerraron, junto a mi hijo Pere, en un convento. A él lo liberaron cuando tenía siete años para llevarlo a Mora. Y yo pasé dieciséis años allí, hasta que hace dos años mi prima logró que se apiadaran de mí y le permitieron traerme aquí.

—¿Y qué sabéis de vuestro hijo? ¿Cómo le va en Mora?

—Es infeliz. Dice que sus abuelos son mala gente. Y tiene razón.

—¿Sabéis qué pasó con mi madre?

—No. No sé nada de Eleonor de Vilalba, ni de Vilalba, ni tampoco de Mora. Ni lo quiero saber.

Al salir, Artal tuvo que apoyarse de nuevo en la pared para no trastabillar en el oscuro pasillo. Era una historia terrible. ¿Hasta dónde llegó la inconsciencia de su tío y la crueldad de los Entenza? Necesitaba compartirlo con su amigo.

66

Tras abandonar Mequinenza, Artal y el capitán atravesaban los montes de pino blanco de Almatret camino de Ribarroja, con la intención de cruzar el Ebro en una barcaza de la encomienda templaria. Después continuarían bordeando el río hasta Flix y Ascó.

—Me hubiera gustado escuchar la versión de doña Elisenda, la señora del castillo, pero era demasiado arriesgado preguntarle —dijo Roger—. No podemos saber qué hay de cierto en lo que cuenta Alamanda. Ni qué va a hacer. Dios quiera que no nos delate.

—Me prometió que guardaría el secreto —dijo Artal—. En memoria de mi tío.

Tras diez horas de viaje, llegaron a Ascó poco antes de la puesta de sol. La ciudad, amurallada por tierra, se extendía entre el río y un monte sobre el que se alzaba el castillo del Temple, que la protegía. No obstante, el promontorio del castillo de Ascó no era tan alto como el de Mequinenza ni tan cercano al río como el de Mora.

Cuando cruzaban las puertas de la ciudad, tres toques de campana anunciaron vísperas. Se ponía el sol. Al poco oyeron el canto del muecín que llamaba a la oración desde la mezquita del barrio musulmán.

Subieron la empinada cuesta del castillo y los recibió el comendador. Tendría unos cuarenta años, lucía barba oscura y se cubría con un bonete gris, el color de su hábito. Había recibido instrucciones de Barcelona y los esperaba. Los saludó con

amabilidad, pero dijo que ya era tarde y los citó para el día siguiente, después de la hora tercia, en la sala capitular.

A la hora acordada, Roger y Artal, que de nuevo vestían sus hábitos, relataron al comendador lo ocurrido con doña Alamanda de Entenza, callando los detalles escabrosos para preservar la dignidad de la dama. También omitieron lo referente a su hijo y la suplantación del hermano de Artal.

—No confiamos en la cordura de la dama, comendador —dijo Roger—. Y precisamos saber qué hay de cierto en lo que nos contó.

—De poca utilidad os puedo ser yo, ya que por aquel entonces acababa de tomar los hábitos —repuso el fraile—. Todo lo que sé es de oídas, pero llamaré a alguien que vivió los sucesos de cerca.

Al rato apareció un caballero que aparentaba más de cincuenta años, huesudo y de barba gris. El comendador le presentó como fray Antón de Camporrells, y le relataron lo ocurrido en Mequinenza.

—Aquello sucedió hace dieciocho años —explicó—. Era amigo íntimo de fray Ramón de Vilalba, que descargaba su apenada alma en mí. No soy capellán, por lo que no estoy obligado al secreto de confesión. Aun así, he callado por respeto y discreción, pero hablaré ahora con la esperanza de ayudar a la casa de Vilalba. Son buena gente y merecen librarse del yugo de los Entenza.

—Os lo agradecemos, hermano —dijo Roger, que asumía de nuevo su papel de fraile.

—El relato de doña Alamanda es cierto —continuó fray Antón—. Pero olvida mencionar a su hermana.

—¿Su hermana? —inquirió Artal.

—Sí, fue clave en esa historia.

—¿Cómo?

—Cuando se supo del embarazo de Alamanda, Ramón se refugió aquí, fuera del alcance de los Entenza. Intervinimos y logramos convencerlos para que los casaran. Así se evitaba un escándalo que mancharía el honor de la familia. Los Entenza consideraban a Ramón de Vilalba un caballero pobre, de bajo rango, indigno de su hija. Pero finalmente accedieron, aunque muy disgustados. El padre de Artal aportó algunos campos y dinero para solucionar el asunto. Todo parecía encauzado hasta que…

El fraile hizo una pausa y miró uno por uno a los presentes.

—¿Qué ocurrió? —Artal no podía contener su impaciencia.

—De pronto se supo que otra de las hijas de los Entenza, Jusiana, de solo catorce años, también estaba embarazada. —Hizo otra pausa antes de añadir—: Del mismo hombre.

—¡Válgame Dios! —exclamó el comendador, y se santiguó como si hubiera visto al diablo.

Roger y Artal, horrorizados, le imitaron.

—¡Me cuesta creerlo! —exclamó el chico.

—Pues creedlo. Berenguer de Entenza se volvió loco de rabia, se olvidó de pactos matrimoniales, incluso de proteger su honor ocultando los hechos, y fue a Vilalba a matar a Ramón. El padre de Artal salió en su defensa y murieron varios de cada bando. Ecart, el juglar y escudero al servicio de Ramón, entre ellos. También era compinche en sus juegos amorosos. Ramón seducía a la dama y Ecart a la doncella. Así fue como lograron llegar hasta donde llegaron.

—Por aquel entonces, Ramón de Vilalba acababa de cumplir veinte años —dijo Roger—. Y aunque las doncellas eran mujeres adultas, las damas Entenza eran aún niñas. Eso hace su pecado más

detestable. Era mi amigo y lo lamento.

—¡Despreciable! —exclamó el comendador.

—Tiempo tuvimos para hablar de ello, y él de arrepentirse y maldecir su alocado comportamiento —explicó fray Antón—. Era un hombre seductor, y a su personalidad simpática y atrayente se le unía su belleza física.

—Comprendo la rabia de los Entenza —dijo Roger—. ¿Con quién vivía la hermana?

—Con sus padres, don Berenguer y doña Galbors. En Mora.

—¡Entonces ocurrió en su casa, delante de sus propias narices! —El capitán no daba crédito—. No como con Alamanda, que estaba en Mequinenza.

—Eso debió de enfurecerlos aún más —confirmó fray Antón—. A esas edades, muchas damas se casan y tienen hijos. Pero con honra, con la bendición eclesiástica y con el marido acordado. Es deber de los padres asegurarse de que las damiselas estén rodeadas de la gente adecuada, desde doncellas hasta confesores y guías espirituales. Por lo tanto, los Entenza eran responsables.

—Nunca aceptarán eso —advirtió Roger.

—¿Es cierto que el comendador de Ascó se presentó con su tropa para evitar que los Entenza mataran también a mi tío y arrasaran Vilalba? —intervino Artal.

—Así ocurrió —repuso el fraile—. La señora de Mequinenza nos avisó. Logramos separar a los contendientes, nos llevamos a Ramón y dejamos un contingente para proteger Vilalba. Estábamos obligados por la ley del vasallaje.

—Sin embargo, los Entenza no se resignaron —apuntó Roger.

—En efecto —continuó fray Antón—. Ramón de Vilalba quedó

fuera de su alcance porque, pese a todo su poder, no podían sitiar y tomar una fortaleza como la de Ascó. Pero prometieron arrasar Vilalba. Estaban tan furiosos que hubieran sido capaces de pasar a cuchillo a todos.

—¿Y cómo reaccionó mi tío?

—Estaba anonadado y profundamente arrepentido. Debido a su poca edad e influido por su juglar, diez años mayor, jugó tontamente a trovadores y grandes damas del amor cortés.

—Solo que pasó demasiado pronto del amor espiritual al físico —sentenció Roger.

—Cierto —admitió fray Antón—. Ramón comprendió la desgracia que había hecho caer sobre su familia. No era un cobarde, y tomó un caballo para ir a entregarse a sabiendas de que le iban a matar. En aquel momento la cólera de los Entenza era tal que su muerte no hubiera evitado la destrucción de Vilalba. Entonces, fray Berenguer de Cardona, el actual maestre de la Corona de Aragón y Navarra, que en aquel tiempo era comendador de Ascó, tomó cartas en el asunto. No podíamos mantener un ejército para proteger Vilalba y tarde o temprano los Entenza, en un ata-que sorpresa, lograrían su propósito. Así que negoció con ellos, que exigían una venganza terrible, y con el padre de Artal, que quería salvar la vida de su hermano a toda costa. Tras arduas conversaciones, el maestre logró cerrar un trato: el Temple acogería a Ramón bajo la ley de paz y tregua. Él prometería sus votos, tomaría el hábito y partiría de inmediato a Tierra Santa para morir luchando contra los sarracenos. Y para instaurar la paz, aceptamos que Vilalba se convirtiera en vasalla también de los Entenza, que su heredero pasara a ser su rehén y, además, renunciamos al cobro de la mayor parte de los

impuestos.

—Mi padre pagó un precio muy alto —concluyó Artal.

—Pero salvó la vida de tu tío —le recordó Roger.

—No creáis que los Entenza quedaron satisfechos —continuó fray Antón—. El Temple les había impedido matar a Ramón y arrasar Vilalba. Nos guardaban rencor. Así que, con la excusa de una disputa sobre las tasas por mercancías y personas al cruzar el río, empezaron a cabalgar nuestras posesiones y las de nuestros vasallos. Y eso que el rey nos había dado la razón.

—Conocemos la historia —dijo Roger.

—Son como perros rabiosos —sentenció el comendador—. Ya habréis visto los campos: árboles talados, viñas arrancadas y casas quemadas. Su cólera ha traído la desgracia a las Tierras del Ebro.

—Ramón de Vilalba se culpaba de haber sido la causa de una guerra —dijo Roger—. Pensaba que exageraba, pero ahora lo entiendo.

—¿Y qué ocurrió con la otra hermana? —quiso saber Artal.

—Corrió el mismo destino que doña Alamanda —dijo fray Antón.

—¿Y por qué ella no la menciona?

—Creo que doña Alamanda no puede soportar que su hermana compartiera el amor de tu tío —razonó Roger—. En su locura, se aferra a la idea de que sus padres frustraron su gran amor. Y que Ramón la siguió amando. Atesorará su recuerdo hasta su último día, eso la ayuda a sobrevivir.

—¿Y es cierto lo que nos contó sobre su castigo? —inquirió Artal.

—Lo es —confirmó fray Antón—. Los Entenza encerraron a sus hijas con sus dos doncellas en la misma estancia y las tuvieron a pan y agua, pese a que tres de ellas estaban embarazadas. Cada

semana, las hijas tenían que presenciar cómo sus doncellas eran azotadas y después convivir con su sufrimiento. Así hasta la quinta semana, en que apenas podían sostenerse a causa de sus heridas. Por último, las niñas tuvieron que ver cómo ahorcaban a sus doncellas y contemplar sus cadáveres pudriéndose cada vez que se asomaban a la única ventana, y esto durante todo su embarazo.

—¡Qué crueldad! —exclamó Artal—. No es de extrañar que doña Alamanda perdiera la razón.

—Ni que la hermana más joven y su hijo murieran en el parto —remató fray Antón de Camporrells—. Alamanda es la única de las cuatro que sobrevivió, pero el precio que ha pagado es muy alto.

Artal contempló al fraile en silencio, con una mezcla de horror y consternación. Era una historia terrible.

67

Roger y Artal se incorporaron a la vida del castillo de Ascó. Habitaban en la zona del convento, a la que solo los frailes tenían acceso, para no ser detectados por los espías de los Entenza. La mayor parte del tiempo se ejercitaban con las armas y salían del castillo a caballo y con los yelmos calados para no ser reconocidos cuando cruzaban la ciudad. Les gustaba cabalgar. Siempre los acompañaba Antón de Camporrells, que, a pesar de superar los cincuenta años, era un buen jinete.

—Habrá que arriesgarse y volver a Mora —le dijo Roger a Artal—. Allí se esconden las claves de la desaparición de tu madre y de la muerte de tu padre. Aunque esperaremos a que Berenguer de Entenza regrese de Zaragoza.

Y mientras estaban en Ascó, trataban de obtener toda la información disponible.

—¿Qué pasó en Vilalba cuando mi tío partió hacia Tierra Santa? —le preguntó Artal a fray Antón en una de sus salidas al campo.

—Tu familia vivió unos años de paz y relativa prosperidad. Era el único lugar que se libraba de las cabalgadas de los Entenza. El acuerdo no resultó ser tan mal negocio para los Vilalba.

—¿Cómo se le ocurrió a fray Ramón regresar? —inquirió Roger—. Era de suponer que los Entenza no habrían superado la tragedia de sus hijas. Fue una locura.

—Él no quería volver. Pero poseía un encanto especial, y se ganó

la confianza y la amistad del gran maestre.

—Eso os lo puedo garantizar —confirmó Artal.

—Este le hizo regresar a España para solicitar donativos de nobles y mercaderes, dada la difícil situación que se vivía en Tierra Santa. Trataba de cumplir su misión sin acercarse a las Tierras del Ebro ni a ninguna posesión de la familia Entenza, pero estos le espiaban. Y cuando, en secreto, qui-so visitar a su familia, le estaban esperando. La ira y el odio acumulados estallaron, tu padre se enfrentó de nuevo al Entenza y terminó emplazándole a un juicio de Dios. A muerte. Si ganaba, se libraría del vasallaje que debía a los Entenza y además tendrían que devolverle a tu hermano. Pero si perdía, debería desheredar a sus hijos y el feudo pasaría a ser, de inmediato, propiedad de los Entenza.

—¡Jugó fuerte! —exclamó Roger.

—Pero fue asesinado antes —dijo Artal—. ¿Quién creéis vos que lo hizo?

—Tu padre poseía un gran prestigio como caballero y era más joven que el Entenza —explicó fray Antón—. El otro le temía, pero tuvo que aceptar el desafío para no quedar como un cobarde. Pienso que le hizo matar a traición.

—¿Qué pruebas tenéis? —quiso saber el capitán.

—Ninguna —repuso fray Antón—. Pero todo le acusa.

—Esa es la versión oficial del Temple —dijo Roger—. Pero me gustaría saber si alguien más, aparte de los Entenza, se benefició de su muerte.

Fray Antón se quedó pensativo.

—En aquel tiempo había una disputa sobre derechos de pastoreo y recogida de leña en unos montes en el límite de Vilalba con

Corbera —explicó.

—¿Y qué ocurrió con esos montes?

—Doña Eleonor quedó tan afectada tras la muerte de su esposo que no tuvo fuerzas para seguir con la reclamación —repuso fray Antón—. Todo se lo quedó el de Corbera.

—Entonces Hug de Corbera hizo un buen negocio con esa muerte —concluyó Roger, pensativo—. Además, ¿no fue en esos montes donde hallaron el cadáver?

—Así es —afirmó fray Antón.

Más tarde, cuando Artal se quedó a solas con el capitán, no pudo contener su malestar.

—¿Qué pretendéis? —inquirió Artal, furioso—. ¿Cómo es posible que cuestionéis a estas alturas la culpabilidad del Entenza?

—Esa es la versión oficial del Temple, pero no tienen pruebas.

—Iremos a buscarlas a Mora.

—Desengáñate, lo más probable es nunca las encontremos.

—Me da igual. Berenguer de Entenza es culpable. Y pienso vengar a mi padre.

—Aunque el Entenza sea una mala persona y un asesino, nadie tiene la certeza de que fuera él. Acabo de presentarte a otro sospechoso: Hug de Corbera.

—¡Bah! Tratáis de confundirme.

—No, trato de que razones.

Las conversaciones con fray Antón de Camporrells les permitieron entender mejor lo ocurrido y Roger le pidió una audiencia al comendador, ya que el feudo de Vilalba dependía de la encomienda de Ascó. Este se la concedió en la sala capitular, que se encontraba

en un lateral del claustro monacal. El patio tenía en su centro un aljibe y dos cipreses. Un par de arcos apuntados separaban la estancia del claustro, y Artal y Roger se acomodaron en los bancos de piedra a esperar al comendador.

Cuando apareció, tras los saludos de rigor, Artal no se anduvo con rodeos.

—¿Han llegado a vuestros oídos los abusos que los Entenza perpetraban contra mi madre? —le preguntó al comendador.

—Hubo alguna queja… —repuso este.

—¿Y qué hicisteis?

—Advertimos a los Entenza.

—Pero volvió a repetirse —dijo Roger.

—¿Una advertencia? —inquirió Artal—. ¿Así protegíais a mi familia?

—No fue decisión mía, Artal, sino de nuestro maestre —se excusó el fraile, pesaroso—. El conflicto con los Entenza es un asunto delicado. Buscamos la justicia del rey y no queríamos usar las armas. Cosas peores sufren otros vasallos nuestros.

—¿Sabéis que Berenguer de Entenza abusaba de mi madre? —Artal se iba encendiendo—. ¿Que los jóvenes Entenza se presentan con sus amigos en Vilalba y devoran su hacienda? ¿Que alguno de esos desgraciados agrede a mi hermana?

—Algo hemos oído —se defendió el comendador—. Pero tu madre jamás denunció ser violentada.

—Pero ¿qué clase de señores sois? —La indignación de Artal crecía—. ¡Estáis obligados a proteger a vuestros vasallos! Quizá mi madre no denunció porque sabía que no ibais a hacer nada.

—Mira, Artal —le cortó el comendador, incómodo—. El maestre

llegará en los próximos días a Miravet de regreso de la coronación del rey en Zaragoza. Te aconsejo que lo hables con él. Yo no pienso tratar más este asunto.

Después de la tensa charla, Roger invitó a su pupilo a pasear por el deambulatorio del claustro.

—El comendador está en lo cierto, debemos encontrarnos con el maestre a su vuelta —le explicó—. Pero no iremos a quejarnos, sino a proponerle un plan de acción.

—¿Cuál?

—No lo sé. —El capitán se encogió de hombros y apretó los labios en lo que podía interpretarse como una media sonrisa—. Pero quedan unos días antes de que regrese; hay que prepararlo bien y ser convincentes. De modo que volveremos a Mora en busca de información.

—A ver a doña Galbors y a jugarnos el pellejo de nuevo… —murmuró con una fingida resignación Artal.

—El pellejo te lo jugarás si en vez de ver a doña Galbors, ves a Blanca. ¿Entiendes ahora el odio que esa mujer le tiene a juglares y trovadores? Las aventuras de tu tío destroza-ron su familia. Y tú no solo eres un juglar, sino el sobrino de quien para ellos es el diablo.

68

Días después, ya instalados en el castillo de Mora, Artal charlaba con Pere, el hijo de su tío al que hacían pasar por Galcerán. Se encontraban en el gran salón, a la espera de la comida. De pronto notó que le apartaban de un empujón y se giró para encararse con el causante de tal descortesía. Se trataba de un cincuentón, alto, robusto y con panza, de barba gris y mejillas rojizas que auguraban un carácter colérico. Se contuvo en cuanto adivinó su identidad. Era Berenguer de Entenza, el señor del castillo, que, junto a su primogénito, había llegado de la coronación de Jaime II en Zaragoza.

—Pero ¿quién está aquí? —tronó con voz potente, y las conversaciones se acallaron—. ¡Si es el gran señor de Vilalba!

Le dio un capón a Pere y trató de acertarle el trasero con una patada. El muchacho se encogió y corrió como un perro apaleado hacia la mesa de los segundones. El Entenza soltó una risotada que los demás corearon. Artal comprendió que aquel tipo de humillaciones eran costumbre en el castillo.

Observó que en la mesa principal doña Galbors fruncía el cejo. Pese a que ella llamaba «bastardo» a su nieto, no parecía que aquella gracia de su marido le gustara. Pero de inmediato Blanca, que seguía mirándole con aquellos ojos azules llenos de ternura, captó su atención.

Berenguer de Entenza se sentó entre su mujer y Guillem, su

primogénito, un hombre corpulento de unos treinta años, de frondosa barba, parecido a su hermano Berengueró, que estaba junto a su madre. Los ojos oscuros de Berenguer de Entenza brillaban. Estaba de buen humor y su sonrisa mostraba la ausencia de algunos dientes.

—¡Daos prisa, que tengo hambre! —le dijo al cura.

Este, temeroso, recitó unas oraciones atropelladas antes de bendecir la mesa.

—¡Que los juglares canten algo alegre! —ordenó el Entenza en cuanto terminó el rezo.

Roger y Artal se levantaron de la mesa, tomaron sus laúdes y se situaron frente a la principal. Tras hacer una reverencia, Roger hizo sonar una nota aguda y esperó a que se hiciera el silencio.

—Mi nombre es Roger de Brindisi y no soy juglar, sino caballero y trovador —dijo digno—. Y este es Ramón de Montpellier…

—Me importa un carajo quiénes seáis y a qué os dediquéis —interrumpió el señor de Mora—. ¡Tocad de una vez!

Roger inclinó la cabeza y miró su laúd, luego pulsó las cuerdas para iniciar una canción pero sin cantar aún. Artal le imitó.

—¿Te conozco de algo? —rugió Berenguer de Entenza.

—No creo… —repuso Roger interrumpiendo la música.

—No te lo pregunto a ti, sino al chico. —Tenía el cejo fruncido.

Artal tragó saliva al tiempo que notaba un retortijón en las tripas, pero hizo un esfuerzo para sostener la dura mirada que le dirigía don Berenguer. Era un señor de horca y cuchillo, con derecho a hacer justicia en su feudo y a ejecutarle sin tener que dar explicaciones a nadie. Aquel era el hombre que asesinó a su padre. Y que acosaba a su madre, llegando incluso a violarla. La persona a la que debía

matar. Pero en aquel momento quien corría peligro era él mismo. Adivinaba por qué le resultaba familiar a aquel hombre, por el parecido a su tío y a su padre. Sintió un temblor en las piernas, pero logró controlarse y disimular.

—No he tenido el placer de conoceros antes, señor —dijo forzando su acento occitano—. Es la primera vez que piso estas tierras.

—Me recuerdas a alguien…

—Espero que sea alguien bienquerido. —Sudaba de angustia.

—No! No lo es. Para nada. —Hizo una pausa y después un gesto como descartando un pensamiento—. Basta ya de charla, continuad.

Artal respiró aliviado.

Tras un par de canciones, el señor de Mora les dijo que comieran rápido pues quería escuchar el poema que, según su hijo Berengueró, le complacería. Roger regresó a la mesa, ocupó su sitio y Artal volvió a sentarse junto a su primo Pere.

Seguía sudando y tardó en recuperarse, sentía que había estado cercano a la muerte. Y cuando se pudo serenar, le preguntó a su primo:

—¿Cómo dejáis que ese hombre os humille de esa forma?

Aunque se encontraban en uno de los extremos de la larga mesa, Artal cuidó de que los demás no le oyeran. No era difícil, nadie reparaba en el solitario Pere.

—No soy el único —repuso este—. La humillación y el grito es la forma en la que esta gente se relaciona con sus inferiores.

—Pero vos no sois inferior, sois el heredero de Vilalba.

—El señor de Vilalba es su vasallo. Y ya te dije que no deseo ese destino. Quiero dedicar mi vida a Dios.

—Pero ¿por qué no aceptáis lo que os corresponde por herencia? —Artal insistía en algo que sabía que incomodaba a su primo.

—Porque la señoría no me atrae. Además, nunca he estado en Vilalba y siento que será un lugar hostil para mí, incluso más que Mora.

—¿Cómo que nunca habéis estado en Vilalba? ¿Es que no nacisteis allí?

Pere hizo un gesto de contrariedad.

—Bueno, es que… —balbució tratando de responder.

Artal decidió que era el momento de decirle que había averiguado su verdadera identidad.

—Conocí a tu madre en Mequinenza —le susurró.

—¿Mi madre?

—Sí, doña Alamanda de Entenza.

Su mirada se iluminó.

—¿Cómo está?

—Bien. Y me lo contó todo.

Pere se lo quedó mirando con una mezcla de asombro y temor.

—¡No lo digas! —musitó alarmado—. Si se enteran de que lo sabes, te matarán.

—¡Que salgan los juglares! —gritó entonces Berenguer de Entenza.

Roger y Artal volvieron a desocupar sus asientos, tomaron sus laúdes y se situaron frente a los señores. Roger hizo sonar un par de notas y empezaron a cantar el poema sobre la caída de San Juan de Acre.

—¿Que a Ramón de Vilalba lo mataron los mamelucos? —interrumpió el señor de Mora cuando llegaron a los versos de su

muerte—. ¿Que lo decapitaron?

—Así es, señor.

—¡Ya era hora! ¡Eso me complace mucho, juglar! Ese miserable merecía eso y mucho más. ¡El Señor ha hecho justicia! Repetid esa parte, quiero escucharla de nuevo.

Obedecieron, pero el Entenza los interrumpió otra vez:

—¿Y qué ocurrió con el sobrino? Artal de Vilalba era su escudero.

El joven juglar vio que aquel hombre no le quitaba el ojo de encima y sintió un escalofrío.

Creía haberse librado de la sospecha, pero todo volvía a empezar.

—No lo sabemos —repuso Roger, tranquilo—. Quizá murió en el combate, como la mayoría.

—Pues le vieron en Barcelona —dijo doña Galbors.

—Eso lo desconocíamos… —murmuró el capitán.

Artal se concentró en hacer sonar levemente las cuerdas del laúd, como si lo afinara. No quería cruzar la mirada con el señor de Mora, sabedor de que el color de sus ojos podía delatarle.

Al finalizar la comida, la doncella de Blanca fingió tropezar con él cuando los comensales se dispersaban camino de la siesta.

—Mañana, en el mismo lugar y a la misma hora —murmuró—. Si persistís en vuestra locura.

Más tarde, cuando informó a Roger de su nueva cita, este le espetó:

—¿Crees que esa mujer bromeaba cuando te advertía sobre la horca? Ya sabes lo que ocurrió con dos de las hijas de los Entenza y tu tío, ¿qué crees que harán contigo, un juglar, si te pillan con su nieta en la torre? Por cierto, te has librado de una buena esta tarde. Pensé que el viejo Entenza reconocía tus ojos.

—Yo también lo pensé. —Volvió a sentir la angustia de aquel momento, pero su mente regresó a Blanca—. Tengo que acudir a la cita —murmuró compungido—. Quizá sepa dónde está mi madre.

Artal sabía que encontraría a Pere en la capilla entregado a las oraciones de la hora nona, la hora en que se decía que había muerto Cristo. Nadie de la familia le acompañaba y se unió a los rezos.

—Conozco tu secreto —le recordó Artal cuando terminaron.

—Ese es un secreto muy peligroso para ti.

—Lo sé. Pero me gustaría saber por qué te haces pasar por Galcerán de Vilalba. Y qué ocurrió con él.

Pere estaba dispuesto a descargar su conciencia.

—Así que sabes quién fue mi padre, ¿verdad?

—Sí. Lamento que nuestras trovas te dieran la noticia de su muerte.

—No llegué a conocerlo. Solo he conocido a mi madre y su sufrimiento. La muerte de mi padre me es indiferente. —Hizo una pausa—. Causó un gran dolor en esta casa.

—Lo sé.

—Pues bien, mis abuelos siempre han buscado venganza. Por la humillación, la pena, el sufrimiento y la rabia que les causó mi padre. Y su rencor no se limitaba a él, que se les escapó, sino que se extendía a su hermano Bertrán y a la casa de Vilalba en su totalidad. Y como parte del acuerdo de paz tomaron como rehén a Galcerán, el heredero.

—¿Qué ocurrió con él?

—Murió cuando tenía siete años.

—¿Lo mataron?

—No lo sé. Pero su cuerpo está enterrado en un rincón cerca de

la muralla. Acudo a rezar allí con frecuencia. Dicen que era un niño débil, como yo, y que nos parecíamos en todo.

—Erais primos.

—El caso es que mis abuelos decidieron apoderarse de Vilalba como parte de su venganza y me obligaron a hacerme pasar por él. Es horrible.

—¿Y por qué no te niegas? Diles que quieres entrar en religión. ¿No comprendes lo infeliz que te hace esa farsa?

—No es una farsa. Es una tragedia —dijo angustiado—. Y no los conoces, son capaces de matarme si no obedezco. Me odian porque cada vez que me ven recuerdan lo que les hizo mi padre y cómo mi madre los ofendió. ¿No has visto la rabia que me tienen? Tratan mal a la gente, pero a mí peor.

—¡Huye! ¡Escápate! Deja atrás esta miseria.

Pere soltó una risita triste y Artal sintió una pena aún mayor por aquel infeliz.

—¿Y adónde voy a ir? —musitó—. Salvo los años que pasé, de niño, en un convento de mujeres, con mi madre, no he salido de aquí. No conozco nada del mundo exterior. ¿Quién se atrevería a darme asilo y enfadar a los Entenza?

—Doña Elisenda; en Mequinenza estarías con tu madre.

—Dudo que doña Elisenda osara provocar más a mis abuelos —contestó el joven—. También la culpan a ella por no haber guardado bien la virginidad de mi madre.

Artal se quedó pensativo.

—Quiero que me seas sincero —dijo al fin.

—Lo soy —repuso Pere, molesto—. ¿Es que lo dudas?

—No, pero tienes que estar muy seguro de la respuesta que me

vas a dar.

—¿A qué pregunta?

—Si hubiera un lugar donde pudieras acogerte, sabiendo que estás fuera del alcance de tus abuelos, donde pudieras realizar tu vocación religiosa y se te respetara, ¿tendrías el valor de escaparte?

Pere repitió para sí la frase tratando de asimilar cada palabra.

—Sí, lo haría —afirmó.

—¿Aunque pusieras en peligro tu vida al huir?

—Correría el riesgo. Mi vida aquí es miserable, no vale nada.

—¿Estás seguro?

—Lo juro por la salvación de mi alma inmortal.

La mirada verde de Pere se clavó firme en las pupilas de Artal.

69

Artal esperaba impaciente en la estancia de la torre norte. La hora cuarta había pasado, el sol seguía elevándose en un cielo azul y despejado y la dama no aparecía. Contemplaba melancólico, desde las alturas, el discurrir pausado del Ebro entre campos, chopos y cañaverales. ¿Y si no acudía? ¿Y si alguien de la familia había descubierto su relación? Rezaba para que todo saliera bien. Sabía que su vida estaba en juego, que aquella cita era una trampa mortal. Pero incluso así no podía dejar de acudir.

Al rato oyó unos pasos apresurados en las escaleras y, alerta, miró hacia la entrada. En unos instantes apareció Blanca, sonriente, y corrió hacia él con los brazos extendidos. La seguía la doncella. Artal sintió un alivio y un placer infinitos.

—¡Ansiaba tanto veros! —dijo la joven dama.

Y se cogieron las manos mirándose tiernamente.

—¡Separaos! —ordenó la doncella, interponiéndose entre ambos.

Blanca hizo un mohín de disgusto y se distanció.

—Vos, señora, sentaos aquí —dijo la mujer—. Y vos, juglar, le cantáis desde allí. ¡A distancia! De lo contrario, juro por lo más sagrado que no os veréis más, aunque tenga que hablar con doña Galbors.

—¡Con la abuela no! —suplicó Blanca—. Nos contendremos. ¿Verdad, señor de Montpellier!

A Artal le resultaba gracioso que se dirigiera a él utilizando tan

rimbombante título, pero afirmó con la cabeza muy serio.

—Cantad algo que haga volar mi corazón mucho más alto que esta torre —dijo ella—. ¡Os lo ruego!

El joven hizo sonar su laúd y entonó una canción amorosa, a la que siguieron otras del mismo estilo. Las acompañaba con sonrisas, miradas y gestos tiernos que Blanca se apresuraba a corresponder. Sentada, ella apoyaba el codo en su rodilla y la barbilla en la mano, inclinada hacia él, como para acercarse lo más posible.

—¡Ya basta! —cortó la doncella al rato—. Debemos irnos.

No pudo impedir que se despidieran. Artal se apresuró a hincar una rodilla en el suelo y tomó las manos que la muchacha le ofrecía.

—¡No beséis el dorso de mi mano, que indica sumisión! —le dijo ella sonriente, girando las manos—. Besadme las palmas, que es gesto de amor.

La doncella soltó otro de sus graznidos sarcásticos.

—¡Separaos! —ordenó.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó él.

—Sí —asintió ella con una radiante sonrisa. Y añadió—: Si le place a Dios Nuestro Señor.

—A Dios Nuestro Señor y a mí, que me juego el cuello —murmuró la criada.

Artal lamentaba no hallar ocasión para preguntarle a Blanca nada de lo que precisaba saber. La vigilancia de su doncella no dejaba un resquicio. Tendría que intentarlo de nuevo. Era consciente de que tal vez nunca obtuviera información alguna en aquellos encuentros fugaces. Sin embargo, ¡le eran tan placenteros! De inmediato censuró aquel pensamiento. «Beatriz. Mi amor sigue siendo suyo», se dijo.

—¿Qué sabes de doña Eleonor de Vilalba? —le preguntó Artal a su primo.

Estaban dando un paseo antes de la comida y Pere se detuvo, sorprendido.

—No sé nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Estuvimos en Vilalba y la dama había desaparecido. Decían que tus abuelos y tus tíos tuvieron que ver en ello. ¿Has oído algo?

—Me entero de casi todo. Aquí la gente habla en mi presencia como si yo no estuviera. ¡En tan poco me consideran! —repuso con disgusto—. Y todo lo de Vilalba, como es natural, me interesa. Sé que doña Eleonor ha desaparecido, y sospecho, por gestos, entonaciones y miradas, que es una maniobra de mis abuelos. Ella es la única que podría testificar en mi contra, declarando que no soy su hijo, que soy un impostor. Aunque según la abuela lo tendría difícil, dado nuestro parecido. Ha solicitado al obispo de Tortosa, que es quien puede declararla muerta, que me proclame señor de Vilalba. Yo sería Galcerán sin que nadie pudiera cuestionarlo.

—Nadie salvo tú mismo.

—Eso es cierto.

—¿Sabes de los abusos que tu familia perpetra en Vilalba? Presencié cómo Berengueró y sus caballeros vaciaban la hacienda, maltrataban a los criados e incluso le faltaban el respeto y abusaban de Esclaramonda, la hija de doña Eleonor. ¡Da coraje verlo!

—Sé de quiénes hablas. Los señores de Carbons, de Verguentis y otros de su calaña. Siempre están por aquí. Se hacen llamar caballeros, pero no son más que unos animales. El de Carbons, el larguirucho rubicundo ese, me golpeó un día sin motivo alguno, por placer. Fanfarronean de sus ataques a las posesiones del Temple. Y

compiten en lo que roban como en el número de mujeres a las que violan. Una mora puntúa la mitad que una cristiana.

—¡Miserables!

—¿Tú crees que cuando me proclamen señor de Vilalba dejarán de hacer lo que hacen? Esa gente solo atiende a la fuerza bruta. Y yo no la tengo. No quiero ir a Vilalba, Ramón. No quiero ir.

—He visto que eres una persona muy religiosa.

—Lo soy. La oración y hablar con el Señor es lo único que alivia mi miseria.

—¡Júrame que me guardarás un secreto!

Pere se detuvo y le miró frunciendo el ceño.

—Poner a Dios por testigo es muy serio, Ramón.

Artal le mantuvo la mirada y le puso una mano en el hombro.

—Esto es muy serio, Pere.

—No hay que jurar.

—Es muy importante. ¡Te lo suplico!

El joven vaciló y después dijo:

—Está bien, Ramón. Juro guardar el secreto.

—Pues no me llames Ramón, sino Artal.

—¿Artal? —inquirió sorprendido.

—Sí, soy Artal de Vilalba, tu primo. —Y dejó de imitar el acento occitano—. Y durante muchos años fui escudero de tu padre, mi tío Ramón de Vilalba.

Pere le observó sin dar crédito a lo que oía.

—¿Y cómo sé que no me engañas? —dijo tras un silencio—. Que no te burlas de mí.

—Mírame a los ojos. Son los mismos que los tuyos y los que tenía mi hermano. Y los mismos que tenían tu padre y el mío.

—Sí, es cierto, ya me había fijado. Pero… creía que habías muerto.

—Soy Artal, y estoy aquí.

—Y llegas de Tierra Santa…

—Así es.

—¿Y no temes que mis abuelos te reconozcan? ¡Tú eres el auténtico heredero de Vilalba! ¡Te matarán!

—Por eso te he pedido que juraras.

—No temas. Conmigo estás seguro, primo. —Y le sonrió.

Artal le devolvió la sonrisa y se unieron en un fuerte abrazo.

—Te sacaré de aquí y haré que goces de la paz de un convento, si eso es lo que deseas —le dijo.

—Siento que tengo un amigo —dijo Pere con un sollozo—. Por primera vez en mi vida.

Y lo estrechó con fuerza.

70

Al día siguiente, Artal flotaba en una nube cuando bajó de la torre tras su encuentro con Blanca. ¡Aquellos ojos azules le tenían hechizado! La doncella no había podido evitar que los labios de los jóvenes se rozaran después de que él cantase la última de sus canciones. La damisela, traviesa, se rio de la furia de su criada al verse burlada. Y del pánico que la invadió. La mujer tiró de ella, pero Blanca se sujetó de la mano de Artal, acercó sus labios a su oído y le musitó un «os amo» antes de darle otro sonoro beso de despedida, esta vez en la mejilla. Y le sonrió, dulce, mientras la angustiada doncella la empujaba escaleras abajo. Él esperó un tiempo prudencial antes de bajar para que nadie sospechara. Tiempo que no le bastó para recuperar la totalidad de sus sentidos.

Mantenía la costumbre adquirida en el Temple de inspeccionar caballos y armas con frecuencia, y una vez creyó que se había repuesto de la emoción del encuentro, y con el fin de dejar de pensar en ello, bajó al recinto inferior del castillo.

Era consciente del riesgo que corría al jugar con aquella damita. ¿Qué reacción podía esperar de los orgullosos y crueles Entenza si descubrían que el sobrino de quien trajo la desgracia a sus hijas cortejaba a su nieta? Pero no podía evitarlo. El peligro le excitaba y pensaba ya en su siguiente encuentro. Deseaba abrazar su cuerpo. Saborear de nuevo sus labios. Pero el recuerdo de Beatriz le asaltaba. Se decía que a quien de verdad amaba era a la chipriota y

se sentía culpable por faltar a sus promesas. Temía olvidarla. Trataba de consolarse repitiéndose que solo era un juego y que lo hacía para obtener una información vital. Pero cuando intentaba sonsacarle, Blanca le cortaba. A ella solo le interesaban el amor y las canciones.

Sabía que se hallaba en territorio enemigo, pero debió de ser el hechizo, que aún persistía, lo que le llevó al descuido. Alguien salió de detrás de un caballo y le golpeó tan fuerte que sintió que le habían partido la ceja.

—¡Esto por ser tan osado! —oyó que le decían mientras caía de espaldas—. ¡Vas a aprender respeto, maldito juglar!

En el suelo, recibió una patada en el costado y luego otra. Buscó su daga con desesperación a la vez que encajaba otro puntapié en los riñones y se esforzaba en pensar. ¡La doncella de Blanca los había delatado! ¡Berenguer de Entenza estaba al tanto! ¿O le había traicionado su primo Pere? ¿O quizá era un mensaje enviado por las criadas de doña Galbors en Vilalba? No importaba la razón. ¡Le iban a asesinar, como hicieron con su padre!

—¿Quién te crees que eres? —continuaron increpándole—. ¿Eh? ¡Cabrón! Vas a pagar tu atrevimiento, hijoputa.

Recordó que su daga estaba junto a su equipaje porque el mayordomo les había prohibido llevar armas en la parte noble del castillo. Se puso a rodar sobre la paja y el estiércol, entre las patas de los caballos, para escapar de sus atacantes. ¡Había sido un loco al seguirle el juego a Blanca! Ella recibiría tal vez una regañina, pero a él le matarían. ¡Había caído en la trampa de aquellos dulces ojos! ¡Qué estúpido! Se dijo que había desperdiciado su vida. Moriría sin cumplir con su deber. Ya no podría rescatar a su madre ni vengar a su padre. Ni regresar con Beatriz. A pesar de su angustia, sintió

tristeza. Pero no había tiempo para sentir.

Apartaban los caballos tratando de alcanzarle. ¡Ojalá el capitán estuviera allí! Juntos se habrían zafado de los matones. Pero moriría solo. Le alcanzó otro puntapié. Los animales se agitaban inquietos y sus cascos eran más peligrosos aún que los golpes de aquellos tipos.

La siguiente patada le encontró de rodillas y preparado. Sujetó el pie, lo empujó hacia arriba y el sicario cayó de espaldas. Artal se incorporó de un salto y se abrió paso entre las monturas corriendo, desesperado, hacia la puerta de las cuadras.

—¡Que escapa!

No le bastaba con salir de allí, precisaba abandonar el castillo y el recinto amurallado. ¿Cómo lograrlo? Parecía imposible. Si la guardia de las puertas estaba alerta, le cazarían de inmediato. Y quizá más le valiese morir a manos de los soldados que torturado en una mazmorra. Los Entenza no perdonaban. Le harían pagar a él, antes de arrancarle la vida, la ofensa y el sufrimiento que su tío les causó. No se dejaría coger. No era de los que se entregaban sin luchar. Se percató de que uno le alcanzaba y una mano le sujetaba del hombro tratando de detenerle. Frenó en seco y sintió el cuerpo del hombre chocar contra el suyo. Sabía, sin mirar, dónde se encontraba exactamente su enemigo. Se separó un poco hacia delante y, de inmediato, lanzó un codazo con todas sus fuerzas hacia atrás. Notó el impacto, dolor en el codo, y que le soltaban con un lamento. Le había dado, a quien fuera, en la cara.

—¡Bastardo! —oyó que gritaban.

Reanudó la carrera hacia la puerta inferior del recinto. La custodiaban dos soldados con casco, armadura y lanza. Al verle llegar corriendo, se pusieron en guardia apuntándole con sus armas.

¡Estaba perdido! No podría cruzar sin que le hirieran. Tenía que volver atrás. Dio media vuelta, desesperado, rezando para encontrar una vía de escape, y entonces vio a sus perseguidores. Uno era Ponç, el escudero de Bernat de Carbons, el caballero larguirucho que se propasó con su hermana y al que él le lanzó la daga ensartando el pedazo de carne que sostenía en la mano. Iba con otros dos escuderos. A uno le sangraba la boca, supuso que sería el que había recibido el codazo. Artal sintió un gran alivio. El estúpido de Ponç había convencido a los otros dos para escarmentarle. El escudero de Berengueró, que no quiso ayudar al de Carbons en Vilalba, no se encontraba entre ellos. Así que el ataque no se debía a su relación con Blanca ni a una delación de Pere. Solo pretendían darle una paliza, no iban a matarlo.

—¡Qué sorpresa, Ponç! —le dijo más tranquilo—. Creí que acordamos que vendrías a por mí tú solo. Has roto tu promesa, cobarde.

Los escuderos, ante la presencia de los soldados, se habían detenido.

—No te prometí nada, desgraciado —contestó Ponç—. Hoy ya has recibido parte de lo que te mereces. Si vuelves a ofender a mi amo, no lo vas a contar.

Artal se encogió de hombros y le sonrió. La sangre que brotaba de su ceja le impedía ver por el ojo derecho. Pero esperó a que se fueran. Estaba a salvo. Aquel no iba a ser el último día de su vida, tal como había temido.

Esa tarde, después de la siesta, Pere estuvo buscando a su primo y al fin lo encontró.

—¡Artal! —musitó el joven, acalorado—. ¡Artal!

Estaba tan agobiado que ni siquiera reparó en la ceja ensangrentada de su primo.

—¡Llámame Ramón, por favor! —dijo bajando aún más la voz—. ¿Qué quieres?

—Los he oído cuando me retiraba a mi cámara.

—¿A quiénes y qué?

—Al de Carbons, al de Verguentis y a otro de esos bandidos.

—Sí, hoy los he visto comiendo en la mesa principal —asintió Artal.

—Habían bebido bastante y decían que iban a divertirse a Vilalba. Solos, sin Berengueró, que acostumbra a frenarlos. No tienen buenas intenciones. Hablaban de gozar de las mujeres. Y de tu hermana en particular.

—¡¿Mi hermana?!

—Sí, Esclaramonda. El de Carbons decía que ya está harto y que la tomará de una vez. Parece que está descontento con Berengueró. Presumía de que, si al fin decide concedérsela a otro, él la habrá estrenado primero. Que la secuestrará y, deshonrada, tendrá que casarse con él.

—¡Maldito cerdo! ¿Cuándo han salido?

—Hace menos de una hora.

71

—Roger, ¡tenemos que salir de inmediato!

—¿Y por qué esa prisa? ¿Y qué te ha pasado en la ceja?

Atropelladamente, Artal le informó.

—Nos llevan delantera —dijo el capitán—. Pero antes de partir hagamos las cosas bien.

Roger le pidió al mayordomo audiencia con su señor, y que le avisara con urgencia, pues debía salir de inmediato si quería satisfacer la petición del propio don Berenguer.

—¿Qué petición? —quiso saber el hombre, que no parecía muy dispuesto.

—Eso lo sabe vuestro amo. Y no le agradará que me hagáis perder el tiempo.

Aquello pareció convencerlo, pues se apresuró a transmitir la petición y enseguida volvió con una respuesta afirmativa.

Berenguer de Entenza se encontraba en su cámara y parecía haberse levantado de la siesta en aquel momento. No estaba de buen humor.

—¿Qué se te ofrece, juglar? —inquirió el señor de Mora con voz bronca.

—Me preguntasteis por Artal de Vilalba y no supe daros razón —contestó Roger después de quitarse el gorro y hacerle una reverencia.

Don Berenguer gruñó.

—Mi deseo es complaceros para así corresponder a vuestra hospitalidad —insistió Roger.

—Di lo que tengas que decir y déjate de palabrería —refunfuñó el Entenza.

—He recordado que coincidí en Tortosa con un conocido también llegado de Tierra Santa. Me dijo que el chico tenía intención de refugiarse en Miravet. Quizá se encuentre aún allí. Lo comprobaré y os daré razón de ello.

El Entenza se quedó pensativo. Después bostezó.

—Si estuviera allí, nuestros espías nos habrían informado.

—Si se esconde en la zona reservada a los frailes, no. Le conozco personalmente y no tengo más que preguntar por él. De mí no sospechará.

—Bien, me parece bien. Te llevarás unas cuantas monedas si lo encuentras.

—Gracias, señor. —Y se despidió con otra reverencia.

Artal tenía los caballos y los equipajes listos en el patio del castillo. Su primo estaba con él y le deseó buena suerte con disimulo para no levantar sospechas.

—¡Maldita sea! —exclamó el chico tan pronto cruzaron las puertas de la ciudad—. ¡Van a violar a mi hermana y vos os demoráis!

—Tenía que asegurarme de poder regresar. Aquí, trovadores y juglares no son bienvenidos —repuso Roger, tranquilo—. Tu primo se ha convertido en la pieza clave de este asunto.

—Por la usurpación de personalidad, ¿verdad?

—Exacto. No tenemos aún prueba alguna de que Berenguer de

Entenza matara a tu padre o a tu madre. Ni creo que la consigamos. Ataron bien todos los cabos. Pero si tu primo confiesa, pondrá a sus abuelos en un serio aprieto. Las líneas de sangre y de herencia son sagradas en tierras cristianas. Y ellos han pecado contra el pilar sobre el que descansa la sociedad feudal: el derecho de familia.

—En otras palabras, han metido la pata.

—Hasta el fondo. Si Pere confiesa, los Entenza tendrán problemas con el rey y el obispo de Tortosa. Y nuestros hermanos templarios estarán encantados. Les beneficiará.

—Pero hay casi cinco horas de camino hasta Vilalba, y esos individuos, aparte de tener mejores caballos, nos llevan más de una hora de ventaja. Nuestros jamelgos apenas aguantan media hora al trote y reventarán si los hacemos galopar.

—Tranquilo, Artal. —Roger hizo un gesto de calma con la mano—. Esos miserables son seis; nosotros, solo dos. Cuento con Ferran, pero no creo que haya mucha más gente en Vilalba capaz de enfrentarse a ellos.

—No me importa nada de eso. Si alguien se atreve a tocar a mi hermana, le mato.

—Esos tipos llegarán a Vilalba cansados y hambrientos. Están acostumbrados a entrar en tu casa como si fuera la suya. Y tu gente está acostumbrada a ceder. Primero cenarán y seguramente beberán más de la cuenta. Prefiero pillarlos borrachos y con la tripa llena. Será entonces cuando las jóvenes, incluida tu hermana, peligren. Es en ese momento, y no antes, cuando debemos aparecer.

Y durante el camino acordaron un plan.

Al llegar a Vilalba oscurecía y tardaron en obtener respuesta a los aldabonazos que dieron en la puerta del castillo. Se oían gritos y

risotadas que provenían del interior.

—¿Qué se os ofrece? —inquirió un muchacho con casco desde lo alto del muro.

—Soy Roger de Brindisi, trovador, y quiero presentarle mis respetos a la señora.

—Mi señora no está para trovas. Id con Dios.

—Llama a Tina, la mujer del mayordomo —le dijo Artal.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Está ocupada.

—¡Llámala! —insistió Artal, imperativo—. Y que solo ella sepa que estamos aquí. ¡Es un asunto de vida o muerte!

El muchacho vaciló.

—¡Hazlo de inmediato o te vas a arrepentir! —rugió, colérico, Artal, sin apenas alzar la voz.

Se quedaron esperando. Artal se impacientaba. Los cánticos continuaban al otro lado de los muros y nada ocurría.

—Mantén la calma —le dijo Roger, apoyando una mano sobre su hombro.

Una ventana se abrió y una mujer cubierta con una toca asomó la cabeza.

—¿Qué se os ofrece?

—Soy yo, Tina.

La mujer tardó en reaccionar.

—¡Válgame Dios! —dijo al fin—. Aguardad, que ahora abro.

Sigilosa, oculta por la creciente penumbra, entreabrió la puerta lo justo para que ambos pasaran.

—¿Qué haces aquí?

—¡Ha llegado el momento! Avisad a vuestro marido y a Ferran. En secreto, para que no se enteren esos tipos.

Al poco apareció Romeu, que abrazó a Artal.

—No he podido avisar a Ferran —dijo—. Está en el salón.

—¿Qué ocurre allí? No tenemos mucho tiempo —murmuró Artal.

—Lo de siempre, solo que peor. Han bebido mucho y se están propasando no solo con las tres criadas jóvenes, sino también con vuestra hermana. Le he suplicado a Ferran que no intervenga. Le han vuelto a golpear y está amenazado de muerte. Esta vez acabarán con él. Y no sé qué ocurrirá con vuestra hermana. Berengueró la protegía y nadie se había atrevido a violarla. Hoy temo que ese Bernat de Carbons lo haga.

—¿De cuántos hombres podemos disponer? —inquirió Roger.

—Ferran es el único con formación militar —respondió el mayordomo—. Tiene cuatro o cinco muchachos a sus órdenes que en realidad son más criados que soldados. Y estoy yo, que aún puedo empuñar la espada. Podríamos pedir ayuda a la gente de la villa. Son campesinos, pastores y artesanos. Todos tienen armas, pero ninguno sabe usarlas como esos malhechores.

—¿Alguno de esos miserables se protege con casco y cota de malla? —quiso saber Roger.

—No. Están confiados. No esperan resistencia.

—No necesitamos a nadie de la villa —añadió Artal—. Contamos con la sorpresa. Sacad a vuestro hijo con discreción y encerrad bajo llave a los criados fieles a doña Galbors. Después, que Ferran y sus muchachos se protejan con casco y cota de malla. Nosotros iniciaremos la trifulca.

Terminaron de contarles el plan y les pidieron que advirtieran a su hijo.

72

—¡El trovador Roger de Brindisi y su juglar Ramón de Montpellier! —anunció con solemnidad el mayordomo.

La mesa era un revoltijo de restos de comida y vino derramado. A su alrededor se sentaban caballeros, escuderos y sirvientas sin distinguir jerarquía. Clara se encontraba junto al de Carbons, que le pasaba el brazo por encima del hombro, y su rostro mostraba asco, temor y angustia. La misma zozobra expresaban las tres criadas jóvenes a las que habían bajado la parte superior de sus gonelas y cuyos pechos manoseaban caballeros y escuderos. Uno incluso gateaba por debajo de la mesa subiendo faldas y toqueteando entre risotadas.

Los escuderos comprobaron que los recién llegados no portaban armas.

—Vemos que os divertís, señores —dijo Roger forzándose a sonreír—. Tenemos unas trovas apropiadas para la fiesta.

—¡Cantad, pues! —gritó el de Carbons—. Que sea una cancioncilla alegre y amorosa para una noche de bodas. Os daré unas monedas. —Y miró a Clara con una sonrisa beoda—. A vuestra edad muchas ya son madres, y hoy he de mostraros cómo se hacen los hijos.

Roger hizo sonar un par de notas y Artal, mordiéndose los labios, le acompañó.

—¡Eh, juglar! —gritó Ponç—. Hazlo bien si no quieres que te dé

otra tunda. —Y soltó una carcajada—. ¡Bonita ceja te ha quedado!

—Lo que ordenéis, señor —murmuró, sumiso, Artal.

—Así me gusta —dijo el escudero, que le advirtió apuntándole con el dedo índice—. Y nada de juegos de dagas hoy.

Se pusieron a cantar una tonadilla alegre. Algunos comían y bebían; otros canturreaban mientras manoseaban a las muchachas, a las que forzaban a ingerir vino. Y así siguieron mientras Tina, junto a una criada, traía más bebida y comida conforme la pedían a gritos.

Al rato, el de Carbons se levantó y le dijo a Roger:

—Quiero algo alegre y movido que pueda escuchar desde la habitación contigua.

Tomó un candil, cogió a Clara de un brazo y tiró de ella sin ningún miramiento.

—¡No, por favor! —suplicó ella, aterrorizada—. ¡Dejadme!

Se resistió cuanto pudo, pero él, riendo, se la llevó. Roger lanzó una mirada amenazante a Artal, que se contuvo a duras penas, para que siguiera cantando. Los amigos del de Carbons le imitaron empujando a las criadas, entre risotadas, hacia la alcoba contigua. Los ruegos angustiados de las mujeres contrastaban con el regocijo de los hombres.

Ponç, el escudero del de Carbons, se quedó de guardia en la puerta con la mano sobre la empuñadura de su espada. Sonreía al escuchar lo que ocurría al otro lado.

No sospechó nada cuando Roger y Artal se acercaron con sus laúdes sin dejar de cantar. Artal había visto las empuñaduras de dagas y espadas escondidas entre los panes y unas botas de vino que, en grandes bandejas, trajeron Tina y la criada sin que aquellos tipos se percataran. En un rápido movimiento, Artal asió la espada y,

lanzando los panes que la cubrían por los aires, la elevó por encima de su cabeza. Soltó el laúd que sostenía con la izquierda para sujetar la empuñadura con ambas manos y descargó el arma sobre Ponç. El primer y único tajo le partió el cráneo, el glóbulo ocular quedó colgando del nervio, el filo bajó por un lado de su nariz y de su boca entreabierta saltaron varios dientes.

Fue tan rápido que al escudero no le dio tiempo a emitir sonido alguno ni a desenfundar su espada. Se desplomó sangrando. Dentro de la alcoba continuaba el barullo, no habían oído nada. Entonces Ferran y los suyos, que habían estado esperando fuera de la sala, aparecieron armados y Roger, sin dejar de cantar, se hizo con una de las dagas que estaban escondidas entre la comida y se precipitó dentro de la alcoba, seguido de Artal y los demás. Sin mediar palabra, y sin otra luz que la de los candiles, empezaron a acuchillar a los matones.

—¡Quiero al de Carbons vivo! —gritó Artal.

En unos segundos, le puso una daga en la garganta al tiempo que él se quedaba contemplándole estupefacto, con una erección en descenso. Mientras, Roger hacía lo mismo con el de Verguentis. Los cuerpos de los otros yacían inertes y ensangrentados.

—¡Atadlos! —ordenó Artal.

Ferran cayó sobre el de Carbons y empezó a golpearle con toda la furia contenida durante años. Artal acudió junto a su hermana, que, en el suelo y con la parte superior de la gonela rota, mostraba unos pechos incipientes que trataba de tapar con una mano. Le miraba con ojos desorbitados, incapaz de reaccionar.

—¡Soy Artal! —dijo arrodillándose frente a ella—. ¡Soy tu hermano Artal!

Clara estalló en llanto, negando con la cabeza.

—¡Es vuestro hermano Artal! —le aseguró Tina—. ¡El juglar es Artal!

Ella le miró sin dejar de llorar y, tras unos instantes, le tendió los brazos.

—¡Artal! —exclamó, y se detuvo indecisa—. ¿Eres tú?

—Sí, Clara —afirmó Romeu—. Es vuestro hermano.

—¡Bendito sea el Señor! —murmuró ella, ahora con lágrimas de alegría—. ¡He rezado tanto para que volvieras!

Artal tiró de ella para incorporarla y la abrazó sin poder evitar el llanto.

—¡Clara! ¡Hermana!

Todos, incluso las criadas mientras intentaban recomponer sus vestidos, contemplaban la escena con ternura. Menos Ferran, quien, con los puños manchados de sangre, golpeaba ahora al otro superviviente. Nadie se lo impidió.

Cuando Artal y Clara se separaron, él le preguntó al mayordomo:

—Romeu, ¿tenemos un buen matarife en la villa?

—Yo mismo lo soy.

—Pues bien, yo, Artal de Vilalba —dijo solemnemente—, muertos mi padre y mi hermano y en ausencia de mi madre, como señor de la villa, del feudo y del castillo de Vilalba, condeno a muerte a Bernat de Carbons y Guillem de Verguentis, por violadores, asesinos y ladrones. Estos miserables no merecen llamarse caballeros.

El silencio era absoluto. Clara, confortada por Tina, había dejado de llorar. El de Carbons y el de Verguentis, sentados en el suelo y maniatados, mostraban sus rostros magullados. Ferran, junto a sus soldados, contemplaba a Artal, y lo mismo hacía el mayordomo.

También Roger, con los brazos cruzados.

—Aunque seas quien dices ser, no tienes derecho a matarnos —dijo el de Carbons—. Somos vasallos de los Entenza, igual que tú. No puedes impartir justicia ni ejecutar sentencias de muerte. Si lo haces, te costará la cabeza.

—¿Eres bueno descuartizando cerdos, Romeu? —inquirió Artal haciendo caso omiso.

—Soy el mejor.

—Pues trae tus cuchillos y que estén bien afilados —le ordenó—. Le vas a rebanar el pene a Bernat de Carbons. Después le cortarás los testículos y se los meterás en la boca. Y por la mañana, vivo o muerto, le ahorcaremos.

—Si estás tan loco como para matarme, hazlo ahora —dijo el de Carbons—. Eso es indigno, tanto para ti como para mí.

—No. Sois un miserable que merece morir como un cerdo. —Y después miró al otro—. Y vos correréis la misma muerte.

La espera, mientras Romeu iba en busca de sus cuchillos de matarife, se hizo eterna, pero nadie se movió y nadie habló. Al fin regresó y expuso sus utensilios.

—Si pretendías asustarnos, lo has conseguido, muchacho —dijo entonces el de Verguentis—. Date por satisfecho y déjanos ir si es que tienes algo de seso. De lo contrario, los Entenza arrasarán Vilalba y pasarán a cuchillo a todos sus habitantes.

Roger se acercó despacio al de Carbons por detrás. Le sujetó del pelo y en un movimiento parsimonioso le degolló deslizando la daga por su garganta. El hombre inició un grito que se ahogó en un gorgoteo de sangre, puso los ojos en blanco y cayó de espaldas con un ligero pataleo.

—¡Qué hacéis! —gritó, indignado, Artal.

Pero antes de que nadie reaccionara, con la tranquilidad de quien está habituado, repitió la operación con el de Verguentis. Solo entonces, después de la última convulsión de su víctima, Roger habló:

—Tenía razón el difunto. Artal de Vilalba, heredero de este dominio, no tiene el derecho de justicia y horca. El Temple, que es su señor, sí lo posee, y yo, fray Roger de Flor, acabo de ejercer ese derecho en nombre de la Orden. He condenado a estos hombres a muerte por lo aquí ocurrido y he ejecutado la sentencia por mi propia mano. Es mi responsabilidad. Y de la Orden del Temple.

Más tarde, a solas, Artal le reprochó al fraile que le impidiese completar su venganza.

—Te dije que había que hacer las cosas bien —le contestó Roger —. Y lo que pensabas hacer era una estupidez.

—Era lo que se merecían.

—Mira, novicio, el mejor golpe a tu enemigo es el que no te puede devolver.

—Iban a morir igualmente, ¿qué golpe me podían devolver?

—Tienen amigos y familia que buscarán venganza. ¿Qué futuro crees que le habría esperado a Vilalba? Bien sabes que el Temple no es capaz de protegeros.

—Pero habéis menoscabado mi autoridad frente a mis vasallos.

—Te equivocabas. Te has tomado atribuciones de las que careces. Aún no eres el señor de Vilalba, ni siquiera has sido nombrado caballero. Y aunque lo fueras, los Vilalba no tenéis el derecho de horca y cuchillo.

—Eso es cierto. Pero vos tampoco, y habéis hablado en nombre del maestre cuando él no os concedió ese privilegio.

Roger rio.

—¡Lo he hecho para salvarte el pellejo! Lo ocurrido aquí se sabrá. Alguien hablará tarde o temprano. Y los Entenza y las familias de los muertos sabrán que fueron ajusticiados por el Temple. Y que yo fui el ejecutor. Dirigirán su venganza hacia la Orden, no hacia ti. ¿Lo comprendes? Tú habrás dado el golpe, pero se lo devolverán al Temple.

—¿Y qué haréis vos? ¡El maestre montará en cólera cuando se entere!

—Cuando eso ocurra, espero estar navegando muy lejos de aquí.

Artal se quedó mirando a su amigo, en sus ojos había un brillo pícaro. Después de un largo silencio, afirmó con la cabeza.

—Tenéis razón —admitió—. Iba a cometer una locura. No tenemos apenas con qué defendernos. Y lo hubiera pagado mi familia. ¡Gracias!

Roger abrió sus brazos y le estrechó entre ellos. A Artal se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué haré cuando regreséis a la mar? ¿En qué líos me voy a meter?

—Solo tienes dieciséis años, Artal —le confortó—. Eres un chico listo que debe controlar su temperamento. Aprenderás. —Sonrió—. Pero date prisa en hacerlo, no sea que te maten antes.

Artal y Clara, junto a Ferran y los padres de este, pasaron parte de la noche charlando en el salón. Los criados ya habían limpiado la mesa, la sangre de las ejecuciones y habían llevado los cadáveres al

establo. A pesar del cansancio del viaje, con tantas emociones Artal era incapaz de conciliar el sueño. Al igual que los demás.

Los mayores contaron historias en las que los jóvenes eran los protagonistas cuando eran niños. Sin embargo, ellos solo recordaban unas pocas. Al final, Artal y su hermana se quedaron solos, también tenían cosas que contarse.

—¿Sabes algo de nuestra madre? —preguntó Artal—. ¿Algo que ella te contara y que no sepan los demás?

—Solo sé que esas brujas trataron de envenenarla y que desapareció sin dejar rastro junto a su doncella.

—¿Cómo pudo suceder? Piensa, por favor. Tiene que haber alguna pista, algo.

—Lo siento, Artal, no sé nada. ¡Me he sentido tan sola desde que se fue! ¡Gracias a Dios que ahora te tengo a ti!

El heredero de Vilalba guardó silencio, y de pronto media sonrisa iluminó su rostro.

—¿Qué? —inquirió Clara, que tenía la mirada clavada en él.

—Sola, sola, creo que no…

Entonces fue ella la que se quedó callada.

—He visto que hay alguien que te protege…

Clara enrojeció.

—Que está dispuesto a dar la vida por ti…

—Sí —confirmó ella—. Doy gracias al cielo por la gente que nos es fiel y nos quiere, como Romeu, Tina, Ferran… y todos los demás.

—Ferran…

La joven bajó la mirada y volvió al silencio.

Él no quiso insistir.

73

Poco antes del amanecer, Roger despertó a Artal. El joven había pasado casi toda la noche en vela y le costaba recuperar los sentidos.

—El tiempo corre a toda velocidad. ¡Prepara los caballos! —le dijo el fraile sacudiéndole—. Salimos de inmediato para Miravet. El maestre ya estará allí, de regreso de la coronación del rey en Zaragoza.

—Soy el señor de Vilalba —murmuró Artal, recordando los hechos del día anterior—. No soy yo quien tiene que ensillar los caballos. No aquí, en Vilalba.

—Aún eres mi escudero. Si no los ensillas tú, ordena que lo hagan.

—Quisiera quedarme un par de días con mi hermana…

—¡Imposible! Pronto echarán en falta al de Carbons y a los otros. Y doña Galbors sabrá que tienes encerrados a los criados que le son fieles. Tenemos muy poco tiempo. Hay que ir primero a Miravet y después a Mora. Cuando se sepa lo de ayer, nuestro pellejo no valdrá nada en ninguno de esos lugares. ¡Levántate! ¡Rápido!

Y emprendieron la marcha, a toda la velocidad que les permitían sus caballos, hacia la gran fortaleza del Temple en la orilla derecha del Ebro. El tiempo era vital.

Alcanzaron el castillo de Miravet en cuatro horas. Allí tuvieron una charla con el maestre Berenguer de Cardona, quien, de regreso de la

coronación del nuevo rey, se había detenido en su camino hacia Barcelona. Con él se encontraba fray Antón de Camporrells, que los esperaba. Y llegaron a un acuerdo sobre el plan a seguir.

Terminado el encuentro, partieron con caballos fres-cos hacia Mora, adonde llegaron en poco más de una hora, cerca ya del mediodía. Se fueron derechos al salón del castillo, pues estarían sirviendo la comida.

—No pueden tener noticias todavía de lo ocurrido en Vilalba, pero debemos actuar rápido —murmuró Roger antes de sentarse con los escuderos y las gentes de cierta importancia, al lado de la mesa de los señores.

El trovador se acomodó junto al mayordomo, a quien dijo en tono confidencial que traía un asunto de importancia para don Berenguer y que era urgente que hablaran. Este se resistió en un principio, alegando que no convenía molestar a su señor antes de la siesta. Pero Roger era convincente y de nuevo consiguió la audiencia.

El señor de Mora le recibió en su cámara, algo malhumorado y mirando de reojo la cama.

—He averiguado en Miravet lo que deseabais saber, señor —le dijo.

—¿Tan pronto? —Berenguer de Entenza compuso una expresión de sorpresa—. Sois un juglar, no creo que los frailes escuchen vuestras cancioncillas.

—Cierto. Somos bienvenidos en el pueblo, pero no en el castillo. Aunque han hecho una excepción al enterarse de la caída de San Juan de Acre y les he recitado el poema, sin música. Como bien sabéis, tienen prohibidas las canciones fuera de las litúrgicas. Por cierto, señor, no soy un juglar, soy trovador.

El Entenza se encogió de hombros ante la reivindicación y arrugó el cejo.

—¿Y de qué te has enterado?

—Del paradero de Artal.

—¿Está allí? —Sus mejillas, por lo general rojizas, se tornaron pálidas.

—Se encuentra en el castillo de Miravet, bajo la protección del Temple.

Berenguer de Entenza se quedó en silencio atusándose la barba con la mano, pensativo.

—Así que ha sobrevivido… —murmuró al fin.

—Así es, señor.

—El Temple. Era lo lógico, estaba con ellos en Tierra Santa.

—¿Os puedo ayudar en algo más?

Seguía cavilando y tardó en responder.

—Nada más, te agradezco el servicio. Puedes quedarte un par de días en el castillo. Y cuando te vayas, mi mayordomo te dará unas monedas.

Artal gozó de dos encuentros más con Blanca, siempre bajo la severa vigilancia de su doncella. Pero deseaba ir más allá de las dulces palabras, las sonrisas y las tiernas miradas. Y notaba que Blanca también. Buscaban el contacto físico, la caricia. Pero la mujer porfiaba por evitarlo. Aquel juego se hacía más y más peligroso. Artal no solo apostaba la vida, sino también el corazón. El recuerdo de Beatriz iba empequeñeciendo conforme el ansia por volver a ver a Blanca se agrandaba.

Decidió confiar su angustia al capitán.

—Tienes el malsano vicio de encapricharte de la mujer equivocada —le reprendió.

—No tengo mucho donde escoger —se lamentó el chico.

—Si malo era tu encoñamiento con Beatriz, peor es este enamoramiento galante con Blanca —repuso sin atender a la queja de Artal—. Beatriz era inadecuada, entre otras cosas, porque tus obligaciones están aquí. Y Blanca pertenece a la alta nobleza. Y, para colmo, su familia quiere matarte. ¡Mira que te has esforzado! Por mucho que buscaras, no encontrarías nada más peligroso.

—¿Qué hago?

—Arriésgate de una vez y trata de sacarle a Blanca el paradero de tu madre. Y despídete de ella, que esa sea la última ocasión en la que la veas.

De modo que, en su siguiente encuentro y sin importarle la presencia de la criada, Artal le preguntó a la joven si conocía el paradero de doña Eleonor de Vilalba.

—¿A qué viene eso? —inquirió extrañada.

—Hemos visitado un par de veces Vilalba y están angustiados por su desaparición —explicó fingiendo inocencia—. Pregunto en cada castillo que visito. Quizá sepáis algo aquí.

—Me gustaría complaceros —repuso Blanca, compungida—. He oído hablar de esa señora, pero nada sé de su desaparición.

—¿Y qué oísteis?

—Mis abuelos discutían sobre ella en una ocasión. Estaban muy acalorados.

—¿Y por qué?

—¡El tiempo se ha terminado! —interrumpió la doncella—. Tenemos que irnos. Y vos, Ramón, no solo sois un juglar enredón,

sino demasiado indiscreto.

—¿Vos sabéis algo sobre doña Eleonor?

—¡No sé nada! Y si lo supiera, tampoco lo diría. No se cuentan cosas de la familia a desconocidos. —Y miró severa a Blanca—. ¿Lo habéis oído, señora?

—¿De qué trataba la discusión? —insistió Artal.

La joven frunció el cejo como haciendo memoria y entreabrió la boca para hablar, pero de nuevo se lo impidió la doncella.

—¡Basta! —rugió la mujer empujando a Artal—. Ni una palabra más.

—Me ausentaré unos días, no sé cuántos, mi dulce dama —le dijo Artal con expresión apenada a la vez que oponía resistencia a la criada.

—¿Cómo podré sobrellevar vuestra ausencia, infeliz de mí? —se interrogó ella arrugando la frente, angustiada.

—Quedaos con mi recuerdo y la promesa de mi amor —dijo él.

Se arrepintió de inmediato. ¡Su amor lo tenía Beatriz! Se dejaba llevar demasiado lejos por la farsa. Y a la vez temió que no lo fuera, que estuviera enamorado de verdad.

—Mi corazón irá con vos, gentil caballero. Y esperaré ansiosa vuestro retorno para que me lo devolváis.

—Dejaos de ridiculeces, estoy por vomitar —gruñó la doncella—. Y tenemos que irnos. ¡Ahora mismo!

Pero no pudo evitar que los jóvenes se abrazaran y se dieran un beso apasionado de despedida.

—¡Señora! ¡Señora! —La que fuera nodriza de Pere irrumpió llorando en la estancia de doña Galbors—. ¡Pere, vuestro nieto!

—¡Maldita bruja! —rugió la señora—. ¡Voy a hacer que te arranquen la lengua! ¿No te tengo dicho que su nombre es Galcerán de Vilalba?

—¡Perdonadme, señora, os lo suplico! ¡Es que se ha ido!

—¿Y adónde va a ir ese? ¿A Mequinenza a ver a su madre?

—No, señora. ¡A Miravet!

—Pero ¿cómo va a ir a Miravet esa alma de cántaro? ¡No me lo puedo creer!

—¡Dice que quiere ser fraile! ¡Y que se lo va a contar todo a los templarios!

Doña Galbors se levantó de un salto.

—¡Será desgraciado! ¡Con todo lo que he hecho por un bastardo como él! No creo que se atreva. No tiene valor para ir allí.

—No ha ido solo. Se lo han llevado esos juglares que rondaban por aquí.

—¡¿Quéééé?! —Los ojos por poco se le salieron de las órbitas y su boca se descolgó.

Tardó un momento en reaccionar y salió corriendo de la estancia en busca de su esposo. Ni reparó en que per-día la toca por el pasillo y que su pelo corto flotaba alborotado.

—¡Berenguer! ¡Berenguer!

Su marido la vio entrar como un torbellino, de aquella guisa y con sus ojillos de jabalí más abiertos que de costumbre.

—¿Qué os ocurre? —inquirió sorprendido.

—¡Galcerán de Vilalba se ha ido!

—Vuestro nieto Pere, querréis decir.

—¡Se lo han llevado a Miravet esos juglares! —chilló ella—. ¡Dice que se lo contará todo a los templarios!

—¡Mierda! —masculló el Entenza. Y se quedó un momento en silencio—. Pues ese juglar me dijo que Artal también está en Miravet.

—¡Ay, Dios mío! —clamó la mujer—. ¡Si llega allí, estamos perdidos!

—Nunca me pareció bien esa idea vuestra de sustituir al niño muerto de Vilalba por nuestro nieto —le dijo—. ¡Pero os emperrasteis! ¡Maldita seáis, no tendría que haber cedido! ¡Eso solo se le podía ocurrir a una arpía como vos! ¿Y ahora qué?

—¿Ah, sí? ¿Arpía? Pues como llegue allí y hable, quien las pagará todas juntas seréis vos, señor de Mora. Así que ya podéis salir corriendo detrás de él. Y si hay que matarlo, hacedlo. Todo menos que confiese.

Acto seguido, doña Galbors se lanzó al pasillo llamando a sus hijos a gritos:

—¡Guillem! ¡Berengueró! ¡A los caballos! ¡Juntad a todos los que podáis!

En unos minutos estaba formada una tropa de veintidós jinetes entre caballeros, escuderos y ballesteros.

—Los caballerizos dicen que las monturas de esos juglares son unos jamelgos y que el de Galcerán es el peor —informó Berengueró —. La distancia es corta, pero los alcanzaremos antes de que lleguen a Miravet. Nos llevan poca ventaja.

—Y aunque entren en el pueblo, allí la mayoría son moriscos y lo tienen mal defendido, el castillo está en el otro extremo y la cuesta es larga, empinada y dificultosa —dijo Berenguer de Entenza—. Tendrán que desmontar para subirla. Si no los detenemos antes, lo haremos allí. Entraremos en el pueblo por sorpresa, antes de que

puedan cerrar la puerta. Dos de vosotros os quedaréis junto a ella para mantenerla abierta y así saldremos sin problemas una vez los cacemos. ¡Ballesteros! ¡Tirad a matar mientras cabalgamos!

Y puso su caballo al galope. Los demás le siguieron.

—Ya salen —informó Artal—. Vienen al galope.

Los fugitivos se encontraban a un cuarto de legua de la puerta sur de la muralla de Mora y andaban al paso con sus nuevos caballos. Ocultos en una arboleda, unos soldados enviados por fray Antón de Camporrells, disfrazados de mercaderes, les habían entregado las tres monturas más veloces de Miravet un poco antes y se habían quedado con los jamelgos.

—Se creen que nos van a alcanzar en un santiamén —rio Roger.

La polvareda que la tropa levantaba se acercaba con rapidez.

—Como nos echen mano, mi abuelo nos hará matar a todos —advirtió Pere.

—No tengo la menor duda —dijo Artal—. ¿Qué tal si ponemos los caballos al trote?

—¡Adelante! —aprobó Roger—. Nos falta poco más de una legua para llegar a las puertas de Miravet, y legua y cuarto para subir hasta el castillo. Debemos fingir que nos alcanzan y que nuestros caballos no dan para más.

En ese instante oyeron la vibración de una ballesta y un proyectil voló sobre sus cabezas.

—¡Los tenemos encima! —exclamó Pere.

—¡Al galope! —ordenó Roger—. Pero sin separarnos demasiado. A caballo y a esa distancia, es difícil que acierten.

—Pero ¿y si lo hacen? —murmuró Artal mientras azuzaba a su

montura.

—Si alguno cae, que los demás no se detengan —contestó Roger.

—¡Ja! —rio sin ganas Artal—. En parar pensaba yo.

Poco después divisaban los muros de Miravet, y más lejos, encaramado en lo alto, su imponente castillo.

—¡Aminorad! —ordenó Roger—. ¡Que crean que nuestros caballos están agotados! —Y puso su montura al trote.

Los otros dos le imitaron y Artal miró hacia atrás. La polvareda que les seguía se hacía más grande. Los de Mora cabalgaban veloces. Y vio que un par de ballesteros trataban de disparar sus armas.

—¡Ay! —Se tumbó sobre su montura para no ofrecer un blanco fácil.

Las armas vibraron y los proyectiles les pasaron rozando, sin alcanzarles. De pronto, los cascos de los caballos se hundieron en el arenal de una playa del río, frenándolos. Pero, a muy poca distancia, la muralla norte mantenía su puerta abierta sin nadie que la vigilara. Varios campesinos sarracenos huyeron al ver la cabalgada que se aproximaba y un par de perros salieron a ladrarles.

—¡Los tenemos encima! —chilló Pere.

—¡Aguanta hasta que crucemos la puerta!

En unos instantes entraron en el pueblo con los Entenza pisándoles los talones. La calle principal se empinaba y después hacía un recodo. Al superarlo, se encontraron con el maestre, los comendadores y una veintena de caballeros y sargentos del Temple. Todos sobre sus caballos, vestidos con armaduras y protegidos por sus escudos.

—¡Lanza en ristre! —ordenó fray Berenguer de Cardona.

Y aquello se convirtió en un erizo de veintitrés lanzas. Roger, Artal y Pere se colaron por los pasillos que se abrieron entre los caballos para cerrarse de inmediato detrás de ellos.

—¡Es una trampa! —aulló Berengueró, que iba en cabeza, cuando tomó el giro del recodo a la vez que tiraba de las riendas de su caballo para frenarlo.

Aun así, no pudo evitar que un par de lanzas le pincharan el pecho. Trató de dar la vuelta, pero la puerta del pueblo se había cerrado y cien ballesteros, a las órdenes de fray Antón, les apuntaban desde la muralla y las ventanas de las casas.

—¡Una trampa! —murmuró rabioso Berenguer de Entenza—. ¡Maldita sea! ¡Cómo he sido tan tonto!

Sabía que nada podía hacer. No llevaba armadura y solo le protegía su escudo. Se alegró de que su primogénito Guillem no se hubiera unido a la partida por estar de caza. Ni siquiera intentó desenfundar la espada. Hubiera provocado una matanza sin sentido. Estaba en manos de sus enemigos los templarios.

74

—¡Berenguer de Entenza! —clamó fray Antón de Camporrells, apuntándole con su largo y huesudo dedo índice—. Os acuso, en nombre del Temple, de bandidaje, estragos, destrucción, violaciones, muertes y secuestros, perpetrados contra los bienes de la Orden, sus vasallos o las posesiones de estos.

Su voz resonó en las paredes y recorrió las bóvedas de arcos apuntados del refectorio del castillo de Miravet. En los bancos se sentaban el maestre, los comendadores de Ascó, Gandesa, Ribarroja y Miravet, media docena de caballeros de la Orden y fray Roger.

Enfrentados a ellos se hallaban Berenguer de Entenza y su hijo Berengueró, con las manos encadenadas. Y en uno de los laterales se encontraban como testigos Pere de Entenza y Artal de Vilalba, que vestían un hábito y bonete oscuros.

Hacía dos días de la captura de los Entenza y el maestre había liberado a su tropa a cambio de un fuerte rescate que doña Galbors se vio obligada a pagar. Pero no aceptó cantidad alguna por su esposo y su hijo, a los que ahora se juzgaba. Ellos tachaban el juicio de ilegítimo y habían rechazado que un letrado los defendiera.

—¡Y sobre vuestro hijo Berengueró pesa la misma acusación! —continuó el fraile.

Berenguer de Entenza cruzó los brazos en gesto adusto, apretó los labios, negó con la cabeza y se mantuvo en silencio mirando fijamente a su acusador. Sus mejillas estaban rojas de cólera.

Fray Antón hizo una pausa en espera de una respuesta que no se produjo.

—¡Berenguer de Entenza! —gritó de nuevo—. Os acuso también, en nombre de nuestros vasallos, los Vilalba, de la muerte de su hijo Galcerán, que manteníais como rehén. Y de la suplantación de este por vuestro nieto Pere de Entenza, aquí presente. Sois, pues, culpable del intento de robo del dominio de Vilalba.

El fraile se detuvo mirando al acusado. Tampoco obtuvo respuesta.

—¡Berenguer de Entenza! —clamó por tercera vez—. Os acuso, en nombre de nuestros vasallos, los Vilalba, de la violación y muerte de doña Eleonor de Vilalba y del asesinato de su esposo Bertrán de Vilalba.

Por primera vez, el señor de Mora se removió en su duro asiento de piedra. Sus mejillas enrojecieron aún más y sus párpados se abrieron ligeramente. Se levantó encarándose a su acusador.

—¿Habéis terminado ya? —rugió—. ¿Tenéis algo más de lo que acusarme?

—No, por el momento. Podéis hablar.

—¡No le reconozco autoridad al Temple! ¡No posee derecho a juzgarme!

—Tenemos el mismo derecho que acostumbráis vos a usar: la fuerza —intervino Berenguer de Cardona—. Y sois nuestro prisionero.

El Entenza gruñó como un oso y mantuvo los ojos clavados en fray Antón, sin mirar al maestre.

—¡No quería hablar! —bramó haciendo oídos sordos a sus palabras—. ¡Pero no soporto más esta farsa!

—Os escucharemos —dijo fray Antón sin ocultar su antipatía.

—En primer lugar —empezó el señor de Mora—, no tengo que dar explicaciones por los estragos, como vos llamáis, que mi familia causa a las propiedades del Temple. Me asiste el derecho de guerra entre señores. Y esa guerra la causó la injerencia de la Orden en los asuntos de honor de mi familia y su codicia en el cobro de las tasas de las barcas que cruzan el Ebro.

—¡El rey nos dio la razón en las tasas! —intervino de nuevo el maestre.

—¡Bah! —El Entenza hizo un gesto despectivo con la mano.

El movimiento, acompañado de un sonido metálico, quedó limitado por las cadenas. En un arrebato de furia, Berenguer bregó como un oso con ellas sin otro resultado que el tintineo de los hierros entrechocando.

—En cuanto a la casa de Vilalba —siguió cuando pudo calmarse —, no tengo que dar explicaciones por hacer lo que se me antoje con mis vasallos.

Artal se levantó de un salto, pero un tirón de su primo y una mirada amenazante de Roger hicieron que volviera a sentarse.

—¡También son nuestros vasallos! —clamó fray Antón—. ¡Y no tenéis derecho sobre sus vidas!

—No matamos al pequeño Galcerán —se defendió ahora el Entenza—. Era un niño débil que murió al segundo invierno. Ni deshonré a doña Eleonor de Vilalba, ni la maté. Ni tampoco a su marido.

—¡Mentís! —gritó Artal levantándose de nuevo—. Todos saben que matasteis a mi padre, o le hicisteis matar, porque teníais miedo. Os había desafiado a un juicio de Dios, sabíais que era mejor

caballero y que os iba a vencer.

Berenguer de Entenza se quedó mirando al joven y le costó un poco comprender quién era.

—¡Míralo! —dijo al fin—. Aquí está el pequeño Artal. Se coló en mi casa disfrazado de juglar y ahora resulta que es un renacuajo del Temple. —Hizo una pausa en la que siguió contemplándolo—. Ya decía yo que me resultabas familiar. Te pareces mucho al miserable de tu tío. Un bribón como él. Pues bien, Artal, te han engañado. Yo no maté a tu padre. Y mucho menos por miedo.

—¡Pues si vos no lo matasteis, lo hicisteis matar! ¡Por miedo!

El señor de Mora soltó otro de sus gruñidos acompañado de ruido de cadenas.

—¡Mocoso descarado! ¡Sabrías lo que es bueno si no estuviera encadenado! Dime, ¿alguien tiene alguna prueba? ¿Alguien puede demostrar algo?

—¡Claro que no! Ya os encargasteis de no dejar rastro. Las pruebas están con Dios, que todo lo ve.

—¡No hay pruebas porque es una infamia!

—¡Pues atreveos a poner a Dios por testigo! —clamó Artal—. Os reto a un duelo a lanza y espada. A un juicio de Dios. ¡Como el que evitasteis matando a mi padre! ¡Y que sea a muerte!

Se hizo un silencio en la sala capitular. Artal había apelado a la última instancia, al Juez supremo. Y aquello encogía los corazones tanto de frailes como de seglares. Otras palabras hubieran acarreado gritos, reproches o censuras, pero nadie se atrevía a abrir la boca. Ni siquiera el maestre. Apenas osaban respirar. Todos sentían una presencia poderosa, terrible, que hacía la atmósfera más densa. La de Dios juez.

Berenguer de Entenza se había quedado mirando sorprendido a Artal. Sus mejillas, antes enrojecidas por la cólera, iban tornándose pálidas.

—¡Acepto! —dijo en voz queda, extraña en él. Pero enseguida la alzó—: ¡El Temple no me puede juzgar! ¡Frailes avariciosos! Pero ¿qué os habéis creído? —Hizo otra pausa y añadió en voz baja—. ¡Pero Dios sí! ¡Me someto a su justicia!

—¡No podéis luchar! —Berengueró se levantó del banco de piedra —. El de Vilalba no lleva una capa blanca y es demasiado joven. No es un caballero. La ley dice que no puede enfrentarse con un señor en un duelo de honor, ni de ninguna otra clase.

Otro espeso silencio se hizo en la sala. Todos permanecían inmóviles. Al rato, el maestre se levantó, pausado y solemne.

—¡Artal de Vilalba, venid aquí!

El muchacho obedeció.

—¡Arrodillaos!

Lo hizo.

—Por el poder que poseo, no como maestre del Temple, sino como señor feudal de Miravet, Ascó y Vilalba, entre muchos otros lugares, yo, fray Berenguer de Cardona, os nombro caballero, como vasallo mío y de la Orden.

El joven se percató de que el maestre había prescindido del tuteo. Su corazón latía emocionado en su pecho. El fraile desenfundó su espada, miró desafiante a Berenguer de Entenza y la posó en el hombro izquierdo de Artal, en el derecho y sobre su cabeza. Él se inclinó para besarle los pies, pero el maestre lo evitó haciendo que se incorporara y le besó en la boca. Aquel beso sellaba el juramento de fidelidad y vasallaje entre cristianos.

—Sois caballero, vasallo nuestro, heredero de Vilalba y, si no aparece vuestra madre, su señor —le recordó—. Pero sois seglar, no caballero del Temple.

—Lo sé, padre.

—Ahora ya podéis enfrentaros y matar, si Dios así lo quiere, a ese hombre —añadió lanzando una mirada de desprecio a Berenguer de Entenza.

—¡Nombrar a alguien caballero así es una infamia! —clamó Berengueró—. ¡Es otra de vuestras trampas! Como la que nos trajo aquí. ¡Estaba todo preparado! ¡Lo hacéis porque mi padre tiene más de cincuenta años y es un anciano! ¡Buscáis que le maten! Yo seré su paladín, lucharé en su lugar. ¡La ley lo permite!

—¡Cállate! —le ordenó el señor de Mora—. Tú no vas a luchar en mi lugar, por mucho que la ley me conceda ese derecho. Ni lo hará tu hermano ni ningún otro. Hace ocho años que tengo pendiente un juicio de Dios, con el padre de Artal, al que injustamente me acusan de matar. ¡Ya es hora de que el Señor hable! Es justo que él y yo nos enfrentemos. Porque si yo soy un viejo, él es un niño. —Hizo una pausa antes de concluir—: Determinemos condiciones y elijamos testigos humanos. ¡Dios juzgará!

75

Los soldados del Temple se llevaron a los prisioneros a las mazmorras del castillo de Miravet. Los Entenza, aparte de miradas asesinas dirigidas al maestre y a fray Antón, no presentaron resistencia. Oponerse hubiera supuesto ser golpeados y reducidos por los soldados con el consiguiente menoscabo a su nobleza. El maestre y los demás se retiraron, y cuando Artal le hizo comprender a Pere que quería hablar a solas con Roger, su primo se dirigió a la celda monástica que le habían asignado.

Artal y el capitán subieron a las almenas del castillo, desde donde podían contemplar un ancho y majestuoso Ebro que justo en aquel punto tomaba una curva de un cuarto de circunferencia. Un grupo de pájaros se congregaba en el cielo para lanzarse en picado sobre las aguas en lo que parecía una estrategia combinada para confundir a los peces y pescarlos con facilidad. Era todo un espectáculo.

—Has hecho un buen trabajo provocando al viejo —asintió Roger —. Jamás imaginé que aceptara un juicio de Dios.

—No lo tenía pensado —repuso Artal—. Lo hice al comprender que nunca podría probar que mató a mi padre. Y que él es el responsable de lo que le haya podido ocurrir a mi madre.

—Pues acertaste. Era la única forma de obligarle a rendir cuentas. Me sorprende que haya caído en la trampa.

—Es un hombre arrogante y colérico. ¿No visteis cómo enrojecía de rabia?

—Sí, lo vi. Se sintió ofendido, perdió los estribos y aceptó. Aunque no creo que te considere un gran rival. Está convencido de que te va a matar.

—Me pongo en manos del Señor.

—También me sorprende el gesto del maestre al nombrarte caballero.

—Estaba molesto con el Entenza. ¿Visteis el desprecio? No respondía cuando le hablaba. Ni siquiera se dignaba a mirarle.

—Claro que me fijé. Se odian. Y por eso te ha nombrado caballero a pesar de tu edad, para humillarle. Sin embargo, confía en ti. No hubiera aceptado el combate de creer que el Entenza fuera a ganar.

Artal se encogió de hombros.

—Eres el paladín del Temple —continuó Roger—. Y los días que quedan para el combate serán intensos. Olvídate del laúd. Eso se acabó. El maestre te ha nombrado caballero de improviso, sin el ritual de velar armas y las oraciones. Tendrás que seguirlo ahora. Y también deberás entrenar-te con la lanza y la espada. Berenguer de Entenza es diestro con las armas. Ha peleado muchas veces junto al rey de Aragón y le sobra experiencia. Y que su tripa no te engañe, conserva buena parte de su fuerza y agilidad. Además, mantiene intacta su astucia. Es un rival que temer.

Los días se sucedieron para Artal según Roger había anticipado: estricta disciplina para cumplir con las oraciones, noches en vela rezando frente a las armas y continuo entrenamiento de combate.

Uno de esos días, Berenguer de Cardona quiso hacer un aparte con Artal y Roger para explicarles los términos del acuerdo y los

convocó en su celda.

—El juez será el maestre provincial de los caballeros hospitalarios, orden que los Entenza benefician —les informó—. El campo de honor ha sido elegido en un punto fronterizo entre las tierras de Mora y de Miravet.

—¿Cuáles son las reglas del combate? —inquirió el chico.

—Las que tú propusiste y el Entenza aceptó. Lanza, espada y muerte. Dios juzgará dando la victoria, y la vida, al justo.

—¿Y cuáles son las condiciones pactadas? —quiso saber Roger.

—Semejantes a las que el padre de Artal acordara en su momento —dijo el maestre acariciándose la barba.

—El vencedor dispondrá de la vida del vencido, si este sigue vivo al final del combate —recordó Artal—. Y los familiares y amigos se comprometen a no tomar represalias contra el vencedor, so pena de excomunión en la tierra e Infierno en la otra vida. Nadie puede ir contra la voluntad del Señor.

—Cierto —convino fray Berenguer—. Si ganas, Vilalba se libra del vasallaje Entenza. Y estarán obligados, por su honor, a no atacar nunca más a ninguna de las personas o posesiones del feudo. El pacto compromete a sus herederos hasta la cuarta generación.

—¿Y si muero?

—Los Entenza se quedan con Vilalba. Tu hermana obtiene una pequeña dote, pero pierde todo lo demás. Y el Temple renuncia a sus derechos sobre la propiedad.

—¿Y qué ocurre con los ataques de los Entenza al Temple? —inquirió Roger.

—Al principio se negaba a interrumpir las cabalgadas, pero ha tenido que ceder.

—Ese es un gran logro para el Temple —dijo Roger—. ¡Felicidades!

—No tanto. —El maestre frunció los labios—. El acuerdo deja muchos cabos sueltos. Me temo que sus hijos encontrarán excusas para atacarnos. El gran logro fue capturar al Entenza y a su hijo Berengueró. Ambos han tenido que firmar esos pactos a cambio de su libertad. Y lo han hecho frente a nuestros notarios, los suyos y los de los hermanos hospitalarios.

—¿Están libres?

—Sí, y preparándose para el combate que se celebrará en una semana.

—¿Y qué ocurre con el asunto de mi primo y el intento de apoderarse de Vilalba suplantando a mi hermano muerto?

—Eso se incluirá en el contencioso que el rey debe juzgar. Refuerza nuestra posición y debilita la suya.

Artal afirmó con la cabeza, pensativo.

— Prepárate bien, hijo —le dijo el maestre—. Hay mucho en juego: tu vida, justicia para con tus padres, la libertad de Vilalba… Cuentas con una ventaja. Los viejos creen conservar fuerzas de las que ya carecen, y el Entenza cada día está más débil, más torpe… A ti te ocurre lo contrario. Pero prepárate bien, porque es un guerrero afamado y será un combate muy duro.

Cuando salieron de la celda de fray Berenguer, de camino a las almenas del castillo para contemplar el río, Roger informó a su pupilo:

—Me he enterado de que el maestre quería que el obispo de Tortosa fuera juez en el combate. Pero se ha negado.

—¿Por qué? —quiso saber Artal.

—Porque en un concilio de hace unos años se prohibieron los combates judiciales invocando a Dios.

—¿Y cómo es que el Temple los acepta?

—No acostumbra, pero en esta ocasión le conviene al maestre.

—Y también al Entenza, porque piensa que me va a matar.

—Exacto, novicio.

—Soy caballero, fray Roger. —El chico le miró severo—. No me llaméis más «novicio». Además, nunca lo he sido.

El capitán sonrió.

Pere, aun sin estar bajo la disciplina del Temple, vestía un hábito anónimo y no se perdía ninguno de los oficios que se celebraban en el castillo. Y comía con los monjes en el gran refectorio. Siempre se sentaba junto a Artal. Los primos seguían estrechando su amistad.

—No puedo dejar de pensar en tu prima Blanca —le confesó Artal —. Su sonrisa y el azul de sus ojos me persiguen cuando practico armas, cuando rezo, cuando duermo.

—Es una muchacha muy hermosa —dijo Pere sonriendo.

—¿Crees que dice la verdad? ¿Que me quiere?

—No sé qué siente por ti —repuso encogiéndose de hombros—. Yo nunca fui su confidente.

—¡Háblame de ella! ¿Cómo es?

—Es bella y también lista. Y poco más te puedo contar, pues vivíamos en mundos distintos. Ella en el de los señores y yo en el de los criados. Es hija del primogénito de los Entenza, y si su hermano mayor falleciera, se convertiría en la heredera de Mora. Una gran señora. Yo solo era el suplantador de uno de sus vasallos. Nunca me trató mal ni tampoco bien. Apenas me trató.

—¿Qué crees que sentirá por mí, ahora que sabe quién soy y que he desafiado a su abuelo a un duelo a muerte? —Su tono denotaba preocupación.

—Creo que Blanca es una muchacha vanidosa —repuso Pere después de pensarlo—. Si en verdad te quiere, si no se trata de un juego, su corazón se partirá en dos. Pero los Entenza tienen un inmenso orgullo, que estoy seguro de que ella comparte. Gánale el combate al abuelo porque, en los amores, con la nieta tienes las de perder.

76

El regreso de Berenguer de Entenza y de su hijo Berengueró fue humillante. Habían caído en una trampa y para lograr la libertad se vieron forzados a firmar unos acuerdos indeseables. La noticia había corrido y todos lo sabían. El patriarca estaba de un humor de perros. ¡Qué vergüenza la de aquellos días encerrados, cargados de cadenas, en la prisión de los malditos frailes! Tan pronto el señor de Mora llegó a su castillo, se dirigió a su alcoba para lavarse cara y manos en una jofaina. Sentía que se le había pegado un asqueroso olor a convento.

—Pero ¿cómo pudisteis ser tan bobo? —Doña Galbors apareció en la puerta con los brazos en jarras. Sus ojillos brillaban iracundos —. ¡Caísteis en su trampa e hicisteis caer a los otros!

Él terminó de secarse la cara con la toalla y se la quedó mirando.

—Me consuela recibir esta amorosa bienvenida —gruñó—. ¡Me echabais tanto en falta! Lamento que sufrierais por mí.

—¿Sabéis cuánto he tenido que pagar a los frailes para liberar a nuestra tropa?

—Ni lo sé, ni lo quiero saber. Ya lo recuperaremos con unas cuantas cabalgadas en sus tierras.

—¿Cabalgadas? —inquirió ella—. ¿Cómo vamos a cabalgar sus tierras? ¡Os habéis comprometido a no atacarlos!

—Solo si ese mozalbete me mata. —La miró ceñudo—. Y si eso ocurre, estoy seguro de que encontraréis la forma de romper el

trato. Pero no os preocupéis, os ahorraré ese trabajo. Es un chico impulsivo y seré yo quien le mate a él.

—Eso no es seguro. Pero ¿cómo habéis podido ser tan estúpido? ¡Viejo imprudente! ¡Os metisteis en la boca del lobo!

—¡Maldita seáis, mujer! —repuso el Entenza, enrojeciendo de cólera—. ¡Vos fuisteis la que se puso a gritar que Pere se escapaba! ¡La que nos incitó a perseguirle! ¡Incluso nos pedisteis que le matáramos!

—Sí, claro. Pero suponía que vos ibais a capturarlo, no que os dejarais capturar. Y menos que aceptarais un combate judicial con ese juglar.

—¿Y qué si lo hice?

—Que si os mata, ¡perderemos Vilalba!

—¡Diablos! No perdáis cuidado, bruja. —Su voz denotaba su enfado—. Mataré a ese chico y vos podréis echarle la zarpa de una vez a Vilalba. Pero si resulta que me mata él, perderéis Vilalba de una puta vez. ¡Vaya disgusto! Solo pensáis en vos, en el dinero y en el poder. Os importa un comino que me maten. Ha sido vuestra avaricia la que forzó a ese infeliz de Pere a fingir que era Galcerán de Vilalba. A mí siempre me pareció mal. Vos sois quien nos habéis metido en ese lío.

—¡Conque ahora resulta que yo tengo la culpa! ¡Cuando no hago otra cosa que preocuparme por Mora, por vuestro señorío, por la casa de Entenza! ¿Es un delito que quiera que los nuestros hereden Vilalba?

Berenguer no respondió y ambos se quedaron mirándose, fieros.

—Yo me ocuparé del bastardo —prosiguió Galbors al rato—. Buscaré la forma de hablar con él y convencerle para que no

testifique en nuestra contra. Pere es un pusilánime, jamás se ha atrevido a llevarme la contraria. Cederá.

Berenguer se encogió de hombros, como si el asunto no le importara, y ella se mantuvo en silencio observándole. Pero al poco volvió a la carga:

—¡Todo he de resolverlo yo! ¡No hago más que mirar por esta familia! ¡Y encima tenéis el nervio de echármelo en cara! Y mientras a vos, descastado, solo os interesa ir follando por ahí.

—¡Pues claro! —La faz del Entenza enrojeció aún más—. ¿Quién se acostaría con una bruja resentida como vos? ¡Siempre quejándose, siempre reprochando!

—Bien que lo hicisteis cuando era joven. —El semblante de Galbors empalideció—. ¡Por el amor de Dios, Berenguer! ¡Os di doce hijos! —Sollozó y una lágrima se deslizó por su mejilla.

Aquello enfureció más al Entenza.

—¡No me vengáis con lágrimas! —dijo gritando—. ¡Ni os hagáis la víctima! Yo cumplo mis compromisos. Y el pacto de nuestro casamiento me obligaba a acostarme con vos. Y a vos os obligaba a parir a mis hijos.

—¡Qué ingrato sois! Eso fue todo, ¿verdad? ¡Una obligación! ¡No solo sois estúpido, sino también un miserable! ¡Yo, que os he dedicado mi vida! ¡Que he cuidado de nuestro patrimonio porque vos sois un manirroto! ¡Que me he sacrificado para educar a nuestros hijos!

Los ojos de Galbors, aún húmedos, echaban ahora fuego.

—¡Maldita sea! Pues lo hicisteis muy mal —repuso él—. De lo contrario, vuestras hijas se hubieran comportado como señoras, no como unas putas, y no se habrían quedado preñadas del primer

juglar que pasara. Y ahora no estaríamos en este lío. Pero, claro, ¿qué se podía esperar, si fuisteis vos quien las educó?

—¡Hijoputa! —exclamó Galbors.

Se abalanzó sobre él y le tiró de la barba con la mano izquierda mientras le clavaba las uñas de la derecha en la mejilla. Al Entenza le costó zafarse y cuando lo logró, ella tenía un manojo de sus pelos en una mano y piel bajo las uñas de la otra. Saltó de nuevo sobre él, como una gata, pero el hombre la tumbó de un puñetazo. Galbors fue a parar sobre el mueblecillo que sostenía la jofaina. Cayó con estrépito, la loza se rompió contra el suelo y el agua se esparció. Pero con una agilidad sorprendente para su peso, Galbors se incorporó y trató de echarse otra vez sobre su marido. Había perdido la toca y mostraba su cabello gris rojizo. Sangraba por la nariz. Berenguer la esperaba y le propinó otro puñetazo que la hizo volver a caer.

—¡Ramera! —murmuró.

La levantó del suelo agarrándola del pelo, la empujó fuera de la habitación y cerró atrancando la puerta.

Galbors se incorporó de inmediato y se puso a golpearla con rabia.

—¡Abrid! ¡Miserable! ¡Hijoputa!

77

Artal había estado practicando sin descanso con Draco, el caballo de combate del maestre. Era el mejor que poseía el Temple en la provincia. Pero sabía que Berenguer de Entenza en eso le aventajaba; llevaba años adiestrando al suyo hasta hacer de montura y jinete un todo. Los caballos de guerra o *destrier*, como los llamaban francos y provenzales, eran capaces de soportar el peso de un hombre con armadura, lanza en ristre, y embestir con gran potencia. Pero también eran ágiles para frenar, revolverse y cargar de nuevo. Tampoco se detenían si había que pisotear al enemigo. Draco no le respondía como Sirio, su querido caballo perdido en San Juan de Acre, pero era su única opción. Un caballo de combate no se improvisaba, no servía cualquiera.

Pensaba en todo eso y en otras muchas cosas cuando vio que el Entenza se situaba en el otro extremo del campo de justas, lanza en ristre, para cargar contra él. Artal notó su corazón acelerado. Había llegado el momento. Tenía que mantener la lanza en horizontal y cubrirse bien el cuerpo con el escudo. Su oponente, en un alarde de prepotencia, puso su montura sobre dos patas y vociferó: «¡Entenza!», y gran parte del público coreó su grito. A continuación, recolocó su lanza, espoleó a su caballo y fue contra él. Artal hizo lo mismo musitando una oración: «¡Señor, Dios mío, haz justicia!».

Recta, debía mantener la lanza horizontal, con su pico de acero apuntando al cuerpo de su oponente. Fueron unos instantes eternos.

Por las ranuras del yelmo, que le limitaba la visión, percibió el brillo asesino de los ojos sangrientos de su rival.

El choque fue brutal, notó que su lanza cedía y resbalaba en el escudo contrario, al tiempo que la de su enemigo se clavaba en el suyo. Traspasó la madera, el cuero y el metal para introducirse en sus carnes. Un dolor terrible le desgarraba el pecho mientras oía un grito triunfal. «¡Entenza!». La gente aullaba entusiasmada. Trató de mantenerse sobre la silla, pero su cuerpo se venció hacia la grupa del caballo. Quiso sujetar lanza y escudo, sin lograrlo, y cayó de espaldas. Ensartado como un pollo en un asador. Notó el dolor del golpetazo contra el suelo. Sintió sus fosas nasales llenas de polvo y un sabor salado y férreo en la boca. Tosió sangre. Mucha. Y vio que esta se mezclaba con la tierra. Quiso respirar y no pudo. Se ahogaba. Recordó a los hombres que mataron en Vilalba. Su angustia era terrible. «¡Señor, ten piedad de mi alma!».

De pronto notó que se caía y se apoyó en su espada. Estaba clavada en un madero y él, arrodillado frente a ella. Tal como encontró al gran maestre, fray Guillaume de Beaujeu, la madrugada del último día en San Juan de Acre. La tenue luz de un candil iluminaba los arcos apuntados de la capilla de Miravet y un crucifijo con un Cristo rígido, colgado sobre el altar, le miraba con sus grandes ojos muy abiertos. Rezaba velando sus armas y, como tantas veces, se había quedado dormido. Faltaban aún tres días para el combate y de nuevo le acosaba aquel presagio, aquella pesadilla de muerte. «¡Señor, ayúdame!».

—Roger, ¿y si Berenguer de Entenza dice la verdad? ¿Y si no mató a mi padre, tal como asegura?

Se encontraban sentados en un banco en el patio de armas del castillo de Miravet. Acababan de ejercitarse con la espada y el escudo y ambos estaban sudados.

—¿No crees que es tarde para esas consideraciones? —repuso el capitán—. ¡Por el amor de Dios, le has retado a un combate a muerte y ha aceptado!

—Sí. Pero ¿y si le mató el señor de Corbera por la posesión de aquellos montes? Podría ser, ¿no?

—Pero no lo es. El tiempo de dudar ha pasado. Gana el combate y venga a tu padre. No le des más vueltas. Es culpable.

—Eso es lo que dice el Temple. Y lo que quiere el maestre, que sea culpable y que yo le mate. Se me ha repetido desde que llegué a España.

—¿Crees que el maestre te manipula?

—Empiezo a pensarlo.

Roger arrugó el cejo.

—Puede ser —dijo con una media sonrisa—. Te estás espabilando. En todo caso, es tarde para ese debate. Berenguer de Entenza es culpable y la victoria será tuya.

—Sueño una y otra vez con que es inocente y me mata.

—¿Por qué crees que los juicios de Dios se prohibieron en un concilio?

—No lo sé.

—Porque acostumbra a ganar el mejor, no el más justo. Los estúpidos humanos creemos que podemos involucrar a Dios en estas cosas. Pero Él parece no querer entrometerse. Tienes que ser el mejor, física y mentalmente. Si dudas, morirás, novicio. Así que repite conmigo: «Berenguer de Entenza es culpable y le venceré».

—Pero…

—¡Hazlo!

—Es culpable y le venceré —murmuró vacilante.

—¡Más veces!

Y lo repitió otra vez, y otra y otra…

78

—Doña Galbors exige ver a su nieto —les informó fray Antón de Camporrells, el fiscal que acusó al Entenza en el juicio—. Y el maestre se opone.

—Es Pere quien debe decidir si ve a su abuela o no —dijo Artal, molesto—. Mi primo no es un prisionero del Temple. ¿No es así, Roger?

—Así es, lo trajimos como invitado.

—Fray Berenguer teme que la vieja le engañe para regresar a Mora y que no declare contra su abuelo —continuó fray Antón.

—¡Pero eso es injusto! —replicó Artal—. No tiene autoridad sobre él.

—No creo que impedir el encuentro deje bien al Temple —razonó Roger—. Nos pone al nivel de los Entenza. ¿No lo veis así, fray Antón?

—Que decida él si quiere o no ver a su abuela —insistió Artal.

Fray Antón afirmó con la cabeza.

—Dejadme a mí. Conozco al maestre desde hace años y sé cómo convencerle.

Finalmente, Berenguer de Cardona cedió y el encuentro con doña Galbors tuvo lugar en un punto del camino equidistante de Mora y Miravet, cerca de las alquerías de Benissanet. A una distancia prudencial del lado de Mora esperaban los cuatro jinetes que acompañaban a la señora, y cuatro jinetes del Temple, con Artal y

Roger entre ellos, aguardaban a la misma distancia del lado de Miravet.

La mujer sonrió a Pere mostrando la ausencia de algunos dientes. A él le sorprendió, no recordaba que le hubiera sonreído jamás. Pero solo sonreía su boca, porque sus ojillos mantenían la mirada dura con la que acostumbraba a juzgarle. Tenía además un moratón en un ojo y aquello también le extrañó.

—Regresa conmigo a Mora —le dijo doña Galbors cogiéndole de las manos—. Vuelve con los tuyos, con tu familia.

—Ya no sois mi familia —repuso él, apartando las manos—. Buscaré a mi familia entre quienes visten el hábito franciscano.

—¡Déjate de tonterías! ¡Nosotros somos tu familia! —insistió ella —. ¡Tu única familia! Los que te hemos cuidado y alimentado desde que eras un niño. Nos debes fidelidad, cariño y obediencia.

—Me tratasteis peor que a los criados, y con ellos me hacíais comer. Solo me queríais para apoderaros de Vilalba. ¿Qué puedo esperar si regreso? Lo mismo.

—Retráctate de lo que les has dicho. Buscaremos una excusa, alegaremos que esos frailes te engañaron. Doña Eleonor era la única que te podía descubrir y ha desaparecido. No corres peligro. Volverás a ser Galcerán. ¡Vilalba será tuya!

—¡Yo no quiero Vilalba! ¡Nunca la he querido! Sois vos quien la codiciáis. Y me habéis usado como un monigote para quedaros con ella. Pero eso se acabó. Ya no podéis obligarme a fingir más.

La miró a los ojos antes de seguir. Ella le observó sorprendida, no recordaba aquella seguridad y determinación en su nieto.

—¡Escuchadme bien y enteraos de una vez! —prosiguió él, firme —. No quiero Vilalba. No soy Galcerán de Vilalba, ni lo seré nunca

más. Soy Pere de Entenza, hijo de Alamanda de Entenza, vuestra hija. Aunque os avergüence. Y dentro de poco no seré ni eso. Seré un simple fraile.

—¿Y te atreverás a testificar contra tu familia? El juicio sería contra la familia Entenza por usurpar la identidad de un fallecido.

—Responderé con la verdad a lo que se me pregunte. No participaré en más engaños.

—¿Sabes que eso le causará serios problemas a tu abuelo, si sobrevive al duelo?

Pere se encogió de hombros.

—Que sea lo que Dios quiera. En el duelo se dirime otro delito. Y si mi abuelo muere, los templarios irán contra vos. Reclamarán la justicia del rey por usurpación de identidad e intento de robo de un feudo. Y eso es mucho más vuestro que suyo.

—Pero ¡cómo puedes decir eso! —Había perdido su sonrisa y ahora enrojecía de cólera—. ¡Desgraciado! ¡Desagradecido! ¡Con lo que nos debes! ¡Te buscaba un dominio para que pudieras ser su señor! Porque tú no tienes nada y veo que no mereces nada. Me equivoqué al ayudarte. Eres un pobre infeliz, incapaz de ser un señor. ¡Bastardo!

—No soy un bastardo —repuso Pere, tranquilo—. Soy un hijo de Dios. ¡Legítimo! Como lo somos todos. Él dijo: «Por sus frutos los conoceréis». Yo conozco los vuestros, doña Galbors, y son malos. Vos sí que sois una abuela bastarda. Vuestro comportamiento lo prueba.

—¡Recapacita! ¡Vuelve con tu familia! ¡Te trataremos de maravilla! ¡Comerás en nuestra mesa, como un señor…!

—No iré con vos, sino con una familia mil veces mejor. Que el

Señor os ampare y perdone vuestros pecados. ¡Adiós, abuela!

Pere hizo girar a su montura y se reunió con sus amigos del Temple.

Durante los entrenamientos, Roger veía la rabia con la que Artal se empleaba. Luchaba con furia y habilidad. Pero al mismo tiempo se preguntaba si, a pesar de sus cualidades, sería capaz de vencer a un guerrero tan experto. Quizá no estuviera aún al nivel requerido. Le preocupaba, aunque lo disimulara frente al chico. La pasión de Artal, su odio al Entenza, podía provocar un error fatal en el combate. La idea de verlo morir le angustiaba. Era como su hermano menor y estaba orgulloso de él. Aunque el joven ya no era un aprendiz, sino un caballero.

Añoraba su galera, el mar, la libertad de desplazarse sobre las olas. Deseaba de todo corazón regresar a su nave. Cuando los Entenza supieran de la muerte del de Carbons y los otros, todos vasallos suyos, y cómo fueron ejecutados, harían responsable al Temple y le buscarían a él para matarle. Y cuando lo supiera el Temple, le encerrarían en una mazmorra el resto de su vida por actuar en nombre la Orden sin autoridad y exacerbando el conflicto con los Entenza. El peligro se multiplicaba cada día que seguía allí. Pero correría el riesgo. Iba a permanecer en tierra firme mientras pudiera ayudar al muchacho. Cumpliría la promesa que le hizo a su amigo Ramón de Vilalba, con quien tenía una deuda de vida, y se la pagaría a través de su sobrino.

79

Artal se encontraba rezando en la tienda levantada en uno de los extremos del campo donde tendría lugar el duelo. Había pasado la noche en ella, tratando de descansar sin lograrlo. Rezaba, se adormilaba, se despertaba sobresaltado, volvía a rezar y de nuevo se abandonaba al sueño. Al amanecer desayunó con Roger, fray Antón y los hermanos templarios que le acompañaban. Charló con ellos un rato antes de recogerse de nuevo en su tienda para orar. El combate tendría lugar a la hora tercia. Le rogaba a Dios estar en lo cierto y que hiciera justicia concediéndole la victoria. Y también le rezaba a la Virgen y a los santos guerreros, Jorge, Jaime, el arcángel Gabriel y demás, para que intercedieran por él ante el Señor.

—¡Hermano! —El grito de Clara interrumpió sus oraciones.

La faz de Artal se iluminó con una sonrisa al ver a su hermana, que iba hacia él con los brazos extendidos. No podía entrar en combate sin antes despedirse de ella.

—¡Clara! —exclamó, y se fundieron en un abrazo.

—¡No sabes lo orgullosa que me siento al ver los colores de Vilalba ondeando en el campo! ¡Han sido humillados y pisoteados durante tanto tiempo! ¡Hemos sido, madre y yo, vejadas y ultrajadas tantas veces desde que mataron a padre! Al no saber de nuestro hermano, mi única esperanza eras tú. ¡He rezado tanto por tu regreso! ¡Mira lo que hemos bordado para ti!

Le tendió una sobreveste mitad azul, mitad blanca. En el pecho

figuraba el blasón de la casa Vilalba: dos torres albas unidas por una muralla, también blanca, con una puerta coronada por un gran arco sobre un fondo azur.

—¡No iba a dejar que cubrieras tu armadura con los colores del Temple! —le explicó fogosa—. Luchas por nosotros, para vengar a nuestro padre y a nuestra madre. ¡Por nuestro honor! ¡Por Vilalba! —Y señaló un escudo, con el mismo blasón, apoyado en una silla sobre la que descansaba una cota de malla y un yelmo—. ¡Y lo harás con el escudo y las armas de nuestro padre!

—Espero no defraudarte, Clara —repuso Artal, pesaroso—. En este duelo no solo apuesto mi vida, sino también tu herencia. Si pierdo, tendrás que abandonar Vilalba y recibirás una dote que apenas dará para un casamiento humilde.

—¡No me importa! —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Moriría gustosa contigo! Tu desafío a ese hombre tan orgulloso, tan prepotente, que tanto daño nos ha hecho, honra a nuestra casa. Me vale más que mil dotes. ¡Dios estará contigo! ¡No hay duda! Y si aparece el diablo y mueres, asumiré mi destino con la frente alta. —Las lágrimas se deslizaban por su rostro—. Porque habrás devuelto la dignidad a nuestra familia.

Artal la abrazó de nuevo y notó sus mejillas también húmedas.

—¡Gracias, Clara! —murmuró—. No sabes cuánto me alivias. Para castigar a ese hombre y recuperar nuestra libertad, tuve que arriesgar algo que es solo tuyo. Me sentía culpable.

Ella le separó para mirarle a los ojos y dibujó una sonrisa.

—¡Hiciste lo que debías! Desafiar al Entenza era mil veces tu deber, y mil veces mi obligación aceptar las consecuencias. ¡Que Dios te bendiga, Artal! ¡Que bendiga a todos los que luchan por los

suyos! ¡Por lo justo! ¡A los que protegen a su familia! ¡Aunque mueran!

—¡Gracias, Clara! ¡Me das mucha fuerza!

—¡Pues ahora úsala! —Su tono se tornó intenso, imperioso—. ¡Y mátale! ¡Mata a ese cerdo que tanto nos ha humillado! ¡Al asesino de nuestro padre y de nuestra madre! Por el amor de Dios, ¡mátale! Y dale una muerte lenta y dolorosa.

En ese momento entró en la tienda Roger, seguido de fray Antón.

—Es la hora —los interrumpió el capitán.

Artal disimuló su sobresalto y le dio a su hermana un último abrazo y un beso.

—Los de Vilalba estaremos en el campo, del lado del Temple, rezando por ti —dijo ella al despedirse.

Él la acompañó a la salida de la tienda. Allí, esperando a Clara, se encontraba Ferran.

—Que Dios te ayude, Artal —le dijo, dándole un fuerte abrazo—. Sé que honrarás los colores de tu familia. Que son también los míos.

—Gracias, amigo —repuso él con una sonrisa—. Esto no es como cuando jugábamos con espadas de madera, ¿verdad?

—Volveremos a jugar con espadas, pero serán de acero. Y las emplearemos contra los Entenza o contra quien se atreva a desafiar a Vilalba.

—Que el Señor lo permita.

Artal regresó al interior de la tienda. Recitando oraciones y con movimientos ceremoniosos, los frailes empezaron a vestirle para el combate. El joven recordó la mañana del último día de San Juan de Acre, cuando lo hizo con la ayuda de su amigo Andrew. Con cuidado, los frailes le quitaron la túnica y se quedó en calzones. Le pusieron

una camisa y, sobre los calzones, unas calzas de lana que le cubrían piernas y pies y que sujetaron a la cintura con una gruesa correa de cuero. Y sobre las calzas, unas perneras de cota de malla de hierro que también cubrían los pies, y que tenían en sus extremos unas tiras de cuero que ataron a la correa. Aseguraron bien los nudos, sería fatal que se soltaran durante el combate.

A continuación, sobre la camisa le ajustaron un jubón almohadillado y le protegieron la cabeza con una cofia también acolchada. Después le cubrieron con una cota de malla que iba del cuello a las rodillas, incluyendo brazos. También unos guantes de lana y encima otros de cota de malla. Le siguió la sobreveste azul y blanca con el escudo de Vilalba que bordaron las mujeres de su casa. Fue entonces cuando le colocaron la capucha de cota de malla, le calzaron las espuelas y le ciñeron una segunda correa, con la espada y una daga enfundadas. Sobre la silla solo quedaba el yelmo y el escudo con el blasón de los Vilalba. El escudo de su padre.

—¡Te vengaré, padre! —musitó.

Sujetó el escudo en su brazo izquierdo, tomó el yelmo, elevó la barbilla y, seguido de los frailes, salió de la tienda. Fuera le esperaba su caballo, con una maza de guerra colgada de la silla.

Se encontraban a las orillas del Ebro, en la frontera con las tierras de Mora y cerca de Benissanet, un caserío de población morisca perteneciente a Miravet. Al fondo se divisaba el castillo del Temple, encaramado en su empinado monte.

El lugar de la justa no se parecía a las explanadas de tierra apretada donde solían celebrarse los torneos, sino que era un gran campo de trigo cubierto aún de rastrojos de la siega. Los llamados

reyes de armas, encargados de las ceremonias y de la igualdad y la justicia del combate, habían delimitado con estacas un espacio rectangular. Tenía las dimensiones apropiadas para que los caballos alcanzaran su máxima velocidad al galope. Y también habían orientado el campo norte-sur para que el sol no perjudicara a ninguno de los contendientes. En sus extremos más largos se alzaban, al norte, la tienda de Artal con sus pendones en azul y blanco, y al sur, la de Berenguer de Entenza, que mostraba sus colores negro y oro. En el centro del lado oeste se elevaba un estrado, desde donde presidiría el duelo, como árbitro y testigo, el maestre provincial del Hospital, al que le acompañaba el del Temple. Familiares, amigos y curiosos se distribuían a lo largo del campo. Muchos que venían de lejos habían plantado sus tiendas para pasar la noche, y mostraban sus propios pendones y divisas.

Artal parpadeó, era un día despejado y el sol pronto alcanzaría la altura de la hora tercia. Un sacerdote aguardaba para que confesara sus pecados, y Roger y fray Antón se retiraron unos pasos. Cuando terminó, recibió la absolución y sintió que estaba listo para morir, si tal cosa acontecía.

El maestre del Temple, que le esperaba a una distancia discreta, se le acercó, le dio un abrazo y le susurró al oído:

—El Señor hará justicia. Matarás a ese maldito de Dios.

Después le abrazó fray Antón.

—Recuerda bien lo que practicamos. Mantente sereno y que el Señor te bendiga.

Cuando le llegó el turno a Roger, vio que tenía los ojos húmedos y aquello hizo que los suyos también se llenaran de lágrimas. Se abrazaron con fuerza, sin decirse nada. Artal notó que aquel

contacto le tranquilizaba y le infundía fuerza y valor. Quería a su amigo y sintió que era correspondido con la misma intensidad.

—Que Dios te ayude, hermano —dijo el capitán, llamándole por primera vez de aquel modo, con la voz tomada por la emoción—. No te confíes y lucha como tú sabes.

—Gracias, Roger. Por lo mucho que me habéis enseñado. Y por todo lo que habéis hecho por mí. Pelearé lo mejor que sé.

—Si es así, lo hemos de celebrar después.

Roger le sujetó por los brazos y le sonrió. Era una sonrisa confiada, y el chico se la devolvió.

Después, Artal caminó hasta el centro del campo viendo cómo se aproximaba su rival. Al igual que él, iba sin yelmo y portaba su escudo, con un campo de oro con una franja negra en la parte superior. La mirada fiera del Entenza se clavó en Artal, y él se la sostuvo. Casi se tocaban cuando ambos giraron hacia un pequeño altar, situado frente al estrado, y se arrodillaron. Un sacerdote ofició la santa misa y, terminada esta, el maestre del Hospital, con un hábito negro con una cruz blanca de ocho puntas en su pecho, extendió sus brazos al frente y dijo con voz potente:

—¡Señor, Dios nuestro! ¡Haz justicia!

Los contendientes inclinaron la cabeza en señal de respeto a la invocación y se separaron para dirigirse a sus respectivos extremos del campo.

Una vez en el suyo, Artal montó a Draco, se puso el yelmo, que le cubría la cabeza por completo, dejando unas ranuras para los ojos y unos agujeros para respirar, y se lo ajustó con una correa. Fray Antón sostenía las riendas del caballo y fray Roger le entregó la lanza.

Los contendientes no gozarían de varias lanzas con extremos romos como las de los torneos, que además eran fáciles de romper. Dispondrían de una única lanza de madera de fresno, de una longitud semejante a la altura de dos hombres y medio, y con una punta de acero bien afilada. Aquello no era una exhibición caballeresca, sino una lucha a muerte. Y tanto el terreno como el resto de las condiciones serían idénticos a los de un campo de batalla.

Artal vio que, en el otro extremo, su rival también estaba preparado. Al contrario que su austero yelmo templario, el de su enemigo lucía en su parte superior un penacho de plumas negras y doradas. Desafiante, el Entenza alzó su brazo con la lanza al tiempo que ponía a su montura a dos patas. Gran parte del público le aclamó. ¡Igual que en las pesadillas premonitorias que sufría Artal!

Fue entonces cuando el maestre del Hospital hizo una seña y sonó la trompeta anunciando el inicio del combate.

80

Lanza en ristre, Artal apuntó a su enemigo y azuzó a su montura. El Entenza se le había adelantado y venía al galope hacia él. Por unos momentos confundió el golpeteo de los cascos de Draco con el latido de su corazón. La multitud había enmudecido. El chico veía cómo Berenguer de Entenza se acercaba a toda velocidad y quiso rezar sin acertar con las palabras. Lo tenía ya encima. Las lanzas chocaron contra los escudos con un impacto menor de lo esperado. Sus puntas resbalaron sobre la superficie y oyó un desagradable chirrido de hierros. El gentío aulló y Artal se encontró en el otro lado del campo. Supuso que la lanza del viejo habría rasgado la pintura del escudo de su padre, las torres y el muro de Vilalba estarían dañados. Pero no podía detenerse a mirarlo.

Hizo girar a su montura y se vio de nuevo frente a su enemigo, que ya venía hacia él al galope.

—¡Te he de vengar, padre! —murmuró dándose ánimos—. ¡Va por ti!

Esta vez Artal apuntó su lanza a la cabeza del Entenza, pero, alarmado, comprendió que la de su rival iba a su garganta y trató de protegerla en el último instante con el escudo. La punta chocó contra su defensa. Artal logró, gracias a la inclinación de su escudo, que la lanza resbalara otra vez, pero él ni siquiera rozó a su adversario con la suya. La muchedumbre rugió de nuevo y Artal se vio al final del campo. De aquel lado ondeaban los pendones de

Vilalba.

Dio la vuelta y espoleó a Draco. El golpeteo de los cascos contra el suelo volvió a confundirse con el de su corazón. No pensaba, se movía por reflejos. En esta ocasión, el choque fue terrible. La lanza del Entenza penetró su escudo, justo por encima del brazo con el que lo sujetaba. Pero, al tiempo, la de Artal impactaba, con una fuerza brutal, en la celada de su contrincante. La punta se incrustó en uno de los orificios de respiración y le empujó la cabeza hacia atrás. Su yelmo saltó por los aires al romperse la sujeción, pero el Entenza supo mantenerse firme a pesar del tremendo impacto. Artal había apartado el brazo para evitar que la lanza, que traspasaba su escudo, le ensartara, pero perdió el equilibrio sobre su montura. Sintió cómo el golpe le arrancaba de la silla y de los estribos. Por un momento se encontró en el aire antes de caer al suelo. De espaldas.

Tenía que ponerse de pie de inmediato, se dijo angustiado, pero su cuerpo acusaba el batacazo. Durante un instante se quedó inmóvil y temió no conseguirlo. Pero al fin, después de unos segundos que le parecieron eternos, logró darse la vuelta e incorporarse al tiempo que desenfundaba la espada. Se movía lento. Vio que el Entenza giraba su caballo y tomaba la maza de hierro erizada de púas que colgaba de su silla. Se sorprendió de no tenerlo ya encima. Buscó su escudo. Tenía clavada la lanza de su enemigo y, en esas condiciones, no podía usarlo. El noble cargaba con la maza en lo alto y el chico comprendió la razón por la que le había concedido aquel tiempo inesperado. Había perdido el yelmo y, por debajo de la capucha de cota de malla que cubría su cabeza, la sangre brotaba abundante y se deslizaba por su cara hasta la barba. Quizá estuviera peor que él. Artal lo esperó espada en mano y,

cuando lo tuvo encima, le esquivó lanzándose al suelo y rodando. Su rival golpeó al vacío. El joven había ido a parar junto a su escudo y se incorporó de un salto, descargó un tajo sobre la vara de la lanza y esta se partió. Pero su punta seguía clavada en su defensa, por encima de las torres de Vilalba.

De nuevo el Entenza se proponía golpearle. Esta vez le esquivó agachándose. Y al verse incapaz de alcanzar al viejo, que se cubría bien, le soltó un tajo al caballo. En un torneo festivo jamás se hería a las bestias, pero este era a muerte y su situación desesperada. El animal se encabritó y Artal se apresuró a golpear de nuevo la lanza, que por fin se soltó del escudo. Se tiró al suelo para esquivar el siguiente mazazo y vio que el trozo de lanza arrancado aún mantenía su punta. Tomó el arma, aun a costa de soltar su espada, y se arrojó con ella bajo el pecho del caballo cuando volvió a cargar contra él. El noble animal no pudo esquivarle, Artal apoyó el extremo de la lanza rota en el suelo y el propio impulso de la montura hizo que se le hundiera hasta el corazón. El caballo relinchó de dolor al tiempo que frenaba y doblaba las rodillas mientras que el Entenza salía catapultado por encima de su cabeza, perdiendo la maza.

Artal se había apartado a tiempo y corrió a recuperar su espada y el escudo, ahora libre de la lanza.

—¡Gracias, Señor! —murmuró—. ¡La justicia está conmigo!

Pero el experimentado jinete supo caer bien. Conservaba el escudo y se incorporó con una rapidez sorprendente a la vez que desenfundaba la espada. Los contendientes se observaron unos momentos. Artal mantenía su celada, que, aunque le protegía la cabeza, limitaba su visión, y el Entenza continuaba sangrando de su herida. Sin embargo, no parecía afectarle. Se abalanzó sobre Artal y

empezó a propinarle, uno tras otro, potentes espadazos. El chico los fue parando con su escudo y su espada, aunque retrocedía. El Entenza era mucho más fuerte. Trató de devolverle algún golpe, pero solo consiguió debilitar su guardia y que le hiriese en el hombro, por encima del escudo. Entonces recordó lo que le dijo el maestre refiriéndose a su contrincante: «Los viejos creen conservar fuerzas de las que ya carecen». Había notado que el esfuerzo de cada ataque hacía jadear a su rival. A partir de ese momento Artal se le acercaba y se alejaba, para que se agotara golpeándole. Al rato, el Entenza, cuya tripa prominente no ocultaba ni la cota de malla ni la sobreveste, parecía cansado. Entonces Artal, sin arriesgar, empezó a devolverle algún espadazo, sin excesiva fuerza, a la espera de que cometiera un error. Y de repente lo vio. Elevaba demasiado el escudo. Simuló un golpe a la cabeza y el Entenza se cubrió, pero Artal fintó cambiando la trayectoria de su espada y se la introdujo, con todas sus fuerzas, por debajo del escudo. Notó cómo el acero rompía la cota de malla y penetraba en sus tripas. Su enemigo lanzó un gruñido como el de un jabalí, le miró con ojos desorbitados, soltó su arma y cayó de espaldas. El griterío del público cesó y en el campo se hizo un silencio de muerte.

Artal estuvo tentado de hundirle el arma en la cara, pero se dijo que si el Entenza aún podía hablar, gozaría aplazando su muerte. Tranquilo, enfundó la espada y sacó su daga. El viejo se cubría la herida con las manos y tenía los ojos cerrados. Artal se arrodilló a su lado y, como precaución, le extrajo el puñal de su funda y lo lanzó lejos. Después se quitó el yelmo que le cubría el rostro. Entonces Berenguer de Entenza abrió los ojos y el chico le mostró la daga.

—Vas a morir, cerdo —le dijo.

81

Fray Roger seguía el combate junto a fray Antón y el resto de los hermanos del Temple. Tenía el alma en vilo. Los frailes no pudieron contener una exclamación cuando el Entenza descabalgó a Artal. Las opciones del chico eran mínimas. El maestre se puso a rezar en alto un padrenuestro y los demás le acompañaron. El joven a duras penas podía esquivar los golpes que el viejo le propinaba desde lo alto de su montura. Y a ese padrenuestro le siguió otro, y otro más. Roger suspiró aliviado cuando Artal hirió al caballo de su oponente y este cayó al suelo. Los rezos seguían.

El chico soportaba bastante bien la lluvia de golpes y Roger, más tranquilo, se dijo que si lograba mantenerse por un tiempo, tenía las de ganar. Y, al fin, la espada de Artal se introdujo en el vientre del Entenza.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó fray Antón.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo el maestre—. ¡Es una herida mortal! ¡Es el fin de ese maldito sin Dios!

Roger no cabía en sí de gozo. ¡Artal había vencido! ¡Estaba sano y salvo! ¡Heredaba Vilalba sin sumisión alguna a los Entenza! Y vengaba a su familia. El capitán supo que en aquel momento acababa de cumplir la promesa hecha a su amigo Ramón de Vilalba. Y se sintió muy feliz. Podía regresar a su galera, con los suyos, al mar. Quería embarcar antes de que estallara la tormenta que se avecinaba, cuando se supiera de la muerte de Bernat de Carbons y

sus compinches.

Vio cómo Artal enfundaba con parsimonia la espada para después sacar la daga. Iba a rematar al Entenza. Se arrodilló junto al caído y le despojó de su puñal. «¡Bien hecho!», pensó Roger. Y luego los contendientes empezaron a hablar. No se podía oír lo que decían. La charla se alargó y la muerte del Entenza se demoraba.

—¿Por qué no lo remata de una vez? —se preguntó el maestre en voz alta.

—¡Tiene que matarlo! —dijo fray Antón—. De lo contrario, su muerte será horrible. ¡Le ha herido en las tripas! No puede dejarlo así. La familia del Entenza no puede rematarlo, y si Artal no lo hace, asistirán a una larga y terrible agonía.

Roger contemplaba al chico, que seguía hablando con el caído. «¡Cuanto más hables con él, más te costará! —dijo para sus adentros—. Si no le matas, tu victoria quedará deslucida. Tus amigos dirán que te faltó valor y tus enemigos, que te sobró crueldad». Pero el capitán sabía que no era fácil rematar a un vencido en un combate noble. Aunque fuera el Entenza. «¡Hazlo ya! ¡Mátalo, puñetero novicio!». Entonces vio que Artal se levantaba y, vacilante, enfundaba su daga.

La multitud soltó una exclamación.

—¡Pero ¿qué hace?!—inquirió fray Antón.

Artal vagaba por el campo sin rumbo y los Entenza saltaron las vallas para correr junto al caído.

—¿Por qué no ha terminado con él? —se preguntaba el maestre.

—Pero ¿qué le ocurre? —murmuró Roger.

Vio que Artal se encontraba de frente con Blanca, que también acudía corriendo donde su abuelo, y cómo la dama le escupía en la

cara. ¿Qué le pasaba al chico?

Entonces Artal tomó de las riendas a Draco, que aún estaba en el campo, apoyó un pie en el estribo, y a pesar del peso de la armadura, montó casi de un salto. Azuzó al animal y lo hizo saltar por encima de la valla. La gente se apartó despavorida y él salió al galope.

Roger se precipitó hacia los caballos, montó el suyo y fue en pos de Artal. No entendía nada.

82

Artal estaba arrodillado frente al cuerpo del vencido. Solo tenía que deslizar la daga por su garganta. La sangre manaría a borbotones y todo habría terminado. Sus padres habrían sido vengados y él sería el señor de Vilalba.

—Vas a morir, cerdo.

El Entenza hizo una mueca.

—Ya estoy muerto —dijo trabajosamente.

Artal le contempló sabiendo que aquella herida en la tripa no solo era dolorosa, sino mortal de necesidad. Aquel miserable se lo merecía. Y sonrió.

—Dios ha hecho justicia; pagarás con tu dolor y tu vida la muerte de mis padres.

El viejo apenas pudo crispar sus labios y soltó un gemido antes de responder.

—Dios no ha hecho justicia. Yo no maté ni hice matar a tu padre, y menos a tu madre.

—¡Mientes! En unos instantes entregarás tu alma. Será juzgada y pagarás por tus crímenes en el Infierno. ¡Di la verdad!

El señor de Mora apretó de nuevo los labios y se mantuvo así, con los ojos cerrados, unos instantes.

—Me he confesado hace un rato, fui absuelto y espero que el Señor me lo tenga en cuenta —dijo con un hilo de voz—. Acumulo muchos crímenes en mi conciencia…, pero entre ellos no está el

asesinato de tus padres. —Hizo otra pausa—. Pongo a Dios por testigo. No me queda nada que perder sino mi alma. ¿Piensas que mentiría en este momento?

Artal le observó atónito. No podía creer a aquel hombre, pero tampoco concebía que faltara a la verdad en semejante trance. Elevó la mirada, confundido. El gentío le contemplaba en silencio. Esperaban que rematara al vencido.

—¿No hicisteis matar, o matasteis vos mismo, a mi padre? —inquirió casi en un grito—. ¿Ni tampoco a mi madre?

—No tengo nada que ver con la muerte de tu padre —apenas podía hablar—. Y tu madre vive.

—¡¿Qué?! ¿Dónde la tenéis? ¿Qué le habéis hecho?

El Entenza compuso una mueca de dolor, se apretó más la herida de la tripa y se mantuvo en silencio. La sangre embarraba la tierra. Artal temió que muriera antes de contestar.

—¡Responded! ¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho?

Al fin entreabrió los ojos.

—¿Cómo iba a dañarla? —dijo en un murmullo—. Si la amo…

Artal se quedó contemplando al moribundo sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—La encontrarás en un pequeño convento, en García. —Su voz apenas era audible.

—¿Dónde?

—García.

—¿Es eso cierto?

Cerró los ojos sin responder. Artal le agarró del hombro y le sacudió.

—¡¿Es cierto?!

—Te está esperando. Y ahora, mátame.

Artal lo consideró durante un instante.

—No, no puedo hacerlo. Es la voluntad de Dios. ¡Alabado sea!

El Entenza soltó un gemido y el joven sintió piedad por él. ¡Le había odiado tanto!

—Quizá ese dolor sea la penitencia que el Señor os impone para perdonaros y que os salvéis de las llamas eternas. Rezaré por vos. Que Dios se apiade de vuestra alma, Berenguer de Entenza.

El hombre dejó escapar un bufido y se quedó inmóvil. Artal se incorporó tratando de reponerse de la sorpresa y dio unos pasos vacilantes, incapaz aún de creer aquello. Ni de soportar la avalancha de emociones que le embargaban. Contempló a aquel hombre que agonizaba, se sintió culpable y enfundó su daga.

En ese momento la multitud rompió el silencio con una exclamación de sorpresa. Los Entenza penetraron en el campo a toda prisa para acudir junto al patriarca. Se cruzó con Guillem y Berengueró, que corrían a confortarle, y con varios más que conocía de Mora. Blanca los seguía y el joven se quedó inmóvil. La chica se plantó frente a él. Se miraron fijamente y él vio las lágrimas deslizándose por sus mejillas. Permaneció callado, confuso. Entonces Blanca le soltó un escupitajo que impactó en su cara.

—¡Traidor! ¡Miserable! —le gritó antes de ir corriendo junto a su abuelo.

Sin ni siquiera limpiarse el rostro, Artal tomó de las riendas a Draco, lo montó y le hizo saltar la valla que limitaba el campo. La gente se apartó despavorida, él sintió que huía de un lugar funesto, de una maldición, y puso su montura al galope camino de García.

La alegría que le produjo saber que su madre estaba viva no

pudo evitar que estallara en lágrimas mientras cabalgaba. La otra mitad de su corazón sentía una tristeza enorme. Había matado a un inocente, al menos de los asesinatos de sus padres, y había perdido a Blanca. Para siempre.

83

El corazón de Artal albergaba mil emociones y en su mente se agolpaban los pensamientos. Azuzó a Draco para huir del campo de duelo, de la muerte del Entenza, de los que gozaban con el espectáculo de un hombre matando a otro y hasta de él mismo. Ahora comprendía que todos, incluso desde antes de su llegada a España, le habían empujado a acabar con el señor de Mora. Y el mayor instigador había sido fray Berenguer de Cardona, el maestre. Se sentía utilizado, engañado. El Entenza merecía la muerte por sus actos infames, pero él le había matado por motivos equivocados.

Si el moribundo le había dicho la verdad, y era inocente de la muerte de su padre, ¿quién le mató? Quedaba solo el señor de Corbera, que terminó apoderándose de las tierras en disputa con Vilalba. Notó un sabor amargo en la boca.

Ansiaba encontrarse con su madre. Esperaba que estuviera en aquel convento del que nunca antes había oído hablar. ¡Había pensado tanto en ella! ¡Incluso le había rezado, cuando era pequeño, confundiendo su rostro con el de la Virgen! Quería besarla, abrazarla, sentir algo de aquel calor que tanto añoró de niño. Deseaba ver sus ojos, su nariz, su boca, recordar aquellas facciones que, para su desesperación, se habían diluido en el olvido tiempo atrás.

Pero ¿y si el Entenza le había mentido? ¿Y si aquel hombre sin Dios, como le llamaba el maestre, fuera un descreído que quiso

confundirle en sus últimos momentos? Como venganza de ultratumba. ¿Y si su madre estaba muerta y él cabalgaba para visitar un sepulcro? ¿Y si Berenguer de Entenza era realmente el asesino de su padre y pretendía engañarle para que se enfrentara al señor de Corbera?

La esperanza se mezclaba con la angustia. Y de pronto recordó un dolor que había quedado embotado, dormido, y que su agitación le había hecho olvidar. Se llevó la mano al hombro izquierdo. La malla de su armadura y el acolchado del jubón estaban rotos y vio que sangraba. No pensó que fuera grave y ni se le ocurrió detenerse. Pero puso a Draco al trote, no quería reventarlo. Estaba en tierras de los Entenza cercanas a Mora y, ensimismado, apenas veía los campos de mies segados. Ni los pocos árboles jóvenes que crecían cerca de tantos y tantos troncos talados, testigos de la devastación y la miseria que dejó la incursión del Temple unos años antes.

Sudaba, el sol se acercaba a su cénit y él vestía unas cal-zas de lana y un grueso acolchado debajo de la incómoda armadura. Notaba su boca seca, con aquel regusto amargo. Se moría de sed. Pero no iba a detenerse. Bajó la capucha de hierro y el acolchado que le cubría la cabeza en busca de alivio, y notó el calor del sol. Había llegado a una colina desde la que se divisaba ya Mora. Podía ver el Ebro y la barcaza que lo cruzaba. El atraque se encontraba, por suerte, fuera de las murallas. La noticia de la muerte del Entenza no podía haber llegado aún, de lo contrario su vida peligraría pese a los pactos previos al juicio de Dios. Llevaba en su sobreveste el escudo de Vilalba, que revelaba su identidad…

Pero otras preocupaciones ocupaban su mente. ¿Qué quiso decir

el Entenza con que amaba a su madre? ¿Insinuaba acaso que era correspondido? ¿Que su madre y el asesino de su padre eran amantes? Sacudió la cabeza desechando la idea. Porque, aun en el supuesto de que aquel hombre no fuera el asesino, como afirmó, su madre nunca habría podido saberlo con certeza. ¿Se amaban? La idea le revolvía las tripas. Era repugnante.

Al llegar al muelle, desmontó y, tomando a Draco de las riendas, lo hizo subir a la barca.

—¿Dónde está García? —le preguntó al barquero.

—Remontando el río, en la otra orilla, a poco más de una hora andando.

El hombre le miraba con una mezcla de extrañeza y precaución. Le acompañaba un ballestero con los colores negro y dorado de los Entenza. Artal comprendió que la barca era propiedad de los señores de Mora y que sería una fuente de ingresos. Entonces recordó que no llevaba dinero.

—Son medio sueldo por vos y tres dineros por el caballo —dijo el barquero tendiendo la mano.

El joven caballero evaluó sus posibilidades. No le quedaba otra que cruzar el río y aquella era su única opción. No iba a dar la vuelta y perder una hora de camino para llegar a la siguiente barca, que se encontraba en Miravet, para luego emplear otra hora más desandando el camino por la orilla contraria. No podía desperdiciar el resto del día ni tampoco iba a suplicarle al barquero. Era impropio de un caballero y no serviría para nada. Su daga y su espada, lo único de valor que llevaba consigo, aparte del caballo, valían muchísimo más que lo que le pedía. Pero tampoco estaba dispuesto a desprenderse de sus armas, y menos en territorio enemigo. Solo

vio una salida: librarse del ballestero arrojándolo al agua y obligar al barquero a cruzar el río. Observó que el soldado sujetaba su arma, receloso. Estaba alerta y no sería fácil reducirlo. El hombre seguía con la mano tendida y Artal vio que se llevaba la otra lentamente hacia la daga que pendía de su cinto. Tendría que apartarle de un empujón para caer de inmediato sobre el ballestero.

—Aquí va un sueldo y medio —dijo una voz a su espalda—. Por todos.

Era fray Roger. Vestía hábito y bonete gris, con capa negra, y portaba al cinto daga y espada.

—El Temple no es bienvenido en Mora —repuso el barquero.

—Decide —contestó el capitán, tranquilo—. O tomas el dinero o vas al agua.

El ballestero le apuntó con su arma y en ese instante se encontró con la daga de Artal en la garganta.

—Bueno, haremos una excepción —dijo el hombre—. Prefiero el dinero.

Cuando llegaron a la otra orilla, Roger pagó al barquero y Artal se apoderó de la ballesta.

—No me la voy a quedar —le dijo al soldado—. La dejaré en el camino donde la veas. Podrás ir a por ella cuando nos alejemos lo suficiente.

Cuando se encontraron a una distancia prudencial, sin bajarse del caballo, el capitán le abrazó.

—¡Has vencido! —exclamó—. ¡Alabado sea Dios!

Artal mantuvo el abrazo largo rato. Roger había aparecido de forma providencial, no tanto por el asunto de la barcaza como por la necesidad que sentía de un amigo en aquel momento de angustia y

confusión.

—¡Ni siquiera te has dado cuenta de que te seguía! —le reprochó cuando retomaron el camino—. ¿Se puede saber adónde vas? Así, herido y cargando con la armadura. ¿Por qué has huido? Todos querían celebrar tu victoria.

—Y la muerte del Entenza también, ¿verdad? —repuso el chico, sombrío.

—Muchos se alegran, sí. Pero ¿a qué viene eso?

Artal le contó su conversación con el moribundo y sus encontrados sentimientos.

—Dios no juzgó nada —concluyó Artal—. ¿No os dais cuenta de que fue la fortuna quien me concedió la victoria?

—Eso ya te lo dije yo antes del combate. Pero quizá sí que interviniera. Es posible que Él tenga otras razones. Sabe lo que nosotros ignoramos.

—Sus caminos son inescrutables, ¿verdad? —repuso Artal con sorna—. Incomprensibles para los humanos. Eso es lo que nos diría el maestre.

—Nada ocurre sin que Él quiera.

—Lo que no implica que sea Él quien lo provoque. ¿No creéis que a veces nos deja a nuestra propia suerte?

—Es omnipotente. Puede hacer o no —repuso Roger—. Y por mucho que le invoquemos, no podemos obligarle a nada. Pero dejémonos de teología. Si el Entenza dijo la verdad, pronto vas a encontrarte con tu madre. ¿Estás preparado?

—No.

84

García era apenas un grupo de casas de campesinos moriscos en una colina cerca de la orilla izquierda del río. Un edificio destacaba por su tamaño y por una pequeña torre de defensa junto a la puerta. Las gallinas corrían en libertad por los alrededores y unos niños jugaban gritando. Aunque un corrillo de mujeres musulmanas los observaba desde el portal de una de las casas, prefirieron preguntarle a un hombre para no ofenderlas. Este les confirmó que aquel edificio era el convento de las monjas. El corazón de Artal se aceleró de nuevo. ¿Sería cierto que su madre se encontraba allí?

El convento no tenía ventanas exteriores y su única puerta, de madera de roble reforzada con herrajes, estaba cerrada. Artal llamó con el picaporte y esperó un tiempo que le pareció eterno. Roger le puso la mano en el hombro para confortarle. Percibía su tensión y su impaciencia.

Por fin se abrió un ventanuco en la puerta y una mujer los saludó:

—Alabado sea el Señor.

—Que siempre sea alabado su nombre —repuso Artal automáticamente.

—¿Qué se os ofrece?

—Quiero ver a doña Eleonor de Vilalba.

La mujer escrutó su rostro.

—No está aquí, os equivocáis. Id con Dios. —Y cerró el postigo.

Artal se quedó mirándolo. Después, desconcertado, se giró hacia Roger. Este tomó el picaporte y golpeó violentamente y con insistencia. Al poco volvieron a abrir.

—¿Qué queréis ahora? —inquirió la mujer.

—Sabemos que doña Eleonor está aquí —respondió el capitán—. Decidle que su hijo Artal quiere verla. Y que echaremos la puerta abajo si no abrís.

La mujer cerró el ventanuco de un golpetazo y el chico se quedó mirando la madera maciza de la puerta, dudando de que pudieran cumplir la amenaza.

Roger le hizo un gesto para tranquilizarle.

—Espera a ver qué pasa —murmuró.

Aguardaron un rato y al fin el postigo volvió a abrirse.

—Que solo pase don Artal —dijo la mujer—. El otro debe quedarse fuera.

—De acuerdo.

Después de cruzar un humilde zaguán, Artal entró en un pequeño patio porticado, a modo de claustro, con un pozo, una enredadera y un par de altos cipreses. La mujer le condujo hacia un extremo y le hizo pasar a una estancia que resultó ser la capilla. Estaba desierta. La mujer desapareció sin decir nada y cerró la puerta. Una imagen de la Virgen entronizada y sosteniendo al Niño presidía el altar. Sonreía y Artal intentó, por última vez, identificar en los dulces rasgos de la talla los de su madre. Notaba de nuevo su corazón acelerado. ¿Cómo sería ella? ¿Qué se dirían? Al poco se abrió la puerta y, a contraluz, vio una figura femenina cubierta con una toca. ¿Era su madre? ¡Tenía que ser ella! Notó un nudo en la garganta.

—¡Oh, Dios mío, Artal! ¡Estás vivo! ¡Qué sufrimiento! —dijo con

voz queda—. Porque eres Artal, ¿verdad?

—¡Sí! ¿Sois vos Eleonor de Vilalba?

Ella avanzó sin responder y le tendió los brazos. Artal se acercó vacilante. Era más baja que él, pero superaba la altura de su hermana. La luz que entraba por las ventanas que daban al patio la iluminó y vio sus ojos castaños, algo almendrados, como los de su hermana, y sus facciones regulares. Le era familiar. ¡Tenía que ser ella! Era una hermosa dama que no superaba los cuarenta años y que mostraba arruguillas en los ojos. ¡Era ella! Su madre le puso las manos en los hombros y le observó con cuidado. Un leve temblor la sacudía.

—Sí que eres Artal —dijo a punto de llorar—. ¡Temía no reconocerte! ¡Pero tus ojos son inconfundibles!

Le abrazó con fuerza, se agitó con un sollozo y las lágrimas mojaron el pecho del chico. Artal se dijo que olía a pan recién horneado y a espliego.

—¡Gracias, Señor! —murmuró ella—. ¡Gracias!

Artal sintió al fin aquel calor que tanto añoraba en los solitarios días del convento. ¡Le había contado tantas cosas a su madre mientras rezaba a la Virgen! Pero ahora no sabía qué decirle.

—¡Madre! —musitó apretándose contra ella, y notó que sus ojos también se llenaban de lágrimas.

Los cerró y permaneció así, gozando del abrazo, de su tibieza y su suavidad, en silencio, un tiempo largo y delicioso.

—¡Temí no volver a verte jamás! —dijo su madre al fin.

—¡Yo también! ¡Creí que estabais muerta!

Ella le apartó con cariño y empezó a cubrirle las mejillas de besos.

—Pues no, aquí estoy, gracias a Dios —murmuró al fin.

Se miraron en silencio y de pronto la mujer se sobresaltó.

—¡Estás herido! ¡Por el amor de Dios, hay que curarte!

—No es grave. Peor quedó Berenguer de Entenza.

—¡¿Qué le ha ocurrido?! —Doña Eleonor se estremeció, como si de pronto recordara algo angustioso; estaba pálida y la zozobra demudaba su rostro.

—Ha muerto.

Sus ojos se agrandaron como si viera un fantasma, unas arrugas cubrieron su frente, y se llevó las manos al pecho. Trató de ahogar un grito, que sonó quedo, como un profundo quejido.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, y se quedó inmóvil, en silencio, contemplando horrorizada al chico. Luego añadió, cerrando los ojos —: ¡Señor, apiádate de su alma!

Artal se apresuró a sujetarla, pues le pareció que iba a desplomarse, y la acompañó hasta uno de los bancos de la capilla. Permaneció sentada llorando unos momentos y después, sin interrumpir su llanto, se arrodilló y se puso a rezar.

El chico comprendió que Berenguer de Entenza le había dicho la verdad. Pero él era incapaz de aceptarlo. ¿Cómo había podido su madre convertirse en la amante del peor enemigo de la familia? Se arrodilló junto a ella y se quedó en silencio como si rezara, a la espera de que se calmase. Pasó mucho tiempo hasta que la creyó lo bastante serena para hablar.

—Madre —le dijo suavemente—. ¿Vos y él…?

—Nos amábamos —contestó ella, y levantó la cabeza para mirarle a los ojos—. Aunque lo manteníamos en secreto.

—¿Por qué?

—Era un hombre casado y no quería humillar a su esposa más de lo necesario. Galbors es una mujer terrible; poderosa y sin escrúpulos. Pero pese a todos los cuidados que pusimos para ocultarlo, ella se enteró. Supongo que sería a través de las criadas que nos impuso en Vilalba, y por eso me hizo envenenar. Pero sobreviví. Es una asesina. Berenguer y yo estábamos convencidos de que no iba a desistir, que volvería a intentarlo una y otra vez hasta conseguirlo. Esa mujer es así. Hui con mi criada y Berenguer nos buscó este refugio. Por eso nadie, salvo él y las monjas, sabía de mi paradero.

—¿Cómo es que no se lo dijisteis a Clara o a Tina? Al desaparecer sin dejar rastro, habéis hecho que temiéramos por vuestra vida.

—Cuando aquellas brujas me envenenaron, creí morir. Y aunque tu hermana, tu nodriza y la gente que nos es fiel vigilaban, yo no estaba a salvo. Solo mi doncella conocía mi relación con Berenguer de Entenza. Le hizo saber lo ocurrido y él propuso que me fugara por la ventana para que nadie supiera dónde y con quién me iba. Él me esperaba abajo y me trajo aquí, donde tenía la certeza de que me hallaría segura. Y al estar tan cerca de Mora, podíamos vernos casi a diario.

—Pero ¿por qué no se lo dijisteis al menos a Clara? —insistió.

Doña Eleonor se mordió los labios, miró al suelo y guardó silencio unos momentos. Parecía reflexionar.

—No tuve el coraje de decirle que amaba a Berenguer —respondió mirándole a los ojos—. No encontraba el momento. Clara odia a los Entenza.

—¡Está convencida de que mató a padre y que abusaba de vos!

—Berenguer siempre me ha deseado. Yo lo sabía por la forma en

que me miraba. Pero siempre respetó a tu padre. Cuando murió, los Entenza se aprovecharon del vasallaje para devorar la hacienda. Para Berenguer, yo era parte de la propiedad. Empezó a cortejarme de forma ruda y agresiva. Y es cierto que llegó a manosearme, solo una vez, años después de la muerte de Bertrán. Yo le rechacé indignada, a pesar de que me sentía muy sola. Y desamparada. Pero le gustó que en mi situación tuviera el valor de enfrentarme a él y, para mi sorpresa, cambió y empezó a tratarme con respeto, cariño y dulzura. Terminé enamorándome. A ninguno de los dos nos convenía que se supiera nuestra relación. Todos le culpaban de la muerte de tu padre y hubiera sido un gran escándalo. Tu hermana no lo habría aceptado, y tampoco su familia. Así que decidimos fingir que seguía con sus abusos cuando en realidad no era así. A Galbors le traía sin cuidado que violase a una o se acostara con otra, pero no consentía una relación de amor. Por eso, cuando se enteró, quiso matarme.

—¡Pero ¿cómo pudisteis amar al asesino de mi padre?!

—Él no mató a tu padre, ni le hizo matar.

—Era su enemigo. ¡Estaban emplazados para un juicio de Dios! ¡Claro que lo hizo!

—Te repito que no. —Doña Eleonor le miró seria, firme.

—Eso mismo dijo él —continuó Artal—. Pero ni vos ni yo tenemos por qué creerle. Os mintió para que cedierais a sus pretensiones.

—No me mintió.

—¡No podéis saberlo! —Artal notaba que, a pesar de lo mucho que la quería, le podía la rabia—. ¡Os convertisteis en la amante del hombre que hizo matar a mi padre! ¡No me extraña que lo ocultarais! ¡Qué vergüenza!

—Eres tú quien no sabe nada, Artal. Él no mató a tu padre.

—¿Qué es lo que no sé? ¿Por qué estáis tan segura?

Doña Eleonor se quedó en silencio, miró al suelo y después a Artal. Ambos seguían de rodillas, como en una confesión.

—Porque yo le vi morir —musitó.

—¿Quéééé?

—Que le vi morir. Vi morir a tu padre.

Artal no comprendía nada. Su mente bullía y dijo lo primero que se le ocurrió:

—¿Le matasteis vos?

—¡No! ¡Por el amor de Dios, hijo!

—Pues ¿quién lo hizo?

—Tu tío. Ramón de Vilalba.

El chico se quedó mirando a su madre con los ojos desorbitados.

85

Artal se puso en pie de un salto, como impulsado por un resorte, a pesar del abatimiento que sentía momentos antes.

—Mi tío no pudo matarle —afirmó, indignado, cuando logró reaccionar—. Os lo inventáis para proteger a vuestro amante.

—¿De qué le voy a proteger? —Las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos—. ¿De qué le voy a proteger si ya está muerto? —Se levantó para ponerse a su altura y le lanzó una mirada acusadora—. Cuando nos despedimos, le hice prometer que no te mataría y has sido tú quien le ha matado a él.

—Mi tío no pudo ser —repitió sin hacer caso de las últimas palabras de su madre—. Mi padre se jugó su hacienda y su propia vida por él. Se querían mucho. Cuando Ramón hablaba de mi padre, su boca solo vertía elogios y cariño.

—Pero le mató.

—¡Imposible!

—No quería hacerlo, fue un accidente. Pero le mató. —Le sujetó de los hombros para forzarle a que la mirara—. Escúchame, por favor. Lo que te estoy contando nunca se lo he dicho a nadie. Pero quiero que comprendas que cuan-do me enamoré de Berenguer tenía la completa seguridad de que era inocente. Aunque todos le culparan.

Artal se percató de que el rostro de su madre reflejaba pena y angustia. Jamás imaginó que aquel reencuentro, tan deseado,

pudiera derivar en algo tan doloroso. Su tío le había criado, había sido el sostén de su infancia, y seguía venerando su recuerdo a pesar de conocer el daño y la desgracia que causó su insensato juego amoroso. Pero aquello era demasiado, no podía dar crédito a lo que oía.

—Fue cuando el Temple envió a Ramón de vuelta a España para obtener más donaciones —prosiguió doña Eleonor—. Tu tío conservaba esa habilidad para contar historias que le hizo triunfar como trovador. Caía bien a la gente. La Orden necesitaba dinero para la defensa de Tierra Santa y los ricos en ese momento favorecían a los frailes mendicantes; me refiero a los franciscanos y los dominicos, que ahora triunfan. Ramón no quería regresar, pero el gran maestre se lo ordenó.

—Dicen que era un seductor.

Su madre no atendió al comentario.

—Ya había recorrido casi toda Cataluña y Aragón cumpliendo con éxito su misión, cuando decidió pasar por estas tierras, de camino a Valencia, antes de retornar a Tierra Santa —continuó—. Se trataba de una visita discreta, solo para abrazar a la familia. No iba a solicitar donativos en esta comarca y quería pasar desapercibido. Sabíamos que, a pesar de los diez años transcurridos, la herida de los Entenza seguía abierta. Y que el destierro de Ramón era una de las condiciones del difícil acuerdo que tu padre cerró para evitar su muerte tras lo ocurrido con las hijas de Berenguer.

—Pero los Entenza supieron de su regreso.

—Así es. Se enteraron muy pronto. Es una familia muy poderosa y tienen espías en la corte. Les alertaron de que viajaría Ebro abajo, siguiendo las encomiendas templarias. Decidieron tenderle una

trampa para cuando fuera a Vilalba desde Ascó. Pero Ramón conocía bien el terreno, se les escapó y llegó a Vilalba.

—Sé bien lo que ocurrió entonces —la interrumpió Artal—. Mi padre le defendió enfrentándose de nuevo con Berenguer de Entenza. Discutieron y le desafió a un juicio de Dios. Como el de hoy.

—Así es —admitió doña Eleonor—. Decidimos que Ramón se quedara en Vilalba hasta la celebración del juicio. Temíamos que le emboscaran de camino a Ascó y terminaran matándolo. La espera fue muy tensa. Todos teníamos los nervios a flor de piel. Y más tu padre, que también estaba enfrentado con el señor de Corbera, con el que acababa de tener un serio encontronazo. Bertrán era un hombre de carácter, valiente, propenso a la acción, pero también violento. No sé qué cruzó por su mente, no entiendo cómo pudo alterarse tanto. Pero perdió la razón…

—¿Qué ocurrió, madre? —quiso saber Artal, impaciente.

—Aquel día yo estaba hablando con tu tío. Apareció tu padre y de pronto se puso hecho una fiera, desenfundó su daga y se abalanzó sobre él.

—¿Que mi padre trató de matar a su hermano? ¡No me lo puedo creer!

—¡Pues créetelo!

—¿Dónde os encontró? —La duda se clavó en su pecho como una puñalada—. ¿Qué hacíais?

Doña Eleonor miró horrorizada a su hijo.

—Pero ¿qué estás pensando?

—¡Lo mismo que debió de pensar mi padre!

—¿Cómo…? —balbució doña Eleonor, al borde del llanto—.

¿Cómo te atreves?

—¿Dónde estabais, madre?

Ella se cubrió el rostro con las manos. Artal la contempló unos momentos, confuso. Una mezcla de rabia, pena y desesperación le invadía. La agarró de un antebrazo y la sacudió con delicadeza para que ella le mirara.

—¡Responded, madre! ¿Dónde estabais?

Sus ojos almendrados, llenos de lágrimas, le observaron unos instantes antes de responder.

—Estaba en la alcoba —dijo con rabia—. ¡Pero juro por Dios que no hacíamos nada! ¿Cómo puedes sospechar que…?

Artal la soltó. No por esperado, el golpe le dolió menos. Sintió que todo el cansancio del combate y de la cabalgada se abatía sobre él en aquel instante. ¡Su tío, al que tanto quiso! ¡Su madre! Se sentó en el suelo y el ruido metálico de sus armas resonó en la capilla, se cubrió el rostro con las manos apoyando los codos en sus rodillas y se puso a llorar desconsolado.

Eleonor de Vilalba se dejó caer en un banco llorando también. Precisaba recuperar fuerzas y, cuando lo hizo, se arrodilló junto a su hijo tratando de abrazarle.

—¡Por el amor de Dios, Artal! ¡Créeme! —le suplicó—. No hubo nada entre tu tío y yo.

El chico levantó la cabeza y se encontró con la mirada de su madre.

—Todo el mundo decía que mi tío era un seductor. Y que él y yo nos parecíamos mucho —dijo acusador—. En Tierra Santa creían que era mi padre. ¿Tenéis algo que contarme? ¿Algo que alivie vuestra alma?

—¡Cómo puedes pensar eso! —exclamó angustiada—. Tu tío llevaba dos años en Tierra Santa cuando tú naciste. Tienes los ojos verdes de los Bergadá. ¡Por eso os parecéis! Te juro por Dios y la Virgen que nunca hubo nada entre tu tío y yo.

—Pues padre pensó otra cosa al encontraros.

Ella se mordió los labios.

—Estábamos cerca, pero no hacíamos nada. Nunca lo hicimos, te lo prometo. Tu padre enloqueció por la tensión de aquellos días y atacó a quien más quería. A su hermano. Ramón se defendió, rodaron por el suelo y la mala fortuna quiso que tu padre se clavara su propia daga en el corazón. Así fue como murió. Créeme, Artal, te lo suplico.

—Nadie os hubiera creído, ¿verdad? —inquirió él—. Habría sido un gran escándalo. No solo hubiera manchado vuestra reputación, sino también la del Temple.

—Cierto. Por eso tuvimos que fingir que alguien lo mató en el monte.

—¿Y cómo sacasteis el cuerpo de vuestra alcoba?

—De la misma forma que mi doncella y yo escapamos, descolgándolo por la ventana. No está vigilada porque no es accesible desde fuera. Cubrimos su cadáver para que nadie lo viera y con una excusa ordené que se reunieran guardias y criados. Mientras, tu tío sacó el caballo de tu padre de la cuadra sin que nadie se percatara. Y por la noche los dejó en uno de los montes en disputa con el señor de Corbera.

Artal volvió a cubrirse el rostro con las manos. Precisaba asimilar aquello. Una tras otra, las revelaciones de aquel día habían ido cayendo sobre él como grandes rocas. Le aplastaban. Doña Eleonor

se sentó en el banco y esperó en silencio a que su hijo reaccionara. Después de un largo tiempo, Artal se incorporó y le preguntó:

—¿Era vuestra la carta que llegó a San Juan de Acre en la que solicitabais mi ayuda?

—No —repuso ella, extrañada.

—Lo suponía —murmuró el chico. Y añadió, mirándola a los ojos —: Madre, ya no hay motivo para que permanezcáis escondida. Pero después de lo que me habéis contado, entenderé que os quedéis aquí el resto de vuestros días, si es vuestro deseo. —Hizo una pausa reflexiva—. En caso contrario, regresemos juntos a Vilalba. Vos sois la señora. Ya no rendís vasallaje a los Entenza. Es lo único bueno que saqué del combate. Los criados que os impusieron serán juzgados. Y le cortaremos las manos a la que trató de envenenaros.

—Fue Galbors quien quiso envenenarme —repuso ella—. Y con gusto le cortaría las manos, pero está fuera de nuestro alcance. Me conformo con estar yo fuera del suyo. Hay que castigar a esas mujeres, pero sin mutilarlas. Obedecían órdenes.

—Que la doncella os prepare el equipaje, si así lo decidís. Partiremos lo antes posible. No quiero que nos sorprenda la noche en el camino.

—No sé si regresar. —Volvía a tener los ojos inundados de lágrimas—. Quizá fuera mejor que me quedara aquí en el convento, como propones. Para siempre.

Artal se encogió de hombros.

—La decisión es vuestra —murmuró indiferente.

No podía asimilar lo vivido aquel día.

86

Doña Eleonor pidió que demoraran su partida un tiempo; quería decidir si se quedaba en aquel convento en el que se sentía protegida. Y se dedicó al rezo y a la reflexión; contar aquellas verdades tanto tiempo ocultas y la reacción de su hijo la habían dejado exhausta. Una vez muerto su amado, fuera de aquellas paredes le aguardaba un mundo hostil. Sentía miedo y vergüenza. Anticipaba que la reacción de su hija Esclaramonda, cuando desvelara sus secretos, sería bastante peor que la de su hijo.

Aquel encuentro con el que Artal había soñado tanto tiempo no había sido feliz ni para la madre ni para él. Quedaban heridas abiertas. Las monjas no dejaban pasar a los hombres más allá del claustro y la capilla, pero les dieron de comer, a pesar de lo tarde que era, un cuenco con un cocido de nabos y col y un pedazo de pan. También curaron la herida de Artal, que, como él suponía, no era seria.

Finalmente, la madre resolvió enfrentarse a lo que Dios le deparara en el exterior. Más por ayudar a sus hijos en aquellos tiempos turbulentos que por su propio deseo.

—Hay el mismo trecho a Vilalba yendo por Mora que por Ascó —informó Roger cuando estuvieron listos para partir—. Mora no es aconsejable por lo que todos sabemos, así que cruzaremos el Ebro en la barca del Temple de Ascó. Los frailes nos acogerán en el

castillo para pasar la noche y a las mujeres les darán posada en el pueblo.

Se pusieron en marcha siguiendo el camino río arriba, los hombres en sus caballos y doña Eleonor y su criada en mulas. No esperaban contratiempos y Artal llevaba la armadura en una bolsa junto al escudo, que, con el blasón de Vilalba rasgado en el combate, colgaba orgulloso de su silla.

Mil pensamientos cruzaban la mente del chico. La conversación con su madre y lo revelado le producían una gran angustia. Tenía el corazón encogido y ni siquiera podía razonar con claridad. Prefería pensar en Blanca, aunque eso también le causaba inquietud. Su recuerdo era ahora más insistente que el de Beatriz. Estaba confuso. A veces creía que amaba a la Entenza, pero ¿qué futuro tenía aquel amor después de que él matara a su abuelo? Ella le dio la respuesta con aquel escupitajo que le dolía más que su herida.

El caballo de Artal avanzaba en paralelo al de Roger y las mujeres los seguían sin oír lo que hablaban. Y aprovechó para contarle al capitán la conversación que había mantenido con su madre, sin poder evitar las lágrimas.

—La historia de tu padre y de tu tío es muy desafortunada —le dijo Roger—. Trágica, penosa. Tanto que es difícil de asimilar. Los hermanos se querían y tu padre lo dio todo por tu tío. Era más cómodo culpar al viejo Entenza, ¿no?

Artal afirmó con la cabeza.

—Sí, y por eso le maté. Por un crimen que no cometió.

—Entiendo que te sientas mal. Pero creo la versión de tu madre. Y tú deberías hacer lo mismo. —Hizo una pausa—. Que luego se enamorara del Entenza representa un gran golpe para ti, pero ella

no es culpable de que la idealizaras. Sí, ya sé que de pequeño no recordabas sus facciones y la identificabas con la Virgen María.

Fray Roger hizo otra pausa para que Artal asimilara sus palabras.

—Pero mi padre creyó que le engañaba con mi tío… —murmuró al rato.

—Olvídate de eso.

—Y después se enamoró del mayor enemigo de la familia…

—¡Déjalo ya! —gruñó Roger—. Piensa en Beatriz, en Blanca, en la que prefieras, pero deja a tu madre tranquila.

Se hizo un largo silencio.

—Tienes dieciséis años y ya sabes algo de la vida —añadió el capitán—. ¿Le vas a exigir a tu madre que responda a las quimeras que te hiciste cuando eras un niño de ocho años? ¿Pretendes que sea la Virgen María? ¿La acusas de ser una mujer de carne y hueso? ¿Acaso eres tú el hijo único de Dios?

—¡Por favor, no blasfeméis! —protestó.

—Tu madre es una mujer real, Artal. No es ni una santa ni una virgen. No se lo puedes exigir. Se quedó sola y tenía que sobrevivir. Y proteger a tu hermana y la casa de Vilalba en una tierra de lobos que querían devorarla. Es una mujer real que sentía miedo y necesitaba amor. Como todos. ¿La vas a censurar por eso? ¿Estás tan limpio tú como para tirar la primera piedra?

—No. No estoy limpio —respondió al rato.

Y a esa afirmación le siguió otro largo silencio.

87

Bastante antes de llegar a la barcaza con la que cruzarían el Ebro, Artal decidió seguir el consejo de Roger.

—Lamento haber dado muerte a Berenguer de Entenza —le dijo a su madre—. Lo siento.

Ella se puso a llorar y recorrieron juntos un largo trecho. Después, doña Eleonor tendió la mano para ponerla sobre la de su hijo.

—Yo también lo siento —dijo—. Muchísimo. Pero tú no eres responsable, no sabías que yo le amaba. Y creías que hacías justicia. Desconocías que me prometió respetar tu vida.

—Gracias, madre —repuso él, enternecido—. Gracias por mitigar mi culpa.

Doña Eleonor le miró y forzó una sonrisa, tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Y siguieron con las manos unidas.

—¿Tenéis noticias de mi hermano? —tanteó al rato Artal.

—Está muerto, lo sé. Berenguer me lo confesó todo hace unos días, cuando fue liberado de la mazmorra de Miravet.

—Si tanto os amabais, ¿por qué os tuvo engañada tanto tiempo? —inquirió Artal—. Si no llegamos a intervenir, Pere de Entenza hubiera heredado Vilalba.

La mujer se mantuvo pensativa antes de hablar.

—Y te hubieran robado tu herencia —dijo al fin—. Yo sospechaba que algo iba mal. Nunca me dejaban verle. Cuando tuve la suficiente

confianza con Berenguer, se lo pedí. Y se excusó diciendo que era asunto de su mujer. Que él no tenía autoridad. Que la bruja de Galbors no quería que le viera. Siempre que abordaba el asunto me respondía con evasivas. Me ocultó su muerte hasta que no tuvo más remedio que decírmelo.

—Quizá vuestro envenenamiento tuvo más que ver con el deseo de esa mujer de eliminar a un testigo que con un asunto de celos.

—¡Ambos! —Ahora parecía enojada—. Nunca he entendido cómo un hombre como él, terrible en el campo de batalla, cruel e implacable con sus enemigos, se dejara dominar por esa arpía. ¿No crees que es incomprensible?

—Sí —respondió Artal, afirmando con la cabeza.

—¡Era ella quien merecía morir! ¡Me gustaría ser un hombre, que Galbors también lo fuera, y desafiarla a un juicio de Dios! ¡A muerte!

Al joven le sorprendió la pasión de su madre.

—Pues el plan le falló —dijo—. No solo estáis viva, sino que Pere se ha rebelado. La farsa ha llegado a su fin.

—Tendría que ser juzgada por esa impostura.

—Lo será. El Temple tiene intención de acusarla frente al rey. Aunque es muy probable que se libre del castigo porque, incluso tras la muerte de Berenguer, los Entenza continúan siendo muy poderosos. En el peor de los casos, ella culpará a su difunto marido. Pero al menos pasará la vergüenza de que se expongan ante el monarca sus actos miserables.

—¡Maldita bruja!

Poco antes del toque de vísperas divisaron el castillo de Ascó encaramado en una peña al otro lado del Ebro, aunque tuvieron que esperar en el muelle a que la barcaza del Temple los recogiera para

cruzarlos a la orilla opuesta.

Los frailes se alegraron al verlos. Nadie entendía la súbita desaparición del vencedor del juicio de Dios e insistieron a Artal para que se dirigiera al día siguiente a Miravet, donde los comendadores de la zona del Ebro seguían reunidos con el maestre decidiendo la estrategia a seguir tras la muerte del Entenza. Él dijo que lo haría una vez dejara a su madre sana y salva en su casa, y se negó a dar explicaciones sobre la inesperada aparición de doña Eleonor. Se sentía agotado e incapaz de discutir con los frailes y agradeció la ayuda de Roger. Apenas había dormido la noche previa al combate, y con el esfuerzo físico y las emociones de aquel día estaba exhausto. En cuanto le asignaron una celda, cayó rendido sin ni siquiera desvestirse.

Al día siguiente partieron poco después del amanecer. El trayecto era de más de cinco horas por terreno montañoso y tendrían que parar a comer algo al mediodía.

—No sabes cuánto he sufrido los últimos días y hoy en especial. ¡Ha sido horrible! —le confió doña Eleonor a su hijo, ya metidos en camino—. Los he pasado rezando, llorando y temiendo el desenlace del combate. Berenguer dijo que aceptó el desafío en su nombre, sin dejar que ninguno de sus hijos fuera su paladín, como pretendían. Porque ellos te hubieran matado y él quería que vivieras, por su amor a mí. Quise ir a verte para que desistieras, pero él me convenció de que era inútil, que nadie puede volverse atrás cuando se ha invocado al Señor para que imparta justicia.

—Estaba en lo cierto.

—Berenguer me dijo que bajo ningún concepto debía aparecer

por el lugar del combate —continuó ella—. Que pondría mi vida en peligro. Allí estaría Galbors, y sus secuaces me buscaban afanosamente desde mi desaparición. Y que mi presencia suscitaría preguntas muy incómodas que tendría que responder. Lamento no haber ido, pero no me atreví.

—Creo que el señor de Mora estuvo acertado.

—La espera fue horrible. Por mucho que me hubiera prometido respetar tu vida, podía matarte sin querer.

—Pudo hacerlo…

—Rezaba para que los dos salierais con vida.

—Lamento que no fuera así.

El camino se estrechó, discurría por el monte entre pinares y encinas, y la conversación se interrumpió al seguir en hilera. Artal tenía aún mucho que hablar con su madre y volvió a ponerse a su lado cuando el camino se abrió de nuevo.

—Si vos no escribisteis esa carta, ¿quién lo hizo? —preguntó.

—¿Está en latín?

—No.

—Así pues, no la escribió ningún eclesiástico.

—Cierto. Nunca hubiera creído que vos me escribierais en latín.

—Yo no sé escribir, hijo. Aunque alguien lo hubiera hecho por mí.

—Doña Galbors sabía que, muerto mi hermano, yo era el heredero legítimo de Vilalba. Quería apoderarse del feudo por medio de Pere, aunque si eso le fallaba, le quedaba la opción de conseguirlo a través del casamiento de mi hermana. Yo era el obstáculo.

—Por eso decidimos, una vez muerto tu padre, que tu tío te llevara a Tierra Santa. Estabas más seguro cerca de los sarracenos

que de los Entenza. Sabíamos que Galcerán tenía una salud quebradiza. Su muerte me produjo un gran dolor, pero no sorpresa. Era más probable que heredaras tú, por eso tu padre te excluyó de los pactos. Los Entenza querían que te obligara a entrar en religión, con los templarios u otros. Dijo que no. Tuya era, y es, la decisión de tomar los hábitos.

—A doña Galbors le gustaría que lo hiciera, ¿verdad?

—Por descontado.

—Razón de más para que no lo haga. Tuvo que ser ella quien hizo escribir esa carta para que regresara y así terminar conmigo. Pero no sospechó que lo haría disfrazado de juglar.

Por primera vez, Eleonor de Vilalba sonrió. Y volvió a tomar la mano del chico.

—No sabes cuánto me alegra que seas más listo que ella.

88

Faltaba poco para llegar a Vilalba cuando Artal arrimó su caballo al de Roger para contarle sus sospechas sobre la carta después de hablarlo con su madre.

—Creemos que la hizo escribir doña Galbors para obligarme a regresar y de ese modo poder matarme.

Roger afirmó con la cabeza.

—Es posible —dijo—, pero me extraña mucho. ¿Cómo pudo introducirla en el Temple? No tienen amigos en la Orden, la carta hubiera sido interceptada antes de llegar a Tierra Santa. Y también allí, una vez que llegara. Yo le preguntaría antes a tu hermana.

—No sabe escribir.

—Pero alguien sabrá en Vilalba. Romeu, sin duda, y quizá también el cura del pueblo.

Artal cabalgaba de nuevo junto a su madre y se detuvieron para contemplar Vilalba desde lo alto de una colina. Abajo, sobre un montículo del valle, estaba la gran casa fortificada que aspiraba a ser un castillo, las tres torres, los muros en construcción y las casas apiñadas como buscando protección a su lado.

—Tu hermana no necesita saber que Berenguer y yo nos amábamos —le dijo doña Eleonor a su hijo.

—¿Y qué le diréis?

—Que Galbors pretendía matarme. Que hui para salvar mi vida y

me oculté para que no me encontrara.

—¿Y qué motivos tendría para mataros?

—Su malicia.

—¿Y cómo vais a explicar que os acogieran en ese convento tutelado por monjas del Hospital, la orden a la que favorecen los Entenza? Además, está en García, a apenas una hora de camino de Mora.

Ella se quedó pensativa.

—¡No lo sé, hijo! Diré que la superiora era amiga mía, de antes de casarme.

—Es muy difícil de creer que lograrais huir y ocultaros sin ayuda del exterior.

—No se lo puedo contar. ¡Compréndeme! —Doña Eleonor se angustió—. Ella odiaba a Berenguer. ¡Me moriría de vergüenza!

—Le odiaba con motivo. Cree que mató a padre. Y organizasteis tan bien la farsa que está convencida de que os violaba.

—No puedo contarle lo de tu tío. ¡Por el amor de Dios, ayúdame!

Artal se quedó en silencio mientras reflexionaba.

—¿Y viviréis toda la vida con esa mentira? —dijo al fin—. Mejor sería que se lo contarais. Creo que llegaría a comprenderlo.

—O no. Puede pensar que su madre se entendía con su tío. Por desgracia, Berenguer de Entenza ha muerto. ¿Qué sentido tiene remover el pasado?

El joven guardó silencio de nuevo. Su madre le miraba suplicante.

—¡Sea! —dijo al fin—. Pienso que os equivocáis, demasiados secretos y mentiras ha soportado la familia. Pero os complaceré.

—¡Gracias, hijo! —exclamó aliviada, y buscó de nuevo el contacto de la mano de Artal.

—¿Y qué ocurre con vuestra doncella? —preguntó él de pronto.

—Ha jurado guardar silencio, y lo hará. Es de confianza.

—Lo teníais todo bien orquestado —murmuró.

Al descender la colina se cruzaron con un rebaño y el pastor los miró asombrado, para después quitarse el gorro y gritar:

—¡Viva doña Eleonor! —Y se inclinó en una reverencia.

—¡Gracias! —respondió ella, complacida, saludándole con la mano.

Algo parecido ocurrió con un grupo de campesinos. Un muchacho corrió al pueblo a contarlo y cuando llegaron los esperaban con vítores, aplausos y grandes y coloridos pañuelos colgando de las ventanas en señal de alegría. Las gentes adivinaron la identidad del joven que acompañaba a la señora, la noticia de su victoria había llegado y le aclamaban. Eleonor saludaba sonriente y feliz. Artal la imitó.

—¡Os aprecian, madre! —le dijo—. Quizá lo de ocultar vuestra relación con el Entenza sea, a pesar de todo, buena idea —añadió mordaz.

La sonrisa de la dama se torció y le lanzó a su hijo una dura mirada, pero rápidamente recuperó su expresión radiante para seguir saludando. Las campanas de la iglesia empezaron a repicar alegres. Escucharon un cornetín del interior de la casa fortificada y las puertas se abrieron de par en par.

Clara salió corriendo.

—¡Madre!

—¡Clara!

Doña Eleonor desmontó para abrazar a su hija, y lo mismo hicieron los demás. Las mujeres lloraban de alegría.

—¡Artal! —Clara se abrazó a su hermano—. ¡Estamos tan orgullosos de ti! —clamó sonriente—. Los colores de Vilalba ondean. Ya nadie los pisoteará y el tirano ha muerto. ¡Nos has liberado!

Todos los habitantes del pequeño castillo, menos los cuatro al servicio de doña Galbors, se encontraban en el patio y saludaron contentos a la señora y a su heredero. La noticia de la muerte de Galcerán ya era conocida por todos. La nodriza se abalanzó sobre él y le cubrió de besos, y también varias de las mujeres que habían ayudado a criarlo. En cambio, Romeu y Ferran se arrodillaron.

—Señor —dijo el mayordomo—. Mi hijo y yo os juramos fidelidad como vasallos.

Artal le obligó a levantarse de inmediato.

—Os acepto con todo cariño. Os confirmo en vuestros cargos y corresponderé a vuestra fidelidad con la mía.

Y le besó en la boca, cerrando así el compromiso feudal. Después besó a Ferran y le dio un fuerte abrazo. Todos en la casa supieron que, a partir de ese momento, la autoridad de ambos se mantendría cuando Artal heredara Vilalba.

—Amigo —le dijo a Ferran—, reemprenderemos las batallas que librábamos de niños. Pero ahora con espadas de acero.

El capitán de la guardia sonrió feliz.

Doña Eleonor asumió al instante su papel de señora de Vilalba, parecía que acabara de regresar de un corto viaje.

—¡Hay mucho que celebrar! —clamó ante un corro de criadas—. Tendremos una gran cena. Hay que sacrificar tres corderos y hornear más pan. Veamos, Tina, ¿qué nos han dejado esos saqueadores de los Entenza?

—Tenemos verduras para un gran cocido, aparte de embutido y

buen vino escondidos —repuso la mujer—. Los criados de doña Galbors no se han percatado.

—¡Sacadlo todo! Comeremos lo que nos venga en gana y que sobre en cantidad para repartirlo entre las gentes del pueblo.

Todos los de la casa se pusieron manos a la obra y antes del atardecer las mesas ya estaban preparadas en el patio. En la primera se sentaba la familia: doña Eleonor, Artal y Clara, además de Roger, Romeu, su esposa Tina, su hijo Ferran y el cura del pueblo. En la segunda, el resto de la casa salvo los criados impuestos por doña Galbors, que seguían encerrados. Brindaron por el regreso de la señora y de Artal, su heredero, por la victoria de este y la liberación del yugo de los Entenza.

Terminada la cena, se dispuso en las mesas toda la comida que quedaba y entró la gente del pueblo. Y mientras comían y bebían a la luz de las antorchas, Artal y Roger tomaron sus laúdes y después de cantar sobre la caída de San Juan de Acre, que entristeció a todos, prosiguieron con canciones alegres y alguna que otra pícara y atrevida. Los presentes las coreaban dando palmas, cantando y riendo las estrofas procaces. Animados por la música, la comida y la bebida, muchos paisanos se pusieron a bailar. Los corazones estaban alegres. No había habido nada que celebrar en los últimos años.

Artal se sentía feliz de haber vuelto y disfrutaba con el jolgorio. Actuar no le impedía fijarse en todos los detalles y le agradó ver que, ceremonioso, Ferran le pedía un baile a su hermana, que ella aceptó con una gran sonrisa. Aunque tampoco se perdió la mirada de disgusto que su madre le dedicó a la pareja.

La fiesta duró hasta un poco antes del amanecer, la hora en que los frailes rezaban maitines, y todos se fueron a dormir complacidos

a la vez que cansados. Aquello era extraordinario, nadie en el pueblo había vivido una fiesta semejante.

A la mañana siguiente, sin más dilación, debían resolver el asunto de la gente de los Entenza encerrada en la mazmorra.

—Le cortaré las manos a la envenenadora —le dijo Artal a Roger.

—No harás nada de eso. Recuerda que no tienes el derecho a juzgar y ejecutar. Lo tiene el Temple. Y es lo que te conviene. Así que, otra vez, me atribuiré los poderes del comendador de Ascó e impartiré justicia —afirmó—. Y será la mía y no la tuya, señor de Vilalba.

Artal gruñó en asentimiento. Sabía que el capitán le hacía un favor.

El juicio se celebró a cielo abierto, en el patio, con todos los moradores de la casa fortificada presentes y numerosos aldeanos. Todos testificaron en contra de los sirvientes de doña Galbors.

Roger vestía su hábito oscuro, bonete y capa negra del Temple.

—Aunque los indicios los acusan, no hay pruebas definitivas de que los envenenadores fueran ellos —concluyó—. Por lo tanto, les perdono la vida. Sin embargo, merecen un castigo por su comportamiento desleal. Y yo, fray Roger de Flor, en nombre del Temple y en delegación del maestre y del comendador de Ascó, condeno a veinte latigazos a la instigadora y a cinco a los otros. Antes se les rapará el pelo y se les desnudará. Tras los azotes, serán paseados por la aldea, desnudos igualmente, para su vergüenza y escarnio. Y, a continuación, se les expulsará. Se llevarán con ellos los caballos de aquellos que condené y ejecuté hace unos días. Cargarán con sus cadáveres y harán saber a doña Galbors las

sentencias dictadas y ejecutadas por el Temple. ¡Cúmplase!

Se procedió a desnudar a los reos, a raparles la cabeza y a propinarles los azotes establecidos, y después los pasearon sin ropa por las calles de Vilalba. Aquello se convirtió en otra gran fiesta, donde hubo música y circularon las botas de vino. Era el fin del yugo de los Entenza. Muchos siguieron a la comitiva en alegre procesión hasta los límites del pueblo.

—He de irme —le dijo Roger a su pupilo al día siguiente—. Cuando el maestre se entere de la justicia que he impartido en su nombre, montará en cólera y tratará por todos los medios de que pague por ello. Aún no conoce las acusaciones que pesan sobre mí en el otro lado del Mediterráneo, pero con las de este tiene de sobra.

—En Miravet me esperan el maestre y los comendadores. No quiero enfrentarme a ellos solo —murmuró Artal—. Me hubiera gustado ir con vos.

—No es posible. Doña Galbors ya sabrá que matamos a aquellos miserables y habrá organizado un gran revuelo. Seguro que se quejará de inmediato al maestre. Y si eso ocurriera mientras estoy en Miravet, terminaría mis días en una mazmorra. O peor. Tomaré el camino de Port Fangós. La galera estará esperándome. Tú ya no me necesitas. He cumplido la promesa que le hice a tu tío y estoy orgulloso de ti. Te has convertido en un caballero respetado y en el futuro señor de Vilalba. Si aprendes a controlar tus impulsos y a usar el seso, te irá muy bien.

Artal notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Sentía un gran afecto por aquel hombre y su partida le desamparaba.

—¿Y si no deseo ser el señor de Vilalba? —sollozó—. ¿Y si quiero ir con vos para volver junto a Beatriz?

—¿Beatriz? —inquirió Roger—. ¿Otra vez Beatriz? ¿Es por el escupitajo de Blanca?

—No he dejado de pensar en ella, a pesar de la joven Entenza.

—Yo no regreso a Chipre, Artal; me quedaré por estas costas. Siempre serás bienvenido a mi lado, ya te lo dije. Pero mi vida está a punto de cambiar. El Temple ha dejado de ser mi señor. Y tendré que buscar uno nuevo que me proteja de las iras de mis antiguos hermanos templarios y del papa. Surcaré un tiempo estos mares cazando naves sarracenas. O las que considere oportunas. No habrá un lugar donde me puedas encontrar, pero te dejaré nombres de amigos en Marsella, Génova, Palermo, Constantinopla y Chipre. Ellos sabrán de mí.

Artal le abrazó y el capitán mantuvo el apretón con fuerza. Después le dio un beso en la mejilla.

—Ahora lo que preciso es una gonela seglar —añadió—. No vestiré más este hábito.

—Gracias, Roger. —Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas sin que hiciera nada por evitarlo—. Infinitas gracias.

—Adiós, hermano —repuso Roger de Flor, emocionado.

89

El misterio de la carta seguía inquietando a Artal. Así que al día siguiente de partir Roger, esperó en el patio de la casa hasta encontrarse a solas con su hermana.

—¿Hiciste escribir tú la carta que me llegó a San Juan de Acre?

Clara observó a su hermano, que la miraba inquisitivo.

—No fui yo —dijo—. Pero bendita sea esa carta que te hizo volver cuando tanto te necesitábamos.

—¿Quién pudo escribirla?

—Yo se lo pedí a madre, pero no quiso —murmuró—. Tú eras nuestra única esperanza. Estábamos solas y desamparadas, lo viste con tus propios ojos. Discutíamos mucho. Su actitud era incomprensible. Berenguer de Entenza la humillaba, abusaba de ella y no se defendía, no hacía nada…

Artal se mantuvo en silencio.

—Además, los Entenza querían casarme con ese hombre horrible al que matasteis… ¡Te necesitábamos aquí!

—¿Quieres a Ferran?

—¡Sí! ¡Le amo! Y quiero casarme con él. Pero madre siempre se ha opuesto porque no tiene título de nobleza, pero es más noble de alma que condes y reyes. Te pido que des tu bendición a esa boda, como heredero de Vilalba.

—No puedo concederte lo que te niega nuestra madre —dijo tras pensarlo unos instantes—. Mientras viva, ella será la señora de

Vilalba. Además, se dice que los matrimonios por amor son desdichados, que son los padres, o los señores, quienes deben decidirlos.

—¿Y tú crees eso?

El chico se encogió de hombros.

—Por favor, ayúdame. —Clara puso una rodilla en tierra y le cogió las manos—. Habla con madre y dile que me muero de amor por Ferran. Que consienta. —Y se las besó.

Él la levantó para abrazarla.

—Haré lo que pueda. Ya sabes que no es fácil hacerla cambiar de idea.

—Bien que lo sé, Artal. Hemos discutido tanto que apenas nos hablamos.

90

Artal era ahora un caballero heredero de un feudo, estaba orgulloso de ello, y estaba decidido a comportarse según su rango. A pesar del requerimiento del maestre para que se presentara en Miravet de inmediato, había demorado su partida un par de días. Antes tenía que verificar, junto a Ferran, la situación militar de su casa fortificada y del pueblo. Había que reemprender la construcción de una muralla, ampliar la exigua guardia y entrenarla.

Hizo que Ferran le acompañara a Miravet más como amigo que como escudero. Presentía que, a pesar de su victoria, la violencia no iba a desaparecer de las Tierras del Ebro y ambos cargaban en su equipaje sendas bolsas con sus cotas de malla y sus yelmos. También lucían orgullosos las enseñas de Vilalba, que tanto tiempo habían permanecido ocultas. Partieron después de la siesta del tercer día y tomaron un camino que evitaba pasar por Corbera, con cuyo señor Artal iba a reiniciar el litigio de su padre sobre la posesión de unos montes.

Llegaron a Miravet antes de vísperas. Saludaron al maestre y al comendador, y tan pronto les asignaron sus celdas para pasar la noche, sonaron las tres campanadas que anunciaban la oración del atardecer, a la que se unieron.

Al día siguiente asistieron al rezo de la hora prima y al desayuno comunitario. Después fueron a contemplar la impresionante vista del río y de la población, que se divisaba desde aquel nido de águilas.

Mientras charlaban, Fray Antón de Camporrells se acercó para comunicar a Artal que el maestre le esperaba y que no estaba contento.

Fray Berenguer de Cardona le recibió en la sala capitular. A este le acompañaban los comendadores de Miravet, Ascó, Ribarroja, Gandesa, Horta y Tortosa, todos con barbas de mediano tamaño, con hábitos y bonetes oscuros y capas blancas. También fray Antón, que, según acostumbraba, cubría su calva con la capucha y llevaba barbas crecidas. Había rebeldía en aquel templario que al muchacho le recordaba a Roger. Artal compareció vestido con su gonela que mostraba el escudo de Vilalba en el pecho.

—¿Por qué te fuiste después del combate? —inquirió fray Berenguer de Cardona—. Y sin despedirte de nosotros, tus señores feudales, con quienes debías reunirte.

—Antes de entrar en combate recibí un mensaje de mi madre para que fuera a buscarla —mintió—. Ansiaba verla y no quise demorarme.

—Nos alegramos mucho de que haya vuelto sana y salva —intervino el comendador de Ascó—. Pero ¿por qué desapareció? ¿Dónde se encontraba?

—Se escondió porque temía ser asesinada por los Entenza. Ni siquiera en su casa estaba a salvo. Y no desea revelar el que ha sido su refugio.

—¿Cómo es que no vistes el hábito? —inquirió el maestre, severo —. Siempre lo has hecho en nuestros conventos por respeto a la Orden.

—Ahora soy caballero y heredero de Vilalba —repuso Artal con tranquilidad—. Nunca más vestiré el hábito, sino que luciré los

colores de mi familia.

—Bien, que así sea —gruñó el maestre—. Estás en tu derecho. Sin embargo, sigues siendo mi vasallo. Mandé mensaje a Vilalba para hacerte venir de inmediato y te has demorado tres días.

—Tenía que supervisar las defensas de mi casa y de la población y cerciorarme de que mi madre y mi hermana estuvieran seguras.

—Después de tu victoria, Vilalba es el feudo más seguro del Temple —comentó el comendador de Miravet—. Los Entenza no faltarán a esa promesa.

—¿Sabes que Berenguer de Entenza aún vive? —le espetó el maestre.

—¡¿Quéééé?! —se sorprendió Artal.

—Así es —confirmó el comendador de Ascó—. Y dicen que sanará de sus heridas.

—¡No puede ser! Mi espadazo le abrió las tripas, era una herida mortal. Saqué la daga para rematarle. Me suplicó que lo hiciera. Pero me dije que no se merecía una muerte rápida y me fui dejándole con su sufrimiento. Pensé que el Señor quería depararle ese terrible fin por las atrocidades que cometió.

Fray Antón de Camporrells soltó una risita sarcástica.

—¡Te engañó! —dijo con sorna—. ¡El viejo te engañó! Le heriste solo en el costado, no en las tripas.

El maestre le miró con desagrado. La risa no era bienvenida en el Temple.

—En efecto, ¡te engañó! —dijo enfadado—. ¡Tenías derecho a terminar con su vida! ¡Estaba en tus manos y le dejaste escapar! Ahora ese miserable volverá a las andadas.

La noticia le producía una gran alegría a Artal, pero debía fingir.

—No era mi intención perdonarle la vida, maestre —repuso cabizbajo—. Lamento causaros ese disgusto.

Fray Berenguer gruñó de nuevo.

—¿Dónde está Roger de Flor? —inquirió.

—¿No vino a despedirse?

—¡No lo hizo!

—Me dijo que regresaba a Oriente. —Le costaba disimular cuánto le complacía aquella conversación—. Se despidió hace dos días y dijo que pasaría a veros.

—Pues no lo hizo. ¿Y qué son esos juicios que celebrasteis en Vilalba?

—Fray Roger hizo justicia, condenó a muerte a esos miserables que devoraban nuestra hacienda y abusaban de nuestras mujeres. Los ejecutó con sus propias manos. Y después impuso la pena de azotes y la humillación pública a los criados que Galbors de Entenza nos obligaba a mantener en la casa. Lo hizo en vuestro nombre y por la autoridad que le conferisteis.

El maestre perdió la compostura y se levantó de un salto.

—¡Yo no le di ninguna autoridad! —gritó—. ¡Lo hizo por su cuenta! ¡Ha comprometido, de forma muy seria, a la Orden!

—Doña Galbors envió ayer a un mensajero para denunciar que fray Roger, en nombre del Temple, había ejecutado a dos nobles vasallos suyos y a sus escuderos —explicó el comendador de Ascó—. Y prometía venganza. ¡Bonita excusa! Volverán a atacar nuestras posesiones.

Artal se dijo que aquello era lo anticipado por su astuto amigo y de nuevo se sintió enormemente agradecido. La ira de los Entenza caía sobre el Temple. Él quedaba libre de culpa y Vilalba, a salvo de

represalias.

—¡Queríamos terminar con la violencia en estas tierras y ese maldito fraile no ha hecho más que azuzarla! —continuó el maestre, indignado—. ¿Dónde está Roger de Flor? ¡Debe pagar por ello!

—Ya os lo he dicho —respondió, firme, Artal—. Está camino de Oriente.

Se levantó para quedar a la altura del indignado maestre y le miró desafiante a los ojos.

—¿Queréis hacerle pagar por lo que hizo?

—¡Sí! —repuso el fraile.

—¡Pues hizo justicia! —le espetó Artal—. Hizo la justicia que vos, antes como comendador de Ascó y ahora como maestre del Temple de la Corona de Aragón y Navarra, no hicisteis. Esos individuos entraban en mi casa cuando querían. Comían y bebían cuanto les apetecía, humillaban a mi gente, abusaban de nuestras mujeres y se llevaban cuanto deseaban. Mi madre era vuestra feudataria, le debíais protección. No hicisteis nada y tuvo que esconderse para salvar su vida. ¡Fray Roger de Flor hizo justicia! ¡La del Temple que yo conozco! ¡La de los valerosos frailes que mueren por su fe sin dar un paso atrás! ¡La de los que sacrificaron sus vidas en San Juan de Acre! ¡La de los valientes, la de los que se atreven!

Fray Berenguer de Cardona se quedó boquiabierto, mirando al joven, sin reaccionar. Y el comendador de Ascó se levantó en su defensa.

—Tus palabras son injustas y debes disculparte con el maestre —dijo—. Tu padre se hizo feudatario también de los Entenza y, por lo tanto, ellos tenían derechos sobre Vilalba. Y en las ocasiones en que tu madre se quejó, advertimos a los Entenza. Más no podíamos

hacer.

—Podíais hacer lo que hizo fray Roger de Flor —repuso Artal.

—Eso hubiera exacerbado nuestra guerra con los Entenza —dijo el maestre—. La Orden no debe luchar contra cristianos, y aguardábamos la justicia del rey.

—Una justicia que nunca llega —advirtió el de Vilalba—. Ya han muerto dos reyes sin decidirse a juzgar, y no parece que a los Entenza les haya bastado el castigo que les infligisteis hace dos años.

El maestre elevó la barbilla, digno. Se notaba su incomodidad.

—Tú no eres quién, muchacho, para criticar cómo hemos decidido llevar este asunto.

—¡Ya no soy un muchacho! —exclamó Artal—. Soy caballero y el heredero de Vilalba. Y vos debéis tratarme con el respeto que merezco y dejar de tutearme.

Los monjes estaban atónitos. No recordaban a nadie que se hubiera dirigido al maestre en semejantes términos. Aquella dureza rozaba el desacato. Artal miró uno a uno a los frailes y, al llegar a Antón de Camporrells, le pareció ver que entre sus barbas asomaba una sonrisa.

—Y sí que tengo el derecho a juzgaros —prosiguió, firme pero bajando el tono—. Porque el señor debe cumplir sus obligaciones con su vasallo, y la primera es la protección. Vos no habéis protegido a mi madre, habéis faltado a vuestro deber y eso me da también el derecho a romper el vínculo feudal que existía entre nosotros. Esta cuestión la decidiré en los próximos días.

Los frailes se miraron unos a otros, sorprendidos, sin romper el silencio.

Artal tardó en volver a hablar:

—Cuando mi padre murió, estaba pendiente de resolución la disputa sobre los montes y los pastos existentes en los límites de Vilalba y Corbera. Después de su muerte, mi madre careció de fuerzas para seguir con el pleito y el señor de Corbera se apropió, sin derecho, de ellos. Ahora yo los reclamo aquí, formalmente, en nombre de mi familia. Corbera pertenece a la encomienda de Gandesa y Vilalba a la de Ascó. Es vuestra obligación resolver esta disputa, aunque hayan transcurrido diez años. Y reclamo vuestra protección y ayuda. No creo que queráis que corra la sangre entre los vuestros. Además, Vilalba carece de muros que la protejan, y si mantengo el vasallaje con el Temple, la Orden debe costear su construcción.

Los monjes se quedaron a la espera de que el maestre respondiera.

—¿Dónde está la humildad y los modos que aprendisteis con nosotros, Artal? —inquirió este al fin, enojado, y todos se percataron del cambio de tratamiento—. ¿Qué es esa arrogancia? Vencisteis en el combate porque así lo quiso Dios, poco tuvieron que ver vuestros méritos.

Una vez expuesta con firmeza su postura, Artal consideró que era el momento de moderarse y ver qué podía obtener de aquella situación.

—Siento mucho si la vehemencia en defensa de mi familia me hace parecer arrogante y desconsiderado. —E inclinó la cabeza en media reverencia—. Me disculpo, padre, si os he ofendido. Solo pido lo que es justo ante Dios.

—Será lo que es justo en vuestra opinión, no mezcléis al Señor

en esto —contestó el maestre—. Consideraremos vuestra reclamación. Y ahora podéis retiraros. Id con Dios.

—Que Él os proteja —dijo Artal antes de hacer una gran reverencia.

Después dio media vuelta y se dirigió, pausado y erguido, hacia la puerta.

—Qué opináis de esto, fray Antón.

El de Camporrells acostumbraba a ser la voz discordante en los consejos. Y por eso, precisamente, el maestre le preguntaba primero.

—Que tenemos a un nuevo señor de la guerra en las Tierras del Ebro —respondió tranquilo y sin descubrirse.

—¡Válgame Dios! —murmuró el comendador de Ascó.

—¡Pero si solo tiene dieciséis años! —exclamó el maestre.

—A esa edad se puede ser ya todo un hombre —repuso el encapuchado—. Y, en su caso, es lo que parece. Me temo que, conforme crezca, será peor. Más valdrá que lo tengamos de nuestro lado y no en contra.

—Pero su feudo es pequeño —intervino el comendador de Horta.

—Eso es lo de menos —repuso fray Antón—. Lo importante es a cuántos hombres es capaz de liderar. El país está lleno de soldados de fortuna y almogávares en busca de ocupación y rapiña.

—Se ha mostrado demasiado arrogante —dijo el maestre.

—Porque está en lo cierto —repuso fray Antón—. No protegimos a su madre.

—Vos sabéis bien nuestros motivos —se alteró el maestre—. Me he cansado de exponerlos.

—Nuestros motivos no le valen a Artal de Vilalba. Y le doy la razón. Tendríamos que haber devuelto al Entenza golpe por golpe, en lugar de poner la otra mejilla. Es el único lenguaje que entiende. Y eso incluía la protección de doña Eleonor de Vilalba, su hija y sus posesiones.

—¡Nosotros no hacemos la guerra a otros cristianos! Y vos estáis en continuo desacuerdo con nuestros principios, fray Antón.

El fraile se encogió de hombros.

—Será por eso que nunca he aceptado comandar ninguno de los castillos o las posesiones que la Orden me ofreció —repuso tranquilo.

—Liderar, asumir responsabilidades, es servir al Temple y a Dios —le reprochó el comendador de Ascó—. Y obedecer, una obligación.

En ese momento golpearon violentamente la puerta, que se abrió sin esperar respuesta.

—¡Los Entenza nos atacan! —gritó un fraile sargento.

91

Artal y Ferran salían del castillo de Miravet, después de su conversación con los frailes, cuando cruzó las puertas un hombre a pie.

—¡Los Entenza nos atacan! —gritó con voz ahogada.

Artal le detuvo impidiéndole el paso con su caballo.

—¿Dónde? —quiso saber.

—Vengo de Corbera y he pasado la noche escondido en el monte —dijo el hombre, casi sin aliento—. Berengueró, con diez caballeros, junto a cientos de almogávares a pie, han entrado en el término. Roban ovejas, vacas y trigo, y secuestran a las mujeres jóvenes. Hay muertos y heridos.

—¿Y el señor de Corbera?

—Resiste en el castillo. ¡Dejadme pasar! ¡Tengo que avisar al comendador!

Artal le franqueó el paso y azuzó a su montura para tomar la empinada pendiente de bajada hacia el pueblo.

—¡Hay que repeler el ataque! —le advirtió Ferran—. Nuestro deber como vasallos es ayudar al maestre.

—No te detengas —le dijo Artal—. Corramos a proteger Vilalba, aun sabiendo que no será atacada. Nos hemos cruzado con un hombre con prisas que no nos ha contado nada. Por lo tanto, nada sabemos.

—¡Ah! —exclamó Ferran al comprender sus intenciones.

—Cuando debilitan a tu enemigo, te fortalecen a ti —le aclaró Artal.

—¿Te refieres al señor de Corbera?

—A él me refiero.

—¡Démonos prisa, pues! —dijo Ferran.

Salían del recinto amurallado del pueblo cuando las campanas del castillo empezaron a tocar a rebato.

Detrás del sargento que interrumpió la reunión en la sala capitular apareció el pastor que venía de Corbera y que, angustiado, comunicó la noticia a los frailes.

—¡Tocad a rebato! —ordenó el maestre—. Quiero a todos los caballeros disponibles listos para el combate en el patio del castillo.

—¿Cuándo se inició el ataque? —quiso saber fray Antón.

—Ayer al amanecer. Yo estaba a las afueras del pueblo con mi rebaño y logré esconderme. ¡Había almogávares por todas partes! He pasado la noche oculto en el monte y he venido corriendo a avisar.

—Cuando lleguemos, ya se habrán ido —dijo fray Antón—. Nos llevan dos días de ventaja y, con suerte, lo único que conseguiremos será evitar que arranquen cepas y talen árboles frutales, que no es poco. Pero el ganado y los prisioneros estarán ya en Mora.

—¡Los interceptaremos! —dijo uno de los comendadores—. Algo se recuperará.

—Si intentamos cortarles el paso, habrá más muertos —dijo fray Antón—. Y caerán de nuestro lado. ¿Cuántos caballeros podemos reunir ahora? ¿Quince, dieciséis a lo sumo? Seguro que Berengueró tiene planes para proteger su retirada y su botín. Hermanos, ¿estáis familiarizados con los almogávares?

No obtuvo respuesta.

—Pues bien, fueron ellos los que acabaron con la famosa caballería francesa en la fallida cruzada que el papa decretó contra el rey Pedro. Son peones con aspecto de mendigos, pero capaces de abatir a un jinete. Así pues, ¿creéis que nuestros quince caballeros, sin el apoyo de una infantería que no da tiempo a reunir, harán que los almogávares renuncien a su botín?

—Tomaremos precauciones —acordó el maestre—. ¡A las armas!

Artal y Ferran pusieron sus monturas al galope hasta que se adentraron en el camino que llevaba a Vilalba y los alejaba de Corbera. Entonces desmontaron y vistieron sus armaduras, sobre las que se colocaron las sobrevestes con la enseña azul y blanca. Con esa seguridad adicional continuaron, pero sin dejar de vigilar, porque el camino se cruzaba con el que iba de Corbera a Mora y podían tener un mal encuentro a pesar de la promesa de los Entenza.

Cuando al fin llegó a los límites de su feudo, Artal observó complacido la diferencia con el resto de las comarcas a orillas del Ebro. Los árboles no habían sido talados y estaban crecidos, ni las viñas arrancadas, ni los bosques quemados en muchos años. Su padre acertó al enfeudarse también con los Entenza, aunque solo lo hiciera para salvar a su hermano Ramón. Al menos, árboles, viñas y rebaños habían sido respetados. Y ahora, gracias a su victoria en el juicio de Dios, los Entenza seguirían sin atacar Vilalba, por lo que al feudo le esperaba una época de prosperidad.

A la llegada a su hogar fue recibido amorosamente por madre y hermana, que tras la expulsión de la gente de doña Galbors habían reorganizado la casa a su gusto. Artal no estaba habituado a aquel

cariño y experimentó un gran placer con los abrazos y los besos. Se dijo que era algo a lo que quería acostumbrarse.

92

—Madre, tengo una noticia que daros —le dijo Artal después de la cena—. Hablémoslo en privado.

—Ven a mi cámara.

Allí, iluminados por un candil, doña Eleonor se sentó en la cama y Artal en un escabel.

—Berenguer de Entenza sigue vivo.

Ella abrió la boca sorprendida, pero no emitió sonido alguno.

—¡Pero si le mataste! —balbució al fin—. Todo el mundo lo dice.

—También yo lo creía. Traspasé su cota de malla y pensé que le había abierto las tripas, pero la espada debió de desviarse. Me han dicho que solo le herí en un costado.

Eleonor de Vilalba volvió a contemplarle con la misma expresión de asombro.

—¿Es eso cierto? No me engañarás, ¿verdad, hijo?

—El maestre del Temple se mostraba muy disgustado, luego debe ser cierto.

Su madre parecía haberse quedado helada y le miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Seguro? —inquirió al rato.

—Eso me dijeron, no bromearía con algo así.

De repente doña Eleonor se incorporó de un salto y empezó a palmotear de alegría.

—¡Está vivo! ¡Está vivo! —repetía—. ¡Dios mío, está vivo!

¡Gracias, Señor! ¡Los dos vivís! ¡No merezco tanto!

Después de varios brincos, se cubrió el rostro con las manos, cayó sentada en la cama y estalló en llanto. Artal esperó a que se calmara apoyando amorosamente una mano en su rodilla.

—¿Pensáis volver a verle?

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas, asustada.

—¿Acaso crees que estaría mal? ¿Hay alguna razón, humana o divina, que lo impida? Él es inocente de la muerte de tu padre.

—No, no veo razón —dijo tras pensarlo unos instantes—. Fuera de que la gente cree que mató a mi padre.

La mujer suspiró aliviada.

—¡Gracias a Dios! —musitó con una sonrisa.

—Pero ¿qué vais a decirle a Clara?

—¿Decirle?

—Sí, habéis estado fingiendo todos estos años que abusaba de vos, que os violaba… Clara le odia. ¿Cómo creéis que verá esa relación? De repente, el monstruo, el hombre que para ella es el asesino de nuestro padre, viene a visitaros. Me lo imagino en el salón, esperándoos con unas perdices recién cazadas para vos, o con unas flores…, como un pretendiente formal.

Había una sonrisa maliciosa en la faz de Artal.

—¡Ay, Dios mío! —Doña Eleonor se retorcía las manos—. ¿Qué voy a hacer?

—Lo más conveniente sería que no le vierais más…

—¡No! ¡No puedo hacer eso! ¡Le amo! Ahora que sé que está vivo, necesito verle. —Y le tomó las manos—. Hijo, no sé si alguna vez has estado enamorado. Solo así podrías comprender mi ansia.

—Sí que he estado enamorado —confesó—. ¡Con desesperación!

—¡Ayúdame, pues! ¡Tengo que encontrar una solución!

Él la contempló pensativo, no quería que volviera a llorar.

—Ahora que doña Galbors no puede dañaros, el problema es Clara —murmuró.

—¡No sé cómo contárselo! ¡Me va a odiar!

—Quizá no. —Artal le sonrió—. Quizá si vos tratáis de entender su amor por Ferran y le contáis la verdad, Clara sepa también entender el vuestro.

Eleonor de Vilalba se quedó mirando a su hijo, que la contemplaba con expresión satisfecha. Como quien, al final de una partida de ajedrez, consigue un doble jaque. Al rey y a la reina. O, en el caso de Vilalba, a las dos reinas.

—¡Ayúdame! —musitó ella.

—Os ayudaré —dijo él—, pero tenéis que poner de vuestra parte. Para empezar, debéis aceptar el matrimonio de Clara con Ferran. Y después ella debe saber que el Entenza no mató a padre. Así que empezad a pensar qué le vais a decir.

Doña Eleonor suspiró resignada antes de afirmar con la cabeza, y Artal pensó que, de presenciar su jugada, Roger de Flor se sentiría orgulloso de él.

93

Roger de Flor llegó a Port Fangós al atardecer del tercer día de su partida de Vilalba. Cuando desembarcó del laúd, el sol empezaba a descender sobre los cañaverales, los carrizos y los álamos del delta. E iluminaba de pleno El Halcón. Era una hermosa nave. Respiró hondo, se sentía feliz. Había vuelto a casa.

De pronto, uno de los vigías de guardia en la galera gritó:

—¡El capitán! ¡El capitán ha regresado!

Soldados, marinos y galeotes se precipitaron sobre la borda gritando y vitoreando. El primero en descender fue Pietro, el piloto, seguido de Garfio y fray Adriano. Todos le dieron un fuerte abrazo.

—¡Gracias a Dios que estáis bien! —le dijo Pietro.

Cuando subió a la galera, unos y otros querían saludarle mientras el resto aplaudían. Roger les sonreía emocionado. El Halcón podía ser su casa, pero su hogar y su familia eran ellos, sus hombres.

—¿Estamos bien aprovisionados? —le preguntó a Adriano.

—De comida y agua. Os estábamos esperando, añoramos el mar —repuso el fraile.

—¡Levamos anclas! —ordenó una vez que, libre de apretones de manos y saludos, se encaramó al castillo de popa—. ¡Zarpamos!

Todos corrieron a sus puestos y el desatraque se realizó con precisión.

—Debemos darnos prisa —les dijo a los oficiales—. Estamos a principios de noviembre y es tiempo de tormentas.

—¿Qué rumbo tomamos, capitán? —quiso saber Pietro.

—A Marsella primero, y después a Génova. Allí le devolveremos El Halcón al Temple, y también nuestros calzones, nuestras espadas y todo lo que sea suyo. Los que queráis sois libres de quedaros en El Halcón. Los demás compraremos otra galera. La más rápida y marinera.

—¡Bravo! —aclamaron. Llevaban tiempo esperando aquella orden.

Estaban ya fuera del puerto, navegando hacia el norte en paralelo a la costa, cuando sonó el toque de vísperas. El sol estaba a punto de ponerse por babor.

Roger rezó con fervor. Tenía mucho que agradecerle al Señor. Había conocido a un muchacho en San Juan de Acre y dejaba a un hombre en Vilalba. Todo un caballero. Un respetado señor feudal del que se sentía orgulloso. Tenía mucho de su tío, pero también de él mismo.

—He cumplido mi promesa, Ramón de Vilalba —murmuró contemplando las playas del delta—. He velado por tu sobrino. Está fuera de peligro y sabrá cuidarse por sí mismo. Estamos en paz, amigo.

Contemplaba cómo el sol se ocultaba tras los lejanos montes y recordaba las aventuras vividas. Agradecía al Señor su retorno, sano y salvo, a su familia marinera. Y mirando en dirección a Vilalba, se despidió en un susurro:

—Que Dios te bendiga, Artal. Solo Él sabe si nos volveremos a encontrar.

TERCERA PARTE

94

Tres meses después, Eleonor de Vilalba y Berenguer de Entenza volvían a encontrarse en un gran pinar en los límites del feudo de la dama. El frío de febrero les obligaba a llevar gruesos abrigos y capas de pieles.

A ella le acompañaba su hijo, junto a Ferran y sus escuderos. Artal tenía ya diecisiete años y seguía ganando en altura y corpulencia. Al señor de Mora le escoltaban su hijo Berengueró y los escuderos de ambos. El joven Entenza saltó del caballo para ayudar a desmontar a su padre, aún convaleciente de su herida. Artal hizo lo propio con su madre.

Los amantes se miraron unos instantes, primero serios, observándose, como para asegurarse de que eran los mismos, que no habían cambiado. La última vez que se vieron, con angustia e incertidumbre, fue poco antes del duelo. Luego ella sonrió tímida, él lo hizo feliz y avanzaron hasta tomarse de las manos. Se mantuvieron unos instantes mirándose a los ojos y, sin importarles los testigos, se fundieron en un abrazo. Ella se puso a llorar. Artal, abochornado, cruzó una mirada con Berengueró. Ambos vigilaban, incómodos, la reacción del otro frente al amor clandestino de sus padres.

Después, Berenguer de Entenza tomó la mano de doña Eleonor y se internaron despacio en el bosque. Los hombres se quedaron en un silencio que rompió Berengueró.

—De haber sido yo, ahora estarías muerto, Vilalba —le dijo a Artal.

—El muerto serías tú, Entenza.

—Eres un insensato si te crees eso, juglar.

—Podemos averiguarlo ahora mismo.

Artal se llevó la mano a la empuñadura de su espada y desenfundó lo suficiente para mostrar el filo de la hoja. Instintivamente, Berengueró le imitó.

—Me encantaría —dijo el Entenza—, pero no quiero darle ese disgusto a mi padre, que ya está viejo. ¿Complacería eso a tu madre, Artal?

—De ninguna manera.

—Pues dejémoslo para cuando haya una fiesta con juegos de armas y torneos.

—Me parece buena idea.

Artal se dijo que aquel hombre le caía bien, a pesar de su fanfarronería.

—Aunque si no es con la espada, puedo ganarte a los dados —añadió Berengueró.

—Tampoco me ganas en eso.

—¿Te apuestas un cordero? —El joven Entenza sonreía—. Ahora que no puedo quitártelos, tendré que buscar otra forma de conseguirlos.

Artal rio.

—Yo seré quien se coma tu oveja, Entenza.

Berengueró también rio y sacó unos dados de una bolsita. Su escudero tendió un paño sobre la pinaza que alfombraba el suelo del bosque.

—No jugaremos con tus dados, sino con los míos —le advirtió Artal.

—¿No te fías de mí?

—Nada.

—Pues yo tampoco de ti. Vi tus juegos de manos, juglar.

Y siguieron discutiendo en esos términos hasta que decidieron apostarse solo un pollo. Habían ganado y perdido varias aves, y Artal llevaba una de ventaja cuando al fin aparecieron los amantes.

—Artal, ¿qué se hizo de Roger, ese templario que mató a mis hombres? —inquirió el viejo Entenza, severo, antes de despedirse.

—Ahora está navegando libre y feliz con su galera por el Mediterráneo. Fuera de vuestro alcance y del alcance del maestre. Además, es al Temple, y no a mí, a quien debéis pedirle explicaciones sobre fray Roger.

—Ya lo estamos haciendo —dijo Berengueró con una sonrisa que mostraba sus dientes, con el gesto amenazador de un perro.

—Pues con ellos os habréis de entender —insistió Artal.

—¿Entendernos? —dijo riendo—. Llevamos doce años sin hacerlo.

Al despedirse, Berenguer de Entenza abrazó a su amada durante un largo rato. Luego le dio otro abrazo a un sorprendido Artal.

De vuelta a Vilalba, Artal no podía dejar de pensar. Al fin su madre había aceptado el compromiso de Clara con Ferran, con la condición de que el galán durmiera fuera de la fortificación, en una de las casas del pueblo, y que el noviazgo durara al menos un par de años para que se aseguraran de la solidez de sus sentimientos.

Clara, después de escandalizarse y no dirigirle a palabra a su madre durante un tiempo, terminó aceptando las explicaciones sobre

el Entenza y la muerte de su padre. Artal tuvo que emplearse a fondo para hacerle comprender a su hermana que se trataba de un toma y daca. Y que su comprensión hacia el amor de su madre tendría a cambio la recíproca.

Artal mantuvo a Ferran en su posición de jefe militar del feudo. Habían reavivado su amistad de la infancia y se entrenaban con las armas en el patio del pequeño castillo como iguales. El comendador de Ascó, en la renovada guerra con los Entenza, quería mantener al heredero de Vilalba de su lado, o al menos neutral, y el joven obtuvo su promesa de nombrar caballero a Ferran a corto plazo.

La colaboración y el trato exquisito que le dispensaban ahora los templarios sorprendían, al tiempo que complacían a Artal. Ellos presionaron al señor de Corbera para una feliz resolución del antiguo conflicto de tierras y la mayor parte de las que reclamaba su padre ya habían sido restituidas a Vilalba. El señor de Corbera, tras la última incursión de los Entenza, estaba en una situación precaria y necesitaba la ayuda del Temple. Por eso la presión de los frailes, combinada con la amenaza de Artal, le hizo ceder con relativa facilidad.

El antiguo acogido del Temple, ahora caballero y señor efectivo de un feudo, en representación de su madre, parecía obtener todo lo que se había propuesto. Menos en el amor.

95

Artal bajó de la nave de un salto, sin preocuparse de descargar su equipaje. Vestía una elegante gonela escarlata con un gorro a juego, y de su cinturón colgaban espada y daga de calidad. Su aspecto, su gesto resuelto y la mirada intensa de sus ojos verdes hacían que las gentes le abrieran paso. Estaba impaciente, inquieto, ilusionado y temeroso a la vez. Durante la larga travesía de más de dos meses en distintas embarcaciones, no había dejado de preguntarse si Beatriz le estaría esperando. A una mujer tan atractiva como ella, sola, en una posada, debían de sobrarle los pretendientes. Rezaba para que le hubiera llegado aquella carta que le escribió en Creta y que le estuviera guardando la ausencia.

Era una mañana radiante, había transcurrido casi un año desde su partida y el puerto de Famagusta rebosaba de un bullicio mayor del que recordaba. Estibadores cargando fardos, mercaderes negociando al pie de las embarcaciones, soldados junto a recaudadores de impuestos, vendedores pregonando sus mercancías a gritos y en distintos idiomas. Aquel aire cargado de olores a comida, especias, jazmín y muchedumbre colmaba su olfato. Dos ciegos cantaban acompañados de una especie de laúd y un pandero. Artal respiró hondo. Casi había olvidado aquello y le hacía feliz revivirlo. Pero no se entretuvo. ¡Tenía que encontrar a Beatriz! Su corazón latía acelerado. ¿Cómo reaccionaría al verle? ¿Tendría otro hombre? Aquel pensamiento le encogía el estómago hasta dolerle.

Evitó cruzar el portal de la muralla que conducía a la ciudad y siguió hacia el norte, siguiendo la línea de costa, camino del arrabal, hasta que se terminó el puerto. A poca distancia de los muros de Famagusta se alzaba otra ciudad. De madera en gran parte, pero con algunos edificios ya de piedra. ¡Era el burgo que él había ayudado a fundar!

Unos niños corrían en la playa jugando con un perro que hacía cabriolas y ladraba alegre y, de pronto, una cría de casi cuatro años y grandes ojos negros se detuvo y se le quedó mirando.

—¡Papá! —gritó en griego.

Artal reconoció aquella mirada y aquella sonrisa. Se le clavaban en el alma, llenándole de felicidad.

—¡Margarita! —dijo agachándose en cuclillas y abriéndole los brazos.

La niña corrió a refugiarse en ellos y su calor le produjo al joven un gozo infinito. La besó en el pelo y miró su cara risueña.

—¡¿Y mamá?! —le preguntó—. ¿Dónde está mamá?

Margarita le tomó de la mano y le condujo a una casa de piedra de tres pisos. Tenía un edificio anexo con un gran portalón que debía de conducir a un patio y a las caballerizas. Era una construcción de calidad. Un cartelón indicaba que se trataba de una posada y Artal entendió que era la de Beatriz. La niña le soltó y entró corriendo a la vez que gritaba: «¡Mamá! ¡Mamá!».

Artal se quedó en el umbral y al poco Margarita regresó tirando de la mano de Beatriz. Sus grandes ojos, oscuros y brillantes, se dilataron al verle y se quedó inmóvil. Se miraban sin reaccionar, y Artal rezó para que apareciera una sonrisa en aquel rostro. Estaba hermosa, más aún de como la recordaba, y más mujer, si es que eso

era posible.

—¡Artal! —musitó al fin, llorosa.

Y la sonrisa que él ansiaba empezó a nacer en sus labios.

—¡Beatriz! —dijo él tendiéndole los brazos.

—¡Gracias, Señor! —susurró ella cuando se estrecharon en un tierno abrazo.

Artal cerró los ojos. Lloraba de felicidad. El calor, el olor, las caricias de Beatriz colmaban todos sus sentidos, incluso el de la vista, a pesar de que tenía los ojos cerrados y solo veía su interior. Se besaron y un dulce arrobo, un embeleso infinito, le invadió. El cielo que hubiera ganado con su martirio en San Juan de Acre a buen seguro no podría superar aquello.

Entonces cantó el gallo. Artal se apretó un poco más a Beatriz para disfrutar de aquella dulzura, de aquel placer. El gallo volvió a cantar y todo empezó a desvanecerse.

—¡No! —gritó Artal—. ¡No! ¡No te vayas!

La luz de un nuevo día se filtraba por los postigos de su ventana. ¡Un sueño! ¡Otro de aquellos benditos sueños que se convertían en pesadillas al despertar!

—¡Eres el señor de Vilalba! —le dijo su madre—. Desde que llegaste, nuestro destino y nuestra fortuna han cambiado por completo. Ahora nos respetan, incluso nos temen. El blasón de nuestra casa, el que lucía tu padre con orgullo en nuestros buenos tiempos, lo luces tú ahora. Nuestro escudo de armas fue humillado, pisoteado, y ahora es venerado. No puedes irte. No puedes abandonarnos. Si lo haces, todo volverá a estropearse, a descomponerse. Tú sostienes Vilalba.

—Debo regresar a Chipre. Tengo una promesa que cumplir.

—¿Con esa mujer? A buen seguro que ya tiene otro hombre. No es de las que guardan lutos y ausencias. ¡Fíjate lo poco que tardó en consolarse tras la muerte de su marido!

—Eso era otra cosa, un matrimonio sin amor.

—¿Y cómo crees que habrá reaccionado a tu abandono? Por muchas cartas que le enviaras, eso una mujer no lo perdona. La abandonaste por mí, por tu madre. E hiciste lo que debías hacer. Pero dudo que ella lo entienda. Además, no tienes que ir tan lejos para conseguir una mujer. Aquí las hay de sobra y seguro que mejores que las de allí.

Era cierto, todas las jóvenes de Vilalba le sonreían, Artal era el héroe local. Algunas, incluso casadas, le lanzaban miradas provocadoras. Otras, de menor edad, se sonrojaban y cuchicheaban con las amigas al verle. Él procuraba evitar, sin éxito, fijarse en las gonelas ajustadas que marcaban deliciosas curvas y en los escotes poco recatados que dejaban ver el inicio de los senos.

Una mañana se despertó con el contacto cálido y aterciopelado de un cuerpo bien moldeado en su lecho. Al principio creía soñar, pero la joven era muy real. Quiso echarla de la habitación, pero no pudo. Tenía una erección exagerada, casi dolorosa, y ella reaccionó a sus intentos de expulsarla con besos, caricias, súplicas y tiernas palabras. Sabía lo que hacía y él finalmente cedió. Y desahogó toda su pasión, tanto tiempo contenida, en aquella mujer que se le ofrecía generosa. Ella, sabedora de su poder, se mostraba complacida y orgullosa de su éxito. Se olvidaron del desayuno y no salieron de la alcoba hasta el mediodía. Conocía a aquella hermosa muchacha de cabellos dorados y ojos azules de verla en el pueblo.

Sintió una gran ternura por ella y se dijo que el cuerpo y el alma debían de estar, de alguna forma, conectados.

El pudor lo invadió cuando abandonó su cuarto. Las criadas al menos estarían al tanto de lo ocurrido. Fue a buscar a doña Eleonor.

—Madre, ¿fuisteis vos quien puso a esa mujer en mi alcoba?

Ella le miró seria al principio, pero no pudo evitar sonreír.

—No fui yo —dijo—. Ella quería. Yo solo lo permití.

—¿Qué pretendéis?

—Quiero nietos.

—¿Bastardos?

—Que vengan bastardos hasta que puedan llegar los legítimos. Vilalba, liberada de la extorsión de los Entenza y sin apenas pagar tributos al Temple, puede mantener a muchos niños. Y son riqueza para el futuro. Nuestro feudo empieza a ser próspero. Eres joven, no hiciste voto de castidad y debes gozar de la vida mientras esperas el matrimonio adecuado que yo misma te conseguiré.

Artal se quedó sin palabras. Era cierto, había obtenido una rebaja de los tributos del Temple hasta una cifra ridícula con el argumento de que la Orden debía contribuir a la edificación de las murallas de piedra que debían proteger Vilalba. Y de hecho los frailes le hicieron una importante donación. Se abrió una cantera en uno de los montes del feudo, y el trabajo y la paz atrajeron a canteros y pica-pedreros. Y con ellos vinieron herreros y otros artesanos. También el pueblo empezaba a ser visitado con frecuencia por varios comerciantes y Artal pensaba solicitar el derecho a un mercado semanal.

—Todos los grandes nobles tienen bastardos —continuó doña Eleonor—. No vas a ser tú menos. En unos días, al despertar, te

encontrarás a otra y después a otra. Y pronto querrás repetir con alguna de ellas —concluyó con una sonrisa.

—He decapitado a miserables que violaban a mujeres. Yo no acepto esos tratos. Ni permitiré que mi madre se convierta en mi alcahueta.

—No te preocupes, ninguna vendrá forzada. Todas son muchachas libres. No aceptaría tener un nieto hijo de una esclava o una ramera. Tener un bastardo tuyo mejoraría la vida de cualquiera de esas chicas. Les proporcionaría una mejor dote, una mejor boda y una mejor vida. Lo harán encantadas.

Artal dio media vuelta y dejó a su madre con la palabra en la boca. No era capaz de expresarle sus sentimientos. Se cruzó con Tina, que le sonrió de una forma especial; después, con una criada y, a continuación, con Romeu, el mayordomo. Todos se comportaban igual. Lo sabían. Era una conjura para retenerle en Vilalba.

96

Estimado primo Artal:

Envío esta carta a través de la Santa Orden del Temple, pues desconozco dónde quiere el Señor que os halléis. Ellos lo sabrán.

Ruego a la Virgen María para que os encontréis bien y que vuestra familia esté sana y salva. Y para que el asunto que os llevó a España se resuelva felizmente.

Quiero agradeceros, de nuevo, que nos salvarais la vida a Margarita y a mí durante los terribles sucesos de la pérdida de San Juan de Acre a manos de los sarracenos. También os agradezco el amparo que nos brindasteis, en nuestros primeros días en Famagusta, hasta vuestra partida en la nave del Temple.

Y os agradezco, en especial, que en todo momento velarais por mi honra y respetarais, e hicierais respetar, mi duelo de viuda. Os comportasteis como un casto y digno fraile del Temple.

Artal resopló. «¿Primo? ¿Casto y digno fraile del Temple?». ¿Cómo podía Beatriz escribirle aquello? Pero no pudo evitar seguir con la lectura:

A Margarita y a mí nos va muy bien. Pronto el edificio de la posada estará terminado. Pero ya hace mucho que servimos comidas y damos alojamiento, en tiendas, a decenas de viajeros. Uno de ellos escribe esta carta.

Os agradará saber que tengo un buen número de pretendientes. Gentes honradas. Y que elegiré a uno para casarme cuando se cumpla el aniversario del fallecimiento de mi esposo.

—¿Cómo me va a agradar? —murmuró rabioso.

Si algún día el destino os trae a Famagusta, mi esposo y yo os recibiremos con cariño en nuestra posada.

Os estoy eternamente agradecida y siempre rogaré por vos.
Vuestra prima,

BEATRIZ

«¿Primos? ¿Ahora somos primos?», se preguntó Artal sin dar crédito.

La carta había llegado a través de la encomienda de Ascó y venía lacrada con sellos del Temple. Los sellos originales estaban rotos y el contenido de la carta había sido leído. Por uno o por varios. Era de esperar, en la Orden no había correspondencia privada. Y ese sería el motivo de aquel lenguaje remilgado, seguramente sugerido por el amanuense que la escribió.

Beatriz le convertía en primo, excluyendo cualquier referencia a la pasión que compartieron. Aquello defraudaba a Artal, a pesar de comprenderlo. Ahora ella era una honrada viuda de inmaculada honestidad. Y él, un casto templario. Aunque eso no colaba. Cualquier trato con mujeres, por muy honesto que fuera, estaba prohibido en el Temple. Aunque fueran la madre o la hermana.

¿Y su hijo? No hablaba de ningún hijo. Ni suyo ni de su fallecido esposo. Sentía una gran decepción. Tampoco había hijo.

Le hubiera gustado encontrar en aquella carta algo de la pasión que él puso en la suya. Y sintió un ansia imperiosa de regresar y recuperar a aquella mujer. De sentir, de nuevo, aquel irrefrenable deseo.

Pero el tiempo corría despiadado. Hacía al menos siete meses

que Roger le secuestró en Famagusta. El marido de Beatriz había muerto mes y medio antes de que le obligaran a abandonar Chipre. Lo que sumaba ocho meses y medio. Ella habría mandado la carta tres o cuatro meses antes. Si era fiel a lo escrito, Beatriz estaría ya comprometida. Era invierno, las galeras no navegaban. Y si él partía de inmediato hacia Famagusta, tardaría en llegar al menos cuatro meses. Sumaba más de un año. La encontraría recién casada, ligada por el vínculo indisoluble del matrimonio. Se sentía impotente.

Apoyó los codos sobre la mesa y ocultó su faz entre las manos. Las lágrimas se escurrieron entre ellas.

97

El amor triunfaba en Vilalba y Artal veía felices tanto a su madre como a su hermana. Y a él, a pesar de la carta, le asaltaba el recuerdo de Beatriz y el deseo de cruzar el Mediterráneo para volver a verla. La añoranza de sus caricias, su calor y su pasión llenaban sus sueños. Pero la sentía lejana. Cada día más lejana e imposible.

Su imagen de mujer en su plenitud competía con la más etérea y lánguida de Blanca. Artal se preguntaba cómo sería la orgullosa Entenza en el trato carnal. Y se decía que difícilmente podría igualar, siendo tan joven, a la voluptuosa chipriota. Mantenía sus sentimientos hacia la damisela de ojos azules, y el hecho de que su abuelo hubiera sobrevivido y estuviera en tan buenos términos con su madre le hacía concebir esperanzas.

Al fin se decidió a pedirle ayuda a su madre para que intercediera con su amante.

—Le caes bien a Berenguer —le hizo saber ella—. Aunque duda de que Blanca te acepte. Y tampoco cree que esa fuera una buena boda para ella.

—¿Por nuestra diferencia de linajes?

—Exacto. Ella proviene de los Entenza y los Montcada, familias de la más alta nobleza, descendientes de reyes —le explicó—. Nosotros estamos muy lejos de eso.

—Pues no parece que al viejo Entenza le importe gran cosa cuando hace de vos su amante —repuso resentido.

—No hables así. El amor y el matrimonio son cosas muy distintas. En especial cuando en la pareja uno es mucho más poderoso que el otro. Deberías saberlo ya. Además, la abuela de Blanca, Galbors, me odia a muerte. Y, por extensión, te odia a ti. Te ofenderán.

—No desistiré. Cuando era juglar la hice mi dama, y aún lo es.

Blanca sabía leer y escribir. Y Artal decidió declararle su amor, esta vez por medio de una misiva. En ella le aseguró que haría lo posible, y lo imposible, para que sus padres se avinieran y le permitieran desposarla.

La respuesta no tardó en llegar.

> Artal de Vilalba:
>
> Podéis acercaros a mí, si mis padres lo permiten, como juglar, hincar la rodilla y cantarme bellas tonadas que loen mi belleza y mis virtudes. Podéis incluso recorrer castillos, villas y caminos extendiendo mi fama. Yo seré vuestra dama, os concederé mi atención, mi sonrisa y el placer de mi presencia.
>
> Pero si insinuáis que me queréis en matrimonio, os escupiré otra vez a la cara y mis criados os apalearán antes de echaros de Mora. Mi tálamo está a una altura que vos jamás alcanzaréis.

Artal arrugó la nota y refrenó su impulso de echarla al fuego. Sentía dolor, rabia, humillación. La leyó de nuevo. A pesar de los borrones, tenía una cuidada caligrafía. Ya le había advertido su madre a lo que se exponía, y la altiva Entenza se había apresurado a castigar su insolencia. Aun así, el despecho le llevó a escribir otra misiva:

> Mi tío, un pobre caballero trovador, sin ni siquiera un feudo que heredar, consiguió los tálamos de damas Entenza, como vos, a pares. Señora, vuestro

lecho está a una altura muy asequible para un Vilalba.

Sin embargo, tuvo el buen criterio de hablar con su madre antes de enviarla.

—Lo siento mucho —dijo ella acariciándole la mejilla—. Lamento tener razón. Ya te advertí que no te expusieras.

—Debía intentarlo, madre.

—No es más que una muchacha engreída. Tendrá muchos títulos, pero las hay en estas tierras a cientos que valen más que ella como mujer y que harían lo que fuera por complacerte. Y más aún por desposarte.

—Es demasiado bella, demasiado graciosa —repuso él, entristecido—. Ninguna otra la superará. Y cuando la cortejaba, fue muy dulce conmigo.

—Pero tiene el veneno de su abuela, y solo ha faltado que bajaras la guardia para que te clavara su aguijón. Seguro que Galbors la azuza, que lo comentan riéndose, que gozan ofendiéndote.

—Mi nota las pondrá en su lugar.

—¡Ni se te ocurra enviarla! —chilló alarmada.

Le arrebató la carta y la echó al fuego sin mirarla siquiera.

—¿Acaso no es cierto lo que digo? —le reprochó él.

—¡Claro que lo es! Y precisamente por eso, porque la herida aún duele, esa nota es tan peligrosa. Esa niña estúpida, con toda seguridad, desconoce lo que ocurrió entre sus tías y tu tío Ramón. Los Entenza han tratado por todos los medios de echar tierra encima. Si ahora lo reavivas, reaccionarán como fieras heridas. Se olvidarán de pactos, de promesas e incluso de sus juramentos ante Dios, e irán a por ti con todos sus medios. Galbors ha sido derrotada

y está rabiosa. Dale un motivo y pondrá a toda su casa en tu contra, incluido a Berenguer. Y yo no podré hacer nada. Guárdate tu orgullo insensato y asume el insulto de esa muchacha. Te lo has ganado por bobo.

Artal se quedó pensativo.

—Tenía que intentarlo, madre. La quiero, pero no solo para cancioncillas. La deseo como mujer, como tuve a Beatriz en Chipre.

—No te preocupes, seguirás teniendo bellos desahogos. Y con el consentimiento del Temple y su ayuda, una buena boda.

—No hablo de eso, madre —repuso Artal—. No es eso lo que quiero…

98

Terminaba el invierno y una inesperada nevada azotaba Vilalba. De pronto, en plena ventisca, aparecieron en la casa un par de temblorosos frailes franciscanos. Traían la capucha calada y cubrían su hábito gris con una manta raída. Y, a pesar del frío y la nieve, calzaban sandalias sin calcetines. Tiritaban. Pidieron cobijo y comida por caridad.

Artal reconoció a su primo, el hijo de Alamanda de Entenza.

—¡Pere! —exclamó abrazándole—. ¡Bendito sea Dios! ¡Vienes a visitar a la familia!

—Ahora soy novicio —dijo—. Te presento a fray Anselmo. Venimos a rezar con vosotros y a pediros algo de comida y un lugar cerca de la lumbre para calentarnos.

Artal lo contempló. Su primo sonreía y parecía feliz.

—Mucho más tendrás. No en vano tú fuiste el heredero de Vilalba.

—Todo era falso, bien lo sabes —repuso él con una sonrisa—. Y todo lo que me entregues se lo daremos a los pobres. Después de tantos años en el fingimiento y la falsedad, al fin estoy en lo único cierto y seguro: el servicio a Dios.

—Sí, eso ya me lo conozco —repuso Artal—. Y te felicito. Pero he de presentarte a mi madre, que es tu tía, y a tu prima Clara. Os quedaréis aquí una buena temporada.

Un día que el tiempo acompañaba, Artal y su primo salieron a dar un paseo.

—Cuéntame qué es de tu familia —quiso saber Artal.

—Mi familia son ahora los hermanos franciscanos.

—Sí, sí. Eso ya lo sé. Pero, dime, ¿visitaste Mora?

—Lo hice.

—¿Qué novedades hay?

—Mi abuela no quiso verme.

—¿Y te sorprende?

—No.

—¿Y tu abuelo?

—Está cada vez mejor. Ya es capaz de cabalgar. Con él sí que pude hablar largo y tendido.

—¿Te pidió que no testificaras en su contra?

—No. Jamás se rebajaría a eso. Es demasiado orgulloso. Cuando me marché, ya le dije a la abuela que si me preguntaban, respondería con la verdad.

—¿Se lo mencionaste a don Berenguer?

—Sí, se lo hice saber.

—¿Y qué contestó?

—Que actúe según crea mejor. Que él se hace responsable de sus actos.

—¿Lo dijo enfadado?

—No. Entonces le pedí que terminara de una vez con las cabalgadas contra el Temple.

—¿Y?

—Se negó. En eso fue tajante. Dijo que continuaría machacando al Temple hasta el último de sus días.

—Era de esperar.

—Sin embargo, le convencí para que le quitara el cinturón de castidad a mi madre.

—¡Me alegro! ¿Y Blanca? ¿Qué ocurre con Blanca?

Artal trataba de disimular su interés, pero la mirada de Pere le indicó que no lo había conseguido.

—¿No te ha llegado la noticia?

—¿Cuál? —Tenía el corazón en un puño.

—Los Entenza la han prometido a un castellano de la más alta nobleza.

—Estará contenta, pues.

—No lo creo. Es una alianza entre familias. El hombre casi le triplica la edad. Es viudo y no tuvo hijos. Al parecer, su esposa murió oportunamente, a tiempo para que él pueda tenerlos con una mujer fértil. Y las Entenza tienen fama de ello.

—La compran como a una cabra paridora —dijo Artal, despechado.

—Es el destino de las damas de alcurnia. Ella ha sido educada para eso y cumplirá, por mucho que le pese. A finales de primavera partirá para Castilla y solo la acompañará su doncella.

—Se sentirá muy sola.

—Una gente distinta, costumbres distintas, una lengua distinta, un hombre mucho mayor….

De pronto, un pensamiento cruzó la mente de Artal como un relámpago.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Hará ya unos meses.

—¡Lo sabía cuando respondió a mi carta! ¡Sabía que debía partir

para Castilla!

—¿Qué carta?

—Ven, te la mostraré.

Artal lo llevó a su cámara, buscó la carta que había conservado arrugada y se la enseñó a Pere.

—Es su letra —dijo el franciscano—. La tiene muy bonita.

—¿Y esos borrones?

—Esos borrones son lágrimas.

—¿Cómo lo sabes? —Tenía el corazón encogido.

—Yo también lloraba a veces escribiendo…

—¡Lloraba cuando me escribía! ¡Lloraba cuando me alejaba para siempre!

—Además, hablé con ella.

—¿Y qué te dijo?

—Que tenía mala suerte. Que para ella había terminado el hermoso tiempo de las canciones y el amor. Y que le fue demasiado breve.

—Un tiempo demasiado breve para ambos… —murmuró Artal, compungido.

—Y añadió que cumpliría con su obligación y con su familia. —Pere le lanzó una mirada severa—. Déjala en paz. Que siga su destino.

99

El misterio de la carta de San Juan de Acre seguía ocupando los pensamientos de Artal. No era de su madre, tampoco de su hermana. Y no creía que la hubiera hecho escribir doña Galbors. El Temple era muy hermético en cuanto a la correspondencia exterior. Circulaba dentro de sus propios cauces y bajo la inspección de los superiores. ¿Cómo podrían haber introducido los Entenza una carta sin levantar sospechas?

Además, no había pasado por Ascó ni por Barcelona. ¿Cómo pudo llegar a Tierra Santa? ¿Y cómo acabó en manos de su tío sin que la revisara el mariscal? No podía dejar de darle vueltas al enigma.

Fuera llovía. Las damas se habían retirado a sus respectivas habitaciones y Ferran cuidaba de las guardias. Artal se encontró con Romeu, el mayordomo. Se sentaron en unas bancadas para calentarse al fuego del hogar del salón principal. Aquel hombre, su mujer y su hijo eran ya parte de la familia.

Artal le contó la historia de la falsa carta de su madre, cómo le había salvado la vida el día de la caída de San Juan de Acre. Y el misterio que la envolvía.

—Romeu —inquirió al final del relato—. ¿Alguien os pidió que escribierais esa carta?

—De ningún modo, Artal. Esa carta no es mía.

—¿Conocéis a alguien que sepa escribir y que tuviera motivos

para hacerme regresar de Tierra Santa?

El mayordomo arrugó cejas y labios, y movió la cabeza negando.

—No se me ocurre nadie.

Se quedaron en silencio contemplando el danzar de las llamas mientras oían el silbido del viento que se colaba en la estancia por grietas insospechadas. Romeu se levantó para echar más troncos al fuego.

—¡Ahora recuerdo una carta! —dijo de repente cuando regresó a sentarse.

—¿Una carta?

—Sí, pero es otra carta. Es una que me pidió tu tío que guardara para ti. Fue antes de partir contigo a Tierra Santa.

—¿Y por qué la dejó aquí si me llevaba con él?

—Lo desconozco. Me insistió en que nadie lo supiera, ni siquiera tu madre. De eso hace ya nueve años y con los últimos sucesos la había olvidado.

—¡Qué extraño! ¿La conserváis?

—¡Naturalmente! Voy a buscarla.

Romeu regresó al poco y le entregó una carta sellada con varios lacres. Le preguntó si necesitaba algo más aquella noche. Al responderle Artal que no, se retiró discretamente con una reverencia.

Artal estuvo contemplando el documento sin atreverse a abrirlo. Notaba su corazón acelerado. ¿Qué querría decirle su tío hacía nueve años? No podía esperar a leerla con la luz del día y prendió un candil. Después, con manos trémulas, rompió los lacres y desplegó el documento:

Mi querido Artal, Dios quiera que esta carta llegue a tus manos.

Si es así, tú estarás vivo. Y yo, muerto. Habré cumplido mi promesa de morir luchando por Nuestro Señor Jesucristo contra el infiel. Mis pecados son tan enormes, tan monstruosos, que ni el martirio me conducirá al cielo. Ruego que el Señor tenga piedad al juzgarme y me condene al menos al Purgatorio. Allí estaré cuando leas estas líneas, penando mis culpas y rezando por ti y por la salvación final de mi alma.

Hoy, cuando las escribo, eres demasiado joven para lo que he de contarte. Y cuando las leas, quizá sepas ya de mis horribles pecados, de los que tanto me arrepiento.

El Señor me concedió unas gracias personales que, con la inconsciencia de la juventud, usé de forma indigna para seducir a unas niñas. Eran tiempos de risas, canciones y amor.

Me he maldecido mil veces por aquellos actos infames. Hubiera dado mi vida para repararlo, pero ya era tarde cuando fui consciente. El tiempo no vuelve atrás. Con ello llevé la desgracia y el deshonor a aquellas criaturas inocentes. Y a su familia. Y también a la nuestra, al buscarle unos enemigos crueles y poderosos.

Si con ello mi alma estaba condenada, lo que ocurrió años después la sumió en una culpa aún mayor.

Yo maté a tu padre, Artal. A mi querido hermano, que siempre me protegió.

Al Señor pongo por testigo, en estos momentos en que mi alma lucha por su salvación, que fue un accidente. Y que los terribles pensamientos que cruzaron la mente de tu padre al verme junto a tu madre eran del todo infundados. Aquel era un tiempo de gran tensión, y mi desaprensivo pasado con las mujeres debió de afectarle.

Te llevaré a Tierra Santa para que estés fuera del alcance de los Entenza, de su venganza y de su ambición.

Te arrebaté a tu padre, querido Artal, pero con mis pobres medios trataré de sustituirlo en lo posible. Quizá logre reparar en algo el terrible daño que te he causado.

Te ruego que me perdones. Sin tu perdón estoy condenado al Infierno.

Llegará el momento en que estés preparado para ayudar a tu familia. Estoy seguro de que, por desgracia, lo va a necesitar. No debes morir en Tierra Santa. Debes volver. Espero que el Señor me conceda el ingenio para idear una treta que te obligue a regresar. Y que mis amigos te ayuden a ello.

Te ruego otra vez que me perdones y te suplico que reces por mi alma.

> Yo, desde donde me encuentre, estaré implorándole al Señor por ti, querido sobrino. Hijo de mi hermano. Hijo mío.
>
> RAMÓN DE VILALBA

Artal tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Claro que te perdono! —musitó.

Recordó el momento en que, en pleno combate, su tío le apartó de las cuerdas de las tiendas sarracenas. Para caer él. Entregó su vida para salvar la suya. Le vio combatiendo como una fiera acorralada, derribando a sus enemigos uno tras otro, hasta que un hachazo por la espalda le abatió.

También su cariño y sus cuidados cuando resultó herido al caer de un caballo. O cuando tocaban juntos el laúd, desafiando la Regla de la Orden. Incluso cuando de pequeño lloraba añorando a su madre y él trataba de consolarle.

Y al fin, el terrible recuerdo de la cabeza de su tío, machacada por el impacto de la catapulta, sobre el altar de la capilla del Temple en la fortaleza de San Juan de Acre.

—Ramón de Vilalba —le habló al fantasma de su tío—, fuiste un gran pecador. Pero ¿quién no se equivoca? ¿Quién no peca? Te arrepentiste, para luego convertirte en un héroe y en un mártir de la fe. ¿Cómo no te voy a perdonar? —susurró—. Te perdono por la muerte de mi padre. Y te perdono por el daño que a nuestra familia han causado tus otros pecados.

Hizo una pausa y su mirada se perdió en las llamas que danzaban sobre los troncos.

—Yo también he conocido el deseo y la pasión. Y sé cómo enloquecen.

El fuego brillaba aún más visto a través de las lágrimas.

—Gracias, tío. Gracias por todo lo que hiciste por mí.

Y se puso a rezar por su alma.

En los días siguientes, Artal releyó la carta varias veces. Había una frase que le llamaba la atención: «Espero que el Señor me conceda el ingenio para idear una treta que te obligue a regresar. Y que mis amigos te ayuden a ello».

Su tío logró con creces su segundo deseo. Artal había regresado y tanto el gran maestre como Roger de Flor demostraron ser fieles amigos suyos. Sin su ayuda jamás lo hubiera conseguido. Pero… ¿gracias a qué treta?

De repente se cerró el círculo y todo encajó en la mente de Artal. Corrió a su cámara y buscó la falsa carta de su madre, la que lo inició todo. Comparó las dos. Estaban escritas con la misma letra.

¡Era de su tío! ¡Por eso la carta había burlado todos los controles del Temple! Porque nunca pasó por ellos.

100

—¡Los Entenza! —gritó el vigía—. ¡Vienen los Entenza!

Artal se ciñó el cinto con la espada y la daga y corrió hacia las escaleras del torreón. Arriba se encontró con Ferran, vestido con armadura y casco. Se le había adelantado.

—¿Nos atacan? —le preguntó.

—No creo —repuso el capitán de la guardia—. Son solo cuatro jinetes. Vienen por el camino de Mora. Sus escudos muestran las armas de los Entenza, pero no llevan casco y parece que tampoco armadura.

Al poco distinguieron a Berengueró junto a un caballero que Artal solo conocía de vista y sus escuderos. Salió a recibirle con la espada al cinto.

—Bienvenido seas, Berengueró —le dijo—. ¿Qué te trae por Vilalba?

El Entenza descabalgó, le tendió la mano y Artal se la estrechó.

—Hace un tiempo me ganaste un pollo a los dados y no quiero que se diga que Berengueró de Entenza no paga sus deudas. Conmigo traigo ocho, cuatro para nosotros y cuatro para vosotros. Espero que, ya que hemos hecho el camino, seáis hospitalarios y nos invitéis a comer.

Artal le miró sorprendido. En efecto, colgadas de las sillas, atadas por las patas y cabeza abajo, traían ocho aves.

—¿A quién le has robado esos pollos? —le preguntó con una

sonrisa.

Berengueró rio.

—Si te digo que a mi madre, ¿te sabrán mejor?

—Sin duda —repuso Artal riendo también.

—Pues son suyos.

—Señores, os invito a un almuerzo con pollos Entenza y lo que encontremos por la casa —dijo Artal.

Comieron en el salón, compartiendo mesa Artal, Berengueró, el caballero que le acompañaba, doña Eleonor, Clara y Ferran. Los escuderos lo hicieron en la cocina. El Entenza se esforzó en mostrar sus mejores maneras y les dedicó a las damas todo tipo de galanterías. Quería dejar patente la alta consideración que le merecían ahora los Vilalba.

Antes de despedirse, Berengueró le propuso a Artal juntarse para practicar con la lanza y la espada, cazar y jugar a los dados. También podían tocar el laúd, cantar y beber. El de Vilalba aceptó encantado.

—Esta vida es muy aburrida —le confesó el Entenza—. Lo único que me divierte son las razias contra el Temple. ¿Te vienes un día con nosotros?

Artal rio.

—¿Quieres que robe a mis señores?

—Machacar a los frailes es entretenido. Lástima que mi padre nos limite las cabalgadas.

—No, gracias. Prefiero otras diversiones.

—No hay muchos como nosotros por aquí —le dijo Berengueró, un día en el monte, frente a los cuerpos de cuatro jabalíes que

acababan de cazar—. Sé que estás deseando irte, se te nota. A mí me ocurre lo mismo. Necesito acción.

Artal echaba de menos a Roger de Flor. ¿Habría devuelto El Halcón a la Orden? ¿Habría conseguido burlar al Temple? En todo caso, estaría en parada invernal. ¿En qué ciudad? ¿Junto a qué gentes? Cerraba los ojos y veía el mar azul. El mar de la libertad. Continuaba soñando con Chipre, con Beatriz y Margarita. Y también con Blanca.

—Me voy a embarcar —añadió Berengueró—. Nuestro nuevo rey, Jaime, lo es a la vez de la Corona de Aragón y de Sicilia. Y no piensa entregarla a los esos franceses angevinos. Hay guerra, y nuestro rey necesita caballeros como nosotros. ¿Te vienes?

Artal se quedó pensativo.

—Nada me gustaría más —repuso—, pero tengo obligaciones aquí.

—Tienes que quedarte con nosotros, Artal —le suplicaba con frecuencia Clara—. Desde que llegaste todo ha cambiado para bien. Nunca he sido tan feliz. Si te vas, se estropeará de nuevo.

—Estaré con vosotras al menos hasta abril.

—¿Pretendes embarcarte con el buen tiempo? —inquirió llorosa —. ¡Por Dios, Artal, te necesitamos aquí! ¿Qué será de nosotras? ¡No puedes abandonarnos de nuevo!

—No te vayas, eres el sostén de esta casa —le pedía su madre.

Sentía que le habían encerrado en una jaula. Una jaula dorada de cariño, amor y comodidad. Y también de responsabilidad por la familia y por el honor de su divisa.

Era una hermosa prisión. Pero una prisión, al fin y al cabo.

¿Podría burlar a sus queridos carceleros? ¿Sería algún día capaz?

Notas históricas

Amigos lectores, *Daré el cielo por ti* es una novela y, por lo tanto, contiene hechos y personajes de ficción. Sin embargo, he tratado de ajustarme en lo posible a los personajes reales y a los hechos históricos del año 1291, en un extremo y en el otro del Mediterráneo. Los principales elementos verídicos de la novela son:

— La dramática caída de San Juan de Acre, último bastión cristiano en Tierra Santa, en manos de los mamelucos en 1291.

— La guerra entre la familia Entenza y los templarios en las Tierras del Ebro en la misma época.

— El personaje de Roger de Flor y otros: templarios y miembros de la familia Entenza.

Pienso que muchos querréis saber más sobre lo ocurrido, de modo que paso ampliar la información histórica sobre lo anterior.

ESPAÑA EN LA EDAD MEDIA

La palabra «España» era usada en la Edad Media como sucesora de «Hispania». Por lo tanto, su significado en ningún momento era político, sino geográfico. Se refería a lo que hoy llamamos «península ibérica». Aparece en muchos textos de la época; entre ellos, a los de los cronistas Bernat Desclot y Ramón Muntaner como

«Spanya» o «Espanya».

En este sentido se emplea en la novela, puesto que «península ibérica» sería un anacronismo. El uso de la palabra en su sentido actual aparece a finales del siglo xv cuando el segundo papa Borja se dirigió a los Reyes Católicos como «reyes de España» y estos decidieron titularse así a partir de aquel momento.

Eso ofendió el rey de Portugal, cuyo reino estaba integrado geográficamente, hasta aquel momento, en España.

LA CAÍDA DE SAN JUAN DE ACRE

En el relato de la toma de San Juan de Acre por parte de los mamelucos me he ajustado fielmente a las crónicas, incluida la muerte del gran maestre del Temple y las intentonas de los templarios de destruir la gigantesca catapulta llamada «La Furiosa». La caída, unos días después, del convento-fortaleza de la Orden, última resistencia en la ciudad, que también menciono en la novela, fue el último episodio. Los supervivientes de San Juan de Acre se refugiaron en la fortaleza del Temple y tras unas negociaciones fallidas se luchó, sin tregua ni cuartel, hasta la muerte en un escenario dantesco, porque los muros de la fortaleza se desplomaron sobre defensores y asaltantes a causa de las minas que los sarracenos habían cavado. Los musulmanes no dejaron supervivientes varones.

Lo protagonizado por el Temple en la defensa de San Juan de Acre fue el último gran acto bélico de la Orden. Su canto del cisne.

La pérdida de la ciudad conmocionó a la cristiandad y representó el fin de las cruzadas en Tierra Santa. Quedaron unos pequeños

enclaves como Sidón y Tiro, sin capacidad de resistencia, que fueron sometidos fácilmente por los musulmanes.

Este hecho marca también el inicio del fin de la Orden del Temple, que no fue capaz de adaptarse con suficiente rapidez al nuevo entorno, como sí supieron hacer sus eternos rivales, los caballeros hospitalarios, que se instalaron en Rodas y encontraron una nueva misión: frenar el avance turco en el mar. Los hospitalarios pasaron a llamarse primero Caballeros de Rodas y posteriormente Orden de Malta, cuando el emperador Carlos I les cedió el archipiélago como feudatarios del Imperio español.

A esa falta de agilidad se le sumó la enorme riqueza que poseía la Orden y que se justificaba en su esfuerzo bélico en Tierra Santa. Esto y que su último gran maestre, el francés Jaques de Molay, actuaba por sumisión a su rey, les hizo presa de la codicia de un soberano sin escrúpulos: Felipe el Hermoso de Francia, uno de los protagonistas de mi novela *La reina sola*.

La cristiandad había perdido interés en las cruzadas en Tierra Santa. Un hecho determinante que propició ese desengaño fueron las cruzadas contra cristianos predicadas por los papas de la época para beneficiar a Francia en perjuicio de Aragón. El hecho de que Pedro III de Aragón arrebatara a los franceses Sicilia desencadenó una guerra que pasó a ser para el papado más importante que la protección de las posesiones cristianas en Tierra Santa. Aquellos papas eran franceses o francófilos, y destinaron sus grandes recursos a derrotar a la Corona de Aragón en lugar de a los musulmanes. Despreciando incluso las embajadas de los mongoles, enemigos también de los mamelucos y que proponían una alianza contra ellos. Carlos II de Anjou y Alfonso III de Aragón, después de

años de combates y miles de muertos, acordaron la paz, pero el papa anuló el acuerdo y forzó a que siguiera una guerra que duró veinte años. Mientras, los cristianos de Tierra Santa iban cediendo terreno de forma inexorable a los musulmanes para terminar siendo expulsados de la sangrienta manera que se describe en la novela. Este hecho también propició el nacimiento del Imperio turco.

Relato la toma de Sicilia y el resurgir de la Corona de Aragón frente a la poderosa Francia en mis novelas *Canción de sangre y oro*, *La reina sola* y *El latido del mar*.

Los territorios cruzados en Tierra Santa se sostenían sobre todo gracias a las órdenes militares. Las principales eran: Temple, Hospital y Teutónica. No solo poseían una disciplina de la que carecían el resto de las tropas cristianas, sino que además contaban con grandes recursos que provenían de sus posesiones, negocios y donaciones en Europa. El resto de las fuerzas las aportaban los señores feudales locales, descendientes de los primeros cruzados, las tropas de las potencias comerciales italianas como Venecia, Pisa, Génova y Florencia, y aventureros llegados de Europa que, dada su falta de disciplina y anarquía, entorpecían más que ayudaban. Por su parte, las repúblicas italianas emprendieron en aquella época, en el escenario de Tierra Santa, sangrientas guerras entre ellas por el control del rico comercio con Oriente.

El Temple daba mucha importancia al espionaje y conocía bien tanto el gran potencial bélico de los musulmanes como la falta de interés del papado. Por ello, el gran maestre Guillaume de Beaujeu seguía una política de acordar treguas con los mamelucos. Los sucesos que propiciaron la ruptura de la tregua firmada por diez años fueron resultado de los desmanes de un grupo de aventureros

llegados de Europa con la intención de matar infieles. Estos asesinaron a un grupo de mercaderes con aspecto musulmán que comerciaban en San Juan de Acre, tras lo cual el consejo de la ciudad se negó a entregar a los culpables a los mamelucos, como estos exigían. En respuesta, los mamelucos decidieron tomar venganza tal como se relata en la novela.

GUERRA DE LOS ENTENZA Y LOS TEMPLARIOS

Me considero muy afortunado por haber hallado un documento de 1904 del historiador Francesc Carreras Candi que relata estos hechos. Le agradezco, a título póstumo, su meticuloso trabajo.

El conflicto entre los Entenza y los templarios en las orillas del Ebro se originó en 1279 a raíz de los peajes que viajeros y mercancías pagaban por cruzar en barca el río y por la competencia entre la villa de Mora, de los Entenza, y la de Ascó, de los templarios. Pedro III decretó que los templarios tenían derecho de cobrar peaje en detrimento de los intereses de los Entenza. En desacuerdo con la decisión real y sintiéndose agraviados, Berenguer de Entenza y su mujer Galbors iniciaron las hostilidades contra los frailes, sus posesiones y las de sus vasallos.

En aquellos turbulentos tiempos, los pequeños buscaban la protección de los poderosos a cambio de un tributo, y un buen número de señores de las Tierras del Ebro tenían acuerdo de vasallaje con los templarios, mientras otros hacían lo mismo con los Entenza.

Las razias de los Entenza contra las posesiones del Temple y sus vasallos eran actos de bandolerismo y destrucción, en los que se

asesinaba a quienes se resistían y se secuestraba para cobrar después rescates o vender a los cautivos como esclavos. También se talaban árboles y se arrancaban viñas para arruinar a los supervivientes. Eran, en general, acciones bien planeadas y rápidas, de forma que cuando los atacados se organizaban para la defensa o el contraataque, los Entenza estaban ya de vuelta en su territorio con el ganado, los enseres y los prisioneros capturados.

En 1285, los Entenza dirigieron también ese tipo de ataques contra sus vecinos y parientes, los Montcada, de Serós y Aitona.

Las razias de los Entenza siguieron sin que los requerimientos del rey, a resultas de las quejas de los frailes, fueran escuchados. La inacción del rey evitando castigar a los saqueadores tiene una explicación. Mientras que Alfonso II no podía contar con los templarios para sus guerras contra Castilla, Francia o su tío el rey de Mallorca, los Entenza formaban en sus filas.

En el verano de 1289, Berenguer de Entenza, con sus hijos y sus tropas, acompañaron a Alfonso II contra Jaime II de Mallorca y los franceses en la Cerdaña. Acudieron a la llamada de su señor con ochenta caballeros y unos miles de peones. Fue el momento escogido por los templarios, después de diez años de sufrir abusos, para dar una lección tanto a los Entenza como al rey. Los Entenza tenían el ejército alejado, no podían defenderse, y así se evitaba una batalla campal que hubiera provocado una matanza. Para ello se aliaron con los Montcada de la zona, que también tenían agravios con los Entenza a pesar de estar emparentados con ellos.

Los espías avisaron de los preparativos bélicos del Temple a Berenguer de Entenza, que le pidió al rey que le eximiera de su compromiso y poder regresar a defender sus tierras. El monarca se

negó y envió a sus delegados a entrevistarse tanto con los frailes como con los Montcada con la orden de que no fueran contra las posesiones Entenza. Las leyes catalanas ya de por sí prohibían que se atacaran las haciendas de quienes acudían con sus tropas a servir al rey.

Pero tanto los templarios como los Montcada hicieron oídos sordos a las órdenes del monarca, al igual que los Entenza con anterioridad.

Así, el 11 de agosto de 1289, Berenguer de Cardona, el maestre del Temple de los territorios de la Corona de Aragón y Navarra, al mando de cuarenta caballeros, de los cuales solo quince eran frailes, y tres mil infantes, penetraron en el término de Mora. A doña Galbors no le quedó más opción que refugiarse tras las murallas del castillo, sede de la familia, y defenderse. Sabía lo que iba a ocurrir y estaba preparada. Un día después apareció Guillem de Montcada con treinta caballeros y quinientos peones, y después Pere de Montcada con veinticinco caballeros y seiscientos peones. Unos y otros fueron apoderándose de bienes y ganado, destrozando las posesiones de los Entenza y de sus vasallos en toda la zona. La acción duró aproximadamente un mes, pero los atacantes no pudieron tomar ni Mora ni Tivissa ni sus castillos.

Al conocer estos hechos, el rey Alfonso dijo que si el Temple atacaba a cristianos, todo en el mundo iría mal y que él no reinaría si no castigaba semejante exceso. Aquel era un hecho insólito en Occidente. Y envió a un juez para que abriera una causa y se hiciera justicia. El rey estaba en lo cierto, no reinó, pues murió en 1291 antes de que se hiciera tal justicia.

Los Entenza hicieron las paces con sus parientes los Montcada,

pero tomaron venganza los siguientes años con constantes cabalgadas, o razias, comandadas por Berengueró de Entenza contra el Temple y sus vasallos. Mientras, la máquina de la justicia real seguía su lenta marcha. Dichas incursiones, condenadas y prohibidas también por el rey, siguieron hasta el año 1300, fecha en que se cree que pudo morir el patriarca de los Entenza. Los jueces aplicaron la ley catalana, que decía que quien atacara las posesiones de un señor que estaba luchando en auxilio del rey tendría que pagar veinte veces lo robado o destruido. Así, en 1300 condenaron a los templarios y a los Montcada, y a los Entenza, por casi veinte años de saqueos, en 1301. Las indemnizaciones de una y otra parte fueron pagadas en sueldos de Barcelona y de Jaca, esta segunda la moneda más usada en la zona, y vinieron a ser equivalentes en cuantía. Y así terminó un capítulo, muy desconocido, de la historia del Temple en España.

PROTAGONISTAS HISTÓRICOS

1. Templarios

Guillaume de Beaujeu, antepenúltimo gran maestre del Temple

Nacido en 1230, era familiar del rey de Francia y pariente de Carlos de Anjou, enemigo de Aragón y de los sicilianos. Murió en 1291, tal y como se relata en la novela. Este personaje aparece también en *El latido del mar*.

Thibaud Gaudin, penúltimo gran maestre del Temple

Otro noble francés, que fue nombrado gran maestre tras la

heroica muerte en defensa del último bastión templario en San Juan de Acre del mariscal de la Orden, Pierre de Sevry, que hubiera sido el sucesor natural del anterior gran maestre. Thibaud Gaudin era entonces el tesorero de la Orden e inició la causa contra Roger de Flor por los hechos que se relatan en la novela. Trató de resistir en los enclaves en poder cristiano que quedaban en Tierra Santa, como Sidón y Tiro, pero terminó refugiado en Chipre, donde murió dos años después de su nombramiento, sin mostrar el liderazgo que precisaba en aquellos momentos la Orden.

Berenguer de Cardona, penúltimo maestre del Temple de la Corona de Aragón y Navarra

Fue elegido en 1291 tras la muerte del maestre fray Berenguer de Santjust, que tomó represalias armadas contra los Entenza desobedeciendo al rey. Había sido con anterioridad comendador de Ascó. Se dice que murió en 1307 en Chipre, tratando de reconquistar lo perdido en Tierra Santa. Fue sustituido por Ximen de Lenda. Ese fue el año de la desaparición del Temple.

Antón de Camporrells, caballero templario

Participó en los ataques del Temple a Mora y Tivissa.

Roger von Blume, de Fiore o de Flor (distintas traducciones del mismo apellido)

Nacido en Brindisi en 1267, en esta novela se cuenta su abandono del Temple tal como relatan las crónicas, que en este punto son bastante escuetas. Se limitan a decir que era un sargento

templario, capitán de una gran galera, El Halcón, que luchó en la defensa de San Juan de Acre y que después fue acusado de enriquecerse cobrando pasaje a los que huían de la ciudad cuando estaba siendo tomada por los mamelucos. Luego huyó del Temple y dejó El Halcón en Génova, donde compró otra nave llamada Oliveta, en la que embarcó a sus fieles para después convertirse en mercenario. Ofreció primero sus servicios a los angevinos (parientes del rey de Francia que reinaban en Nápoles) a cambio de obtener el perdón del papa y de que este, como cabeza del Temple, le librara de su persecución. Al no lograrlo, luchó en la guerra de Sicilia del lado de Aragón y los sicilianos y en contra de los angevinos. Sus hechos más gloriosos los protagonizó una vez terminada esa guerra, cuando se convirtió en el gran líder de las tropas almogávares, de la llamada Gran Compañía catalana, que derrotaron numerosas veces de forma espectacular a los turcos que acosaban al Imperio bizantino. En *El latido del mar* narro la infancia y primera juventud de este personaje. Pero el que encontramos en *Daré el cielo por ti*, que no pretende ser continuación de la anterior, es ya un Roger de Flor distinto. Con solo veinticuatro años es capitán de una galera, ha vivido y viajado mucho. Es consciente de que la caída de San Juan de Acre es el principio del fin del Temple y decide colgar los hábitos para convertirse en soldado de fortuna. Aquí el personaje está ya de vuelta de muchas cosas, ve la vida con cierto cinismo, pero es fiel a los compromisos con sus amigos. Por ese motivo ayuda al protagonista, Artal.

2. Familia Entenza (VÉASE ÁRBOL GENEALÓGICO)

Familia originaria de la localidad de Antenza o Entença, en la lengua ribagorzana. Tuvieron un papel destacado en la Reconquista y sus descendientes se dividieron en varias ramas. La rama que aparece en la novela es la de los barones de Entenza, que se instaló en las Tierras del Ebro catalanas, en la frontera con Aragón.

Berenguer de Entenza y Santmartí-Castellvell

Fue el señor de Mora y de varias localidades de la cuenca del Ebro. Casó con la dama Galbors de Montcada, de la rama de Aitona, con la que tuvo doce hijos. Él fue quien inició el conflicto con los templarios. Se desconoce su fecha de nacimiento, pero se cree que falleció entre 1294 y 1300.

Galbors de Montcada (también Gaubes, o Galbes, dependiendo de la crónica)

Esposa de Berenguer de Entenza, con el que tuvo doce hijos. Tal como aparece en la novela, los testimonios la describen vigilando el pago por los rescates de los cautivos tomados en las correrías de su esposo e hijos contra el Temple y sus aliados. También dirigió, de forma brillante, la defensa de las ciudades de Mora y de Tivissa frente a la ofensiva del Temple y de sus parientes los Montcada.

Guillem II de Entenza y Montcada

Heredero de la baronía a la muerte de su padre, casó con Berenguera, otra Montcada de la rama Aitona, pero no tuvieron hijos. Por lo tanto, el personaje de Blanca es ficticio. En 1312, agobiado por las deudas, cedió sus posesiones a Jaime II de Aragón.

El rey no tomó posesión de la baronía hasta la muerte de Guillem, en 1321. Jaime II convirtió la baronía en el condado de Prades y se lo donó a uno de sus hijos.

No he podido averiguar el motivo de la ruina de Guillem, pero me atrevo a aventurar que las dotes de sus hermanas, entre ellas, Saurina, y la financiación de las campañas militares de su hermano Berengueró en Sicilia y en el Imperio bizantino tuvieron mucho que ver.

«Berengueró», Berenguer VI de Entenza y Montcada

El más famoso de los Entenza. No consta su fecha de nacimiento. Hijo de Berenguer y de Galbors, lideró a partir de 1289 las razias contra los templarios en las Tierras del Ebro. Después se distinguió en las guerras de Sicilia combatiendo contra los angevinos a favor de Federico II de Sicilia y Aragón. Fue nombrado gobernador de Otranto. Capturado por sus enemigos, fue liberado a cambio de un rescate de dos mil marcos de plata, de los cuales su hermano Guillem puso quinientos. En 1304 se unió, por orden de Jaime II, a la Gran Compañía catalana de Oriente aportando nueve galeras, trescientos caballeros y mil almogávares. Allí Roger de Flor, que comandaba la Gran Compañía, le concedió el título de megaduque. Fue Berengueró quien lideró la llamada «venganza catalana» por el asesinato de Roger de Flor, arrasando gran parte del Imperio bizantino. Murió en 1306, y aunque se dijo que se trató de un accidente, parece que fue asesinado a causa de la disputa sobre el liderazgo de la Gran Compañía. Los almogávares crearon en Grecia los ducados de Atenas y Neopatria, vinculados a la Corona de

Aragón, que mantuvieron en su poder casi cien años.

Bernat de Carbons y Guillem de Verguentis

Dos de los caballeros que acompañaban a Berengueró en sus ataques al Temple.

Saurina de Entenza y Montcada

Hija de Berenguer y de Galbors. No aparece en la novela, pero he querido dejar constancia de este personaje por su matrimonio con Roger de Lauria, uno de los protagonistas de mis novelas *Canción de sangre y oro*, *La reina sola* y *El latido del mar*. No consta la fecha exacta de la boda, pero debió de ocurrir durante el verano de 1291, cuando Roger acudió a la coronación de Jaime II como rey de Aragón en Zaragoza. Y como almirante de Sicilia y Aragón, acompañó al monarca a su encuentro con Sancho IV de Castilla en Calatayud, que se celebró con fiestas y torneos. De aquel encuentro existe una interesante anécdota. Durante las fiestas en homenaje a los reyes, el almirante ofreció un juego caballeresco haciendo construir un castillo de madera. Un grupo de caballeros simulaba su toma y otros lo defendían en un tipo de ejercicio a veces demasiado real.

Allí, un joven murciano, uno de los más reputados caballeros del séquito del monarca castellano, llamado Berenguer Arnau, quiso aumentar su prestigio desafiando al almirante en una justa. Aquello era un gran atrevimiento dado el muy superior estatus de Roger. Pero este, a pesar de su más que merecida reputación como marino de guerra y de que ya tenía cuarenta y seis años, edad muy avanzada para la época, aceptó.

El almirante demostró que también sabía justar. La lanza de su enemigo se partió en mil astillas contra su escudo mientras que él acertaba en el yelmo del joven, que cayó abollado a gran distancia. El caballero tenía la nariz destrozada y sangraba abundantemente. Quiso seguir justando, pero los árbitros del torneo se lo impidieron. Berenguer Arnau conservó, como recuerdo del combate, el rostro desfigurado con una gran cicatriz.

Alamanda de Entenza

Otra de las hijas de Berenguer y Galbors, que tuvieron en total doce hijos, aunque no se sabe cuántos llegaron a la edad adulta. Sí lo hizo Alamanda, pero no se cuenta más de ella y lo que protagoniza en la novela es ficción.

Elisenda de Queralt, señora de Mequinenza

Casada con Guillem de Montcada, era la madre de Berenguera de Montcada. Berenguera se casó con su primo Guillem de Entenza y, por lo tanto, era cuñada de Alamanda. Al mismo tiempo, era sobrina de Galbors, la madre de Alamanda. No he encontrado nada más de ella.

3. Casa de Vilalba

Ubicada en Vilalba dels Arcs, era una de las poblaciones del Temple dependientes del castillo de Ascó. No se conoce el comendador templario a cargo de Vilalba, lo que hace suponer que era dominio de un caballero enfeudado con el Temple. Existían un buen número de caballeros en esa situación y la prueba la encontramos en lo que

nos cuenta el historiador Francesc Carreras Candi. Entre los cuarenta caballeros convocados por el maestre Berenguer de Santjust para castigar a Berenguer de Entenza, solo quince eran templarios; los otros veinticinco eran seglares seguramente enfeudados con el Temple. Desconocemos el nombre del que poseía Vilalba en esa época, por lo que todos los personajes de la Casa Vilalba en la novela son ficticios.

En los diez años de ataques de los Entenza a las posesiones del Temple en la zona del Ebro transcurridos hasta 1291, fecha en que se sitúa la novela, no consta ningún asalto de los Entenza a esa localidad, mientras que el resto fueron devastadas en un momento u otro.

Agradecimientos

Llevo años estudiando la historia del Mediterráneo en el Medievo y en el Renacimiento y quiero agradecer a los muchos autores que con sus obras me han permitido situarme en aquel tiempo y en aquellos lugares, que aún siguen allí aunque inevitablemente cambiados.

Todos han contribuido y aparecen en la bibliografía, pero quiero destacar a tres de ellos, dos modernos y uno antiguo, que me han aportado información vital para este relato: Steven Runciman, David Nicolle y Francesc Carreras Candi. Mi especial agradecimiento a los tres.

También mi reconocimiento a mis editores Carmen Romero y Toni Hill por su profesionalidad y consejo.

Y no puedo olvidar a mi amada Paloma, compañera de mi vida y consejera también editorial. Su buen criterio y su apoyo me brindan la fuerza para investigar y seguir gozando del placer de la escritura. Gracias por tu cariño y tus acertados comentarios.

Bibliografía

Libros

Abulafia, David, *et al*., *Mediterraneum: l'esplendor de la Mediterrània medieval s. xiii-xv*, Barcelona, Lunwerg, 2004.

Beffeyte, Renaud, *Les Machines de guerre au Moyen Âge*, Rennes, Ouest France, 2018.

Bolòs, Jordi, *La vida quotidiana a Catalunya en l'època medieval*, Barcelona, Edicions 62, 2000.

Carreras Candi, Francesc, *Entences i templers en les muntanyes de Prades (1279-1300)*, 1904; *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1929/1930.

Cingolani, Stefano Maria, *Pere el Gran. Vida, actes i paraula*, Barcelona, Base, 2010.

De Isabel Martínez, Ricardo, *Almogávares*, Madrid, Falcata Ibérica, 2015.

Fuguet Sans, Joan, *L'arquitectura dels templers a Catalunya*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1995.

—, *Templers i Hospitalers, II. Guia de les terres de l'Ebre i dels castells templers del Baix Maestrat*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1998.

Gravett, Christopher, *Medieval Siege Warfare*, Oxford y Nueva York, Osprey, 1990.

Heath, Ian, *Byzantine Armies 886-118*, Oxford y Nueva York, Osprey,

1995.
Hindley, Geoffrey, *Las cruzadas. Peregrinaje armado y Guerra Santa*, Barcelona, Ediciones B, 2005.
Joaniquet, Ángel, *Nuestros piratas*, Barcelona, Noray, 2002.
Lamy, Michael, *La otra historia de los Templarios*, Barcelona, Martínez Roca, 1999.
Matthew, Donald, *Arte y sociedad de la Europa medieval*, Barcelona, Folio, 2002.
—, *La Edad Media en Europa*, Barcelona, Folio, 2002.
Mayolas, Mireia, *La galera reial*, Barcelona, Museu Marítim de Barcelona, 1996.
Mendola, Louis, *The Kingdom of Sicily 1130-1860*, Nueva York, Trinacria, 2015.
Mensa i Valls, Jaume, *Arnau de Vilanova (c. 1240-1331)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1998.
Nicholson, Helen, y Wayne Reynolds, *Knight Templar*, Ox-ford, Osprey, 2003.
Nicolle, David, *The Venetian Empire 1200-1670*, Oxford y Nueva York, Osprey, 1989.
—, y Graham Turner, *Acre 1291: Bloody sunset of the Crusader states*, Oxford, Osprey, 2005.
Perri, Gianfranco, *Brindisi nel contesto della Storia*, Brindisi, Lulu, 2006.
Pladevall, Antoni, *et al*., *L'Art Gòtic a Catalunya*, Barcelona, Fundació Enciclopèdia Catalana, 2002.
Planells Clavero, Antoni J., y Antoni J. Planells de la Maza, *Roger de Llúria: el gran almirall de la Mediterrània*, Barcelona, Base, 2011.
Procida, John of, y Louis Mendola (trad. y com.), *Sicily's Rebellion*

Against King Charles, Nueva York, Trinacria, 2015.
Ramón Rodríguez, Agustín, *Galeras españolas del Egeo al mar de la China*, Madrid, Navantia, 2007.
Requena, Miguel (trad.), *Poesía goliárdica*, Barcelona, Acantilado, 2003.
Reznikov, Raimonde, *Cathares et Templiers*, Portet-sur-Garonne, Loubatières, 2004.
Rumbau, Montserrat, *Grandeses i misèries de la Catalunya del segle XIV*, Barcelona, Tibidabo, 1999.
Runciman, Steven, *Historia de las cruzadas*, Madrid, Alianza, 2008.
—, *Las vísperas sicilianas*, Barcelona, Reino de Redonda, 2009.
Sarobe, Ramon, *Rere les passes dels Templers*, Barcelona, Rosa dels Vents, 2018.
Soldevila, Ferran, *Els almogàvers*, Barcelona, Barcino, 1952.
—, *Pere II el Gran*, Barcelona, Barcino, 1958.
—, *Les quatre grans cròniques, I: Llibre dels feits del rei En Jaume*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2007.
—, *Les quatre grans cròniques, II: Crònica de Bernat Desclot*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2008.
—, *Les quatre grans cròniques, III: Crònica de Ramon Muntaner*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2011.
Valdes, Giuliano, *Arte e historia de Sicilia*, Florencia, Bonechi, 2001.
Vicente Maroto, María Isabel, y Mariano Esteban Piñeiro (coords.), *La ciencia y el mar. XII Reunión Internacional de Historia de la Náutica y de la Hidrografía*, Valladolid, Instituto Universitario de Historia Simancas de la Universidad de Valladolid, 2006.
VV. AA., *Trajes y costumbres de la Edad Media. Basada en monumentos y manuscritos de la época*, Madrid, Aldaba, 1991.

Walker, Martin, *La historia de los templarios*, Barcelona, Edicomunicación, 1993.
Wasserman, James, *Templarios y asesinos*, Barcelona, Martínez Roca, 2002.
Zurita, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1669.

ESTUDIOS

Konstam, Angus, *Byzantine Warship vs Arab Warship, 7 th- 11 th*, Oxford y Nueva York, Osprey, 2015.
Mott, Lawrence V., *Sea Power in the Medieval Mediterranean in the War of the Sicilian Vespers*, Gainesville, University Press of Florida, 2003.
Nelli, René, *Trovadores y troveros*, Palma de Mallorca, José J. de Olañeta, 2000.

ARTÍCULOS

Cardeñosa, Bruno, «Pedro III, el hombre que quiso ser rey de todos», *Historia de Iberia Vieja*, n.º 158 (2018), pp. 12-22.
Coll, María, y Teresa Vinyoles, «El cistell d'anar a comprar a l'Edat Mitjana», *Sàpiens*, n.º 154 (2015), pp. 58-62.
Cònsul, Arnau, y Josep M. Sans i Travé, «Arnau de Torroja, el Gran Mestre templer», *Sàpiens*, n.º 214 (2020).
Duch, Xavi, y Gerard Mari, «Morir-se a l'Edat Mitjana: rics i pobres davant la dalla de la mort», *Sàpiens*, n.º 179 (2017).
Giménez, Iván, «Templarios en España», *Clío*, año 5, n.º 53 (2006), pp. 18-29.

Magriñà, Anna-Priscila, y Anna Alberni, «Speculum al foder: l'art de cardar», *Sàpiens*, n.º 181 (2017).

Mata Enrich, Elvira, y Olga López Miguel, «La gran aventura del mar: un recorregut per la història de la navegació a Catalunya», *Drassana: revista del Museu Marítim*, n.º 5 (1996), pp. 25-29.

Montesano, Marina, «Templarios, los banqueros de Europa», *National Geographic*, pódcast (2024). Véase: <https://historia.nationalgeographic.com.es/a/templarios-banqueros-europa_15466>.

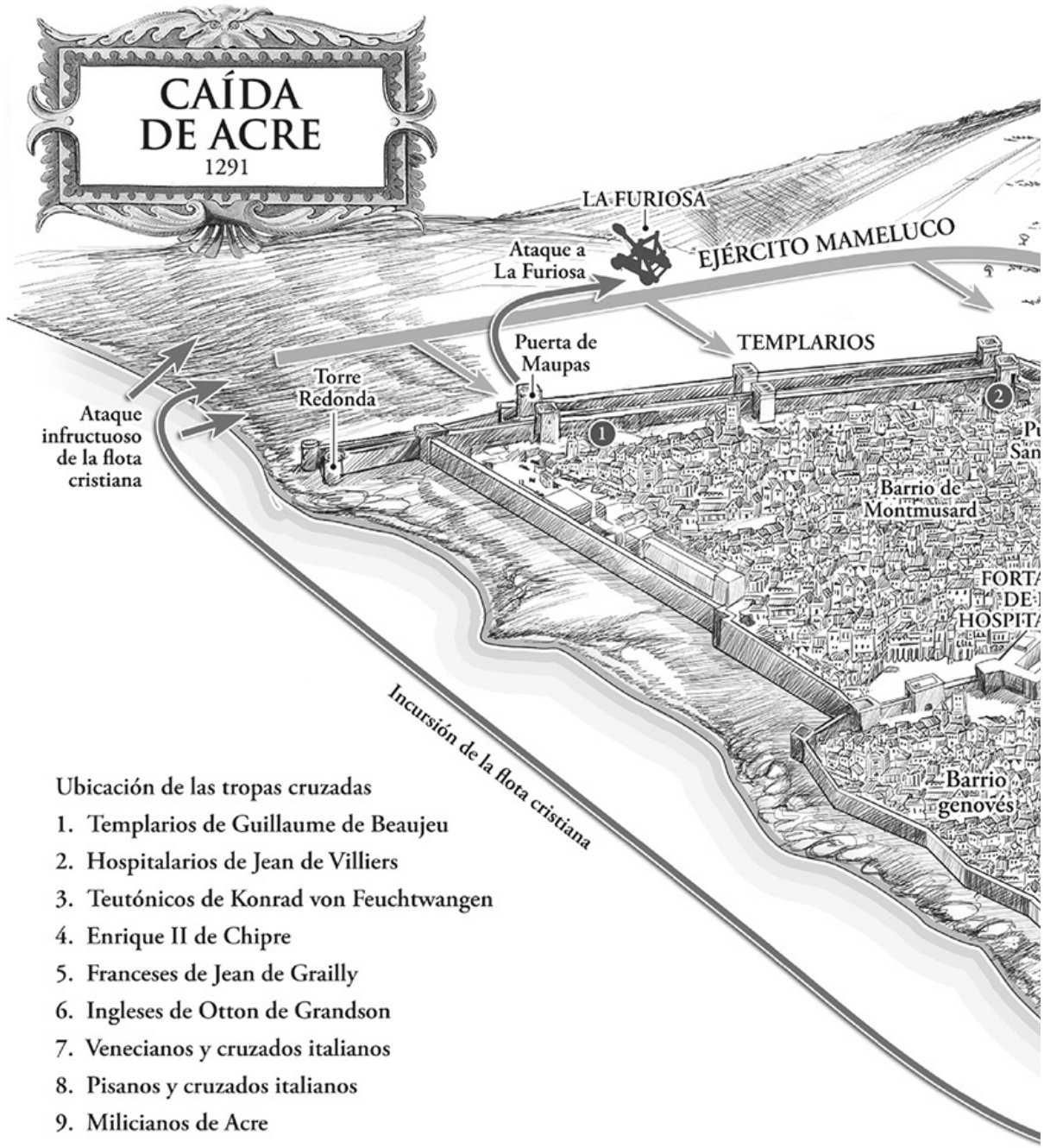
Novials, Àlex, y Xavier Roigé, «Boig per tu. L'amor al llarg de la història», *Sàpiens*, n.º 164 (2016).

Rodríguez-Picavea, Enrique, «La expansión mediterránea de la Corona de Aragón», *Desperta Ferro. Antigua y Medieval*, n.º 22 (2014), pp. 6-13.

Saez, Anna, y Stefano Maria Cingolani, «Ramon Muntaner, el cronista dels almogàvers», *Sàpiens*, n.º 156 (2015).

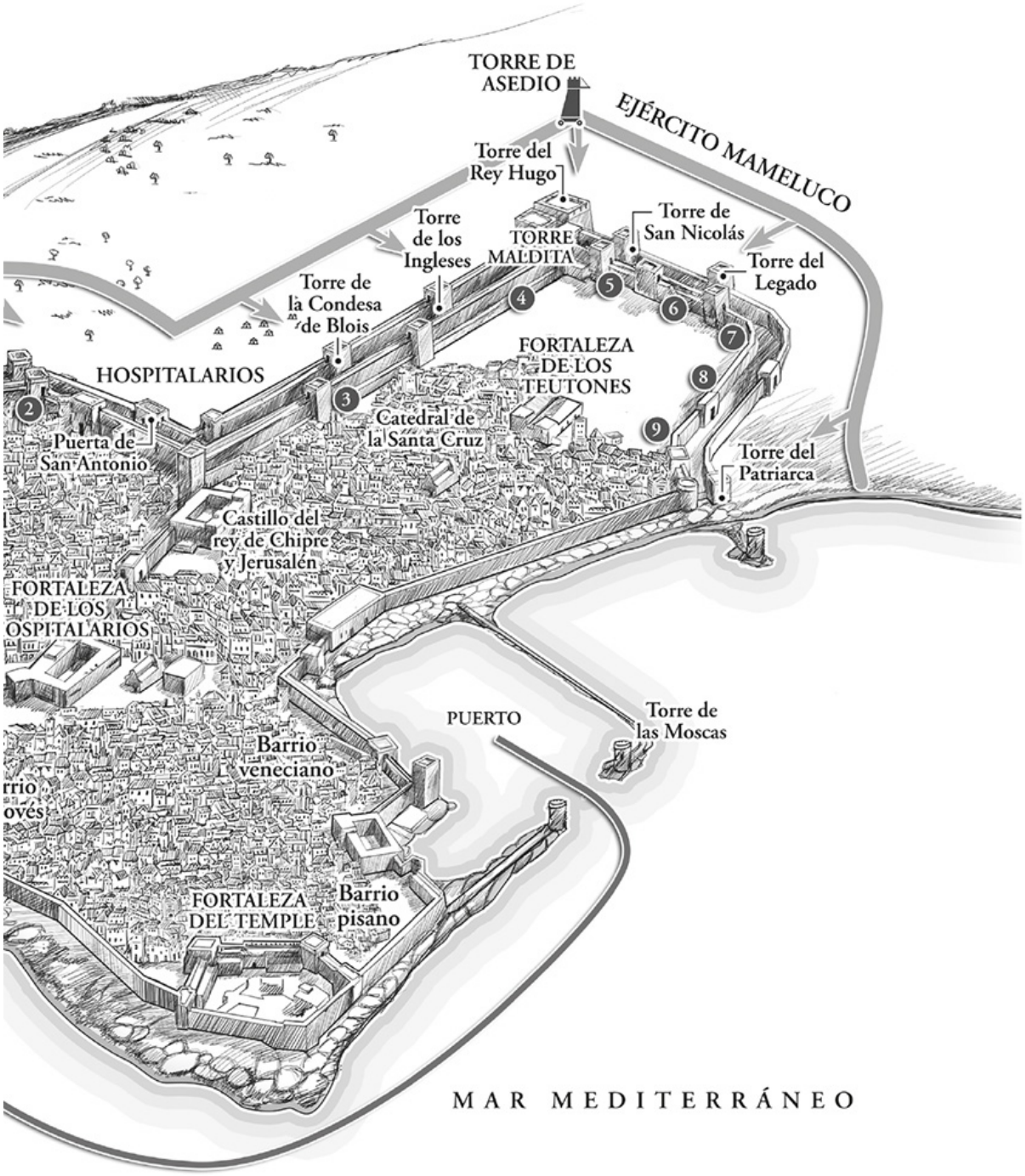
Sans i Travé, Josep María, y Pere Puig, «Els últims templers catalans», *Sàpiens*, n.º 180, (2017), pp. 68-79.

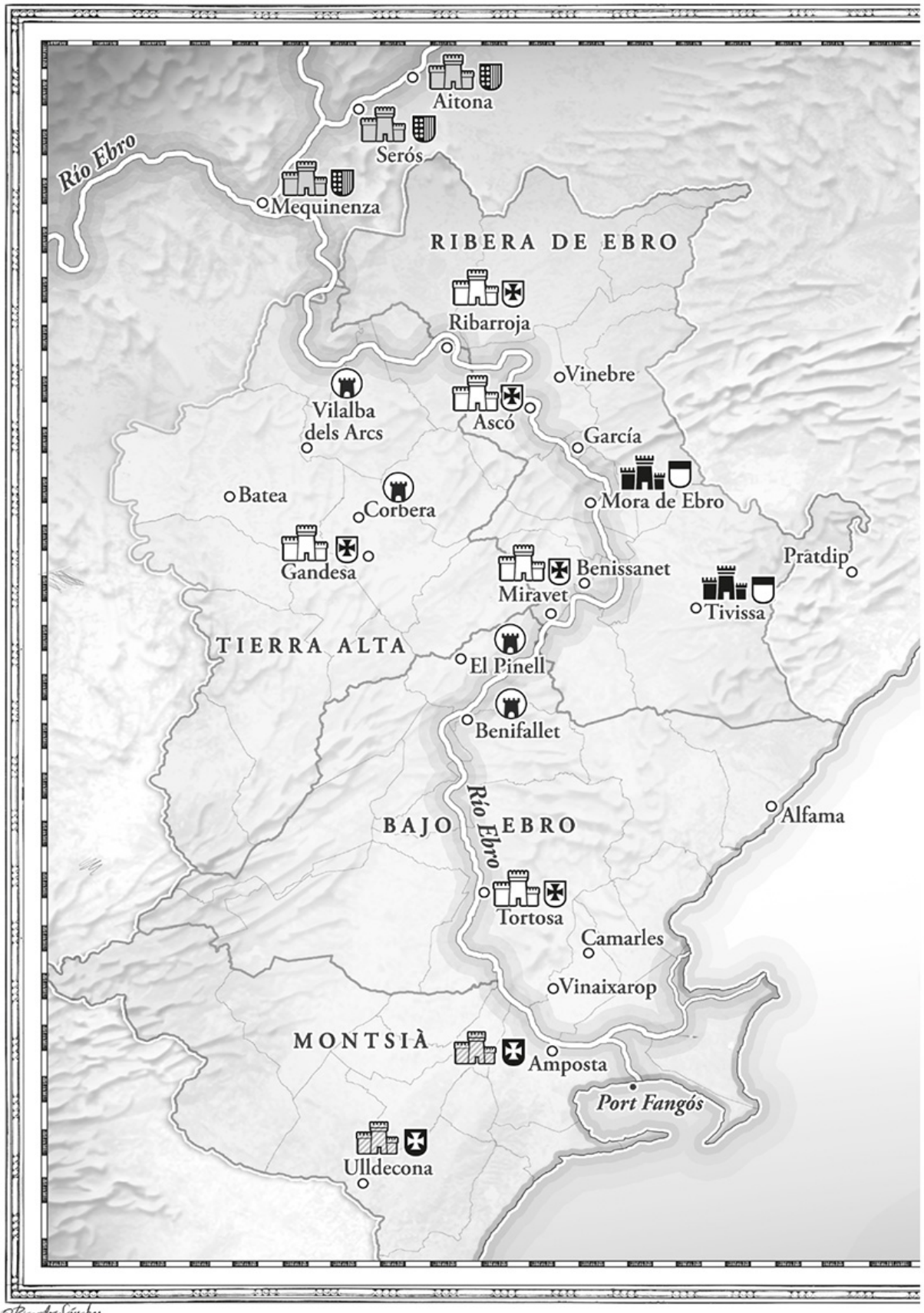
Yarza Luaces, Joaquín, «Vestiduras ricas: el Monasterio de Las Huelgas y su época 1170-1340», Madrid, *Revista de la Subdirección General de Museos Estatales*, n.º 2 (2006), pp. 212-217.



Ubicación de las tropas cruzadas

1. Templarios de Guillaume de Beaujeu
2. Hospitalarios de Jean de Villiers
3. Teutónicos de Konrad von Feuchtwangen
4. Enrique II de Chipre
5. Franceses de Jean de Grailly
6. Ingleses de Otton de Grandson
7. Venecianos y cruzados italianos
8. Pisanos y cruzados italianos
9. Milicianos de Acre


TORRE DE ASEDIO
EJÉRCITO MAMELUCO
Torre del Rey Hugo
Torre de los Ingleses
TORRE MALDITA
Torre de San Nicolás
Torre del Legado
Torre de la Condesa de Blois
HOSPITALARIOS
FORTALEZA DE LOS TEUTONES
Catedral de la Santa Cruz
Puerta de San Antonio
Torre del Patriarca
Castillo del rey de Chipre y Jerusalén
FORTALEZA DE LOS HOSPITALARIOS
PUERTO
Torre de las Moscas
Barrio veneciano
FORTALEZA DEL TEMPLE
Barrio pisano
MAR MEDITERRÁNEO



©Ricardo Sánchez


TIERRAS DEL EBRO
Finales del siglo XIII
Reus
MAR MEDITERRÁNEO
0 5 10 15 km
Escala
CASTILLOS TEMPLARIOS
CASTILLOS HOSPITALARIOS
CASTILLOS MONTCADA
CASTILLOS ENTENZA
FEUDATARIOS TEMPLARIOS
TEMPLARIOS
HOSPITALARIOS
MONTCADA
ENTENZA

El final de un mundo.
El inicio del amor.



1291. San Juan de Acre, el último bastión cruzado en Tierra Santa, está a punto de caer en manos de los musulmanes. Es el fin de un mundo. Artal, con solo dieciséis años, desea morir defendiéndolo, por su fe y para ganarse el cielo. Sin embargo, el gran maestre del Temple, en su agonía, le da a conocer una carta de su madre en la que le pide ayuda y le ordena abandonar la lucha para regresar a su hogar, a orillas del Ebro.

Pocos pueden escapar de la trampa mortal que representa la ciudad, pero en su huida desesperada, en lugar de encontrar la muerte, el joven hallará el amor. Un apasionado primer amor que compromete su alma.

Al otro extremo del Mediterráneo, le aguardan un misterio por

resolver y un agravio por vengar. Enfrentado a los secretos de su familia y a la amenaza de sus enemigos, Artal comprenderá que un auténtico caballero no se mide solo por su coraje en el combate.

Un apasionante thriller histórico que nos lleva a finales del siglo XIII, en plena decadencia de uno de los grupos más poderosos de la cristiandad: la Orden del Temple. Una gran novela que nos habla de la fe y la lealtad, pero también de la fuerza del amor y los lazos que nos atan al pasado.

Jorge Molist (Barcelona, 1951) es uno de los grandes maestros de la narrativa histórica de nuestro país. Tras una larga carrera profesional en importantes multinacionales, decidió retomar su vocación de escritor y en el año 2000 publicó *Los muros de Jericó*, a la que seguirían *Presagio* (2003) y *El anillo* (2004), traducida a más de veinte idiomas. En 2007 ganó el prestigioso Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio con *La reina oculta*, y continuó su reconocida carrera literaria con la bilogía *Prométeme que serás libre* y *Tiempo de cenizas* (2011 y 2013). En 2018 obtuvo el Premio de Novela Fernando Lara con *Canción de sangre y oro*. Tras este galardón, llegarían *La reina sola* (2021) y *El latido del mar* (2023). En mayo de 2025, Jorge Molist se incorporó al catálogo de Grijalbo con su obra *El Español*. En este mismo sello se ha reeditado también *El anillo* (2025) y ahora se publica *Daré el cielo por ti*, el retorno del autor a uno de sus temas predilectos: el Mediterráneo.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, Jorge Molist
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2026, Ricardo Sánchez, por las imágenes del interior
Diseño de portada: Pep Montoya
Imágenes de portada: composición fotográfica de Pep Montoya a partir de las imágenes de © Ruben Algarra y © Kindra Nikole

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7254-4

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Nota

[1] En el siglo XIII la palabra «España» designaba lo que hoy llamamos «península ibérica». Véase la nota del final de la novela.

Índice

Daré el cielo por ti

Árbol genealógico de la familia Entenza-Montcada

Las horas en la Edad Media

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Segunda parte
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89

Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Tercera parte
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Agradecimientos
Bibliografía
Caída de Acre
Mapa tierras del Ebro
Sobre este libro
Sobre Jorge Molist
Créditos
Nota